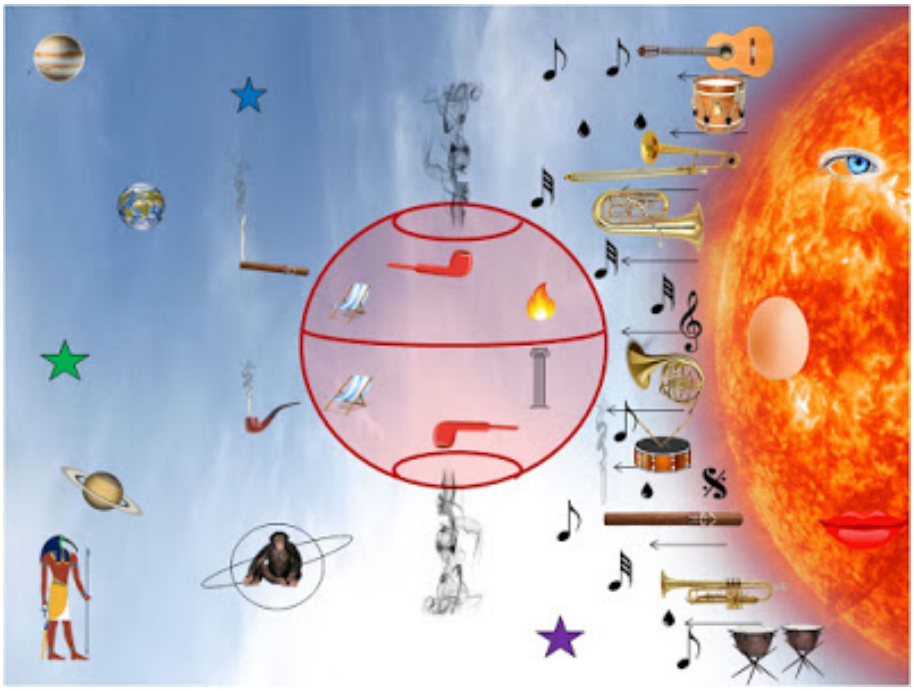
El Titiritero, el Huevo, Barcelona y la Extravagancia

Toni Rumbau



A Mariona Masgrau y a Pepe Otal, *in memoriam*.
A Giuseppe Avesani, cartógrafo *quinqué* del Futuro Presente.

Índice de capítulos

1era parte: El Huevo.

1- Manuel
2- El Tiempo
3- El huevo
4- El agujero
5- El orígen de los orígenes
6- La Gran Huída
7- Sam
8- Kalim y Kilam
9- El titiritero a la fuerza
10- La función de títeres
11- El Cíclope
12- El Secreto del Gran Vivo
13- El Aposento

2a parte: La Extravagancia

1- La pipa
2- La combustión
3- A Miramar
4- La luna
5- El Castillo de Montjuic
6. El Consejo de Ancianos
7- El Observatorio
8- La otra cara de la Luna
9- Mercurio
10- El Pueblo Español
11- La función
12- El plan
13- La Sagrada Familia
14- Disquisiciones de altura
15- Venus
16- La Independencia
17- El Zoo
18- El Sol
19- Conversación de terraza
20- El Cementirio del Poble Nou

21- Los muertos y el futuro
22- El Café de la Paz
23- Marte
24- El Born
25- Las Ramblas
26- Bajo tierra
27- Los intestinos de la Extravagancia
28- Dicho y hecho

Maquetas de la Extravagancia.

La publicación de esta novela en un blog ha inducido al autor a crear unas 'maquetas visuales' para ilustrar la sucesiva aparición de los diferentes capítulos. Son unas maquetas-*collages* elaboradas a partir de los contenidos de la novela, pero quese han situado en un contexto más amplio, a modo de poemas visuales exteriores al texto.

Las fotografías de marionetas que aparecen en algunas ilustraciones, realizadas todas por el autor, estan sacadas mayormente de la exposición 'Figuras del Desdoblamiento' (Arts Santa Mònica, 2015) así como en algunos museos de títeres europeos (Lübeck, Munich, Lisboa, Tolosa). Pertenecen a titiriteros anónimos unos, y otros a los siguientes maestro: Mariona Masgrau, Pepe Otal, Jordi Bertran, Marionetàrium Herta Frankel, Eudald Ferré, Colleción Familia Anglès y Sebastià Vergés del MAE (Museo de las Artes Escénicas de la Diputación de Barcelona), Museo del TOPIC de Tolosa, Museu da Marioneta de Lisboa, Colección Tozer del MAE, Colección Paco Paricio, entre otros.

Las fotografías de paisajes de Barcelona son mayormente del autor, salvo los casos en los que se indica lo contrario, con indicación del autor correspondiente.

I Parte: el Huevo.

1- Manuel

El taller era su casa, las marionetas su familia. Se llamaba Manuel y fue famoso titiritero hasta que murió Eva, su mujer. Se apartó entonces del mundo, e inició su carrera de artista solitario.

Desde entonces, salieron de sus manos, año tras año, espectáculos refinados y desconcertantes. Más que explicar historias, explicaban personajes. Y así, poco a poco, su taller se convirtió en museo y teatro.

Desconcertó la serie de los Pericos, este héroe de los *putxinel·lis* catalanes, hoy prácticamente desaparecido, y que él había trasladado a la marioneta de hilo. Le fascinaba que hubiera sido una figura desdibujada por las múltiples caras talladas por los maestros. Admiraba la libertad de la tradición catalana, que permitía a cada titiritero inventar sus propios héroes, la mayoría con el nombre de Perico, que no siempre eran héroes, sino simples protagonistas de sus historias[1].

[1] En la tradición catalana de los títeres populares, el héroe protagonista no fue Don Cristóbal Polichinela como en el resto de España, sino que tuvo varios nombres según decidía cada maestro titiritero. Se conocen los nombres de Titella (también usado como denominación genérica de los títeres), Perico,

Estaba el Perico Miel y Pote, el Perico de la Nariz Rota, el Perico de la Barbilla de Cabrón, el Perico del Medio Vaso Vacío y el Perico del Medio Vaso Lleno, el Perico Partido por la Mitad, el Perico Soñador, el Tranquil Perico, que procedía de una vieja estirpe de personajes que llevaban el nombre de Tranquil, o el Perico del Cohete en el Culo, clásico personaje del tipo culo de mal asiento, el Perico Perico, redundancia que infundía un fuerte carácter al personaje, el Perico Tarzán, que vivía en la selva con la mona Chita, el Perico de Can Raspall, una masía de las montañas del Montseny de reconocida antigüedad, o el Perico del Patio del Hospital, médico chapucero y enterrador de muertos[2].

Otros personajes eran Perot Delcamp y Gat i Llepa, bandoleros del Garraf donde ejercían sus labores arraigados al terreno, el Capitán Cazalla, un pirata de la Isla de las Tortugas, la Celestina del Ampurdán y Diosnosayude, dos personajes de Palafrugell. Tenía una especial debilidad por la Bruja de la Fuente de la Eterna Juventud, de cara goyesca y dos agujeros en los ojos, o por Roc i Guinardó, un fantasma de Barcelona que habitaba en el barrio que lleva su nombre.

Nacían sin historia, pues decía Manuel que cada uno la llevaba en su cara y en su nombre. Y habría que añadir en sus vestidos, por el cuidado que les ponía. A medida que nacían, colgaba sus marionetas en los ganchos, cuerdas y poleas del Aposento, el sanctasanctórum del titiritero, allí donde Manuel escondía sus tesoros. No todo el mundo podía entrar. Sólo los amigos y discípulos más íntimos. A pesar de los intentos de algunos museos de la ciudad, que le pedían piezas para sus colecciones, las marionetas nunca salían del Aposento.

De los personajes de la tradición, mantenía a raya a la Muerte, no porque le asustara, sino porque la conocía demasiado, decía él, y por eso marcaba distancias con la Pálida Señora, a diferencia de la mayoría de los titiriteros, que la usan como Dama de exhibición. Esto no quiere decir que no tuviera ninguna, ya que es casi imposible que un titiritero, especialmente en Barcelona, no tenga en su compañía a la figura del Esqueleto. Su Señora iba muy bien vestida y era como dios manda, inquietante y terrorífica. Parecía que la verdadera hubiera posado ante Manuel para ser copiada. Colgaba en un rincón del Aposento, vestida con elegantes capas y mantillas negras. La

---

Tranquil, Tit, siendo el más usado y el que ha llegado vivo a la actualidad Perico. Don Cristóbal derivó en el personaje secundario de Tòfol, rico y tontorrón, rival en el amor de Perico.

[2] Esta multiplicación de Pericos creados por Manuel es algo que se sale completamente de la Tradición, una particularidad titiritera de nuestro personaje, fruto de una pulsión inexplicable que sin embargo ha resultado ser determinante para el desarrollo posterior de esta historia. Quizás se explica por el traslado del personaje de Perico, siempre tratado como títeres de guante, al mundo de la marioneta de hilo, más dado al desdoblamiento.

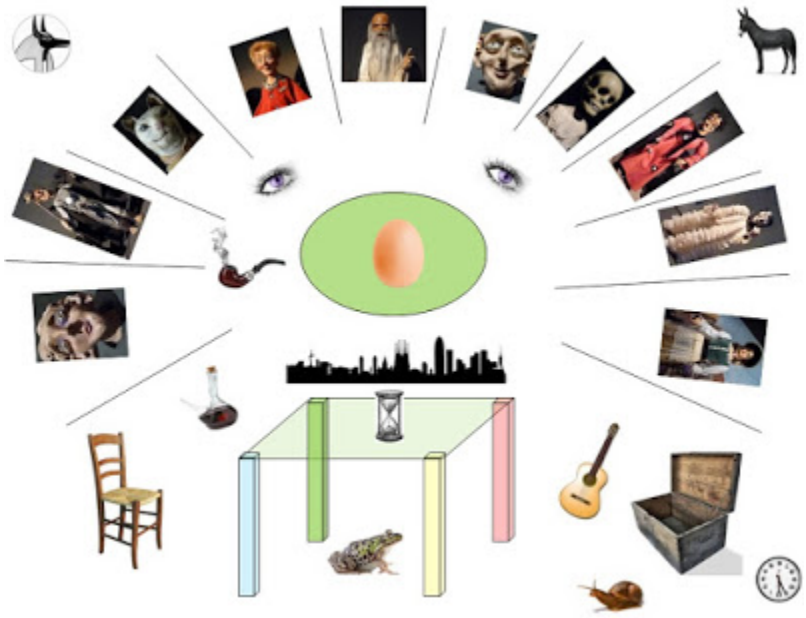
trataba con el respeto que merecía, como a una vieja amiga a la que se le pone piso y se le paga una pensión, con la esperanza de que se sienta satisfecha y te deje en paz.

Había un lugar especial en el Aposento donde habitaban dos títeres de guante que había comprado en los Encantes de la ciudad. Residían en una urna de cristal, de esas que los curas usan para guardar imágenes y reliquias. Los había llamado Kalim y Kilam, convencido de que tales eran sus nombres reales. Pero la verdad es que no sabía nada de ellos, ni a quién habían pertenecido. Sorprendían sus ojos, de mirada viva e inquietante. Entendía que uno de ellos era del sexo masculino y el otro femenino, aunque tanto podían serlo uno como el otro.

Kalim y Kilam, Kilam y Kalim... Llevaban vestidos viejos y gastados, con intrigantes manchas en los bordes de sus almas, quizás de sudor o de sangre, pensaba, como si los hubieran cosido a los brazos del manipulador.

.

2- El Tiempo



Los años pasaron y Manuel se encontró instalado en los sesenta. Le extrañaba la lentitud del tiempo, que pasaba en cuentagotas, como si el taller fuera un espacio protegido de las prisas. Cuando le hablaban sobre la rapidez con que pasan los días, sabía perfectamente que a él, el tiempo, le pasaba despacio. Quizás porque construir una marioneta costaba una eternidad, corta según el tiempo de afuera pero larga para él, obligado a estirar los minutos y las horas para cada muñeco.

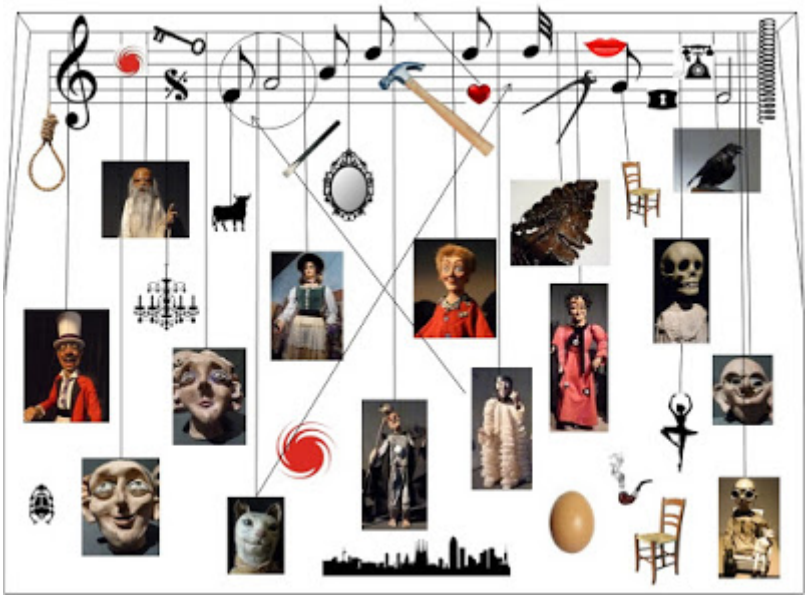
Esta sensación del tiempo que pasaba despacio se hizo tan intensa, que decidió averiguar la verdad. ¿Era realmente así? ¿Hacía trampa al tiempo o era el tiempo quien le hacía trampa?

Decidido a aclarar el misterio, se encerró en el Aposento una semana entera, a un régimen de pan y agua. Se obligó a percibir el paso del tiempo, algo que no le era ajeno. Se sentía dando vueltas sobre sí mismo, encerrado en el Aposento y rodeado de todas las criaturas que había creado, como si para percibir al tiempo tuviera que convertirse en tiempo, rotando del mismo modo que rotan los astros, las partículos y todo lo que goza de tiempo propio.

Una semana que acabó. Cuando abrió los ojos, después de permanecer los últimos días en un estado de ensueño y de sopor, se los tuvo que frotar un par de veces antes de comprender lo que tenía enfrente.

Un huevo.

3- El huevo



¡Un huevo! ¿Qué hacía allí en el suelo del Aposento? ¿Quién lo había puesto? Y no era un huevo de gallina, de pato o de cocodrilo, no, ¡era un huevo que medía entre cinco o seis palmos!

"Yo no me he movido de aquí, llevo en el taller encerrado días, en compañía únicamente de mis títeres y de la pipa, dando vueltas y viendo como el tiempo pasa. Nadie ha entrado en el Aposento, ni yo he salido de él, pero alguien ha puesto un huevo".

Pensó que tantos días sin comer, fumando de vez en cuando y sólo con pan y el cántaro de agua, le habían jugado una mala pasada.

De repente le asaltó un apetito enorme, un hambre como hacía tiempo que no tenía. Al acto se puso la americana, se armó de un paquete de tabaco y salió volando del taller. Hacía un día precioso y la euforia que le había producido el hambre lo disparó al pequeño restaurante de la esquina.

Pidió tres platos, se acompañó de tres vasos de vino, despachó una ración generosa de entrecot con patatas fritas, y lo remató todo con un par de copitas de aguardiente. Al terminar, encendió la pipa y se relajó.

Bueno, seguro que lo he soñado.

Dio una vuelta por la playa. Cuando no veía las cosas claras, lo resolvía con Matilde, su pipa predilecta, o paseaba por la playa. O las dos cosas a la vez.

Al cabo de dos horas volvía a estar frente a la puerta del taller. Entró, atravesó la sala grande donde un bosque de marionetas colgaba con sus fundas, y se detuvo ante el Aposento. Respiró hondo, abrió y entró. El huevo seguía allí.

Este diablo de huevo, ¿de donde ha salido? Alguien lo tiene que haber puesto. Pero yo no he sido.

Las marionetas lo miraban de reojo, como siempre hacían, por otra parte, a merced del azar de cómo colgaban del techo.

El huevo... Se acercó. No era un huevo cualquiera. Media alrededor de un metro de largo y de diámetro tenía también su altura. Puso la oreja y escuchó un murmullo en el interior. ¡Absurdo! Se apartó y lo miró con distancia. Era blanco pero con una cierta pigmentación parduzca.

Acercó la mano y lo tocó. Pasó los dedos y notó su textura lisa de una rugosidad milimétrica.

Se sentó de nuevo y encendió la pipa.

"Este huevo lo ha puesto alguien".

Miró de reojo a sus Pericos. Esos personajes, a pesar de los hilos que les había puesto, eran los más cercanos a Pulcinella, el títere tradicional napolitano, que nace de un huevo puesto por él mismo, según cuenta la tradición. De joven había representado infinidad de veces aquel número clásico, uno de los más divertidos de sus polichinelas, pero los Pericos no decían nada, como es lógico.

¿Qué hacía allí ese huevo? Sabía que no había respuesta y que no le quedaba más remedio que aguantarse y esperar. Si había alguna explicación, acabaría llegando por sí misma.

Podría permanecer encerrado en el taller tantos días como quisiera. Era agosto y nadie vendría a importunarlo.

Transcurrió una semana. Nada cambió, pero el huevo había crecido, por lo menos dos palmos. Se levantó trastornado, buscó el metro y midió el huevo. Hizo marcas en el suelo para poder comparar.

Volvió a salir, paseó por la playa todos los días durante la semana siguiente.

¡El huevo había alcanzado metro y medio! Pensó que si seguía creciendo, no podría sacarlo del Aposento. Los pies de algunas marionetas ya lo alcanzaban. El rumor que salía del interior también crecía.

"¡Caramba! ¿Me estaré volviendo loco?"

A las tres semanas, se decidió. Ante todo, él era un animal de taller. Cogió el martillo y un cincel. Se acercó con las herramientas en la mano. Las levantó y apuntó al centro para darle el golpe definitivo.

Levantó el martillo y... no podía. Quería pero la mano no le obedecía. Se veía totalmente impedido de romper el huevo. Algo no funcionaba.

No había manera, por mucho que lo intentara, no conseguía levantar el brazo y empujar la mano para dar el fatídico golpe de martillo.

Encendió la pipa. Quizás Matilde le explicara la razón de aquel atasco de su voluntad. No contestó, pero le dio la distancia que buscaba.

Allí se encontraba, en medio del Aposento rodeado de todas aquellas personitas que lo contemplaban. De repente, se vio desde afuera, como si se hubiera puesto en los ojos de cristal del Aedo, una de sus más viejas marionetas, un personaje que representaba a un poeta anciano con el que solía dialogar en silencio. Había participado en muchos de sus espectáculos, con una función de narrador épico y distante. Desde los ojos de la marioneta, se vio con la pipa en los labios, paralizado por alguna extraña razón, y el hecho de verse a sí mismo ante un huevo aparecido de la nada desde la mirada irónica del Aedo, le pareció tan absurdo y cómico a la vez, que se echó a reír. Una risa loca lo poseyó como uno de esos ataques histéricos que a veces afectan a las personas, que se ponen a reír sin ton ni son y sin saber porqué, y levantando el brazo con toda la fuerza, dio con el martillo al huevo, que se rompió en mil pedazos con un barullo endiablado.

4- El agujero

Lo había hecho, había machacado el huevo, pero sus ojos no veían nada. Con el golpe, había roto la pureza redonda de aquel artefacto caído de quien sabe dónde o puesto por quién sabe quién, y en su lugar vio una especie de niebla que emergía del vacío, del agujero en el aire que había dejado el huevo al romperse, unos vapores de color indefinido, entre el azul oscuro, el negro y el rojo, que iba llenando el espacio del Aposento. Era una niebla de pigmentos iridiscentes que salía de aquel agujero invisible y que picaba los ojos, los oídos y la piel, que parecía hecho de una textura de luz difusa, de las que sabemos que no vienen de ninguna bombilla ni del sol ni de la luna, ni tampoco de una composición química determinada, sino que nos lo imaginamos como un resplandor casi corpóreo que procede de un fuego lejano, tal vez de las estrellas, que es como solemos calificar la luz cuando no sabemos de dónde viene.

Entonces lo vio. El Aedo, desde cuyos ojos se había contemplado hacía un rato, subía por sus propios hilos y llegaba al mando que colgaba del techo. Despegaba los hilos de la madera donde estaban atados, desenredándolos uno a uno. Con la ayuda de las otras marionetas, fue bajando hasta saltar a tierra. Se plantó delante de Manuel, levantó una mano y dijo:

- Hola.

Permaneció Manuel sentado en su silla con Matilde apagada en los labios, tras apurarla hasta las últimas caladas. Atónito y callado como una tumba, contempló

como todas las marionetas del Aposento se ponían en movimiento, con una lentitud exasperante al principio, luego con más brío, como si se fueran cargando de una energía que él sólo podía asociar a la luz oscura que había salido del agujero del huevo y que llenaba el aire de la habitación.

También él se sentía en un mundo extraño, como si aquel vapor lo hubiera traspasado hasta el tuétano, cargándolo de una energía desconocida, que tuvo la virtud de hacer soportable el pánico, eso sí, como si él fuera una marioneta más poseída por aquella curiosa vitalidad que animaba a los cuerpos inertes de madera, los cuales, en principio y por regla general, no tienen porqué estar en movimiento.

Pasó un rato y se dio cuenta que en el Aposento reinaba un alboroto insólito, ya que todas las marionetas hablaban a la vez con sus voces características, que no eran otras que las que él les había dado a lo largo de toda su vida. Barullo y agitación de todos aquellos personajes que habían salido de su imaginación y que ahora se movían y charlaban como cotorras a su alrededor.

Sólo el Viejo permaneció quieto y en silencio. Se había acercado a Manuel y apoyaba un codo en su rodilla, mientras lo contemplaba desde la mirada distante y profunda de sus ojos de vidrio.

Las figuritas de los títeres, ya liberadas de hilos y controles, habían abierto la puerta y se esparcían por el resto del taller. La niebla de colores difundidos fue llenando el interior de la gran sala del taller donde colgaban las otras marionetas enfundadas como jamones. Y enseguida, mirando de reojo a través de la puerta, vio como algunas de ellas empezaban a moverse y a bajar del techo, ayudadas por las que se habían escapado del Aposento.

Los dos títeres comprados en los Encantes, Kalim y Kilam, eran los más animados de todos, saltaban de un lugar a otro agarrándose con las manos por las cuerdas y los ingenios que que colgaban del techo, como si fueran monos en una selva.

Cargó entonces la pipa, le dio fuego con su encendedor de gasolina, e hizo una profunda calada. Miró al viejo, que permanecía siempre a su lado y finalmente dijo:

- ¡Aedo! ¿Puedes explicarme qué demonios está pasando aquí?

5- El origen de los orígenes

- Tú has puesto el huevo, Manuel, con nuestra ayuda.

Así empezó a hablar el Aedo, también llamado el Poeta y el Viejo, con la voz grave que siempre le había dado cuando necesitaba sus intervenciones. Una voz que salía como encajonada de aquella garganta de madera, de una boca que se abría y se cerraba de un modo mecánico, a través de las articulaciones que su constructor le había hecho.

- Todo esto viene de lejos, de cuando las cosas no eran como hoy son, y de cuando los mundos que conocemos todavía estaban por hacer. Escucha, Manuel, escucha el relato de los orígenes y de cómo hemos llegado hasta aquí.

Hace muchos, muchos años, tantos que medirlo en años sería como querer contar las gotas del océano, en el mundo no había nada, salvo el desorden originario donde los dioses, tontos pero poderosos, creaban estrellas, mundos y constelaciones.

Los primeros mundos fueron fríos e inhóspitos, fruto de las mentes primitivas de aquellos dioses primordiales aburridos y previsibles, en los que la vida era muy difícil que naciera.

Pronto apareció una segunda generación de dioses juguetones y fantasiosos, los cuales crearon mundos bonitos y llenos de comodidades, ya que se ponían en el lugar de las criaturas que habían creado, con ánimos de disfrutar de sus inventos y maravillas.

Un tercer grupo de dioses, que compartían a la vez las características aberrantes de los primeros y las juguetonas de los segundos, crearon mundos contradictorios y complicados, los cuales se dividían siempre en dos, separando la noche del día, el negro del blanco, el frío del calor, la luz de la oscuridad...

Estos dioses rodearon a las recién creadas criaturas de todo tipo de seres, algunos amables y otros peligrosos y antipáticos. Uno de estos seres era la Muerte, que se presentaba irremediablemente a las criaturas vivas para llevárselas y dejarlas sin vida, tirándolas como quien dice a la basura.

Era imposible escapar a la Muerte, así lo habían decidido aquellos dioses crueles que lo hacían todo contradictorio y partido por la mitad. Y así como a la pálida luna le sucede la luz solar, a la oscuridad de la Muerte le sucedía el brillo de la vida.

Las cosas, sin embargo, no siempre salen como uno lo desea, y los mismos dioses tienen sorpresas y contratiempos. Un día, en los mismos inicios de la creación, unos dioses más juguetones de la cuenta, pusieron un huevo. Era una apuesta arriesgada, ya que cuando se pone un huevo, nunca se sabe lo que puede salir. Y es así como de aquel huevo primigenio nació una raza especial de criaturas, llamativa como pocas, que se diferenciaba de las hasta entonces existentes por el extraordinario uso que hacían de la mente.

Las formas de estos seres las modelaba su imaginación, de manera que cada una tenía una cara diferente, ya que nunca se estaban quietas y les gustaba cambiar de gusto y de aspecto. Estas criaturas éramos nosotros, Manuel, nuestros antepasados, los títeres. Gracias a nuestra imaginación creamos los paisajes que nos eran más queridos, con profusión de otros seres de compañía. Y, para redondearlo, inventamos la manera de vencer a la muerte, desafiando de esta manera a los creadores, que se vieron con un palmo de narices ante la osadía de aquellos rebeldes salidos del huevo, y que se atrevieron a ser libres y a proclamarlo, riéndose de los mismos dioses, atrapados como estaban en sus fuerzas imponentes.

Y es así como los dioses, enfadados como nunca antes lo estuvieron, castigaron a aquella raza de seres libres y desobedientes.

Agarrándonos con sus manos poderosas, nos pusieron guantes, hilos y varillas, de manera que a partir de aquel momento, sólo nos podríamos mover manipulados por otros.

Pero los dioses son demasiado perezosos para entretenerse a mover criaturas con hilos. Se inventaron para ello una raza de esclavos que llamaron titiriteros, encargados de mover a los antiguos rebeldes con sus guantes, hilos y varillas.

Fuimos entonces condenados a vivir encerrados en unas cajas cuadradas que se llamaron retablos, a merced del capricho y la voluntad de sus manipuladores, que eran los pertenecientes a esa raza de esclavos llamados titiriteros encargados de mover nuestros guantes, hilos y varillas.

Enseguida se vio, sin embargo, que aquella raza de esclavos, como la de los ratones, era insaciable y se reproducía con mucha rapidez. Tanto y tanto se multiplicaron que al poco tiempo se olvidaron de nosotros, los títeres por los que habían sido creados. Tomaron el nombre de humanos y su conjunto constituyó la Humanidad, la cual pobló los mundos llenándolos de ciudades que eran los hormigueros adonde vivían. Y robándonos los mundos de fantasía que habíamos inventado con nuestra imaginación, crearon las culturas y las civilizaciones, esquemáticas y simplificadas, así como verdades únicas, por lo que siempre estaban en guerra, ya que todos tenían la razón y la defendían hasta la muerte.

Se olvidaron así de nosotros, los títeres, convencidos de que eran libres y que podían ser como los dioses. Pero no lograron vencer a la Muerte, por lo que morían como moscas, ya que todo lo que nace, por narices, tarde o temprano tiene que morir. Pero en su delirio de grandeza, se olvidan de ella, convencidos de que la vida nunca se acaba.

Los títeres, en un comienzo, intentamos explicar nuestros trucos y secretos, pero no nos hicieron ningún caso. Nos encerraron bajo candado en sus retablos y nos obligaron a repetir siempre las mismas funciones, idénticas y aburridas. Ni los propios títeres se acordaban de las viejas historias, de cuando éramos libres y disfrutábamos del poder de la imaginación.

6- La Gran Huída

Escuchaba estupefacto Manuel las palabras del Aedo. ¿Pero qué diablos decía aquel trozo de madera que hablaba con su propia voz a través de la boca articulada, mientras lo miraba fijamente desde sus ojos de vidrio?

Utilizaba la voz que él mismo le había dado, profunda y distante, y tenía la sensación de estar escuchándose a sí mismo. ¿Se lo estaría inventando todo él solito haciendo hablar a la marioneta? Pero la verdad es que era el muñeco quien hablaba, con una voz que aun siendo la suya, llegaba de muy lejos, de unas abismales distancias que iban más allá de la madera y del Aposento.

La razón le decía que lo mejor era echar a correr antes de ser comido por aquella lógica que decía que los títeres hablan, saltan y se mueven como monos. Pero permaneció en el Aposento, clavado en la silla. ¿Para qué huir? Aquel era su mundo, y los títeres, sus criaturas. ¿Qué tenía que temer? ¿Volverse loco? Hacía tiempo que sospechaba que algo chiflado ya lo estaba. Por otra parte, ¿qué sentido tenía negar la realidad? No estaba soñando y el Aedo seguía frente a él, esperando que le invitara a hablar, después de haber callado al ver la cara de Manuel.

- ¿Y qué pasó entonces?

No podía sonreír la marioneta porque la articulación de la boca no lo permitía, pero le pareció que sí lo hacía al oír su pregunta.

- La situación se volvió tan insufrible, que aquellos títeres atrapados en los viles retablos de los humanos decidieron escapar. Huyeron a las estrellas de las que habíamos venido, y aún más lejos, instalándonos a escondidas en planetas de otras galaxias, donde ni los dioses ni los humanos podrían restringir nuestra libertad. Fue la Gran Fuga, cuando abandonamos los mundos creados por los dioses contradictorios y por los humanos que se creían más sabios que los mismos dioses. Al otro lado del Universo, libres de nuestros cuerpos de madera, pudimos desprendernos de los guantes, hilos y varillas.

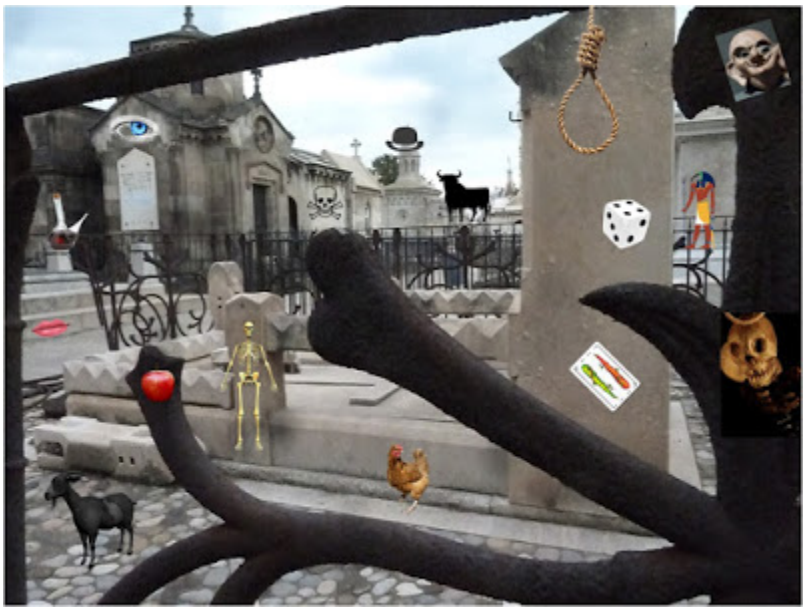
Allí hemos vivido durante millones de años, felices después de haber olvidado a los humanos y sus tristes historias de guerras fratricidas. Pero los millones de años no han servido para borrar una verdad incontestable, y es que nuestra suerte estaba ligada tanto a los dioses que nos habían creado como a los humanos hechos para servirnos. La libertad que gozábamos era un espejismo y tarde o temprano tendríamos que regresar.

Fue muy difícil tomar la decisión, pero al fin se impuso aquella necesidad profunda. Y gracias a los poderes de nuestra imaginación, pudimos instalarnos de nuevo en este sistema solar donde reina el Sol que todos conocemos.

Habíamos vuelto, sí, pero no podíamos pisar el suelo de la Tierra. El viejo planeta nos cerraba las puertas. Aquí, los títeres sólo podíamos estar si se cumplían las viejas condiciones.

Es así como algunos de los que habíamos vuelto tras cruzar los espacios y las galaxias, nos metimos en los cuerpos de lo que había quedado de los antiguos títeres de antaño: estos seres de madera, ropa y cartón con los que los actuales titiriteros ejercéis vuestra profesión. Por mucho que nos ofendiera, no nos quedaba otro remedio. Pero teníamos un plan...

7- Sam



Hizo una pausa el Aedo al ver la cara de pasmo de Manuel, que no se había perdido una palabra, abducido por aquel relato que le hablaba de mundos lejanos, secretos y desconocidos.

Encendió la pipa, que se había apagado después de fumar todas las palabras que había escuchado, ya que para él ese aparato de quemar tabaco y hacer humo era una especie de segundo cerebro que consumía todo lo que pasaba por su entendimiento. Aquella historia sin pies ni cabeza lo tenía agarrado por el pescuezo, atrapado por unas significaciones que no entendía pero que le removían los fundamentos más íntimos de su persona.

- ¿Y el huevo?

Se hizo un silencio.

En ese momento se acercaron Kalim y Kilam, los dos títeres que saltaban como dos monos agarrándose con las manos. Reían por los codos, excitados por no se sabía qué, y se acercaron a las manos de Manuel, como si quisieran que los calzara. El Poeta les hizo un gesto con la cabeza, y los dos pequeños títeres de rostros retorcidos escaparon subiendo por cuerdas y poleas.

- ¿Conoces a estos dos diablos?

- Kalim y Kilam. Es una larga historia la suya. Ellos fueron los primeros en regresar al planeta. ¿Quieres que te lo cuente?

No contestó pero sabía Manuel que se moría de ganas de escuchar su historia. Siempre le habían intrigado aquellos dos títeres, de los que era imposible adivinar la procedencia, fascinado por sus rasgos vigorosos que si algo recordaban eran las poderosas tradiciones rusas y centroeuropeas, de rostros marcados por la locura y la tragedia. Cargó la pipa Manuel y el Poeta empezó a hablar.

Hubo una vez un humano llamado Sam. Había nacido en el seno de una familia normal y se ganaba la vida como una persona cualquiera. Vivía en una ciudad moderna, como tantas hay en el mundo, y las cosas parecían ir la mar de bien. Diponía de un trabajo que no le gustaba, como todo el mundo: tenía un coche, vivía en un piso y miraba la televisión. Algo, sin embargo, no funcionaba. Aquella normalidad le deprimía. Sentía un vacío crecer en su interior. Le llenaba el alma y le sacaba el ansia de vivir.

A Sam le cayó un día el mundo encima. Nada le interesaba y la vida no tenía sentido alguno. Poco a poco dejó de ir al trabajo, empezó a beber y se olvidó de ir al supermercado. Se pasaba los días mirando la televisión y bebiendo cerveza, hasta que le cortaron la luz y lo sacaron del piso, porque hacía tiempo que no pagaba las facturas.

Pronto se encontró en la calle, sin deseos de vivir y sin saber adónde ir. Se puso a caminar por las calles de la ciudad y luego por las carreteras y los campos que la rodeaban. Entró por zonas abandonadas y peligrosas, ya que no tenía conciencia de nada y pensaba que morir sería lo mejor. Exhausto y con ganas de acabar de una vez, se metió donde seguro no podría salir: una tumba, el lugar donde los humanos entierran a sus muertos. Pensaba que allí la Muerte tendría que encontrarlo sí o sí. Todo hacía creer que tenía razón. Y sin embargo, no siempre las cosas ocurren como uno se espera....

Tirado en la tumba como un muerto aún vivo que aspira a serlo, sintió unos pasos que se acercaban. El miedo no le afectaba, ahora que había decidido terminar de una vez. Ya podía venir la misma muerte en persona, que él se quedaría allí esperándola. Los pasos cada vez estaban más cerca y al fin la vio. Una figura repulsiva que arrastraba una capa de color ceniza que cubría un esqueleto. Era la Muerte, claro, que venía a buscarlo. Sintió que lo llamaba, ¡Sam, le decía, ha llegado la hora! Bien lo sabía él, que había llegado la hora. La teatralidad de la situación le hizo reír, lo que no gustó nada a la Señora. Pero al comprender que la cosa iba de verdad, sacó sus últimas fuerzas para decir:

- ¡Estoy preparado, vamos!

La Muerte se acercó más. Sentía su aliento, un hedor a cerrado, procedente de cavernas profundas desprovistas de ventilación, cuando de repente oyó un 'cloc'. Un bastón le había dado con toda su fuerza en la cabeza redonda de la Señora. Esta se detuvo en seco. Un segundo golpe le acertó de lleno y casi le pareció a Sam oir un crujido, algo impensable, ya que de por si la Muerte es inmortal y debe ser inmune a los accidentes.

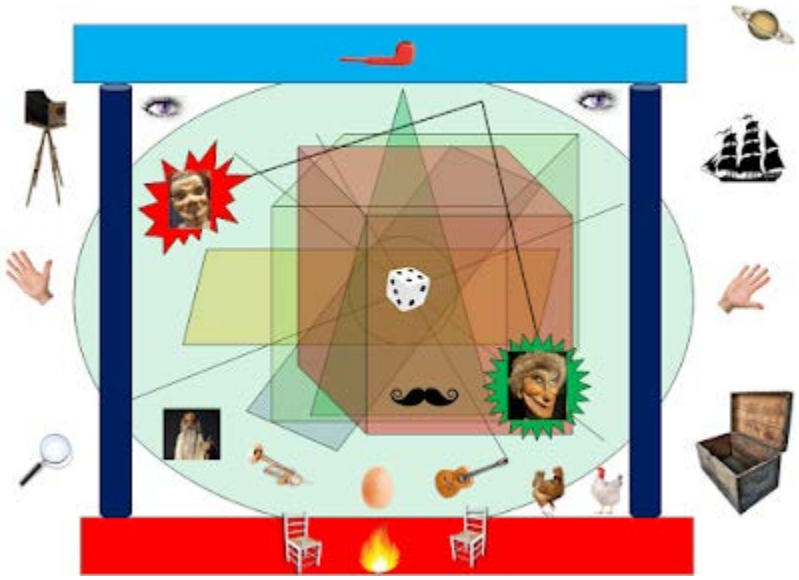
Y entonces lo vio. Un rostro distorsionado, ridículo y retorcido, el de un viejo de cara de madera que sin embargo parecía moverse con una agilidad pasmosa, con un garrote entre sus brazos con el que daba estopa a la pobre señora de la capa sucia y el cuerpo de esqueleto.

- ¡Fuera, fuera de aquí, vieja asquerosa, vete!

Con gritos desgarradores y a golpes de bastón, la aparición consiguió que la Muerte, soplando como una serpiente, se fuera. Sam se quedó aterrorizado. ¡Estoy soñando!, se dijo. Pero el golpe que recibió en la cabeza no fue ninguna ilusión. ¡Aquel espantajo lo estaba aporreando! Pocas fuerzas le quedaban al desahuciado humano como para resistir aquel ataque. Perdió el sentido en un santiamén.

No había tiempo que perder. Sabía la esperpéntica aparición que la Muerte no tardaría en regresar, y que aquel humano estaba más en el otro barrio que en éste. Sacó de sus bolsillos dos trapos sucios, una especie de guantes largos que tenían una cabeza en su extremo, y los calzó en las manos de Sam. Con una aguja horriblemente gorda atada a un hilo de estos de zapatero, cosió los guantes a la carne del pobre moribundo, quien no sentía nada, aturdido como estaba por la somanta recibida. Una vez terminada la truculenta operación, levantó los dos guantes que le había puesto. Dos títeres sangrientos emergían de los extremos de los dos brazos del pobre Sam. La aparición emitió un grito que resonó por la tumba como procedente de otro mundo. Y en el acto, los dos títeres despertaron. El viejo del bastón los sacudió todavía un rato, y no después de someterlos a un baño de gritos y de tacos horripilantes, desapareció tragado por la oscuridad de la tumba.

8- Kalim y Kilam



- Kalim y Kilam!

Así se exclamó Manuel al oír aquella historia que le había puesto la piel de gallina.

- ¡Lo sabías, Manuel, estaba seguro de que lo sabías! Estos dos títeres que compraste en los Encantes son los mismos que un día tomaron vida en las manos de aquel deshauciado mortal.

- ¿Y quién era el de la porra?

- Uno de los títeres más viejos del universo. Él se sacrificó para reiniciar el antiguo contacto con los humanos. Después de aquella gesta heroica, desapareció para siempre, convertido en polvo de estrellas, ya que su naturaleza mágica no pudo resistir más tiempo en la superficie de la Tierra.

- ¿Y qué pasó con Kalim y Kilam?

Estos, al oír su nombre, se acercaron con curiosidad pero distantes, como si temieran las palabras del Poeta, al que guardaban temeroso respeto.

- Esta es una historia que pocos titiriteros conocen y que, sin embargo, se encuentra en el origen de muchas de las cosas que hoy pasan en el mundo.

Comprendió Manuel que el agujero surgido del huevo había convertido el Aposento en teatrillo donde desfilaba la historia entera del mundo, tal vez no la de los humanos, pero sí la de los títeres que en aquel momento saltaban enloquecidos por el taller,

quiénes, al oír las palabras del Aedo, empezaron a callarse y se acercaron, como si ellos también quisieran asistir a alguna función que aquellos dos títeres de guante, Kalim y Kilam, iban a representar con la ayuda del Poeta.

9- El titiritero a la fuerza

Sam permanecía aturdido en la tumba, mientras los dos títeres cosidos en sus manos comenzaron a cobrar vida. Hay que decir que tenían un aspecto muy rústico, con vestidos sucios y andrajosos, y aunque se percibía que uno era masculino y el otro femenino, en realidad ambos papeles eran intercambiables. Se movían despacio, agarrados al cuerpo de Sam, que permanecía aletargado aún por el golpe recibido. Cada vez más animados, le agarran la cara, la giran, buscan despertarlo. Hasta que ambos se encuentran, se huelen, se miran, se tocan, y de repente uno empieza a hablar.

- Kalim?

- Kilam?

- Kalim?

- .....

KALIM - ¿Dónde estamos?

KILAM - Yo diría que en una tumba...

Kalima - ¿Una tumba? Ay, ay, ay... ¿Qué significa esto? ¿Estamos muertos?....

KILAM - No seas tonto, aquí quién está más muerto que vivo es éste....

KALIM - ¿Estará durmiendo?

KILAM - Está aturdido.

KALIM - ¡Pues si que vamos bien! ...

KILAM - Y si no espabilamos, este pájaro nos entierra vivos.... ¡Eh, tú, despierta!...

KALIM - Despierta, despierta...

(Pero Sam no despierta)

KILAM - Nada que hacer. ¿De dónde habrá salido?

KILAM - ¡Mira que nacer en una tumba!

KILAM - ¡Peor sería si estuviera muerto!

KALIM - ¡Nacer en las manos de un muerto...! ¡Qué horror, Kilam!

KILAM - Pero parece que aún respira, tenemos que hacer algo para que salga de aquí. ¡Le soplaré en los oídos!

(Lo hace)

KALIM - Le meto el dedo en la nariz....

(Sam reacciona ligeramente)

KILAM - No hay manera. Ábrele la boca.

KALIM - ¡Sí, y le tiramos de la lengua!

KILAM - ¡Qué buena idea!

KALIM - ¿Y si le hacemos cosquillas?

KILAM - Dudo que sirva para nada...

(Lo intentan)

KALIM - Está más muerto que vivo... Pero respira...

KILAM - Lo que es peor, no tiene ganas de vivir.

KALIM - ¿Qué podemos hacer, Kilam?....

KILAM - Si tuviera una estaca, le daría palos, a ver si reacciona.

Kalima - Sí, sí un garrote, un garrote.... ¿Donde hay un garrote?...

KILAM - No tenemos ninguno, así que nos tendremos que inventar algo. ¡Ya lo sé! ...

KALIM - ¿Qué has pensado?

KILAM - Le diremos que es un cobarde, un llorón y un infeliz. No hay nada que moleste más a nuestros servidores que decirles la verdad. Ya verás cómo reacciona...

KALIM - ¿Y eso cómo lo sabes, tú?

KILAM - Kalim, a veces pareces tonto. Hay cosas que se saben de memoria, porque sí, anda, hazme caso.... ¡Cobarde!

KALIM - ¡Gallina!

KILAM - ¡Llorón!

KALIM - ¡Infeliz!

(Se lo chillan al oído, y Sam despierta poco a poco, abre los ojos y empieza a moverse)

KILAM - ¿No te da vergüenza quedarte así, sin fuerzas, es que te has rendido?

KALIM - ¡Cobarde, gallina, capitán de la sardina!

KILAM - ¡Levántate y anda, sal de esa oscuridad! Sinvergüenza!

KALIM I KILAM (juntos)- ¡Imbécil, tontorrón, memo, insensato, majadero, pasmarote,....!

(Sam se enfada, intenta pegar a los títeres, pero no puede, ya que estos se han apropiado de sus manos....)

KILAM - Ja, ja, ja,... ¡nos quiere pegar!.... Ja, ja, ja... Vamos, simplón, salgamos de aquí y verás lo que es bueno...

(Sam sale de la tumba)

SAM - ¿Os queréis callar de una vez?

KALIM - Ja, ja, ja... Está loco, nos da órdenes...

KILAM - No sabe lo que se dice...

SAM - ¿Pero quiénes sois vosotros? ¡Fuera, fuera de aquí, fuera de mis manos...!

(Intenta sacar los títeres en vano)

KILAM - Ja, ja, ja,... nos quiere echar... ¡Como si mandase sobre nosotros!...

KALIM - Ja, ja, ja,.... ¡Será tonto! ... ¡Eres un memo, tontorrón!

KILAM - ¡Nosotros somos los que mandamos! ¿Lo comprendes? ¡Toma!

(Le propina un bofetón. Kalim lo imita)

KALIM - ¡Toma, toma y toma!

SAM - ¿Pero qué es esto... porque me pegáis?...

KILAM - Para que comprendas que eres tú quien debe obedecer. ¡Toma y toma!

(Le pegan, hasta que lo obligan a sentarse en el suelo.)

KILAM - ¿Lo oyes, cabezón? ¡Nosotros somos los que mandamos! Y ahora, anda, ¡a caminar!....

SAM - No comprendo nada....

KILAM - ¿Qué quieres comprender? Aquí no hay nada que comprender. Tienes que hacer lo que queremos.

KALIM - ¡Anda, a trabajar, holgazán!

(Suena una música que no se sabe de donde viene y los dos títeres se ponen a cantar)

CANCIÓN - Somos los dos títeres calabazas,
somos los dos reyes del ingenio,
Kalim y Kilam, los primigenios,
nacidos en las manos de un bocazas.
¡Arriba el pico,
a marcar el paso
abajo el pie,
como un pelele raso!
Venimos del norte
venimos del sur,
venimos del este,
venimos del oeste,
pero eso poco importa:
somos y seremos
los reyes del ingenio!
¡Arriba la nariz,
a marcar el paso
abajo el pie,
como un pelele raso!

Es de madera nuestra carne,
raíz de sueño y libertad,
es de vida nuestra sangre,
profundo aliento de antigüedad.
¡Arriba el pico,
a marcar el paso
abajo el pie,
como un pelele raso!
Somos los dos títeres calabazas,
somos los dos reyes del ingenio,
Kalim y kilam, los primigenios,
nacidos en las manos de un bocazas.
Tururut, tuturut!
Qui gemega ja ha rebut! [3]

(Sam se para, agotado)

SAM - ¡Basta, basta... no puedo más!....

KALIM - ¿Ya estás cansado?

SAM - Tengo sed y hambre... No aguanto más...

KILAM - Necesita alimento. Le daremos de comer.

KALIM - ¿Nosotros?... Qué asco...

KILAM - ¿Quién sino? Lo tenemos que cuidar...

KALIM - Qué desgracia... convertidos en tatas de nuestro titiritero...

(Le dan de comer. Después de beber. Cae dormido Sam.)

KALIM - Y ahora, ¿qué hacemos?

KILAM - Lo dejamos dormir. Necesita descansar.

KALIM - ¡Me aburro!

KILAM - No tardaremos mucho en divertirnos.

KALIM. Me muero de ganas. ¿Cuándo estará listo?

[3] Estrubillo de la Danza del Tururut, con la que acababan y empezaban totas las representaciones de títeres tradicionales en Cataluña.

KILAM - Con cinco minutos bastará. (Ponen un despertador, que suena enseguida)

KALIM - ¡Ya han pasado los cinco minutos! Eh, tú, a despertar!....

KILAM - ¡Despierta, despierta, y ahora, a trabajar!....

(Suena una música mientras construyen su espacio, el teatrillo donde viven sus aventuras)

10- La función de títeres

Sabía Manuel que en el Aposento no había ningún Sam ni ninguna tumba, pero también sabía que toda aquella escena había ocurrido, lo que explicaba la atención de las demás marionetas, excitadas mientras seguían la función. Aplaudían de vez en cuando y no se perdían una palabra, y cuando los dos títeres cantaban sus canciones, los demás daban palmas y se sumaban a la música como si se la supieran de memoria. Al ser todos de madera, los aplausos y las risas sonaban como una orquesta desafinada de castañuelas.

La acción se había parado con los aplausos, y una de las marionetas, un Perico de ojos alocados, preguntó al Aedo:

- ¿Y qué pasó entonces, abuelo de todos los abuelos?

Este se volvió y le dijo:

- Kalim y Kilam, los dos títeres nacidos en las manos de Sam, habían conseguido revivir al titiritero que los movía, y con ello decidieron construir un mundo adecuado a sus necesidades.

- ¿Pero como lo pueden hacer con el poco empuje que tiene Sam?, le preguntó Manuel, metido de lleno en la historia.

- Ya he dicho antes que los títeres, en su estado primigenio, tienen una imaginación extraordinaria, que ningún otro ser vivo hasta ahora ha igualado. Y la imaginación, cuando aparece de verdad, tiene más fuerza que cualquier otra cosa en este mundo.

- Pero Kalim y Kilam son muy pequeños... como pueden tener tanta fuerza...

Así se expresó una marioneta bailarina que como todas las demás se había quitado los hilos de encima.

- Nosotros, las marionetas de hilo, siempre hemos mirado a nuestros compañeros de guante con desprecio, porque pensamos que somos superiores por el hecho de movernos con hilos, como si así escapáramos a la acción de la gravedad. Pero aún siendo eso en parte verdad, no puedes imaginar la fuerza y la energía que tienen estos títeres, sobre todo porque la extraen de la oculta que esconden sus manipuladores, los cuales ignoran esta fuerza, de la que no tienen ninguna idea. Kalim y Kilam tienen la suficiente para ir tirando, pero tarde o temprano deberán encontrar el secreto de su vitalidad. Esta es su misión. Si la encuentran están salvados. Pero si no la encuentran, todo habrá acabado...

- ¿Qué quieres decir, abuelo de todos los abuelos? ¿Que acabarán por morir y seguir así los deseos de este bobo de Sam?...

- Eso es, en efecto, lo que quiero decir.

- ¿Y como lo encontrarán? Si ni siquiera saben lo que están buscando....

- Lo saben, nosotros mismos se lo acabamos de decir, ¿no te das cuenta?...

Miran todos a Kalim y Kilam, que se habían detenido para escuchar la conversación de sus espectadores, y al darse cuenta de que la función debía continuar, se ponen ambos en acción, y todos pudieron ver de nuevo al pobre Sam con los dos títeres cosidos en los brazos.

11- El Cíclope

KALIM - ¿Qué ves allí delante, Kilam?

KILAM - Una montaña de formas extrañas, puntiagudas y peligrosas de escalar...

KALIM - Las mismas que veo yo, que deberán ser cruzadas para alcanzar la otra esquina de estas tierras salvajes...

KILAM - Y vencer a los monstruos que allí habitan...

KALIM - Pesados y horrorosos como todos los monstruos de este mundo...

(Y mientras dicen estas palabras, Manuel y todos los presentes ven como las montañas de las que hablan se levantan, bien moldeadas por los dos títeres y el pobre Sam)

KILAM - Aquí está el bosque que unos dicen encantado...

(Aparece el bosque, mientras ellos van poniendo los árboles)

KALIM - El bosque que esconde tantas historias como árboles contiene...

KILAM - ¿Y es aquí donde vive el gran Dragón que lo sabe todo?

Kalima - Sin duda, al que se debe responder con las respuestas adecuadas....

(Y justo en ese momento, les ataca un dragón imponente de los que sacan fuego por la boca. Sam debe cerrar los ojos ante aquella arremetida inesperada, pero ya Kalim y Kilam se han armado de dos bastones, y se inicia una persecución por entre el paisaje

de los decorados de las montañas, hasta que, después de marear al mágico ser, consiguen meterle uno de los bastones en la boca, momento que aprovechan para zurrarlo y lanzarlo a los abismos de donde ha salido.)

(El público de títeres y el mismo Manuel aplauden excitados. Entonces, una serpiente que se había escondido asustada por las llamaradas del Dragón, se asoma y se dirige a los dos títeres)

SERPIENTE - Gracias, amigos, ¿cómo os puedo devolver el favor que me habéis hecho al salvarme de este monstruo?

KALIM - Buscamos al gran Dragón sabio que sabe dónde se esconde el Cíclope de un solo ojo...

SERPIENTE - ¿El padre de esta quimera? ¿Estáis locos? ¡Correis un peligro inmenso! ¡Si no contestáis sus preguntas como él quiere, os comerá como si fuerais dos bomboncillos!

KILAM - ¡Lo sabemos y nos la rechinfla!

SERPIENTE - Veo que sois valientes, pero si queréis encontrar al dragón, antes debéis conocer la palabra mágica.

KALIM - ¿Una palabra mágica? ... ¡Ah, eso aún me gusta más! ¿Cuál es...?

KILAM - Sí, sí, ¿cuál es, cuál es? (Preguntan los dos excitados)

SERPENT - ¡Morcilla! En esta cueva lo encontraréis, pero tened cuidado, ya que si os equivocáis en las respuestas, os zampará para postres....

(Desaparece la serpiente. Se quedan ante una gran cueva)

KALIM - ¿Es aquí donde vives, gran Dragón de la raza de los buenos?

(No se oye nada)

KILAM - Hemos de decir la palabra mágica: (ambos) ¡Morcilla!

(Se oye un profundo temblor, y sale un gran Dragón negro que saca fuego y humo por la nariz y las orejas)

DRAGÓN - ¿Quien viene a interrumpir la paz del gran dragón?

KALIM - Somos nosotros, oh gran dragón, queremos saber donde se encuentra el Cíclope de un solo ojo.

DRAGÓN - ¿Y para qué queréis al Cíclope?...

KILAM - Él sabe donde se encuentra el Secreto del Gran Vivo.

DRAGÓN - ¿El Gran Vivo? ¿Y para qué queréis vosotros este secreto, enterrado desde hace siglos en los más profundos avernos de este mundo?

KALIM - Somos Títeres, ¿no lo ves?, y si queremos vivir, hemos de resucitar a este pobre desgraciado (indicando el manipulador) que camina sobre dos patas y al que la muerte no deja en paz!

DRAGÓN - Nada detiene a la muerte, y aún menos dos títeres pequeños y ridículos como vosotros. Pero si quieres saber algo, tendréis que contestar a mis preguntas.

KILAM - ¡Pregunta, pregunta, que te responderemos como nos dé la gana!

DRAGÓN - ¿Habéis hecho daño alguna vez?

KALIM Y KILAM (juntos, alternando las palabras) - ¡Por supuesto! Cada día! ¡A todos hacemos bailar como a una peonza y con la estaca, damos palos a mansalva!

DRAGÓN - ¿Sois buenos y hacéis obras pías?

KALIM Y KILAM - No, qué va, no somos nada buenos, somos malos y embusteros, aplastamos ratas y hormigas, somos amigos de la guillotina, y no cesamos de decir mentiras.

DRAGÓN - ¿Habéis matado alguna vez?

KILAM Y KALIM - ¡Desde luego, no sólo a perros, gatos, toros y sardinas, sino a padres, madres y a nuestra tía!

DRAGÓN - ¡Basta, basta, veo que conocéis la ley del Gran Dragón! ¡No tengo más remedio que revelaros el secreto ansiado! ¡Pero tened cuidado, ya que los peligros que habéis pasado no son nada comparados con los que os esperan!

KILAM Y KALIM - Dinos, viejo dragón, el secreto del Cíclope.

DRAGÓN - Es fácil encontrar al Cíclope, pero para hacerlo hablar, su ojo le tenéis que robar. Lo encontraréis arriba en aquel volcán, ya que es muy friolero y busca sitios con estufa.

(El Dragón se va)

KALIM- ¿De qué volcán habla?

KILAM - Aquel que hay allá arriba, ¿no lo ves?

Kalima - Es verdad, como no lo había visto antes...

(Y como por encanto, hacen aparecer el decorado de un volcán en el teatrillo de títeres)

Tranquilo Perico, que lo miraba todo con los ojos abiertos como dos naranjas, exclamó:

- ¡Son muy valientes, abuelo! ¿Pero cómo saldrán con la suya?

- No lo sé, pero lo han de intentar. Lo peor, es que se encuentren con la Muerte y no sepan como esquivarla...

Y justo en ese momento, aparece la Muerte detrás de los dos títeres.

- Lo ves? Estaba seguro de que vendría. ¡Eh, cuidado, cuidado!

Así se exclamó el Aedo al ver a la Pálida acometer por sorpresa a Kalim y Kilam. Todo el público de títeres se suma a sus gritos

- ¡Cuidado, cuidado!...

(Pero Kalim y Kilam no ven al horrible esqueleto)

KALIM - Quizás sea hora de hacer trabajar a este grandullón, ¿no?

KILAM - Hace rato que le cuesta moverse...

KALIM - Es como si tuviera pereza, como si tuvieras ganas de acabar....

KILAM - Quizás con un buen cachiporrazo.... ¡Pero mira, Kalim! ....

(Ven a la Muerte)

KALIM - ¡La Vieja que nos viene a buscar! Ay, ay, ay....

(Inician una tremenda persecución. Pero la Muerte atrapa a Kalim, saca una horca y le dice que le ha llegado su hora, que ponga la cabeza en el nudo. El pobre Kalim, temblando de miedo, no acierta. Lo intenta varias veces. Harta, la Muerte le enseña cómo se hace. Y al poner la cabeza en el nudo de la horca, los dos pilluelos tiran de la cuerda, cuelgan a la Muerte y escapan a toda velocidad, mientras el público aplaude enfervorizado).

KILAM - ¡Por poco no nos pilla!

KALIM - ¡Vamos a ver al Cíclope!

(Se esconden. Sale el Cíclope del interior del volcán)

CÍCLOPE - Está oscureciendo, hum, a dormir. ¡Aquí se está calentito! Es hora de sacarme el ojo y ponerlo debajo de la cama. ¡Buenas noches!

(Esconde el ojo y se pone a roncar)

KILAM - ¡Ya lo tenemos! (Cogen el ojo)

KALIM - ¡Eh, Cíclope, ya puedes despertar, es de día!

CÍCLOPE - Eh, ¿cómo?, ¿tan rápido se ha hecho de día?,... ¿Y quién está aquí?, Mi ojo, ¡dónde está mi ojo!

KILAM - ¡Lo tenemos nosotros, viejo carcamal, y si quieres tu fanal, tienes que decirnos el Secreto del Gran Vivo!

CÍCLOPE - Malditos! (Intenta cogerlos pero no los ve) ¡Devolvedme el ojo!

KALIM - ¡El secreto a cambio del ojo!

CÍCLOPE - ¡No lo puedo decir! ¡Es un secreto muy bien guardado!

KILAM - ¡El secreto si quieres el ojo!

CÍCLOPE - Ahhhhh !!! (Rabioso ...) Os lo diré, pero no os servirá de nada, porque es una adivinanza y nadie la puede descifrar.

KALIM - ¡El secreto o la adivinanza, es igual, y te daremos el ojo!

CÍCLOPE - Si quieres el Secreto del Gran Vivo encontrar, ábrele la cabeza, métete en ella y vacíale el buche.

KILAM - ... Ábrele la cabeza, métete en ella y vacíale el buche... ¿Y eso qué significa?

CÍCLOPE - ¡El ojo!

KALIM - Te lo daremos, pero no nos fiamos de ti. ¿Como sabemos que no nos querrás atrapar y lanzarnos dentro del volcán? Pues mira, ya que te gusta tanto el calor, búscalo en su interior.

(Le echan el ojo dentro del volcán)

CÍCLOPE - ¡Ah, malditos, lo habéis echado al fondo del volcán! ¡Tardaré años en encontrarlo!

(Cíclope se mete de cabeza dentro del volcán para buscar su ojo)

KILAM - Ja, ja, ja... Con esto estará entretenido unos pocos miles de años.

KALIM - ¡Ya tenemos la adivinanza! ¡Olé, olé!

KILAM - Si, olé, olé, ¿pero qué significa?

KALIM - Ni idea, veamos... Ábrele la cabeza, métete en ella y vacíale el buche... ¿A qué se debe referir?

KILAM - El Secreto del Gran Vivo... ¿A qué vivo debemos abrirle la cabeza?

KALIM - De vivo, aquí, sólo tenemos a uno, más muerto que vivo, pero vivo a pesar de todo...

(Miran a Sam)

KILAM - ¡Pero no podemos abrirle la cabeza! Con la poca que tiene, sólo faltaría que la perdiera entera....

KALIM - Pero es lo que dice la adivinanza.

KILAM - Sí, de eso no hay duda...

KALIM - ¿Y cómo podemos abrirle la cabeza?

KILAM - Con la cachiporra, siempre lo hemos hecho así.

KALIM - Para empezar está bien. ¿Pero para vaciarle el buche...?

KILAM - Lo hacemos con una sierra, la que utilizamos para cortar maderas y construir los decorados.

KALIM - Pero antes hay que darle leña para aturdirlo...

KILAM - Sí, las cosas se hacen una detrás de otra. ¡La estaca!

KALIM - Eso. ¿Estás preparado?

KILAM - Sí, lo estoy!

KALIM - ¡Pues, al loro, Kilam!

(Levantan la cabeza de Sam y le dan palos con la cachiporra. En vano intenta defenderse el pobre titiritero a la fuerza. Lo aturden.)

KILAM - Bueno, ya tenemos la primera parte hecha. Repasemos la adivinanza: Ábrele la cabeza, métete en ella y vacíale el buche...

KALIM - Le abrimos la cabeza. ¿Tienes la sierra?

KILAM - Aquí está.

(Le sierran el cráneo y separan la parte de arriba.)

KALIM - Hecho, ¡pero aquí no hay quien se meta!

KILAM - Está lleno de trastos...., parece la buhardilla de una abuela...

KALIM - Pues hala, a hacer espacio ¡fuera trastos!

(Van sacando objetos del interior de la cabeza de Sam: su carné de identidad, un pasaporte, una bombilla fundida, un cuchillo, una pistola, una cerveza, unos viejos sujetadores de mujer, un transistor, una cajetilla de cigarrillos,....)

(El público estalla en carcajadas al ver la locura de los dos títeres)

KILAM - Ya hemos hecho un poco de limpieza. Ahora dice la adivinanza: métete en ella...

KALIM - ¡Vamos pa dentro!

KILAM - ¿Ya le hemos vaciado suficientemente el buche?

KALIM - Eso ya lo veremos cuando estemos dentro.... Anda, tú primero, Kilam...

KILAM - No, tú, Kalim...

(Uno de los dos se mete dentro, y el otro lo sigue)

12- El Secreto del Gran Vivo

Estaba muy excitado Manuel en compañía de sus títeres y marionetas, convertidos en el público de aquel teatro inverosímil que tenía lugar en el Aposento, donde los dos títeres Kalim y Kilam acababan de serrar la cabeza del pobre titiritero y se habían colado en su interior.

- ¡Pero eso es un disparate!

Así estalló Manuel, aunque tenía que reconocer que se lo estaba pasando pipa, ante la acción tan enloquecida de aquel par de títeres que había comprado en los Encantes.

El Aedo, que no perdía de vista al viejo titiritero, dijo:

- Estos dos pioneros del espíritu, pues así es como debemos considerarlos, lograron aquello por lo que habían sido enviados a la Tierra. Una empresa casi imposible, y gracias a su gran imaginación, pudieron superar todos los peligros.

- ¿Pero cuál era el objetivo? ¿Qué buscaban en el interior del titiritero?

- Dejemos que nos lo acaben de explicar Kalim y Kilam...

Vieron entonces como la escena se transformaba por completo. Allí donde antes estaba el retablo que se iba transformando en los diferentes decorados de la historia, ahora vieron de repente una gran tela iluminada por detrás y en la que se insinuaban

formas y figuras que no podía ser otra cosa que el interior del cuerpo o del alma del pobre Sam. Así lo dedujo Manuel al ver las siluetas de los dos títeres, Kalim y Kilam, que se paseaban por entre las sombras de aquel espacio fantasmagórico, perdidos en unos interiores de los que no sabían nada y que hablaban de las profundidades de aquel humano caído en desgracia y resucitado como titiritero.

Las dos sombras subieron en una especie de barca de Caronte, ya que el remero recordaba la conocida silueta del conductor mitológico de los muertos, aunque del significado de aquella barca no supieran nada. Sonaba una música apagada hecha de retazos de sueños y recuerdos, que se confundían y mezclaban en una sopa sonora de canciones y melodías diezmadas por el tiempo. Cruzaron por espacios complicados y peligrosos, donde irrumpían figuras de monstruos, de demonios con sus tridentes, de arquitecturas espantosas, pero donde también estaban las figuras de los dioses antiguos, los que han acompañado siempre a los humanos a lo largo de su existencia. Se adentraban por unas entrañas arquetípicas de gran profundidad que conectaban con los fuegos interiores de la tierra, allí donde Vulcano forja armas, hierros y bronces, y donde Plutón guarda sus tesoros. Vieron como Kalim y Kilam iban penetrando en estos abismos mitológicos, mientras por las esquinas emergían figuras de dioses con cabezas de animales, templos remotos de la antigüedad y otras presencias indefinibles que hablaban de unos orígenes aún más arcaicos y primigenios.

Llegaron a un fondo insondale de oscuridades milenarias. Y de repente, estalló un grito feroz, inhumano, un grito que emergió de un chorro de energía que rompió la visión de aquellas sombras fantasmagóricas donde hasta entonces se habían movido Kalim y Kilam. Y la figura de un Sam pletórico de vida, los dos brazos alzados con ambos títeres en las manos, salió de las telas rasgadas gritando con aquella nueva voz que le había había brotado de la nada, la que los dos títeres habían encontrado en su interior recóndito, el Secreto del Gran Vivo, como lo habían denominado. Vieron la figura del titiritero transfigurada, poseída de una luz interior, exultante en su grito de triunfo.

Y después de contemplar la figura vitalizada del titiritero resucitado, toda la escena desapareció de golpe y los dos títeres Kalim y Kilam regresaron a su tamaño real en el interior del Aposento, mientras las demás marionetas, el Aedo y el mismo Manuel estallaban en aplausos, enardecidos ellos también por el grito frenético con el que había terminado la función.

13- El Aposento

El Poeta hizo un gesto imperceptible con la cabeza y todos los títeres que se habían reunido en el Aposento se esfumaron por el taller. Sólo los dos pequeños héroes de la historia permanecieron en un rincón, encima de la urna donde habían vivido los últimos años, inmóviles con sus rostros de facciones desencajadas.

Pensó Manuel que debería estar en estado de shock, tras el despropósito de los hechos vividos y la incapacidad de comprender nada. Y sin embargo, no lo estaba, incluso todo lo contrario, se sentía eufórico y una curiosa clarividencia lo poseía, como si el hecho de que unos muñecos de madera se pusieran a hablar, a pensar y a transformar el espacio con imágenes que salían de la nada, fuera una realidad tan lógica como el huevo y todo lo que su aparición había precipitado.

Y supo Manuel que allí en el Aposento habían ocurrido unos misterios difíciles de explicar pero que tenían una razón de ser clara, una de esas razones que se entienden sin entender, que es una de las maneras que tenemos los humanos de entender las cosas, con la mayor de las tranquilidades y sin entender ni una jota.

Sobre la cuestión de quién había puesto el huevo, no tenía dudas al respecto: lo había puesto él y lo habían puesto los títeres, en uno de estos cruces que ocurren a veces, pocas, eso sí, en los que determinadas densidades acaban por cuajar y precipitarse mutuamente, como ciertos gases que al encontrarse crean sustancias nuevas, sólo que aquí la sustancia creada tenía la forma de un huevo. Pensó Manuel que era normal aquella irrupción del huevo, cuando hacía tanto tiempo que se movía entre las inacostumbradas ficciones de los títeres, al ser estos los escenarios naturales donde

nacen y viven estos seres diabólicos, con unos orígenes que sólo tenían explicación si se sitúan en sus paisajes, cargados de misterios y sorpresas.

Desde siempre sospechó Manuel que aquella aventura con los títeres emprendida hacía tantos años, tenía puntos y apartes, momentos clave de cambio que daban sentido a la sucesión de los acontecimientos, a las décadas ininterrumpidas de trabajo en el taller donde realidad y ficción se confundían, y del que el Aposento era su centro neurálgico. Tal vez el mismo Aposento había puesto el huevo, al ser aquella habitación una especie de alma suya, poblada por todos los personajes que habían nacido de su imaginación.

Otra certeza fue saber que a partir de ese momento, debería bastarse solo. Quizás aquella era la significación profunda del huevo. Sentía que todo esto de los títeres había quedado atrás y que el huevo era un imperativo y un punto y aparte, una especie de mandato que venía de su propia persona: un imperativo que tenía que ver con esta capacidad de imaginar y de crear que le habían enseñado los títeres, llegados de mundos lejanos según decían. El huevo había dejado un agujero que conectaba la Tierra con estos mundos, un agujero delgado como una aguja, que de hecho había desaparecido al romperse la cáscara, pero que permanecía invisible y activo, como él sabía muy bien con una seguridad absoluta.

Miró hacia arriba y vio más allá del techo del Aposento. Su mirada subía en unas verticales que eran unas líneas de fuerza que se movían inciertas, esperando la mano que las situara en una dirección u otra. Allí donde ponía el ojo, nacían líneas de este tipo, rectas pero con ganas de curvarse hacia donde quisiera.

Mareado y asustado por aquella visión, se dio cuenta que el Aedo lo contemplaba impertérrito, con sus ojos de vidrio de una profundidad insondable.

- Se acabó, Manuel. Lo has entendido todo muy bien. Sepas que aunque desaparezcamos, nos tendrás a tu lado. No nos podemos escapar. Tus puntos de fuga son nuestros lugares de encuentro. Lo que importa es la mirada. Nosotros vivimos en la tuya y sólo en tí nos encontraremos. Ahora somos libres, pero dependemos de tu capacidad de levantar andamios. Por eso te hemos ayudado a poner el huevo.

- ¿Y Sam?

- Fue un intento fallido. Imposible aguantar aquella energía que Kalim y Kilam le habían despertado. Tenemos que ser más cautos, no nos podemos saltar las leyes terráqueas de la generación tan a la torera, Manuel.

- ¿Pero cuál era el Secreto del Gran Vivo?

- Debes saber, Manuel, que todos los humanos, a pesar de la degeneración de la que sois objeto, guardáis en las profundidades de vuestro ser el recuerdo de aquellos primeros títeres para los que habíais sido creados, dotados de unas energías primigenias, capaces de convertir en realidad la imaginación y de vencer a la Muerte. Kalim y Kilam encontraron el recuerdo de aquellos primeros títeres. Pero Sam no era la persona adecuada. Tanta fuerza lo mató.

Manuel encendió la pipa y el Aedo, seguido de Kalim y Kilam, salió del Aposento, vacío ahora de marionetas.

2a Parte: La Extravagancia

1- La pipa

Atención. Tenemos que introducir aquí un elemento nuevo, esencial para entender la magnitud de los hechos que acontecieron tras el episodio del huevo. Nos referimos al elemento o factor 'pipa', este instrumento de embrujo que sirve para quemar tabaco y que era utilizado con frecuencia por el titiritero Manuel. Una consideración que viene a cuento porque, sin él sospecharlo, la pipa ha tenido un protagonismo inesperado en esta historia descomunal.

Regresemos al escenario de los hechos para preguntarnos cómo reaccionó Manuel una vez solo en el Aposento, afectado por aquella niebla de luz oscura que había salido del huevo.

Pues la verdad es que siguió abriendo el taller y trabajando como si nada hubiera ocurrido. Por suerte, no todas las marionetas habían desaparecido, lo que permitió un cierto aire de continuidad. Eso sí, vació las cuatro cosas que quedaban en el Aposento

y lo cerró con llave. También dejó de recibir alumnos, y a los cuatro que tenía los fue despachando con amables excusas. A los pocos días el huevo había quedado en una simple pesadilla de agosto. Pero el Aposento no lo pisaba ni en pintura.

Un día, después de un largo paseo por la playa, acabó sentado en su roca, donde solía descansar con los pies en el agua. Al sacar la pipa, se dio cuenta que no tenía tabaco. Deberé fumar sin fumar, se dijo. Con la Matilde colgada en los labios, dejó que el rumor del huevo, que sentía en la cazoleta de la pipa, se mezclara con el del mar.

El vacío que se había apoderado de su espíritu se volvió en aquella hora tardía más vacío que nunca. Y el hecho de no tener la pipa tabaco aumentó esa sensación angustiosa, de sentirse tan poca cosa en la inmensidad del mundo, del universo entero.

Y de repente, ocurrieron dos cosas.

La primera fue saber con absoluta certeza que la angustia, espesa como nunca, era el mismo vapor de la luz oscura del huevo que lo había envenenado.

La segunda fue darse cuenta de que aquellos humos, que tenían el color de su angustia, salían de una cazoleta que no era la de Matilde, sino de otra pipa que llevaba dentro, más o menos a la altura de la barriga y aún más abajo, como si su propio cuerpo se hubiera convertido en una pipa que sacaba humo a todo gas, el humo de su angustia que era también el vapor de luz oscura del huevo de los títeres. ¡Se había convertido en el huevo que era la pipa que llevaba dentro! ¡Quemaba un combustible cuyo humo era la angustia que sentía!

Y entonces, la angustia mutó en euforia, la misma euforia que había sentido al contemplar la representación de Kalim y de Kilam.

Fue como un puñetazo, la revelación lo dejó estupefacto durante un largo rato, sentado en la roca junto al mar, mientras los bañistas plegaban velas y abandonaban poco a poco la playa.

2- **La combustión**

Fumaba sin fumar. Decubrirlo lo dejó absorto y maravillado. Era una percepción nítida de una cazuela que tenía la forma de un huevo roto en el que ardía sin quemar el combustible de su vida, todo lo que había hecho y sido a lo largo de los años, mientras caminaba por la arena mojada. Sí, su propia vida era parte del combustible que necesitaba para mantener encendida aquella pipa misteriosa que se confundía con el huevo y que generaba una niebla que tenía el color de la angustia que llegaba ahora exultante.

Aquella mezcla de angustia y de euforia era una poción perversa, un veneno que lo obnubilaba pero a su vez lo excitaba y lo empujaba a un optimismo desmesurado. Y aquel humo que le mareaba y le picaba los ojos, produjo un efecto inquietante. Se vio a sí mismo, o más bien aquella parte de la persona que uno se imagina que es y que se sitúa en la cabeza, la vio bajar como un globo que se desprende de las argollas que lo sujetan arriba, hasta alcanzar la superficie de la cazuela donde se realizaba la combustión de su persona.

Se sintió todo él rodeado por aquellas emanaciones que salían de la pipa en que se había convertido, la razón completamente cegada, pero sin problemas de respiración, ya que por suerte la nariz la seguía teniendo donde siempre, por lo que siguió caminando tan tranquilo, respirando a fondo las bocanadas de luz negra que venían de abajo y el aire salado del mar, mientras se veía a sí mismo descendido y fumado por el huevo que se había vuelto pipa. Y ese mirarse a sí mismo desde esa nueva altura

sabiendo que su razón permanecía en estado de levitación sobre los chup-chups de la cazuela de la barriga, le provocó un ataque de risa.

Pero entonces, ¿quién demonios soy yo?, se preguntó, ¿aquél que se contempla fumándose a sí mismo o aquél fumado de abajo? Había dos 'aquéllos' o dos 'yoes', claro, el de abajo y el de arriba, ¡pero alguno debería ser más 'yo' que el otro! Pensó que lo mejor sería quedarse con el que sabía de lo que estaba hablando, porque el de abajo se encontraba algo menguado en sus facultades. Se tronchaba, reía como un loco. Se dio cuenta de que el de abajo seguía vivo, disfrutando de la combustión de la que era objeto pero 'con los ojos cerrados', por decirlo de alguna manera, porque el de arriba los tenía muy abiertos.

La situación se estabilizó y sintió un descanso interior. El caso es que se estaba fumando y que esto era lo más lógico y agradable del mundo. Fijándose un poco en la percepción de sus dos yoes que se hallaban tan entretenidos, se dio cuenta de que el aire se le llenaba de las imágenes que salían de la cazoleta de su huevo interior. ¡Era la película privada de su vida, vista desde esa mezcla de angustia y de euforia, el material sensible de la combustión de la pipa, que le resultaba exultante por la nitidez de la visión!

Fue bonito entretenerse con las escenas de aquellos primeros años de profesión, viajando con Eva por los cinco continentes mientras inventaban los personajes y las historias que los envolvían. Y luego se vio en el taller, creando mundos nuevos para sus títeres y los espectáculos que maravillaban a los visitantes. Más tarde, volvió a vivir su estancia en el Aposento y la aparición del huevo, con los hechos posteriores ya conocidos. Y comprendió que aquella mirada iba más allá, dotada de una calidad de vivencia que le permitía revivir siempre que lo quisiera todo lo vivido. Caramba, pensó, ¡me podría pasar la vida entera viéndome a mí mismo reviviendo mi vida!

Y entonces tuvo un nuevo choque, porque de repente se vio a sí mismo obcecado en las visiones interiores que le proporcionaban sus 'yoes', los dos que yacían atrapados en el quehacer de la combustión de la pipa en su interior, y esta visión le provocó un nuevo ataque de risa, aún más alegre y liberador, ya que era evidente que aún había otro 'yo', un 'tercero' que se lo miraba todo desde afuera, no desde la cabeza, sino desde aún más arriba, quien ya no tenía ganas de fumar pipa alguna sino simplemente de pasear arriba y abajo por donde se le antojaba. Este 'tercero' era él, por supuesto, libre de los otros dos 'ellos' que se entretenían abajo con la pipa y sus imágenes, de los que había salido gracias a los efectos de aquel humo de la pipa que lo había empujado hacia arriba, humo que ahora se había convertido en el aire normal que respiraba, un aire que le permitía hacer lo que quería, a pesar de seguir caminando por la playa como estaba haciendo, con la pipa vacía en los labios, mientras el agua del mar le mojaba los pies y la ciudad empezaba a dejarse cubrir por las sombras de la noche.

3- A Miramar

Al día siguiente, tras pasar unas horas en el taller, volvió por la tarde a la playa y se sentó en la roca de siempre. De inmediato, notó que se le encendía la pipa, no la de los labios sino la que sabía que era el huevo que ahora llevaba dentro. Y el mismo proceso de multiplicación interior se disparó, dándole aquella visión exterior del 'tercero' que se mira desde arriba. En el acto se puso a caminar por la orilla del mar, al ser aquella curiosa dinámica fumatoria un motor que lo impulsaba al movimiento.

Recorrió la playa y se metió por el barrio marinero de la Barceloneta, que cruzó como uno de estos sonámbulos que caminan por las azoteas con los ojos cerrados, aunque él los tenía bien abiertos, los ojos. Y mientras miraba de no perder pie y seguir las normas habituales de los peatones que no quieren ser atropellados por los coches, aquel otro que miraba desde arriba subió por balcones y terrazas, como un canguro aéreo que se ríe de la gravedad y de la lógica, saltaba como un conejo travieso más pendiente de las alturas que de los bajos, de los que ya se encargaba la parte de las suelas de sus zapatos tocando el suelo, sin dejar la protección de las aceras.

De esta manera inexplicable llegó a Miramar, después de saltar toda la franja del Puerto, las Ramblas y el Paralelo, donde su disociación de personas pareció calmarse, mientras se sentaba, en plural, en uno de los bancos de los jardines que miran al mar. El día caía sobre la ciudad y pronto se fue imponiendo el azul cada vez más oscuro del atardecer. La noche salía lentamente del mar, una presencia de capas oscuras. La acompañaba el silencio y el frescor de la hora, más un susurro discreto de pájaros y turistas.

Entonces, una luz imponente irrumpió sobre el perfil lejano de la Barceloneta. Pensó que tal vez fuera una de estas celebraciones que se hacen en Barcelona con tanta frecuencia, para atraer la atención del mundo y distraer a sus habitantes. Pero la incógnita duró poco: era la luna que se levantaba de su cama con plenitud inaudita, un globo gigantesco de luz que subía sobre el horizonte.

Sintió que la luna lo atrapaba. El satélite se había fijado en él, sin duda alguna.

Tuvo que bajar al huevo que quemaba en su interior para recordar que se estaba fumando desde la pipa que sacaba el humo de su propia combustión, para dejarse poseer otra vez por la angustia que se transformaba en euforia, y así poder encajar aquella llamada de la luna que nacía.

Se hallaba inmerso en la atmósfera del huevo, que vació el jardín, una niebla que sólo él podía respirar, mientras veía como la luna cogía altura.

En un instante, el astro se impuso como realidad única. No había nada más en el entorno. El silencio era tan grande, que casi le dolían los oídos.

Y entonces lo vio. Estaba sentado a su lado, en el banco del jardín de Miramar. Un señor bien vestido de traje y corbata, con un rostro que se estiraba un poco hacia delante, una nariz y una boca que parecían afilarse en una cabeza de pájaro, los ojos saltones y el cabello negro brillante peinado hacia atrás.

- Buenas noches.

Había aparecido por sorpresa, como alguien que pertenecía al paisaje, a la hora y a la luna que lo centraba todo.

- Buenas noches, contestó Manuel.

- Me llamo Quinqué, Josep Quinqué, para servirle a usted.

- Encantado, señor Quinqué, mi nombre es Manuel.

- ¡Mucho gusto! ¡Qué noche más bonita!

- ¡Es verdad, señor Quinqué!

- Luna llena, de las más llenas de este verano.

- Parece que sabe mucho, usted, de lunas...

- Un poco. Las lunas son más interesantes de lo que nos pensamos.

- Yo sólo conozco una.

- Si, sí, es lógico, pero sepa que de lunas hay muchas. ¿Sabe de cuántas dispone Marte?

- No sabía que tuviera lunas ...

- Dos, Deimos y Phobos, pequeñas pero curiosas. Pero quien nos gana a todos es Júpiter. ¿Quiere que le diga cuántas tiene?

- Si me lo pone tan fácil ...

- ¡Sesenta y siete!, claro que las hay de todo tipo, unas son simples asteroides, desecho cósmica que el astro ha recogido, para distraerse y para sus múltiples necesidades, ya me comprende, pero incluso entre los simples asteroides, algunos son nombres de peso. Fíjese que dos de ellos se llaman Héctor y Aquiles.

- La primera noticia.

- Nadie lo sabe, pero en cambio, cada día sabemos más sobre los planetas que nos rodean. Piense que son nuestros vecinos más inmediatos.

- Si usted lo dice...

De repente sintió un pánico atroz. Aquel individuo había aparecido de la nada, y tenía un aspecto de lo más extraño, con aquella cara de pájaro y vestido con un aire antiguo y pasado de moda.

- Oiga, ¿no será usted un títere de estos que se ha quitado los hilos de encima?

- Ja, ja, ja..., ¡qué cosas dice usted! No, no señor, soy guía turístico. Y usted, ¿a qué se dedica?

- Soy, o más bien era, titiritero. La verdad es que no le sabría decir qué soy ahora...

- ¡Titiritero, qué profesión más bonita! Debe de ser muy divertido ser titiritero, ¿verdad?

- Bueno, no tanto como parece. Oiga, ¿y qué hace usted aquí?

- Mire, voy a serle franco. Me envía un amigo suyo, se ha identificado como el Aedo. Pero yo trabajo para el señor Mercurio.

- ¿Así que usted conoce al Aedo?

- Así se ha presentado cuando ha venido a la agencia.

- ¿Ah sí? ¿Y en qué agencia trabaja usted?

- Ya se lo he dicho, la del señor Mercurio. Al parecer, le tenemos que asesorar sobre algunos trabajos que se trae entre manos.

- ¿Ah sí? ¿Y sobre qué asesoran, ustedes?

- Ya le he dicho que soy guía turístico. Barcelona es una ciudad espléndida, la reina del turismo europeo en estos momentos, se lleva todos los rankings, ¿sabe? Aquí hay mucho trabajo, no se lo puede imaginar. Se comprende que el señor Mercurio se haya querido instalar aquí, por supuesto.

- Claro, claro, es de una lógica aplastante. ¿Y se puede saber porque tiene esa cara de pájaro?

- Ya me lo han dicho otras veces, ¡sí señor! Cosas del oficio.

- Entiendo, señor Quinqué, ¿y donde se supone que usted me ha de guiar?

- A la luna.

- ¿A la luna?

- En efecto, es el encargo que me han hecho. Sepa, Manuel, que todo esto son habas contadas. El señor Poeta o Aedo, como dijo llamarse, nos explicó el tema del huevo cuando vino al despacho. Y a nosotros nos parece muy bien, porque como le decía Barcelona es hoy una ciudad única en el mundo por el acopio de sus visitantes y por la cantidad de cosas singulares que aquí ocurren, y nuestra obligación es servir al cliente por encima de todo. Ahora bien, como buen profesional que soy, debo cobrarle mi trabajo, no hacerlo sería ir contra este principio universal del salario que todos debemos cobrar, ya que sin sal, ¿qué haríamos en este mundo? Por supuesto, el señor Poeta ya nos ha dado un anticipo suficiente, pero en eso debemos ser exigentes con el protocolo, especialmente hacia su persona, que no se diga que usted no nos hubiera solicitado ni pagado nuestros servicios, por lo que le propongo lo siguiente: usted nos paga un euro, precio simbólico, ya ve, y como complemento, se compromete a tener siempre unas buenas cajas de puros habanos. No es necesario que sean primeras marcas, con unas brevas normales me basta. Usted que fuma en pipa, seguro que lo comprenderá. ¿Está de acuerdo?

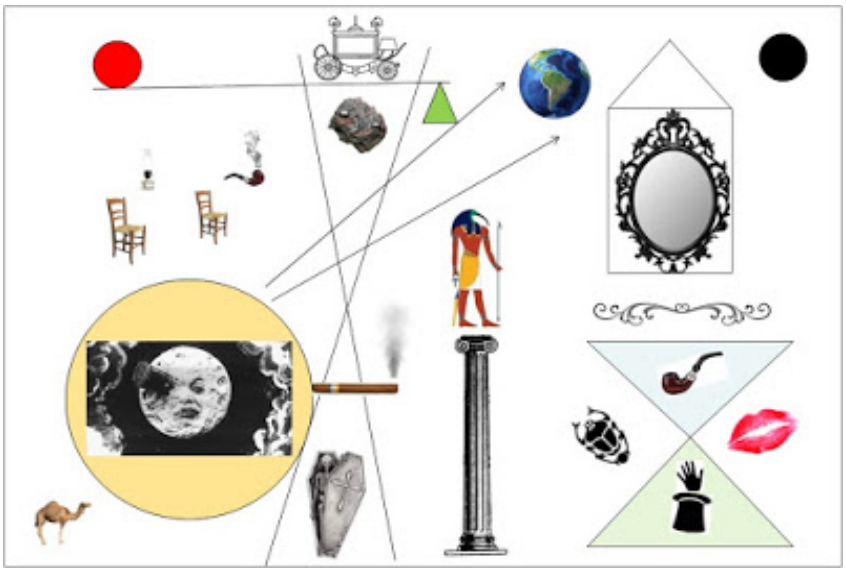
Sin duda, los humos de la pipa que fumaba sin fumar lo habían envenenado a fondo, y supo que a partir de ese momento no tendría más remedio que seguir la lógica extravagante que se había impuesto en su vida. Aquel señor Quinqué era tan real y tangible como lo era él, pero procedía de una razón que no era la común, sino la que tenía que ver con el huevo y con aquellos relatos de los títeres que se habían sublevado en el Aposento. No tenía más remedio que seguirles la corriente, sobre todo

ahora que se veía fumando desde arriba, sentado al lado de aquel señor con cara de pájaro.

- De acuerdo, señor Quinqué.

Le pagó el euro, encajaron las manos y el contrato quedó sellado.

4- La luna



- Sepa, Manuel, que la Luna es un lugar al que acudir y conocer al menos una vez en la vida, es un destino que nosotros, desde la agencia del señor Mercurio, consideramos tan importante como lo puede ser Barcelona, París, Venecia, o la Meca por los mahometanos, que si uno no va, queda falto de algo importante, cojo, como quien dice, por lo que conviene ir al grano cuando antes mejor, sí señor. Piense que este satélite es uno de los miradores más importantes que tenemos en el Sistema Solar, ríase usted del Tibidabo o de Montjuic, un privilegio para los que tienen la suerte de pisarla, desde la que se tienen no sólo las mejores vistas de la Tierra, sino de todo el conjunto que forman los otros planetas, los cuales, a pesar de las muchas lunas que tienen algunos, no llegan a la suela del zapato de la que tenemos en la Tierra, descontando a Titán, por supuesto, la luna que da vueltas a Saturno, dos veces más grande que la nuestra, y con unas vistas espectaculares y muy interesantes, al encontrarse tan lejos del sol. Pero dejémonos de comparaciones y fíjese usted como la realidad supera las palabras por mucho que las queramos vestir de excepcionales.

Atendía Manuel sin atender y sin apenas darse cuenta que había pasado del banco de los jardines de Miramar a un asiento excavado en la piedra de un lugar que, en efecto, sólo podía ser la luna, según indicaba el paisaje que podía ver a su alrededor y por las visiones que se abrían a su mirada, de un cielo estrellado como nunca había visto. ¿Pero qué carajo había pasado? ¿Es que aquel diablo de Quinqué aparecido de la nada tenía razón y realmente se encontraban en la luna?

Consciente del estado en que se hallaba su cliente, que había saltado de la superficie

terráquea a la lunar en un abrir y cerrar de ojos, y temiendo por su integridad psíquica y física, ya bastante alterada por el huevo que se había convertido en pipa y desde la que se estaba fumando sentado en uno de los bancos de Miramar, el señor Quinqué pronunció las siguientes palabras:

- Manuel, fíjese como de barato le ha salido este viaje, que con tan sólo un euro se ha saltado a la torera los gigantescos presupuestos de la Nasa que para enviar un cohete a la Luna se gastan el oro y el moro. La inversión que ha hecho usted, escasa y oportuna como pocas, lo ha catapultado por razones imperativas del contrato a las quimbambas o al quinto pino, como se dice aquí. Sí señor, la Luna es un lugar tranquilo e ideal para sentarse y pensar bien las cosas, porque no hay nada para el buen estudio que alejarse de los escenarios habituales pero sin perderlos de vista, ya que si uno se va a Marte o al aún más lejano Titán o Plutón, allí se quedaría con un palmo de narices, al no disponer de ninguna referencia que le sea familiar, mientras que aquí puede seguir viendo la Tierra con los continentes y las ciudades, que de noche dejan ver el derroche de sus luminarias. Por otra parte, le revelaré un pequeño secreto que le puede ser de utilidad, por si las moscas y porque nunca se sabe, y es que aquí en la Luna suelen venir los finados de nuestro mundo, ya que es costumbre y una tradición de la ultratumba que los difuntos, una vez se han quedado sin función en la Tierra, pasen aquí una temporada. No tema, porque al no disponer de cuerpo, del que se han desprendido al morir, como todos sabemos de sobras, no molestan ni siquiera se les ve, a menos que se fije mucho y tenga una cierta experiencia. Y aunque muchos muestren señales de estar francamente enfurecidos al tener la impresión de que pálida señora les ha estafado, para nosotros, los difuntos son la gente más pacífica del mundo, a no ser que queramos entrar en las razones de quienes no consiguen morir del todo, atrapados por sus emociones, siempre absurdas y endiabladamente enardecidas, las cuales pueden arrastrar a la ruina al más sensato de los mortales.

Escuchaba Manuel, absorto y mudo como una tumba, las palabras de aquel guía que le había llevado a la luna. No entendía nada y se encontraba en un elevado estado de shock, pero sabía que en algún lugar debería haber alguna explicación, ya que las cosas en este mundo no suelen pasar porque sí, sino que siempre hay alguna razón detrás de los hechos, por muy rebuscados y absurdos que sean estos.

Y entonces se vio por un momento sentado en el banco de Miramar, metido en aquella atmósfera del huevo y de la luna, y comprendió que quien había subido a la luna era 'aquel' de arriba, el que se veía como se estaba fumando a sí mismo, siendo una de sus características la libertad que gozaba de subirse adonde le apetecía, aunque reconoció que la compañía del señor Quinqué había sido muy oportuna.

De repente se sintió poseedor de una facultad que le ensanchaba de golpe los horizontes de su mirada, y sintió que algo en su interior se desgarraba, una especie de funda que hasta entonces lo cubría y que ahora reventaba como un globo viejo y cansado de serlo. Podía subir a las alturas que quería e indagar por los lugares que hasta ahora tenía prohibidos, por absurdos y alejados que fueran, y comprendió la necesidad de tener a alguien que lo pudiera orientar, dadas los colosales magnitud de las distancias y de los enfoques.

Se vio de nuevo sentado en el asiento de piedra de la luna, con el señor Quinqué a su lado que había encendido un puro, contemplando la imponente Tierra que brillaba como el astro lleno de vida que era. Y esa imagen fascinante del planeta lo poseyó, atrapado por su belleza y por los poderosos lazos que le unían a ella. Permaneció extasiado y en silencio, absorto en la contemplación, mientras de vez en cuando le llegaban los agradables aromas del cigarro que estaba fumando el guía.

Al cabo de un buen rato, oyó la voz de Quinqué:

- Manuel, veo que se ha aclimatado más deprisa de lo que pensaba en el entorno de la luna, un lugar de los mejores para venir a descansar un rato y fumarse un puro. Pocos encontrará más apropiados, créame. ¿Le apetece un cigarro?

No era una especialidad que conociera demasiado Manuel, pero dada la excepcionalidad del caso, consideró que no perdería nada, sobre todo ahora que había sustituido la pipa de madera para la pipa interior del huevo que lo fumaba por dentro.

- Probaré uno, Quinqué.

Éste le ofreció un habano, y después de darle fuego, peroró del siguiente modo:

- Comprendo que siendo usted un fumador de pipa, Manuel, mire con distancia y un poco de recelo e incluso escepticismo, el cigarro habano, pero le puedo asegurar que no se arrepentirá. Debe saber que el eslabón secreto y el gran logro de los doctores en pipa que fuman sin pipa alguna, no es otro que llegar al estado de aquel que se fuma un puro. Es un proceso que tiene que ver con la percepción de un curioso paralelismo: darse cuenta de que la Tierra es también una cazoleta que quiere entrar en combustión. Fíjese que si usted, convertido en pipa, anhela fumarse a sí mismo, ¿que daría la Tierra para ser ella también fumada por alguien con conciencia de fumador? ¿Y qué otro fumador puede existir que no sea usted mismo, al darse cuenta del paralelismo que le une al planeta, convertido en una pipa ansiosa de ser fumada?

Asintió Manuel, convencido de que entendía los razonamientos lógicos del señor Quinqué, que se expresaba con una convicción tranquila, que le recordó algunos de

sus antiguos maestros de escuela, de cuando todavía se podía enseñar fumando en clase, como algunos que había tenido de niño, señores tranquilos y escépticos pero dotados de sólida vocación y amplios conocimientos, épocas que habían pasado a la historia.

- Ahora bien, fíjese, Manuel, que para fumarse la Tierra, que no tiene ni boquilla ni tampoco los mecanismos de descenso y de ascenso de la mecánica propia de su pipa interior, lo que se necesita es sobre todo movilidad y la libertad de ir adonde se quiera, para llegar a tener una buena perspectiva. Y es aquí donde entra de lleno el arte de fumarse un puro.

Se le quedó mirando Quinqué, para ver si lo había comprendido, y al ver que el otro asentía como si en efecto lo hubiera entendido todo a la perfección, continuó hablando.

- Para entender este proceso, hay que saber lo que es y vale un puro, el cual reúne unas cualidades tales que de alguna manera sintetizan al planeta Tierra en su conjunto, sin que éste pueda quejarse. No por nada los que se dedican a esta especialidad fumadora lo consideran como uno de los peldaños superiores de las Artes del Humo, sin llegar a las alturas de la pipa, por supuesto. Para estos afortunados mortales, el puro habano reúne una paleta de sabores inagotable que podríamos resumir de la siguiente manera: sabor a trópico, a mar, a tierra fértil preñada de vida, a viaje trasatlántico, a loro que sabe hablar, que canta el himno de España y que dice que el Barça es una caca, a mulata, a muelle de todos los puertos del mundo, a vieja imprenta de caja y molde, a político honrado, a militar antiguo y valiente, a catalán, a anarquista español, a las Ramblas de Barcelona y a Buda indoamericano.

¡Irrefutable!, pensó Manuel excitado por la rara euforia que brotaba de las palabras del señor Quinqué, similar a la del humo de la pipa que era el huevo que se le había metido dentro.

- Fumar un puro es por tanto fumar la Tierra y fumarse a sí mismo, y con él se fuma al mundo entero, sí señor, mientras contempla las estrellas que le hablan de otros mundos. Entonces, Manuel, la Tierra se lo paga aumentando las calorías de su combustión, un calor que pone como quien dice a su alcance. Se comprende que los astros que nos son cercanos, empezando por la luna, los otros planetas del Sistema Solar y el Sol imponente, sean todos ellos pipas encendidas que no tienen quien las fume, que es tanto como decir que no tienen quien las piense, por lo que contemplan al fumador de puros con envidia y esperanza, ya que de repente intuyen que algún día aquel humano también los podrá fumar a ellos, aunque sea con el artificio del puro, o quizás de algún otro instrumento de placer y de combustión aún por inventar. Y estos pensamientos interiores de los astros nos conducen entonces a mirar hacia la Galaxia,

que aparece como una gigantesca caja de puros que nos invita a ser abierta y explorada, aunque sea con la imaginación. ¿Me explico, Manuel?

- ¡Más claro, el agua! ¡Siga, siga, Quinqué!

- Fíjese, y esto es una de las cosas más curiosas que existen, como este estadio avanzado de quien se fuma un puro, debido a las resonancias sensitivas que se le suponen, los entendidos lo asocian al planeta Venus, esta diosa de rango superior que rige los mecanismos de la atracción y la repulsión, y que sabe muy bien cómo atraer la riqueza y el bienestar que da la feminidad a su entorno, gracias en parte a la brillantez con la que destaca de noche en el firmamento, como todos podemos comprobar. Los misterios que Venus guarda en su parte oscura tienen que ver con los que descubre aquel que se fuma un puro, el cual es recompensado en su hazaña por el aliento de la diosa, siempre ambiguo y perfumado. Huelga decir que el fumador se protege gracias al humo aún más poderoso de su habano, que habla de los minerales de la tierra pero que contiene el fuego del Sol almacenado en las hojas del tabaco cubano.

Calló un momento Quinqué, echando humo por la nariz y abstraído en su relato, como si fuera el mismo cigarro el que le dictaba las palabras que hacían referencia a las intimidades del puro que se estaba fumando.

Y entonces, mientras chupaba el humo y la sabrosa textura mojada del habano que le había dado el señor Quinqué, sintió Manuel la extraña sensación de estar fumándose no sólo a sí mismo, sino a la luna sobre la que permanecía, y a todo su planeta, la propia Tierra, que permanecía frente a él con la plenitud del astro lleno de vida que es, y que manifestaba con esta presencia lozana, el placer de sentirse fumada por ella misma a través del cigarro del humano que la estaba fumando. Comprendió también que la combustión del cigarro tenía que ver con la conciencia o más bien con la autoconciencia que tenía de sí mismo, de la luna y de la Tierra, siendo una sustancia que se convertía en el tabaco en combustión y en el humo especial que salía, creando un ciclo de correspondencias sustantivas, es decir, que tenían que ver con aquella sustancia de la conciencia. Un humo que el viento no se llevaba sino que era absorbido por un curioso proceso de ósmosis invisible para él, por la luna y por la Tierra.

Permanecieron horas y horas en los asientos, alargando ese cigarro que parecía no acabarse nunca, hasta que algo superior a él le obligó a cerrar los ojos, saciado de aquella plenitud fumadora de la Tierra que tenía enfrente. Al abrirlos, vio que se encontraba de nuevo en Miramar, bajo el círculo de la Luna que iluminaba el jardín donde permanecía sentado en el banco, con el señor Quinqué a su lado.

5-El Castillo de Montjuic

Fue imposible volver a la rutina diaria del taller. Definitivamente, algo se había roto dentro de Manuel que le había ensanchado la percepción natural de las cosas. La ponzoña tóxica de la pipa que era la del huevo que había aparecido en el Aposento lo había transportado a los misterios interiores de aquel fumarse a sí mismo, mientras lo protegía a su vez de la locura. Podía la realidad andar hacia uno u otro lado, subirse él a la luna o viajar al planeta Marte, que todo lo encajaba, provisto de un sentido común que de común no tenía nada.

¿De dónde venía el señor Quinqué? Había una cierta lógica entre su aparición y la del huevo en el Aposento. Como si uno hubiera llevado al otro. Habían quedado para visitar el Castillo de Montjuic, un lugar donde hacía siglos que no iba. Parecía recordar que el ejército lo había entregado a la ciudad, y que ésta no sabía muy bien qué hacer con él, después de eliminar el museo de las cosas militares, atractivo y pintoresco como suelen ser este tipo de museos, una lástima.

Se encontraron al pie de las vagonetas que suben hasta lo alto del Castillo, impecable el señor Quinqué con su traje claro de verano color canela y una camisa blanca con el cuello al aire, así como un sombrero de paja común, un conjunto que parecía bastante fresco. También iba fresco él, aunque vestía de un modo más informal.

- ¡Mire, Manuel, qué vista más espectacular de Barcelona se ve desde estas vagonetas!

- ¡Es verdad, señor Quinqué! -lo decía mientras contemplaba la vista, que era realmente espectacular.

- Este ciudad es un verdadero regalo a los sentidos para quienes quieran gozar de ella. No es el caso de todo el mundo, ya que he constatado que muchos de sus habitantes la tienen por banal y demasiado dedicada a los turistas, lo que no deja de ser verdad, claro, pero piense usted el beneficio que se gana de este alud de visitantes.

- El problema, señor Quinqué, es que sólo se aprovechan unos cuantos, siempre los mismos, y la mayoría de la gente no ve un duro de todos estos beneficios, al contrario, la ciudad cada día está más cara...

- Una verdad como un templo, sí señor, pero yo no me refería a los provechos económicos, los cuales cuentan, obviamente, y coincido con usted que no deberían ser sólo para los cuatro espabilados de turno. La ciudad es de todos y todos deberían ser los beneficiarios del negocio. Yo me refería, sin embargo, a otros provechos, los cuales están fuera de toda duda y no tienen relación con el dinero.

- ¿A que se refiere?

- Mire, una ciudad cambia y amplía su forma de ser cuanto más diferentes son los ojos que la miran. Imagínese un lugar siempre visto por los mismos ojos: un aburrimiento como una casa, pues las personas tenemos la costumbre de repetirnos y ya se sabe que la sabiduría y la felicidad mundana, la que todo el mundo busca pero que tanto aburre, se consigue cuando hay previsibilidad en las cosas y en las rutinas cotidianas. Ahora bien, una ciudad que es vista cada día por miles de ojos diferentes, que proceden de países y culturas no sólo distintas sino hasta antagónicas, esta ciudad se enriquece de una tal multitud de puntos de vista dispares que, si tiene suerte y no la desgarran entre todos, se convierte en una verdadera caja de sorpresas para quien vive en ella.

Tuvo que admitir que había una cierta lógica en el argumento del señor Quinqué.

- Barcelona es un ejemplo perfecto de esta multiplicidad de perspectivas que provoca, gracias a los millones de turistas que recibe. Piense que cada persona la ve de una manera diferente, ya que por muy masivo que sea el turismo, las personas, a pesar del efecto borrego ineludible, son por definición diferentes las unas de las otras, y por muy mínimas que sean estas diferencias, la suma de las mismas aumenta la distancia de los enfoques posibles, de modo que al fin y al cabo, el objeto observado, Barcelona en este caso, se carga de una tal plétora de disparidades, a veces chocantes y absolutamente estrafalarias, no lo niego, que no hay quien la reconozca, créame.

- Admirable! -no pudo más que añadir Manuel, ante la contundencia de los argumentos del señor Quinqué.

Hay que decir que al viejo titiritero, este tema del turismo nunca le había preocupado lo más mínimo, aunque lo conocía perfectamente, al ser un debate del que se hablaba en los periódicos todos los días y la gente lo comentaba a la hora del café.

- Ahora fíjese en el privilegio que tienen los barceloneses y todos los que vivimos en Barcelona, de disfrutar de una ciudad que es muchas a la vez, de modo que si uno se cansa de una, siempre tiene otra a mano, la cual se esconde como quien dice detrás de la primera y a la que se puede desplazar en un instante, sin tener que coger aviones ni barcos. Por eso le digo que vale la pena ver los lados luminosos de la situación, porque si sólo se fija en los oscuros, se pierde unas alegrías que le llegan gratis y sin tener que salir de casa.

Escuchaba admirado el titiritero la lógica optimista del señor Quinqué, y comprendió que al ejercer de guía, defendiera su profesión como los dentistas defienden la suya, a pesar de los malos momentos que estos te hacen pasar.

- Pero centrémonos ahora, Manuel, en este Castillo de Montjuic tan cargado de historia y que tiene la particularidad de encontrarse en una situación panorámica y estratégica sobre la ciudad de primer orden. No por nada se la ha utilizado varias veces para bombardearla, como seguramente sabrá, al disfrutar de esta posición tan idónea en cuanto al tiro de los cañones, que antiguamente y no tan antiguamente necesitaban una cierta altura y proximidad para garantizar el efecto del movimiento parabólico de los proyectiles, no como ahora, que los cañones disparan desde distancias siderales y con una precisión que estremece, admirable al cien por cien.

¿Quién podía negarle que tenía toda la razón del mundo?, pensó Manuel con una sonrisa.

- Por eso vale la pena entretenerse en su recinto, entrando por las varias puertas que permiten llegar hasta el corazón mismo del castillo, que es su patio magníficamente pavimentado con adoquines que le dan este aire antiguo y militar.

Y mientras hablaba Quinqué, cruzaron la primera puerta que hay tras pasar el foso, pasaron por taquilla y subieron las escaleras que conducen al primer nivel exterior del castillo.

Quedó admirado Manuel al ver aquella construcción de piedra, que había visto mil veces en el pasado, de un aspecto profundamente cuartelario, y que ahora veía como si fuera la primera vez, influenciado seguramente por las palabras del guía, empeñado en sacar todo el jugo y provecho que podía de la ciudad que servía. Tuvo de repente una sospecha.

- Usted, Quinqué, no es de aquí, ¿verdad?

- Qué perspicacia la suya, que me ha pescado a la primera, y eso que ya empiezo a sentirme como en casa, créame. ¿Lo ha notado por el acento?

- En absoluto, su catalán es perfecto, mejor que el mío, le diría ...

- Pues entonces, ¿porque lo dice?

- Porque sólo alguien de fuera es capaz de mirar Barcelona como la mira usted, ya que los que somos de aquí, aunque yo también nací en otro lugar, la tenemos más que vista y amortizada según el caso y los años que llevamos encima. Y del mismo modo que las personas con la edad nos aburrimos de nosotros mismos, cansados de vernos siempre con la misma cara, muchos extendemos este aburrimiento a la ciudad, que cada vez nos satisface menos y la vemos siempre peor de cuando éramos jóvenes, ¿no le parece?

- ¡De cajón, Manuel, de cajón! Y me he dado cuenta de que mucha gente no soporta que los turistas la vean siempre tan alegre, bonita e interesante, cuando ellos ya hace tiempo que le quitaron todo el jugo que podían y ahora no aceptan verla cambiar porque los hace sentir extraños en su propia ciudad. Lo que comprendo y respeto. Ahora, yo le diría que poder sentirse extranjero en la ciudad donde se ha nacido, es el mayor de los privilegios que las urbes pueden ofrecer a sus ciudadanos, créame, y por eso a mí me gusta sentirme de Barcelona, aunque no lo sea, porque así me hago la ilusión de que soy un extranjero de verdad y no alguien de fuera que se ha adaptado y que ya empieza a ser un poco de aquí. ¿Me sigue, Manuel?

- Más o menos, Quinqué, más o menos. ¿Y se puede saber de qué país es usted?

- ¿Sabe que ni siquiera me acuerdo? Piense que la agencia del señor Mercurio tiene delegaciones en todo el mundo y yo estoy con él desde hace muchos años, por decirlo de una manera sucinta, tantos que ya ni sé cuántos son, y por eso tengo algunas dudas sobre mi ciudad de origen, aunque me parece que no nací en ninguna ciudad sino en una región de estas a las que la Historia acaba borrando del mapa y que ni usted ni yo sabríamos encontrar, por mucho que la buscáramos, porque si algo tienen las épocas actuales y las antiguas es que cambian la geografía de los estados y de las naciones como si fuera un juego de los más divertidos del mundo, para desgracia de sus poblaciones, que no sacan de ello diversión alguna, sino todo lo contrario, desgracias y penurias sin fin.

- ¿Así que ha trabajado en muchas ciudades con el señor Mercurio?

- El último destino fue Roma, imagínese qué ciudad, el centro del mundo para mucha gente, y con el Vaticano por en medio, una ciudad museo de las que uno nunca se

cansa de visitar. Pero ahora toca Barcelona, Manuel, usted tiene la suerte o la desgracia, nunca se sabe del todo, de pertenecer a una ciudad que le ha tocado por destino ser de visita obligada. Muchos piensan que todo es un montaje de marketing urbano sumado a este fenómeno aleatorio que son los caprichos de la Historia, esta señora que disfruta mareando la perdiz de los infelices humanos que vivimos en la Tierra. Pero yo le puedo asegurar que los méritos de Barcelona son propios y originales, gracias especialmente a su arquitectura, que la hace única en muchos aspectos.

Se quedaron en silencio unos instantes, como si las alabanzas del señor Quinqué a la ciudad hubieran invadido los minutos y el espacio que ahora cruzaban lentamente en dirección al patio central del castillo, pavimentado con nobles losas de piedra, donde bajo los porches, además de las entradas del antiguo museo, había antiguamente algunas de las tiendas de souvenirs de Barcelona más preciadas por los entendidos. Ahora apenas sobrevivía un bar con una terraza medio en obras. Las demás dependencias permanecen cerradas.

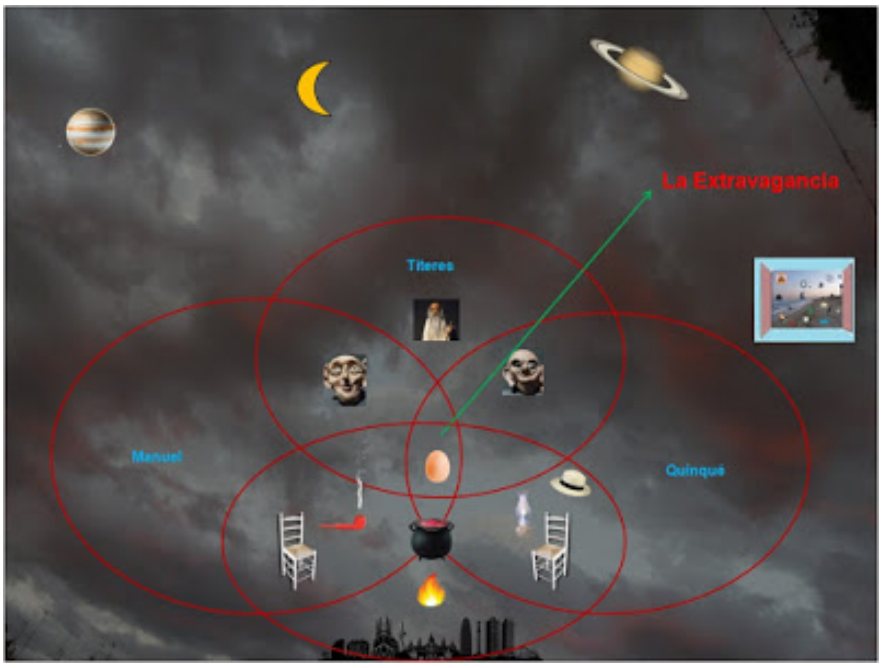
Vio que el señor Quinqué se sacaba un cigarro del bolsillo y que parecía querer dirigirse hacia el pequeño bar que había en la sombra.

- ¿Quiere uno, Manuel?

- No gracias, fumaré una pipa.

Se sentaron en la terraza y los dos se pusieron a fumar. Pero al encender su cachimba, comprendió Manuel que la pipa que de verdad acababa de encender no era la de madera que colgaba de sus labios, sino aquella que llevaba dentro y que según sus impresiones, era el huevo del Aposento que se había convertido en marmita o cazoleta. El tercero que se lo miraba todo desde fuera se levantó de inmediato patio arriba, dejando a sus dos colegas de abajo entretenidos mientras el uno se fumaba al otro. Subió al patio de la parte superior y dentro de una de las garitas que hay en los cuatro lados de la azotea, vio una silueta moverse. No había duda, era Perico del Vaso Medio Lleno.

6- El Consejo de Ancianos



Se acercó cuando Perico del Vaso Medio Lleno le hizo una señal que conocía muy bien.

- ¿Qué haces aquí, Perico?

- Vigilando, Maestro.

Hablaba el títere con su propia voz, la que había puesto a aquella serie de los Pericos, con matices para diferenciar a unos de otros, claro, ya que eran varios los personajes que llevaban este nombre, todos con sus particularidades a veces harto sutiles. Sabía también que junto a aquel Perico tendría que haber más.

- ¿Y el del Vaso Medio Vacío?

- En la garita de la esquina -indicó el ángulo del patio que se abría en diagonal.

Seguro que en las otras garitas también hay Pericos, pensó.

Se acercó a la garita izquierda, y vio a Perico Tranquilo, y, al otro lado, pescó el cuerpo nervioso de Perico Jaimito, incapaz de estarse quieto un instante. Todos movían sus mandíbulas de madera y le llegaba el ruido mecánico que hacían, que se confundía con el de las palabras.

Al pasar delante de la pequeña torre que se levanta en medio del ala noreste del Castillo, vio que la puerta se abría.

- ¡Eh, Maestro, por aquí!

Era Roc y Guinardó, un fantasma que había creado para una obra que pasaba en Barcelona. Hablaba en susurros y tenía un rostro poco definido. Pero en vez de vestirlo de fantasma clásico, le puso unas ropas elegantes de época, a la manera de esos fantasmas señoriales que habitan en los viejos palacios y casas nobles de dos o tres siglos de antigüedad. También le puso unas alas de vampiro, que llevaba juntas como si fueran una capa.

- Te esperan abajo...

Se metió por la puerta entreabierta, entró en la oscuridad fresca de aquella torreta que coronaba la azotea del castillo, y con la misma facilidad con la que se desplazaba por las alturas, comenzó a descender por unas profundidades que primero tenían el aspecto de unas escaleras de caracol que bajaban sin fin, para luego sentir la sensación de que era absorbido por una fuerza que lo llevaba muy adentro bajo la superficie de la Tierra. Y en un instante se encontró en una sala oscura iluminada por antorchas agarradas a las paredes que parecían excavadas en la roca. En el centro había un fuego sobre un altar o pedestal, y a su alrededor, se extendían en círculo una veintena o más de toscos sitiales de piedra sobre los que se sentaban viejos de edades indefinidas y de rostros trabajados por los siglos o por los milenios, casi todos de madera. De repente, reconoció aquellas caras: pertenecían a un grupo de cabezas que había creado una vez, en una época oscura y turbulenta, algunas de madera y otros de cerámica, sin saber qué eran ni a quien representaban, dejándose llevar por las manos y por un estado de ánimo depresivo y torturado. Las había olvidado completamente en un rincón del taller.

El Aedo, su vieja marioneta construída hacía años, también llamada El Poeta, con la que mantenía largas conversaciones sin palabras, permanecía en uno de los asientos. Su rostro, a pesar de la vejez de sus rasgos, era una talla clásica comparada con las demás, todas ellas gastadas y deformadas por el tiempo y por las gubias casi hasta la desfiguración, con las miradas profundas de unos ojos de vidrio que arrojaban chispas entre los tortuosos valles de los pliegues irregulares de sus caras.

- Manuel -habló el Poeta, que siempre se había caracterizado por ir directo al grano, con su voz grave y profunda-, los Ancianos quieren saludarte. Tú hablas hoy por mi boca. Los años nos juntaron y poco a poco llegamos a comprendernos. Gracias a ti se han abierto las viejas puertas, las que permanecían cerradas desde nuestra caída, cuando fuimos condenados a ser los esclavos de otros.

Se dio cuenta Manuel que el Aedo seguía con su delirio de la vieja historia de los títeres. Entonces, uno de los viejos más viejos de aquel consejo de ancianos habló con una voz que parecía surgir de profundidades abismales, en una lengua que desconocía

pero de la que entendió todo, como si la hubiera utilizado en alguna ocasión y se le hubiera olvidado para siempre. Dijo el viejo:

- Humano, las garantías se han restablecido y el tiempo se ríe del pasado. Nosotros podremos volver a nuestros mundos y algunos quedarse aquí para siempre. La libertad es sagrada y nos burlamos de las distancias.

Le pareció que los demás hacían unos ruidos estrafalarios con las bocas, parecían reirse de las palabras con toses de lo que quizás fuera un chiste del viejo orador pero con unas risas que procedían de un borboteo de maderas podridas.

- El Tiempo impone sus reglas, pero nosotros vamos a lo nuestro. Hemos elegido Barcelona por razones evidentes. El Poeta nos ha convencido, estamos aquí para ayudarte. Tú eres el constructor. Nos encontrarás en cualquier rincón, tal vez en Marte, donde vive el espíritu batallador del viejo dios guerrero. O en Venus, donde el fuego roe nuestras carnes de madera. Las condiciones son favorables.

Se hizo el silencio. Las confusas palabras parecían dar vueltas por las paredes de la sala de piedra, dotada de un eco que alargaba y modulaba los sonidos a voluntad y según un capricho desconocido.

- Desfallecer es imposible. El huevo nos ha unido para siempre. Pero ten en cuenta una cosa: poner el huevo es fácil. Construir la Extravagancia ya no lo es tanto. Que el Tiempo, el Fuego y la Fortuna te acompañen!

Dijo estas últimas palabras a modo de salmodia grandilocuente, que tuvo unos efectos sonoros remarcables, y que provocó un tal estallido de gruñidos y de asentimientos más o menos histriónicos de los demás viejos que el conjunto sonó como un concierto de castañuelas viejas y agrietadas con el que aquel consejo de ancianos saludaba y se despedía del humano Manuel.

Y mientras gruñían y gesticulaban cada uno a su manera, se fueron levantando para desaparecer en la oscuridad de los rincones de la cueva. Quedó el Aedo inmóvil. Con un gesto, invitó a Manuel a sentarse en uno de los asientos vacíos.

- Manuel, los ancianos querían darte las gracias. Lo puedes considerar un privilegio, pero como ha dicho el abuelo de los abuelos, queda mucho por hacer. ¿Estás contento del señor Quinqué? La agencia Mercurio es una de las más caras y solventes.

- Sí, de momento me está enseñando a fumar puros. Muy interesante, el señor Quinqué.

- No se levanta el Extravagancia sin ayuda. Pero tú eres el arquitecto, y eso es lo que cuenta. Y el tiempo corre, como ha dicho el abuelo de los abuelos.

- Y los Pericos?...

- Una buena intuición la tuya, nunca nadie sospechó el porqué construías tantos cuando normalmente los titiriteros sólo tienen un Perico. Sabías que un día te servirían, son listos y no hacen nada más que lo que tienen que hacer y por lo que tú los creaste. Búscame cuando me necesites, Manuel. Ya sabes que por mi boca habla tu pensamiento más profundo.

Se levantó y desapareció en la oscuridad como los demás.

Manuel se quedó en el asiento cabizbajo, la mente libre y disparada, y, al mismo tiempo, con ganas de ver al señor Quinqué y de fumarse un puro.

7- El Observatorio

(fotografía extraídas de Google Earth, autor: Jordi Torrejón.)

Lo primero que hizo fue acercarse a un estanco y comprar un par de cajas de puros Brevas de Quintero. Le gustó el nombre y el color de los cigarros y al preguntar a la dependienta si eran buenos, ésta le dijo que no eran los mejores del mundo pero que en todo caso eran los favoritos de algunos fumadores recalcitrantes, por lo que sin dudarlo ni un minuto, se llevó las dos cajas.

Regresó de inmediato al bar de Montjuic, en el patio interior del castillo, donde el día anterior había dejado a su guía fumándose un puro. Allí lo encontró, sentado donde lo había dejado. Cuando Manuel le dio las dos cajas, cumpliendo así con las condiciones contractuales pactadas con el guía, éste se puso contentísimo. Abrió una de las cajas, sacó una breva, la olió y sonrió satisfecho.

- ¡Ha dado en el clavo, Manuel! Las Brevas de Quintero son una de mis marcas preferidas, tabaco fuerte, sin la calidad a veces demasiado exquisita y punzante de los Cohiba o de los Montecristo, tienen en cambio la profundidad vegetal preñada de sol de los que se hacen respetar por su potencia de fuego y humo, con un gusto de los que tardan en marchar, lo que permite distanciar la frecuencia fumadora en una o dos horas. Sus colillas se estiran en el tiempo debido a la humedad que cogen al disminuir, obligando a continuos encendidos, lo que siempre gusta sobre todo cuando se dispone de un buen encendedor, como es mi caso, un Ronson viejo pero que funciona como un reloj. Lástima que se le tenga que poner gas de vez en cuando, pero la gasolina de los antiguos mecheros acababa afectando el sabor del cigarro, a pesar de que uno se puede acostumbrar a todo. Pero créame, allí donde hay una buena cerilla, de las largas

y de madera, olvídese de mecheros y encendedores. En definitiva, una Breva de Quintero es una muy buena elección, sí señor, y le invito a probar uno, aunque tardará un poco en valorar sus cualidades, ya que se trata de un puro de los que se hacen rogar para otorgar sus favores.

Aceptó Manuel la oferta con gusto.

- Fíjese, señor Manuel, que si hemos acudido a estas alturas de la ciudad, las Alturas de Montjuic, como la llamamos nosotros los guías, de 173m de altura sobre el nivel del mar, es que a pesar de no poder competir con los 512m del Tibidabo, se encuentran en cambio en una posición privilegiada con respecto a la distancia, ya que en apenas unos veinte o veinteycinco minutos a pie, yendo rápidos y siendo optimistas, eso sí, se alcanza desde las mismas Ramblas. Esto confiere a estas alturas unas ventajas evidentes en su condición de observatorio, no sólo del mar, del cielo y de las montañas lejanas, sino también de Barcelona, la cual se extiende mansa a nuestra mirada, ansiosa de ser medida, comprendida, abrazada y hasta le diría que fumada, al ser las ciudades organismos que sin ser vivos es como si lo fueran, con la particularidad de que su vida orgánica no lo es en sí misma, sino que depende de la mirada privada de cada uno de nosotros, por eso se dice que hay tantas Barcelonas como habitantes contiene, a las que yo añadiría las de sus millones de visitantes.

Hizo una pausa que sirvió para que los dos fumadores hicieran honores a las brevas que habían encendido y que comenzaban a desplegar sus humos de aromas imponentes.

- Es importante hacer esta distinción, ya que sería fácil equivocarse y pensar que las ciudades tienen vida propia, cuando la verdad es que no tienen ninguna. Ahora, esto no quiere decir que no sean organismos vivos para los que la miran y la habitan. Y aquí está uno de los asuntos más delicados en referencia al monopolio con los que ciertos autores, políticos y grandes corporaciones pretenden apropiarse de ellas, me refiero a las ciudades, obligándonos a visiones únicas que sirven a sus intereses, de las que tenemos que huir como del diablo. ¿Me sigue, señor Manuel?

- Perfectamente, Quinqué.

- Las personas normales de la calle, como es nuestro caso, debemos defendernos de estas pretensiones reductoras, lo que no piense que sea fácil, ya que las presiones son fuertes. Fíjese en mi caso, yo que soy guía profesional haría un pésimo servicio a mis clientes si sólo les mostrara aquellas cosas que se han establecido como comunes e indispensables, no señor, la profesión de guía hoy es una de las más serias y respetables que existen, siempre y cuando se actúe con la suficiente libertad de espíritu, por supuesto, haciendo lo que te da la gana en comunión con lo que le da la gana al cliente. No hacerlo sería traicionar los principios del turismo, que son los de la

libertad individual, ya que no hay nada que más guste al turista que ir a su aire y sentirse libre de las obligaciones del día a día, sino, ¿por qué deberían sufrir tanto, los millones de personas que se desplazan de un lugar a otro, con las torturas de los viajes y de los aviones? Ya sé que me dirá que la masificación ha convertido en borregos a los turistas, y quien le negará que es una verdad como un templo, sí señor, pero a nosotros no nos interesan estas verdades que son más bien de orden sociológico y que sirven básicamente a los periodistas y a los entendidos en la materia, así como al espíritu de queja, hoy por suerte mayoritario, porque la queja es importante, quién lo puede negar, ahora bien, a nosotros lo que nos interesa son los aspectos tangibles y vitales del asunto, aunque a veces se escondan bajo la hojarasca de los hechos. ¿Y qué hay de más real y de más vital que el espíritu de libertad y la visión particular de las cosas que cada uno pueda tener de este mundo?

Escuchaba con atención y un poco mareado las palabras del señor Quinqué, que sumadas al humo del puro, producían un efecto retorcido de contradicciones y un zumbido de notas que se pleaban entre sí, no para hacerse daño sino para producir sonidos complejos, de difícil catalogación, como si la boca de aquel guía que le había tocado en suerte fuera una especie de orquestina de instrumentos clásicos y nuevos que chocaban y competían en un galimatías retórico que no decía nada pero que tenía resonancias profundas en materias de índole oscura y jocosa.

- Y es en estas Alturas de Montjuic donde la panorámica observadora brilla con más intensidad sobre la ciudad de Barcelona, ¿y qué otro sentido puede tener este castillo construido con tanta gracia militar que la de ser el Observatorio desde el que la ciudad se mira a sí misma, si aceptamos esta pertenencia íntima de cada uno hacia la urbe que nos ha tocado en suerte? Le debo confesar que yo prefiero mil veces la cesta de la atalaya del Tibidabo, una de mis atracciones favoritas, donde subo siempre que puedo, con unas vistas alucinantes, pero mi obligación como guía es enseñarle a usted los lugares más adecuados de los existentes en Barcelona, huyendo de las preferencias personales, no por ello menos importantes.

Las palabras del señor Quinqué catapultaron aquel 'tercero' de Manuel que, armado con su Breva de Quintero, se levantó sobre los dos que se estaban fumando en el bar del patio del Castillo de Montjuic para desplazarse de nuevo a la azotea donde había visto a sus Pericos hacía un par de días. Se fue directo a la torreta que le había conducido a la reunión de los Ancianos y llamó a la puerta. Roc y Guinardó abrió y lo dejó pasar con sus susurros ceremoniosos. Pero en vez de bajar las escaleras, las subió dirigiéndose a la parte alta de la construcción militar que ofrecía la mejor vista del castillo.

A su lado estaba Perico Perico, el más recalcitrante y decidido de sus Pericos, que le acompañaba mudo apoyando sus manitas sobre el vacío que separaba las almenas de

tipo triangular que coronan la torreta. Tenía la nariz curvada al modo de los títeres clásicos, unos pómulos prominentes y asimétricos, un mentón torcido y unos ojos de cristal un poco alocados. Los cabellos estaban pintados en el cráneo, muy bien peinados, y lucía un bigotito fino que le daba un cierto aire de responsabilidad, traicionada por las asimetrías del rostro y la mirada enloquecida.

- ¿Has visto, Perico? Éste será nuestro punto de partida. Desde aquí se ve Barcelona a la perfección, es importante tener una visión de conjunto. Quiero que lleves las cuentas. Instálate en esta azotea y evalúa las distancias.

Vio que a su lado se encontraba el señor Quinqué. ¿Había subido también por la escalera? ¿Le había abierto la puerta el fantasma?

- ¡Veo que es usted persona de decisiones rápidas, Manuel! El temple militar que inspira esta fábrica de piedra se ajusta al cien por cien al espíritu de la necesidad, soy muy consciente de ello. ¡Marte habla hoy por su boca!

- De entrada, Perico, pondremos aquí dos tumbonas y una mesita.

- Hecho, Maestro.

- Haré dibujos y mapas. ¡Mire, Quinqué, ya podemos sentarnos!

En efecto, Perico Perico ya había instalado las dos tumbonas que había pedido el titiritero. Nadie se preguntó de dónde habían salido. Se daba por supuesto que aquí las cosas se tenían que hacer rápido. Una mesita, con cuadernos y lápices, apareció de inmediato entre los dos asientos.

Sin duda habían entrado en la lógica de los viejos títeres, aquella de la que hicieron gala los dos traviesos Kalim y Kilam en su dramática historia del titiritero a la fuerza, cuando los decorados y las escenografías se montaban según indicaba la voluntad de los dos protagonistas. Pero aquí todo tenía una realidad abrumadora, por lo menos la correspondiente al tercero 'que se lo miraba desde arriba mientras se fumaba un puro'.

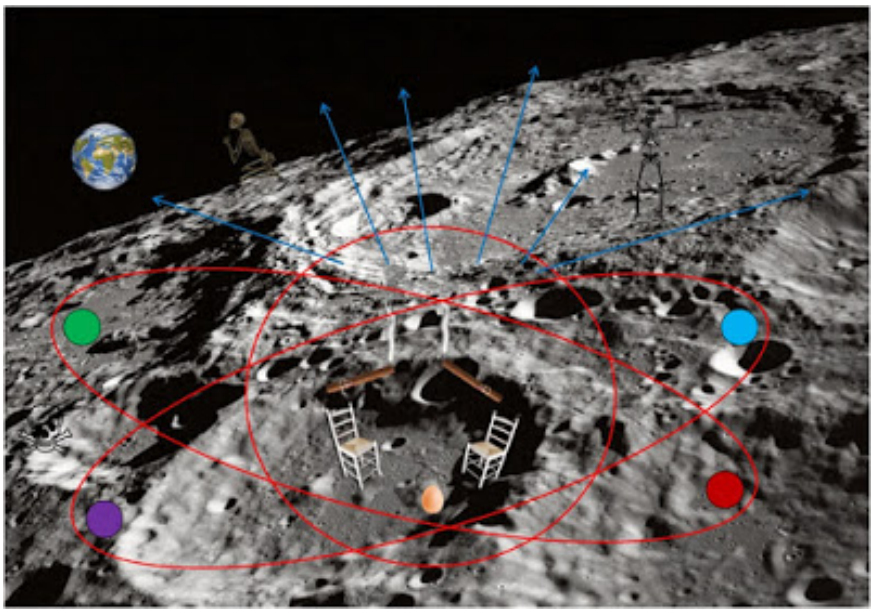
Pero no estaba por disquisiciones Manuel. La reunión con los Ancianos le había encendido un fuego que no estaba para bromas. Se imponía ejecución, lo que ligaba con su talante expeditivo, acostumbrado a hacer realidad las formas que surgían de la imaginación a través de las manos. Pero la etapa de los materiales y de los procesos lentos de construcción estaba superada. Había entrado en un dinamismo diferente, donde la necesidad se imponía sobre la posibilidad, a remolque ésta de la primera.

Sabía también que el Observatorio sería su plataforma de despegue.

- Siéntese, Quinqué. Lo mejor que podemos hacer ahora es esperar a que oscurezca.

Ocuparon las tumbonas. Para él, dejar pasar las horas no era perder el tiempo. Al contrario, se alimentaría del tiempo, el mismo que nutría el huevo de su pipa interior.

8- La otra cara de la luna



(Superfície de la lluna. Fotografia de la NASA).

La necesidad de construir la Extravagancia había cuajado como si fuera una de esas inspiraciones que te llegan de golpe, una idea sin dudas. Y quizás ésta era la explicación del huevo, porque puestos a pensarlo, ¿qué puede haber de más redondo, afirmativo y incontrovertible que un huevo?

Sí, tenía que reconocerlo, la ciudad se le había quedado pequeña. Se ahogaba desde hacía tiempo y por ello alzaría ahora las nuevas alturas. Más que escaparse, la solución era colocarse de otra manera. Plataformas de despegue y de amplia visión. De hecho, una vez instalado en la tumbona junto al señor Quinqué, y en el momento preciso en que el satélite apareció sobre la línea del mar en Oriente, se vio otra vez sentado en el hueco de piedra de la luna, en un cambio instantáneo de paisaje. Pero la Tierra no aparecía por ninguna parte.

- Estamos en la parte oscura de la luna, Manuel -aclaró Quinqué.

- Ya veo, Quinqué.

- ¿Qué busca en la Luna, Manuel?

- De entrada, ver el cielo con las estrellas sin que la luz de nuestro planeta lo tape. Y segunda, el otro día me habló de los difuntos. Siento curiosidad al respecto.

- Lo comprendo, Manuel, suele pasar a la gente de una cierta edad que, si me permite la franqueza, se siente un poco cercana a estas etapas postreras, con un pie ya en el

otro barrio, como quien dice, y que uno quiera tener sobre el asunto algún que otro conocimiento. Pero no crea que las cosas se le aclararán así como así, no, Manuel, porque las cuestiones de la Ultratumba, pese a parecer muy sencillas, y en realidad lo son, no hay manera de entenderlas a menos que sea a palos, es decir, por la experiencia pura y dura, que en este caso no tiene vuelta de hoja, porque una vez la has diñado, por decirlo de una manera simpática, es imposible volver atrás. E incluso así, no hay dios que las entienda, estas cuestiones, créame. Es una de esas cosas que, si lo pensamos bien, tampoco necesita tanta explicación, porque es de cajón que todo lo que nace muere, por simple ley de vida, porque de eso se trata la vida, de nacer y morir, es decir, de ir siguiendo el ritmo de la generación que desde siempre se ha establecido de esta manera. El problema es que los humanos siempre queremos darle la vuelta a las cosas, y es lógico que así sea, porque no me diga que esto de nacer y morir no tiene sus enigmas, sobre todo cuando te toca a ti, quiero decir, a alguien que es consciente, porque las hormigas, los gatos o incluso los perros, a pesar de ser más humanos que los humanos, como todo el mundo dice, nacen y mueren con una aceptación total, sin necesidad de buscar tres pies al gato. Asumen que la vida empieza y acaba, y adiós muy buenas. ¿No le parece?

- Irrefutable, señor Quinqué

- Quiero ser franco con usted, Manuel, sepa que yo soy un guía turístico y mucho me temo no poderle ser de demasiada utilidad en estas cuestiones, que quizás necesitarían otra clase de guía, pero algo que he aprendido en mi profesión, sin quererme meter donde no me llaman, y sin querer caer en intrusismo de ningún tipo, por supuesto, es que una vez uno se ha ido al otro barrio, dejan de haber guías, en el sentido tradicional. Quiero decir que uno debe espabilarse por sí solo y bastarse con lo que ha aprendido de vivo, que es en definitiva su bagaje, porque si uno muere vacío, será un difunto vacío, como es de cajón que así sea, y si uno muere lleno, pues será un difunto lleno. Piense que las personas que mueren con expectativas elevadas, tal vez la suerte les permita pescar alguna, de las que se refieren a los temas del más-allá, mientras que si muere escéptico y descreído, lo lógico es que no encuentre nada, a pesar de que en estas cuestiones, la experiencia nos dice que las sorpresas están siempre al orden del día.

Se quedaron en silencio, rumiando las últimas obviedades que había desgranado el señor Quinqué, que dejaron muy pensativo al titiritero.

La cara oscura de la luna era, en efecto, oscura, con un entorno rocoso que parecía hecho de carbón, tan negro y oscuro se veía, pero en cambio, el cielo aparecía lleno de una tal actividad lumínica de las estrellas, que uno se quedaba atónito y maravillado ante semejante pigmentación luminosa en el firmamento. Contemplando aquel pedazo de cielo sin atmósfera de por medio, era fácil imaginar otros mundos

escondidos en aquella infinidad de astros que se extendían por la inmensidad del universo, que no parecía tener fin. Recordaba Manuel las varias teorías sobre el Universo que había aprendido a lo largo de los años leyendo periódicos y revistas, y las distancias se le aparecieron aún más distantes y lejanas de lo que uno podía imaginar.

¿Cuántas constelación había a la vista? ¿Cuántas de estas estrellas pertenecían a la Vía Láctea? De hecho, poco alcanzábamos los humanos de estas dimensiones siderales, hechos como estamos a una escala tan pequeña y condicionados por ese ciclismo antes mencionado por Quinqué, la vida. Tal vez la vida era una simple forma provinciana de existencia, dentro de la grandeza del universo, propia de esta pequeña comarca que es la galaxia, y existían en otros lugares formas distintas, más sofisticadas aún y no sujetas a los ciclos de la vida, capaces de tener conciencia y pensar más o menos como nosotros.

Recordó entonces la historia de los títeres y lo que le había explicado el Aedo, y a pesar de la inverosimilitud del caso, tuvo que reconocer que aquellos seres hechos de madera bien podían escapar de los mecanismos de descomposición de la vida, aunque la madera también se estropea y se pudre, como todos aquellos ancianos de caras carcomidas lo demostraban, al provenir la madera de seres vivos como son los árboles. Pero siempre se puede sustituir un trozo podrido por otro sano, como hacen los robotistas, y como él hacía a menudo en el taller. Y sin embargo, a pesar de su pretendida inmortalidad y por el hecho de haber vencido a la muerte, aquellos viejos títeres habían regresado a nuestro sistema solar, incapaces de vivir lejos de la fragilidad de sus antiguos manipuladores, nosotros, los humanos, hechos de carne caduca. ¿Acaso no le habían ayudado a poner el huevo por la necesidad desesperada de estar cerca de los animalitos humanos? Era un tema que debería aclarar con el Aedo.

- Intuyo, Manuel, que la visión de esta inmensidad lo lleva a cuestionar no pocas cosas de nuestra existencia terráquea, como es de cajón que ocurra, siendo quizás éste uno de los efectos más recurrentes que produce la luna a sus visitantes. Sepa que siempre ha sido una tradición de los antiguos personajes importantes de nuestro mundo acudir a la luna para pensar, meditar y disfrutar de las horas. Bueno, en realidad estos asientos pertenecen al señor Mercurio, para quien trabajo, el cual suele hacer uso exclusivo de ellos cuando tiene ganas de fumarse un puro. Por eso nuestra agencia es la mejor para este tipo de viaje, algo que su amigo el Aedo bien sabe. Por cierto, ¿ve aquel astro que brilla en aquella esquina? Es el planeta del señor Mercurio. Es una suerte verlo, ya que al estar tan cerca del sol, cuesta mucho distinguirlo.

Recordó Manuel que Mercurio era el planeta que gira más cerca de nuestra estrella, a una velocidad espantosa y con unos días larguísimos, lo que propicia que en la cara

que da el sol, haga un calor de espanto, mientras que en la otra cara, haga un frío que pela. Le comentó este aspecto al señor Quinqué, el cual contestó:

- Tiene toda la razón del mundo. Con franqueza, no es un planeta para pasar una temporada larga. Con un par de horas y mientras se ponga en un lugar intermedio entre las dos caras, sería más que suficiente. Se comprende que el señor Mercurio tenga su segunda residencia aquí en la luna, tan cerca de la Tierra, su lugar predilecto. Dicen que todavía hay un planeta más cercano al sol, Vulcano, el cual, a pesar de su existencia insegura, es uno de los lugares más recomendables para visitar. Pero no antes de haber pasado por Mercurio.

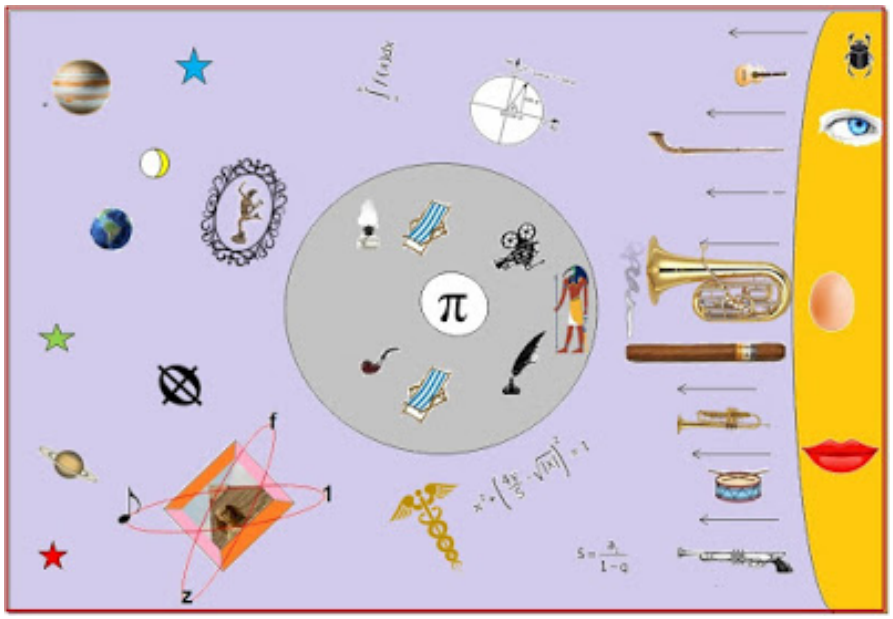
- Quinqué, creo que se impone una visita al planeta del señor Mercurio.

- ¿Lo dice de verdad? Estoy asombrado, Manuel, no lo hubiera imaginado tan decidido. Pero ya sabe que estoy a su servicio y que por eso me han contratado. Eso sí, le pido que sea una visita rápida, cada día me cuesta más aguantar las temperaturas extremas, sean de frío o de calor. Y olvídese de los puros: allí, o se consumen en un periquete, o duran una eternidad, congelados como barras de hielo.

- ¿Y a nosotros, Quinqué, qué nos puede pasar?

- No sufra por ello, Manuel, la agencia Mercurio garantiza la seguridad de sus clientes.

9- Mercurio



Dijo Quinqué que tenía que aprovechar el momento en que Mercurio era visible, ya que su proximidad al sol lo hacía un planeta difícil de captar. Se armaron ambos con dos de las brevas compradas por el titiritero y las encendieron, echando humo en la atmósfera vacía de la Luna como dos locomotoras. Cerró los ojos Manuel, disfrutando del cigarro, que había aprendido a fumar con la mente, al tratarse de un artefacto de hacer humo tan cargado de resonancias terráqueas. Los minutos pasaron.

Cuando los volvió a abrir, se dio cuenta que estaban en otro lugar. Habían pasado a un paisaje bastante parecido al de la Luna pero con unas diferencias notables: hacía un calor de mil demonios, y el Sol, el astro mayor de nuestro Sistema Solar, con un diámetro considerablemente mayor del que vemos desde la Tierra, permanecía a un lado del cielo. Notó la velocidad del puro en acabarse: con una única calada, se extinguió como cigarro.

- Mercurio es uno de los lugares ideales para ver el Sol de cerca. No nos estaremos mucho rato, ya se lo dije, demasiado calor. Lugar perfecto para broncearse, eso sí, ideal para los turistas que aman la playa y el sol de España. Con apenas cinco minutos, adquirirían el color que en la Tierra tardan un mes en obtener. Deformación profesional, qué quiere que le diga, Manuel, pero no puedo dejar de pensar en mis clientes. Sin duda sería un negocio redondo para el señor Mercurio y su agencia, desde luego.

El Sol visto de tan cerca era un misterio total. Sin mirarlo directamente, al ser imposible resistir su potente radiación, supo que el astro que daba vida al planeta Tierra era el enigma principal de nuestra existencia. Una incógnita tan grande como lo puede ser el mismo Universo, esta totalidad repleta de billones y billones de soles que los astrónomos, con paciencia de santo, exploran y miden como si fuera posible contabilizarlos todos. Por un momento pensó si este Universo tan grande no era más que un juego para entretener a los humanos, ofreciendo la parte visible de los soles y sus chasquidos luminosos, con los cortejos planetarios que los acompañan, mientras esconde toda aquella parte que los científicos llaman oculta, la materia y la energía oscura, la que no se ve pero que contiene una masa también 'oscura' ...

Esta oscuridad le excitaba. Era la misma oscuridad que rodeaba todo lo que vemos, fuera y dentro de la Tierra, una zona negra que él se imaginaba como una página en blanco donde los pioneros irían escribiendo sus relatos de aventuras.

- Tiene toda la razón en pensar lo que piensa, Manuel, lo he adivinado por su mirada intensa hacia el astro y hacia la oscuridad que le rodea, ya que al no haber atmósfera en Mercurio, tampoco están los cielos de color azul que tenemos en la Tierra. Por eso es tan importante visitar aunque sea una vez este planeta. Fíjese que además de ser uno de los mejores observatorios para contemplar el Sol, también lo es para pensar la Luna, ya que son muchas las relaciones que existen entre los dos astros, que uno diría que son hermanos por las semejanzas físicas que tienen, siendo la Luna la lógica segunda residencia habitual del señor Mercurio cuando necesita descanso y reflexión, mientras la Tierra puede considerarse como su lugar de trabajo. Piense que el señor Mercurio podría estar todo el día fumando puros y tocándose la barriga en su observatorio de la Luna, en cambio prefiere ser fiel a quiénes siempre ha considerado sus clientes, según establecen los múltiples acuerdos contractuales firmados a lo largo del tiempo, ya que si algo tiene el señor Mercurio como sagrado, es el cumplimiento de un contrato, sea del tipo que sea. Una persona muy atenta siempre a las transacciones comerciales y a la valoración de las monedas, sí señor!

-¡ Ya veo que son unos grandes profesionales, señor Quinqué!

- ¡Lo somos, lo somos, Manuel!

Se dio cuenta el titiritero que su guía hablaba con euforia, que supuso efecto de la proximidad del sol, que caliente las mentes y excita los cálculos de resultados. Pensó que la carrera de titiritero no le había dado demasiados dividendos, a pesar de la dedicación profunda y entregada a su profesión, por un simple motivo: nunca se había preocupado de ello. De alguna manera, daba por hecho que una carrera en la que uno hace lo que quiere, debe ser rentable por necesidad y obligación, no para enriquecerse, pero sí para ir tirando y vivir con una cierta normalidad. Y así había sido,

en efecto, pero reconocía su poca dedicación a los asuntos mercantiles, siempre delegados a terceros y bastante desatendidos. Ahora vivía gracias a una pensión discreta que no le daba demasiadas alegrías pero que tampoco las necesitaba.

- Las cuentas de resultados son importantes, eso es evidente, pero sin que nos lleguen a obsesionar. Este es mi lema: vivir bien y dejar vivir. Los que para vivir bien no dejan vivir a los demás, lo cierto es que no son dignos de elogio, Manuel, creo que esto es de cajón. Y los que no quieren vivir bien y tampoco dejan vivir a los demás, estos son dos veces nefastos y censurables. Piense que en el campo de mi profesión, hay mucha gente así: personas que trabajan como burros y que ofrecen unos servicios indignos capaces de amargar la vida al más alegre de los turistas. Nos olvidamos que la economía es sinónimo de sabiduría, y que separar estos dos conceptos es tan aberrante como separar a dos amantes. Como decimos los catalanes, y permítame que me incluya, *la pela és la pela*, y Barcelona es buena si la bolsa suena, y tanto si suena como si no suena, Barcelona es buena. Esto es de cajón. Pero convendría insistir en que la bolsa suena si Barcelona es buena, porque si no es buena, quizás suene, la bolsa, pero sonará mal. Y por eso el señor Mercurio se encuentra tan a gusto en esta ciudad, porque por regla general es de las que sabe cuidar las dos cosas, con algunos altibajos, como es lógico y necesario, siendo la nuestra una de las agencias más activas y solicitadas de Barcelona. Una capital que lo ha sido siempre en cuanto a fumadores y venta de cigarros habanos, algo de suma importancia, como es fácil entender!

Sabía Manuel que el Sol en Mercurio pasaba muy despacio, por la larga duración de los días, lo que explicaba la excitación mental del señor Quinqué y la suya propia, que empezaba a sentir con fuerza.

- Ya veo que siente el calor, Manuel. Piense que la temperatura en este planeta pasa de los trescientos grados si es de día, lo que sería impensable en la Tierra, y cuando es de noche, baja a ciento setenta grados bajo cero, pero si aquí se soporta, es porque gozamos de las garantías que la casa Mercurio ofrece a sus clientes, ya que no sería de recibo dejar que nos achicharráramos a la primera de cambio. Eso sí, no se debe abusar de este privilegio, por lógicas razones de salud y de economía vital.

Y bajando la voz, como si le contara un secreto, añadió:

- Sepa que aquí el sol sale dos veces, ¿se lo imagina?, una curiosidad inusual, pues cuando sale, se esconde de nuevo para volver a salir enseguida y seguir su curso hasta llegar a la noche. Dicen que ésta es la razón de la duplicidad que se otorga al señor Mercurio, obligado a ver salir el sol por duplicado, lo que explica la atención que siempre ha mostrado hacia los demás, siendo la comunicación y el buen trato con la gente una de sus mejores cualidades. Lo que explica su interés por los turistas, los cuales suman a la condición de extranjeros el añadido del negocio, siendo una

industria que no vende ni produce nada, sino que se basa en las buenas palabras y en las ilusiones del público y del producto, como hacen ustedes la gente del teatro, que venden humo y ficción. Por eso este planeta tiene tan poca cosa, al ser un paisaje de rocas y cráteres similar al de la Luna, como si fuera un escenario de los suyos pero sin decorados ni telón, ya que lo importante no es tanto la realidad de las cosas como las palabras que la cambian y se la inventan. Una zona de paso, yo diría, sobre todo para los difuntos que vienen de la Luna para seguir su curso mortal, tal vez con la intención de llegar al Sol, aunque antes haya que pasar por Venus, claro está ...

Se quedó Manuel pensativo al oír las palabras del señor Quinqué, que habían tocado un tema que le cocía por dentro desde que habían llegado a la Luna. Este tránsito de los difuntos por el satélite le había intrigado y supo entonces que era desde la distancia de Mercurio que debía enfocar la cuestión. Y de pronto comprendió el sentido de aquellos saltos que había hecho de la Tierra a la Luna, y de la Luna a Mercurio: disponer de perspectivas y de ángulos de observación lo bastante lejanos para poder captar el meollo de las cosas. Si era cierto que los muertos seguían este camino, mucho mejor hacerlo en vida para entender mínimamente la cuestión. Y por eso era importante la Extravagancia, que daba consistencia y sustancia al saber que guiaba los periplos de la vida y de la muerte.

En efecto, visto desde la Tierra, tiene su lógica que las almas de los difuntos permanezcan como quien dice flotando por los espacios cercanos a los escenarios de sus vidas, afectados por el deseo de permanecer cerca de sus seres queridos. Pero por otra parte, es comprensible que estos mismos difuntos sientan la necesidad profunda de alejarse de estos escenarios, que disfrutaron y sufrieron en vida, más que nada porque mantenerse pegados a ellos les parece algo insano y un despropósito total y absoluto. ¿Qué sentido tiene permanecer donde no pintas nada? De entrada, debe ser una gran sorpresa para muchas de estas almas constatar que una vez fallecidos, siguen con una cierta conciencia de los hechos. ¿Así que tenían razón los que propugnaban una vida más allá de la muerte?, se preguntan consternados. Claro que enseguida se dan cuenta de que de vida no tienen nada, ya que el cuerpo, que es lo que encaja en los parámetros de lo que se llama vida, no sólo lo han perdido sino que lo ven pudrirse a una velocidad de espanto. Entonces si no tienen vida, ¿qué tienen? Esta conciencia de seguir siendo alguien sin figurar en ninguna parte no deja de ser una contradicción y un imposible como una catedral. Una conciencia que no se puede mirar en ninguna parte, porque los espejos no la reflejan por mucho que los videntes insistan en ello. Y si una conciencia no se refleja, no tardará mucho en dejar de ser conciencia, al ser su principal característica el hecho de poder verse a sí misma, pues una conciencia que no se ve ni sabe que es una conciencia, se acerca a lo que son los animales o las piedras cuando vuelan por los espacios con ganas de entrar en la atmósfera de algún planeta o de colisionar sobre su superficie, las cuales son pero no saben que son. Y sin duda

sentirán una inquietud casi desesperante de encontrar alguna superficie donde reflejarse y saber que se sigue siendo conciencia que se sabe consciente, es decir, autoconsciente.

El señor Quinqué, que lo miraba y parecía seguir sus razonamientos aunque se expresaba sólo con la mente, intervino en ese punto:

- Don Manuel, me deja usted sorprendido por la perspicacia de sus pensamientos, que dan al clavo en cosas de las que son muy difíciles de hablar, por la simple razón de que nadie sabe nada de ellas. Y explica que esto sea así por el hecho de encontrarnos en Mercurio, que del conjunto de los planetas, es el más mental de todos, sin duda por la proximidad del sol y por la fuerza que sus rayos dan a las radiaciones mentales, de por sí muy débiles, pero que aquí suben de nivel y de volumen, por lo que podía oírlo a la perfección como si estuviera hablando en voz alta. Es por eso que se considera al señor Mercurio como el más inteligente y previsor de las personalidades eminentes que habitan en nuestro Sistema Solar, armado como está por una capacidad mental de cálculo elevada a unas potencias difíciles de imaginar. ¡Admirable al cien por cien!

Manuel, animado por las palabras de Quinqué, continuó pensando con aquellas palabras que eran oídas por su guía como si fueran dichas en voz alta.

- Siguiendo lo que decía de la conciencia de los difuntos con ganas de perdurar, se desprende que al no encontrar donde reflejarse en los ámbitos de la vida, que son los que ocupan la totalidad del planeta Tierra, se vea obligada a mirar más allá, dirigiéndose a lo que le ofrece el cielo: de día el sol, y de noche la Luna y las estrellas. El sol poco les puede servir, a las almas: su potencia hace imposible mirarlo a la cara. Además, con tanta luz se sienten diluidas y tragadas por una fuerza mayor. Claro que es posible que muchas prefieran este destino de disolución lumínica, como hacían tantas almas en el antiguo Egipto, que se sumaban gustosas al cortejo de la barca de Ra. Ahora bien, las almas contemporáneas con ganas de pervivencia deben buscar la oscuridad de la noche y el brillo de las estrellas, que de alguna manera les permite reflejarse, aunque sea por unos fugaces instantes. Pero lo lógico es que sea la Luna la que se ofrece como espejo perfecto para las almas. Cuerpo anímico por excelencia, los humanos siempre la hemos tenido como un astro interior, que abre puertas escondidas a la imaginación de los poetas, los soñadores y los enamorados, quizá porque sabemos que en ella no hay nada, sin vida sin atmósfera. Un astro con dos caras, la oculta y la visible, y que ha servido desde siempre para esconder los rostros opuestos de lo que somos y hacemos. Esto explica que la Luna actúe como una especie de remolino de empatía en relación a las almas, y que estas se dejen llevar con gusto a su vacío reflector, buscando la verificación de un mínimo de existencia. ¿No le parece, Quinqué?

- Estoy totalmente de acuerdo con usted, Manuel, aunque yo nunca lo hubiera expresado con estas palabras, por lo que me admira y me gusta aún más lo oído, porque no hay nada como escuchar las mismas cosas dichas con diferentes lenguajes, acentos y colores. Porque hay un misterio aquí escondido de los más divertidos del mundo, y es que en el fondo las cosas son como son y como cada uno las ve y las dice a su manera, sin que esta variación cambie para nada su significado y la verdad de lo que se dice, de una importancia tan prominente como relativa. ¿No lo encuentra admirable al cien por cien?

- Lo es, Quinqué, lo es. Y me pregunto porqué estoy hablando de cosas que no sé y de las que es imposible saber nada, ya que sobre lo que ocurre después de la muerte que yo sepa nadie todavía ha hecho un relato capaz de pasar por un examen riguroso de los hechos y pueda ser firmado por un notario.

- Quizás en esto se equivoca, Manuel, si tiene en cuenta que en este ámbito del Sistema Solar, el señor Mercurio ejerce como quien dice de Notario, al ser el escribano encargado de atestiguar y poner en letra escrita y hablada los hechos ocurridos. No por nada se le considera el inventor de la escritura.

- ¿Quiere decir que la razón de todo esto es por encontrarnos en este planeta tan cercano al Sol? ...

- En efecto, Manuel. Tenga en cuenta que Mercurio es un planeta que se parece mucho a la Luna en composición y personalidad, si descontamos estos rasgos de excitación mental que otorga la cercanía del sol. Esta semejanza hace que los dos planetas se reflejen y que desde uno y otro sea fácil averiguar algunos de sus secretos más íntimos. Por eso se dice que si se quiere mirar bien a la luna, vaya usted a Mercurio, y al revés, para ver bien a Mercurio, hágalo desde la Luna. Desde la Tierra, de nuestro satélite sólo vemos lo que inventamos y proyectamos en nuestras insensateces y nuestros delirios, base del arte y la poesía, por supuesto.

- Quizá esto explique que los difuntos, al llegar a la Luna, sufran un descalabro monumental, al constatar el vacío que reina en ella, tan lejos de las plenitudes que le poníamos desde la Tierra. También permite imaginar que las almas de repente se empiecen a ver entre ellas, lo que si bien las salva de la inanición, al verse reflejadas las unas en las otras y por ello certificadas en su existencia, por el otro lado, caen como quien dice en un régimen de sociedad anímica que arrastra todos los vicios y las malas costumbres de cuando estaban vivos. Es decir, en vez de sentirse libres de las emociones enfrentadas y perniciosas, se ven en ellas inmersas, sin posibilidad de distanciarse de tanta sobreactuación, al menos en una primera instancia. ¡Un infierno!

Se hizo un silencio extraño.

- ¿Quiere decir, Quinqué, que todo esto lo digo porque en cierto modo lo estoy viendo en la Luna desde aquí?

- Así es, sí señor, esta es la razón, ya le he dicho que Mercurio es el mejor observador de la Luna, me refiero a una observación objetiva y real, sin las atmósferas de la imaginación humana, gracias al talante tan peculiar de este planeta que no se está de historias y por el que dos y dos son cuatro y déjese de tonterías.

- ¡Admirable, Quinqué!

- Y fíjese Manuel que este Infierno con el que hace un momento ha descrito la situación de los difuntos en la Luna, se acaba cuando consiguen reflejarse en otro espejo que los atrae más, que no es otro que Mercurio. Se produce entonces un fenómeno curioso: de repente la Luna ya no les interesa más. Han sabido extraer de ella su certificado de existencia, objetivo principal de su fuga de la Tierra, pero permanecer atrapados en los vaivenes emocionales de las otras almas les resulta insoportable. Necesitan otro espejo, que sólo les puede ofrecer Mercurio, el cual certifica la verdad de los números y de las habas contadas. Ahora bien, estas habas contadas no dejan de ser un choque y un espanto para muchos, no tenga la menor duda, dada la manía de los humanos en vivir fuera de la realidad, por encima o por debajo de sus posibilidades, sin llevar la contabilidad exacta de sus pérdidas y ganancias. ¿Se imagina usted la vergüenza y el choque que sienten muchos cuando se ven desnudos en su engaño, tan pegadas están sus almas a estas impostaciones falsas?

-¡Horrible, Quinqué!

- Ya veo que no es su caso, que rara vez ha estirado más el brazo de la manga, pero lo es de una gran mayoría de los mortales, ¡no se lo puede usted imaginar!

Callados, contemplaron las imágenes que emanaban de esta relación tan extraña entre la Luna y Mercurio. Vieron entonces el misterio de la doble salida del sol, ya que entretenidos en la conversación, no se habían dado cuenta del paso del tiempo y de como el sol se había puesto y volvía a amanecer por uno de los lados del planeta. Dijo Quinqué:

- Fíjese, Manuel, como de sabio es este mundo en el que nos encontramos, que es incluso capaz de ofrecer soluciones allí donde parece que no las hay. Porque este fenómeno tan insólito de la doble salida del sol da a los difuntos que ya se veían condenados a ser almas fallidas y miserables, una segunda oportunidad: si el sol nace dos veces, ¿por qué no podemos nacer nosotros una segunda vez, sin los efectos nefastos de la primera? Por otra parte, el doble amanecer del sol otorga a los difuntos una sensación de dualidad que incorporan de inmediato, cosa que les permite mirarse a sí mismos y tranquilizar sus dudas existenciales. Claro que una cosa es decirlo y otra

hacerlo. Y dada la larga duración de los días en Mercurio, ya puede imaginar lo que dura esta pedagogía de la doble salida del sol. Una duración que la gran inteligencia previsora del señor Mercurio ha sabido utilizar para que los humanos aprendan al menos algo de matemáticas, que van bien cuando lo importante es saber contar y que cuadren los números y el balance de resultados, ¿no le parece?

Estaba atónito, Manuel, por sentirse absorto en unos pensamientos que le sobrepasaban, porque era obvio que él nunca habría llegado a estas alturas de elucubración metafísica por sí solo, al estar atada su imaginación a las marionetas, que se mueven desde arriba con hilos y pisan el suelo para mostrar su resistencia a la gravedad. Mundos que pese a su fantasía, son por definición objetuales y materialistas, hechos de materia sólida y ligeramente pesada, lo suficiente para poder contrapesar la fuerza alzadora del hilo.

Sintió que otros hilos invisibles estiraban sus pensamientos, hilos que parecían proceder del sol, como si el astro quisiera mover sus ideas que para él eran piezas de un rompecabezas desencajado y caótico que había que ordenar, algo imposible, desde luego, y por eso mismo, una tentación excitante para el sol, la entidad más potente del Sistema Solar. ¿Tenía conciencia el sol? Tendría la que da la inercia de su propia rotación, pensó, más la que nace de ser el centro de su sistema, una inercia de tiempo implacable a la que sin embargo puede que le faltara un poco de la negación propia de los humanos, con sus ideas y palabras, siempre tan puñeteras, que actúan como espejos sutiles que fragmentan al ser y terminan despertando el fenómeno no menos sutil de la autoconciencia.

Se sintió Manuel manipulado por el sol en su intimidad y comprendió las historias que se cuentan sobre los dioses que a lo largo de la historia han representado al astro, como el mismo Zeus, celoso y pendiente de los humanos, los cuales no le llegaban a la suela del zapato en potencia, pero que eran capaces de afirmar y negar una misma cosa sin que el mundo se derrumbara, rico en ardides, como aquel detestable Odiseo que se las ingeniaba para salirse con la suya, aunque sólo fuera un humano infeliz.

Si el Sol lo manipulaba, sería para obtener algún beneficio, pensó el titiritero, ya que estas potencias primordiales no están para monsergas y van a la suya con la misma vehemencia que lo hace la fuerza de la gravedad, que por mucho que te resistas a ella, te atrapa y te chupa como si no fueras nada. Fue un consuelo saber que su presencia en Mercurio no era la del cuerpo presente físico de la vida, ni tampoco la de cuerpo presente de la muerte, sino la que tiene que ver con la conciencia y con los misterios del humo y de la pipa que llamamos alma, hecha de una materia que responde a la gravedad y a la física mundana un poco como le da la gana, lo que debe sorprender y extrañar a los átomos de la materia física que componen la parte visible del Sol. Claro que tal vez tenga una parte invisible, su materia, de esta que los entendidos llaman

oculta. Si hay tanta en el Universo, como dicen, también debe haber dentro del Sol, relleno como está de materia gaseosa ígnea.

- Veo, Manuel, que la proximidad del Sol le está afectando y que sufre la típica insolación de las que son habituales en estas latitudes del Sistema Solar. Ya le decía que aquí hay que andarse con cuidado, sobre todo los visitantes vivos, porque los difuntos parecen ser algo más refractarios a la influencia solar, y sólo después de haber aprendido suficientes matemáticas en las aulas del señor Mercurio, se hacen más sensibles a las radiaciones solares.

- Creo que sería bueno volver a la Tierra, señor Quinqué.

- Una idea muy acertada, sí señor.

10- El Pueblo Español

Plaza Mayor del Pueblo Español. [Foto de AndrésVilla, Google Earth]

Había quedado con el señor Quinqué en uno de los bares de la Plaza Mayor del Pueblo Español, un lugar que hacía más de cuarenta años que no visitaba. No entendía el entusiasmo que su guía mostraba por aquel antiguo parque temático de la arquitectura y de la artesanía popular, arrinconado por la historia pero, al parecer, aún visitado por los turistas. ¿Qué se le había perdido en aquel reducto decadente de la vieja Barcelona? Y sin embargo, sabía que con el señor Quinqué, las sorpresas estaban aseguradas.

Cruzar las imponentes torres de Ávila por donde se entra en el Pueblo Español fue atravesar una cortina hecha de años y de recuerdos. Respiró una atmósfera antigua que contrastaba con el vestuario de la gente, lleno de pantalones cortos y camisetas de colores, bastante numerosa a aquella hora de la mañana. Ya tendría tiempo de ver los detalles desagradables de las innovaciones de estética plastificada que sin duda se habían implantado.

Lo descubrió en un bar sentado en un rincón de la plaza. Llevaba su inconfundible sombrero de paja y el conjunto fresco de verano que solía vestir.

- Buenos días, Manuel! Mire qué día más bonito nos ha tocado hoy, ideal para visitar este lugar entrañable sin tener que sufrir demasiado por el calor, fíjese en estas nubes tan alegres que nos cubrirán un poco del sol, ¡una presencia que ni pintada! ¡Pero siéntese, siéntese, aquí se está de maravilla!

- Es espléndido verlo tan contento, señor Quinqué, pero mientras venía hacia aquí, no dejaba de preguntarme por qué razón me ha citado en el Pueblo Español. ¡Llevaba más de cuarenta años sin pisarlo!

- ¿No le parece un motivo más que suficiente para venir? ¡Cuarenta años de abstinencia!, permítame que lo exprese así, porque no se me ocurre decirlo de otra manera. ¿Cómo es posible que no se sienta atraído por esta maravilla de la Barcelona de los años veinte?

Se quedó mudo el titiritero ante aquel comentario un poco exagerado del guía, pero que coincidía bastante con lo que sentía.

- No, no diga nada, Manuel, espere antes de hablar que la razón entre por la puerta grande de la evidencia. Piense que los prejuicios arraigados son muy difíciles de extirpar, y cuando menos se insista, mejor, ya que las palabras nunca son inocentes. Cuando uno critica u opina en contra o a favor, sea sobre lo que sea, son las mismas palabras las que luego se resisten a no querer cambiar de signo y de juicio, pues no todo el mundo conoce esta disciplina tan importante para nosotros, los que trabajamos con el señor Mercurio, de jugar con las palabras y girarlas al revés como un calcetín al que se le da tantas vueltas como a uno le entra en ganas. Porque nada hay más triste que las personas sean esclavas de sus palabras, que seguramente ellas nunca han proferido sino que han recibido ya dichas y bien cocidas, atrapadas por mensajes que corren por los aires como si fueran vientos y corrientes de aire que te resfrían y te crean una tortícolis de aúpa...

Dio Manuel un vistazo a la plaza y vio que nada había cambiado, salvo los pequeños cartelitos puestos por todas partes con números para las guías auriculares. También vio a turistas, extranjeros y nacionales, con los correspondientes aparatos de esos que te hablan al oído y te explican lo que ves, una moda en los museos de hoy en día.

- Déjeme explicarle porque considero el Pueblo Español uno de los puntos capitales de Barcelona en lo que se refiere al turismo, lo que demuestra la extraordinaria visión estratégica que sus grandes hombres han tenido desde las épocas más antiguas.

Sacó del bolsillo dos puros y pensó Manuel si no serían estos artefactos de hacer humo y quemar tabaco el combustible que hacía hablar al guía. En su caso, encender el cigarro y sentir como la pipa interior entraba en combustión, fue todo uno.

- Sí, Manuel, nos encontramos ante el caso insólito de un encargo que, en vez de ser tratado a la ligera, fue resuelto con una finura y una exigencia artísticas poco común en un país mediterráneo. Fíjese que los responsables, dos magníficos arquitectos y dos artistas de relieve, con un coche pagado por el Ayuntamiento, un Hispano-Suiza de estos tan imponentes y elegantes, se lanzaron a recorrer todo el país visitando 1.600

poblaciones ¿Se lo imagina, Manuel?, ¡1.600! Buscaban los edificios más curiosos e interesantes de cada lugar, no los más conocidos, fíjese en este detalle, mientras recopilaban cientos de fotografías y de dibujos hechos durante el viaje. ¡Admirable al cien por cien!

Sus ojos, con algunas lágrimas fruto de la emoción, parecían seguir las 1.600 poblaciones que habían recorrido los autores del Pueblo Español.

- Tenían una idea clara: crear un verdadero pueblo, un pueblo ideal, donde los diferentes edificios pudieran convivir y ajustarse entre sí a través de un plan urbanístico atractivo y coherente. Respecto a los contenidos, se mostraría la riqueza y la diversidad no sólo arquitectónica sino artesanal del país. Unidad y diferencia. ¿No le parece sensacional? Lo tenían que derribar seis meses después de acabada la Exposición, pero fue tal su éxito, que el Ayuntamiento decidió salvarlo como un capricho que la ciudad se regalaba a sí misma.

Echaban nubes de humo los dos, que subían por la atmósfera de la Plaza Mayor cuál signos de admiración que la agradable brisa de la tarde deshacía y se llevaba, como si el aire fuera una pipa de reciclaje con ganas de fumarse aquellos humos cargados del placer admirativo de sus fumadores.

- Fíjese de qué modo se anticiparon aquellos cuatro artistas al crear un primer parque temático *avant la lettre*, capaz de juntar arquitectura, sociedad y artes populares desde el respeto y una fidelidad hoy en día insólitas, todo hecho a escala humana y desde una mirada llena de buen gusto y de ponderación. Un conjunto escenográfico, como no podía ser de otro modo, que ha llegado hasta nuestros días, sobreviviendo a décadas truculentas de la Historia. ¡Un milagro colosal!

- Creo que estos contenidos hoy ya no son los mismos ...

- Tiene toda la razón, una lástima que se haya perdido este elemento básico que daba carácter al Pueblo Español, la artesanía, con apenas dos o tres talleres de verdad hoy en pie. Pero los tiempos cambian, Manuel, y añada usted la desafección que siempre han profesado los barceloneses hacia el lugar por su nombre: llamarse Español le ha dado mala prensa y una cierta animadversión, un sin sentido, cuando la mitad de la gente es de fuera y se siente española. Pero ya sabe que no hay bien que por mal no venga, y esta retirada de los barceloneses, hoy menos acusada, todo hay que decirlo, ha permitido que el Pueblo Español haya pasado los años con discreción, lo que sin duda lo ha mantenido en pie y lo ha salvado, al evitar que ideas geniales de mentes preclaras lo hayan podido estropear, dándole la vuelta sin ton ni son.

- Y ahora, ¿qué contiene?

- Restaurantes y tiendas de souvenirs, ya sabe, el complemento de nuestra industria

principal, con la fábrica de vidrio que se mantiene intacta con los vidrieros soplando sus tubos sin parar. Y por la noche, flamenco y discotecas. Nada del otro mundo, pensará, y tiene razón. Ahora bien, entra aquí en juego una consideración que, si me lo permite, creo necesario exponer.

Afirmó con la cabeza Manuel, sorprendido por el tono del señor Quinqué, que se había acercado hablando bajito para que nadie los escuchara mientras miraba de reojo.

- Vea como hoy en día el turista, procedente de clases más bien bajas y medias, si lo miramos desde una perspectiva generosa y distanciada, se ha convertido en una figura yo diría que entrañable de carácter humilde y popular, indispensable para llenar y dar cuerda a los servicios propios de la ciudad que los acoge, me refiero a los más sencillos y baratos. Creo, Manuel, y lo digo sin levantar la voz, que esta es la razón principal de la manía que se tiene aquí a los turistas: la clase media de la ciudad, empobrecida por la crisis, se ve reflejada en estas pobres criaturas de bajo coste y de un gusto dudoso, y ¿quién soporta verse reflejado en su verdad?

- Caramba, Quinqué, jamás lo hubiera pensado así...

- No lo dude, Manuel. Y ese es también el motivo de que el Pueblo Español guste a los turistas: aquí se sienten tratados como turistas de verdad, de aquellos ricos de antes, a diferencia de cuando pasean por el centro de la ciudad, donde saben muy bien que son considerados como una clase popular más, tan aburrida y deprimente como la local, y a la que todo el mundo pretende desvalijar.

Se quedaron en silencio, sopesando las graves afirmaciones lanzadas por el señor Quinqué, que miraba a los turistas con ánimos de saludarlos y de querer ayudarlos en lo que hiciera falta, aunque sabía que demasiada solicitud a veces era recibida con reticencia por los desconocidos, temerosos de ser estafados.

- Yo, Manuel, soy dos veces amable con los turistas, para contrarrestar los posibles malos tratos recibidos por sus enemigos populares, que los odian porque se ven retratados en ellos y no les gusta la imagen que ven. Pero no se debe culpar a nadie, ya que así es el orden de las cosas, que se equilibran por donde uno menos se lo espera, siendo el Pueblo Español uno de estos reguladores sociales que hacen que los extranjeros se sientan turistas sin tener que disimular, y que permite también a los locales representar el mismo papel, con lo que se crea un estado de ánimo de reconciliación y de una cierta hermandad universal, a pesar de las oposiciones crónicas que ponen color y gusto a la convivencia.

Se habían levantado y caminaban en dirección a las escaleras que reproducen las de Santiago de Compostela, muy retratadas por los visitantes. Pasaron antes por los porches renacentistas del magnífico Ayuntamiento, un edificio precioso copia del de Valderrobres, capital de la comarca del Matarraña, en Teruel, con un salón noble reproducción del Palau de la Generalitat Valenciana, suntuoso y muy solicitado para

fiestas, bailes y bodas. Todo eso se lo iba explicando con entusiasmo el señor Quinqué, que cumplía implacable con sus deberes de guía.

- No es oro todo lo que reluce, Manuel. Los responsables actuales del Pueblo Español venden a veces su alma al diablo por cuatro duros, y algunas noches es imposible venir a pasear y fumarse un puro, al alquilar las instalaciones o el Pueblo entero a grupos que básicamente vienen a emborracharse, hordas salvajes de las que es mejor mantenerse a distancia. Un sin sentido que no se acaba de comprender...

Subieron por las escaleras de la capital gallega, admirando Manuel los detalles tan bien reproducidos por aquellos artistas del año 29, que se ajustaron a la realidad de los edificios escogidos con un mimo tan escrupuloso que resultaba entrañable y altamente naïf a los ojos torpes de la actualidad.

- Mire, mire, Manuel, aquella torre. ¿Sabe qué es?

- No lo recuerdo, Quinqué. Parece alguno de estos minaretes convertidos en campanarios que se encuentras por Andalucía ...

- Acertó a medias. No estamos en Andalucía sino en Aragón, provincia de Zaragoza, frente a la torre mudéjar del municipio de Utebo, la llamada Torre de los Espejos, cubierta como está por más de 8.000 azulejos. Una de las más bonitas y única en su género, obra del siglo XVI. Cuando tuvieron que reconstruirla después de la Guerra Civil, no tuvieron más remedio que venir a Barcelona para copiar la que tenemos aquí, en el Pueblo Español, y recuperar algunos detalles de su factura que se habían perdido. ¡Extraordinario al cien por cien!

Desbordaba excitación y entusiasmo el señor Quinqué ejerciendo sus funciones de guía, demostrando que era un profesional que vivía su oficio como si fuera la primera vez que visitaba ese lugar, cuando era obvio que había venido miles de veces.

Consideró Manuel que necesitaba separarse un rato de su guía, incapaz de seguir con suficiente convicción tanto entusiasmo, lo que sucedió de una manera natural, cuando el mismo Quinqué le indicó que necesitaba acudir un momento a su oficina, que por lo visto se encontraba en algún lugar del mismo Pueblo Español.

- El señor Mercurio quiere mucho este lugar y es de los pocos que ha logrado instalarse en él. ¡Un absoluto privilegio, como puede comprender! Mire, mi despacho está aquí.

Le dio un papel con unas indicaciones y desapareció entre un grupo de turistas.

Seguía fumando el puro Manuel, con la pipa interior sacando humo a todo trapo, como si el entusiasmo de Quinqué fuera combustible que iba directamente al huevo convertido en pipa, cargando la invisible pero potente cazoleta.

Se metió por la calle Arcos, una reproducción del típico callejón andaluz de muros blancos y balcones llenos de flores, donde se anunciaban tiendas de cristales y joyas así como un tablao flamenco, y alcanzó la plaza que daba al taller de soplar vidrio, un lugar que de pronto recordó de la infancia, de cuando solía venir con su padre a ver cómo se hacía el vidrio.

Se acercó y comprobó sorprendido que era exactamente igual a como lo recordaba, o al menos así le pareció, un verdadero taller con hornos encendidos donde operarios cubiertos de batas sucias ejercían su oficio ante la mirada de los visitantes, turistas y locales, admirados de que aún se conservaran lugares como aquél, un poco dejado de la mano de dios, pero orgulloso de seguir funcionando como si los años no contaran para él. Agarrado a la barandilla que separaba al público del espacio de trabajo, situado como un niño más que no se perdía ninguno de los movimientos de los vidrieros, inquieto y movedizo, vio al Perico del Cohete en el Culo.

Se saludaron con un gesto imperceptible. De repente, Perico se le acercó y con su voz chillona y estridente, dijo:

- ¡Sígueme!

11- La función

Giraron a izquierda y entraron por la calle del Palacio de Peñaflor, de Écija, con aquel balcón tan largo y bonito que sigue la curva del edificio en la parte andaluza del Pueblo Español. Vio al Perico desaparecer por un portal del Palacio y se acercó a él. La puerta estaba abierta y, al entrar, se cerró sola.

Siguió por un pasillo largo y poco palaciego hasta llegar a una puerta que decía: 'Sala de Teatro'. Empujó y se detuvo en el umbral, atónito: ante él vio una platea de un pequeño teatro barroco con un escenario al fondo, con los asientos ocupados por todos sus títeres y otros personajes familiares que no recordaba en ese momento, los cuales gritaban y se movían con un alboroto de mil demonios. Dudó si dar media vuelta y echar a correr, pero pensó que la mayoría por no decir la totalidad de aquellas personitas eran criaturas suyas y que no había nada que temer. Tenías que acostumbrarse a ese tipo de situaciones, absurdas pero reales, que empezaban a formar parte del día a día.

Al aparecer Manuel, se detuvo el alboroto y algunos aplaudieron. Kalim y Kilam, colgados en una de las barras de luces de la sala, se pusieron a chillar como los dos títeres impertinentes que eran, lo que puso en marcha de nuevo el griterío. En la primera fila se sentaba el Aedo con una pipa en la boca. Era una pipa de atrezzo, ya que los títeres no pueden fumar al no tener pulmones ni tráquea, pero el viejo poeta había conseguido sacarle humo no se sabía cómo. Se sentó a su lado Manuel.

- ¿Se puede saber qué hacéis aquí?

Rió el poeta con su característico cloc cloc cloc de la madera al chocar entre sí.

- Has llegado justo a tiempo. Estamos a punto de levantar el telón.

- ¿Ah si? ¿Y qué teatro es este?

- Tú nos lo has enseñado todo, Manuel. Este es el Teatro de los Mundos, la puerta de nuestra imaginación abierta a la ciudad, al mundo! ... ¡Nosotros hablamos por tu boca, Manuel, no te olvides de eso!

Había elevado el tono de voz el Aedo y se hizo un silencio repentino, ya que todos los títeres querían escuchar las palabras del más viejo y sabio de la pandilla. Subió despacio la escalerilla central que daba al escenario. Una vez arriba, levantó los brazos y dijo con la voz pomposa que tan bien conocía Manuel:

- ¡Mirad como los mundos fueron creados después del gran estallido que generó todo lo que existe!

Y entonces, mientras el Aedo se ponía a un lado, se oyó un rumor extraordinario que procedía del mismo escenario, que se llenó de espirales y de unos círculos que giraban en el aire y que adquirían formas extrañas pero reconocibles por algunos de sus rasgos animales y de figuras humanas. Se dio cuenta de que el rumor era una especie de música espectacular de estas que hacen chocar masas orquestales entre sí, con un escándalo de mil demonios, como si fueran olas que se rompían y se confundían en una confluencia sonora aterradora, sin coherencia ni armonía, pero dotada de una fuerza interior que surgía de la propia forma que le daba la energía que lo empujaba, cuyas formas se mezclaban y jugaban a tragarse mutuamente, con cascadas de chispas sonoras que tenían su traslación al escenario en miles de chasquidos luminosos. Todos en la platea de aquel Teatro de los Mundos, como lo había bautizado el Aedo, quedaron en silencio, clavados en los asientos como si fueran estatuas de piedra, tal era la impresión que producía la música y las imágenes que brotaban del escenario.

La voz del Aedo se impuso de nuevo en la sala:

- Mirad, mirad como los dioses crearon mundos, soles y galaxias cada uno con sus particularidades, aberrantes las unas, tranquilas y amables las otras, sin que nada ni nadie pudiera cambiar el orden de las cosas, las cuales sin embargo estaban siempre en movimiento y sometidas a cambio constante!

Vieron entonces como el espesor de aquellas formas que se creaban y estallaban en millones de chasquidos, se fue retirando al fondo del escenario mientras salían nuevas formaciones luminosas que recordaban los dibujos de las galaxias del cielo, las cuales

aparecían y desaparecían en oleadas infinitas una tras otra, mientras la música evolucionaba hacia un despliegue insólito de formas sonoras cada una con su lógica y su ritmo, tal vez representando la singularidad de cada galaxia, que se sucedían, superponían y transformaban en un borboteo constante que parecía no tener fin.

Duró un largo rato aquella secuencia hipnótica de mundos que aparecían uno tras otro mientras sonaban las orquestas invisibles, hasta que la voz del Aedo volvió a oirse:

- Así los mundos se expandieron por el Universo. Pero los dioses, impacientes y caprichosos, generaron unos seres que sin disfrutar de la vida como nosotros la conocemos, eran listos, imaginativos y anhelaban la libertad. Estos seres fuimos nosotros, los títeres, sin las figuras que hoy tenemos, pero con las formas que nuestra imaginación nos daba, empujados por este deseo de ir siempre más allá, libres de los dioses y de sus imposiciones!

Hubo un estallido eufórico en el escenario, ocupado de pronto por miles de formas que se movían de mil modos diferentes, con sonidos articulados unos, no tanto los otros, estallido que despertó de inmediato el griterío de la platea, entusiasmados todos de ver aquel despliegue abigarrado de sus ancestros representados en aquel teatrillo insólito del Pueblo Español.

Manuel no pudo menos que gritar y aplaudir también, entusiasmado por lo que veía, sin importarle un bledo quién diablos se encontraba detrás de la representación. Estaba fascinado por las imágenes, pero sobre todo por la música, que salía como si hubiera en el escenario tres o cuatro orquestas de las sinfónicas de verdad, cuyos músicos, sin embargo, no se veían por ninguna parte. ¿Pero qué importancia tenían estos detalles?, pensó, mientras chupaba con fruición del cigarro que le había dado el señor Quinqué.

Enardecido como nunca lo había estado, Manuel echó un vistazo al teatro, dándose cuenta de la nobleza de sus ornamentos, con palcos preciosos cargados de dorados y cortinajes de terciopelo rojo, de pequeño tamaño, eso sí, pensados quizás para las dimensiones de las marionetas que los ocupaban. El techo contenía pinturas que representaban escenas mitológicas con personajes de la tradición de los títeres, con muchos arlequines, pierrots y polichinelas, mientras del centro colgaba una lámpara inmensa de lágrimas de cristal como las que hay en algunos salones de casas nobles. Los mismos asientos eran de madera tallada oscurecida por el tiempo y estaban forrados de terciopelo rojo. ¡Nunca hubiera sospechado que en el Pueblo Español hubiera un espacio como aquel! ¡Y nadie prohibía a nadie fumar!

El Aedo levantó de nuevo la voz con severidad potente.

- Nosotros éramos y somos la imaginación despierta de los dioses, ansiosos de disfrutar de todos los mundos que iban creando, los cuales cambiaban y se transformaban a una velocidad enorme, en direcciones a veces que nosotros inducíamos, sin poder nunca determinarlas con exactitud, de tan fuertes que eran las inercias creadas por las fuerzas primordiales que rigen los mundos.

Veían como aquellas formas de los títeres primigenios, con figuraciones que cambiaban cuando les apetecía, emitían unos sonidos que no eran exactamente voces pero que lo parecían, por lo que a la sonoridad de los instrumentos orquestales se sumó la de estas voces, con unas modulaciones extrañas que podían ir desde los tonos más graves a los agudos más estridentes, y que recordaban los gritos vivos y llamativos de la lengüeta, este peculiar instrumento que usan los titiriteros para poner voz a los héroes del teatro popular de títeres. El conjunto, sin embargo, tenía una dimensión cosmológica aterradora, como si el mismo Universo en persona hiciera sonar su propia orquesta compuesta de músicos e instrumentos oriundos de todas las galaxias y soles, para que resonara en el escenario de aquel Teatro de los Mundos. Le era imposible a Manuel definir la música, un rumor gigantesco y sutil al mismo tiempo, imagen de las corrientes subterráneas de todo lo que existe y que no para de moverse bajo la batuta de la imaginación del tiempo.

- ¡Pero, atención! ¡El rumbo imprevisto de los acontecimientos cósmicos coge a menudo caminos que pueden incluso dejar atónito al mismo Tiempo! ¡Amigos, los dioses se enfurecieron como nunca se habían enfurecido cuando vieron aquellas criaturas primordiales salidas de su propia imaginación disfrutar de su libertad y reírse de quienes los habían creado, quienes no pudieron soportar ser motivo de mofa y escarnio!

Vieron entonces el escenario transformarse por completo mientras aparecía una figura monstruosa y gigantesca, sin rasgos definidos y provista de dos cabezas, unos brazos descomunales, manos que parecían raíces de árbol y piernas que se dirían columnas de la tierra alzadas en medio de potentes terremotos. En una de las manos llevaba una aguja inmensa como las que usan los zapateros pero del tamaño de un gigante, con un hilo atado en la punta. En la otra mano, agarraba el cuello de una de aquellas figuras pescada al vuelo de los primeros títeres.

La platea enmudeció al acto, ante la terrorífica imagen. El silencio se podía cortar con un cuchillo. ¡Y entonces, la mano del dios monstruoso alzó la aguja y la clavó en el títere, haciendo pasar el hilo por su cuerpo, mientras se oía un grito desgarrador, un grito que resonó por todo el Universo y que dio vueltas y más vueltas por la sala de teatro como un huracán enloquecido que juntaba todos los vientos y las flautas de todas las orquestas del mundo entero!

Mil gritos de dolor y de espanto brotaron de la platea, con el correspondiente concierto de castañuelas de las bocas de madera chocando entre sí, mientras el dios enfurecido clavaba una y otra vez la aguja atando al títere con los hilos que a partir de entonces limitarían los movimientos de las pequeñas criaturas que habían nacido para ser libres.

La voz potente del Aedo regresó y calmó el pavor que se había extendido en la platea.

- Así terminó nuestra época gloriosa, cuando vivíamos en libertad por los mundos que se iban creando, mientras indicábamos a los dioses los caminos a seguir. ¡Pero cuidado! Cuando los dioses nos pusieron guantes, hilos y varillas, y nos hicieron esclavos de esta raza de criaturas encargadas de movernos y de manipularnos, la que acabó formando la Humanidad, de alguna manera ataron ambos destinos. ¡Por eso estamos aquí! ¡Nuestra libertad será la de los humanos o no será! ¡Éste es el terrible hado de nuestra condición!

Los gritos se fueron allanando ante la gravedad de las palabras del Aedo, que miraba más allá del teatro, como si su pensamiento se encontrara aún en los espacios primordiales cosmológicos que había invocado con la palabra.

De repente, en el escenario apareció el huevo, el Aposento y el mismísimo Manuel sentado en su silla. Pero no era él sino una marioneta, la que había hecho una vez para representarse a sí mismo, y que ahora aparecía también liberada de los hilos en este Teatro de los Mundos. Se dio cuenta Manuel que su réplica de madera tenía la misma autonomía que tenían los otros títeres, y le angustió ver qué sería capaz de hacer y decir aquel doble suyo en el escenario.

El Aedo se acercó al Manuel marioneta, señaló al huevo y dijo:

- Manuel, tú has puesto el huevo, tú nos has convocado. Ahora, debes iniciar la nueva etapa.

La marioneta de Manuel se levantó y con el martillo en la mano, rompió el huevo tal como lo había hecho días atrás en el Aposento. El ruido espantoso del huevo al romperse generó esta vez una corriente sonora que sopló como un vendaval por todo el escenario y por la platea, mientras veía los vapores que entonces lo habían envenenado convertirse en esa luz primordial de tonos oscuros y brillantes de la que habían salido las mil formas de los títeres primitivos, las cuales volvieron a aparecer con sus sonidos infinitos, dando vueltas como almas enloquecidas. Poco a poco, el ruido se fue calmando hasta desaparecer del todo.

El escenario se vació y vio como la pared del fondo se abría a una de las plazoletas del Pueblo Español, concretamente la de la Fuente, llena de visitantes con un grupo de japoneses muy callados escuchando las explicaciones de otro japonés que hablaba con

un micrófono en voz baja, al llevar todos auriculares que los conectaban uno a uno a las palabras del guía.

- ¡Admirable al cien por cien!

Era la voz de Quinqué la que sonaba a sus espaldas. Volvió la cabeza y lo vio sentado en la última fila.

- ¿Usted también estaba aquí?

- ¡No me hubiera perdido la función por nada del mundo, Manuel! Piense que al tener despacho en el Pueblo Español, dispongo de una llave para entrar más o menos en todas partes, y, como es lógico, también en este teatrillo de títeres, aunque, la verdad, nunca lo había visto. ¡Admirable al cien por cien!

Los títeres se habían quedado quietos y callados como muertos en los asientos. El Aedo, que bajaba del escenario, se le acercó.

- Manuel, este es nuestro teatro. Haremos función siempre que quieras.

Desapareció por una puerta pequeña de la platea.

- Creo que podemos salir por aquí mismo, Manuel -le dijo el señor Quinqué, mientras se acercaba por el centro de la platea al escenario.- La Plaza de la Fuente es un lugar precioso, con uno de los mejores restaurantes, ideal para tomar algo y fumarse un puro.

Subieron al escenario y en seguida se encontraron en la Plaza de la Fuente. La puerta por donde habían salido del fondo del teatro no se veía por ninguna parte.

12- El plan

Platge del Bogatell, Barcelona. Foto de Thomas Crabtree, treta de Google Earth.

Solía Manuel acudir a la playa cuando necesitaba pensar para entender las cosas incomprensibles de este mundo. Tenía motivos para ello. Sin embargo, tampoco pretendía aclararse al cien por cien, como diría su amigo el señor Quinqué, sino que sólo buscaba un cierto grado de serenidad. Le bastaba con pasear por la playa y dejar que las olas le mojaran los pies. El concierto cosmológico, por calificarlo de alguna manera, presenciado en el teatrillo de Pueblo Español todavía resonaba en sus oídos.

Con ánimos de pescar la primera luz del sol, se levantó temprano. Hacía uno de esos días que a veces hay en Barcelona, de una calidad sublime de cielo fresco y limpio sin una nube, como si unos vientos del norte hubieran acudido por encargo para limpiar las nieblas de polución, que son una de las vergüenzas de la ciudad, y llevarse de paso la humedad pegajosa tan característica del verano barcelonés.

Todavía faltaba un rato para salir el sol, y gozaba Manuel del frescor del agua que le activaba la circulación de la sangre. Deseaba situarse y reirse un poco de sí mismo. Mirarse con ironia era su mejor medicina, un viejo remedio catalán que tenía la virtud de conducirlo a la tranquilidad, para pasar de aquí a la euforia. Y mientras iba rompiendo con los pies las olas del mar, sintió que el estado eufórico empezaba a poseerlo. No había nadie más en la playa, salvo algunos jóvenes viajeros que dormían en sus sacos de dormir y dos o tres parejas que se habían escapado de la discoteca y buscaban la unión carnal de la madrugada. Igualmente algunas señoras que conocía bien porque eran las primeras a extender la toalla, instaladas ya en sus lugares de

costumbre. Solían tener una cierta edad y se bañaban esperando la salida del sol mientras cantaban con voz potente alguna canción española o una aria de zarzuela.

Estos encuentros con los habituales de primera hora no le molestaban en absoluto sino que, por el contrario, lo excitaban y le hacían sentirse mejor. Se había olvidado incluso del Aposento, del Huevo y del señor Quinqué, aquel personaje que lo había guiado a la Luna al coste bajísimo de un euro más una caja de puros. Repasaba por dentro los rasgos de la situación, con el recuerdo fresco del teatrillo del Pueblo Español y su representación de impacto. Quizá por eso necesitaba caminar por la playa, en este límite entre el mar, el cielo, la tierra y la ciudad, allí donde los mundos se cruzan y se encuentran, una zona también de confluencia cosmológica, como lo era la Luna en relación a la Tierra y al Sol, o Mercurio respecto al Sol y a los demás planetas. En esta pequeña franja de arena mojada, podía revivir en pequeño sus viajes con el señor Quinqué y situarlos en relación a su persona, con una cierta garantía de vivencia apacible y casera con respecto al orden cósmico.

Pensó que mientras unos necesitan comprar un piso para vivir y situarse en relación a los demás, él necesitaba la ciudad entera para disponer de bancos donde sentarse y tumbonas de observación, plataformas de despegue, playas apacibles para el paseo, bares adecuados para el intercambio de opiniones, lugares indefinidos donde poner teatros, o edificios singulares que conectaban con determinados astros y planetas. La razón eran los títeres, que le habían ensanchado el terreno de juego, no sin antes haber puesto el huevo, claro, el cual había dinamitado los viejos espacios y abierto otros nuevos.

Experimentó una inquietud intensa, la sensación de un estallido inminente, una premonición que le entraba por la nariz y le provocava temblores en todo el cuerpo. Y entonces lo vio: ¡el primer rayo del sol salía disparado del horizonte del mar! Fue un choque, un batacazo que explotó en su interior, una bomba sorda de luz blanca y poderosa. De repente, sintió que la pipa interior se encendía, o más bien, se incendiaba, como si el rayo de sol fuera una cerilla gigantesca que la hubiera puesto en un estado total de combustión. La euforia hizo que la corneta solar tocara diana al mundo entero, y su 'tercero', aquel que mira a los otros dos fumar y dejarse fumar, salió disparado como un cohete para saludar al sol, al día, a la ciudad y al mundo entero.

Y en ese momento mágico de la salida del sol, cuando la excitación subía sus enteros de entusiasmo, Manuel se dio cuenta que necesitaba un plan. Las cosas no se hacen sin un plan previo. Estaba acostumbrado Manuel a obrar a partir de dibujos y gráficos, así establecía las escenas de sus obras, que desplegaban el argumento con sus personajes. También era verdad que la mayor parte de las veces las ideas venían de las manos, cuando modelaba cabezas y cuerpos con el barro, o tallaba la madera para

hacer salir las caras de ella. Por eso en el taller tenía tantos dibujos que se acumulaban a lo largo del trabajo de construcción.

Aquí, el asunto tenía un punto de partida: el huevo. Un cero del que empezaba todo. Cerraba una vida y abría otra. Un vacío que era el Big Bang de la Extravagancia, donde todo estaba escrito entre líneas en un espacio sin líneas. Es decir, en el huevo había un plan, sí, pero aún por eescribir, y si él lo había puesto, a él le tocaba escribirlo. Una escritura sin escritura, claro: su mundo estaba hecho de imágenes y de palabras que sonaban sin literatura.

Cuando rompió el huevo, estaba vacío. Un vacío lleno de una vitalidad capaz de levantar a los muertos o en todo caso de dar vida a criaturas de madera, que viene a ser un poco lo mismo. Un vacío que vivificaba los trazos de su imaginación, pues no otra cosa eran los títeres que habían nacido de sus manos. Ya podía el Aedo marearlo con sus cuentos de los orígenes y los dioses juguetones y sus huevos primordiales. Aquí sólo había un huevo que contaba, el suyo, el puesto en el Aposento.

Pensó que era normal que las criaturas nacidas de sus manos inventaran historias sobre el origen y escogieran sus destinos, como hacemos nosotros los humanos, que si no tenemos explicaciones para todo no estamos tranquilos. Lo entendía y lo respetaba. Cada uno con sus historias. Él ya tenía bastante con la Extravagancia.

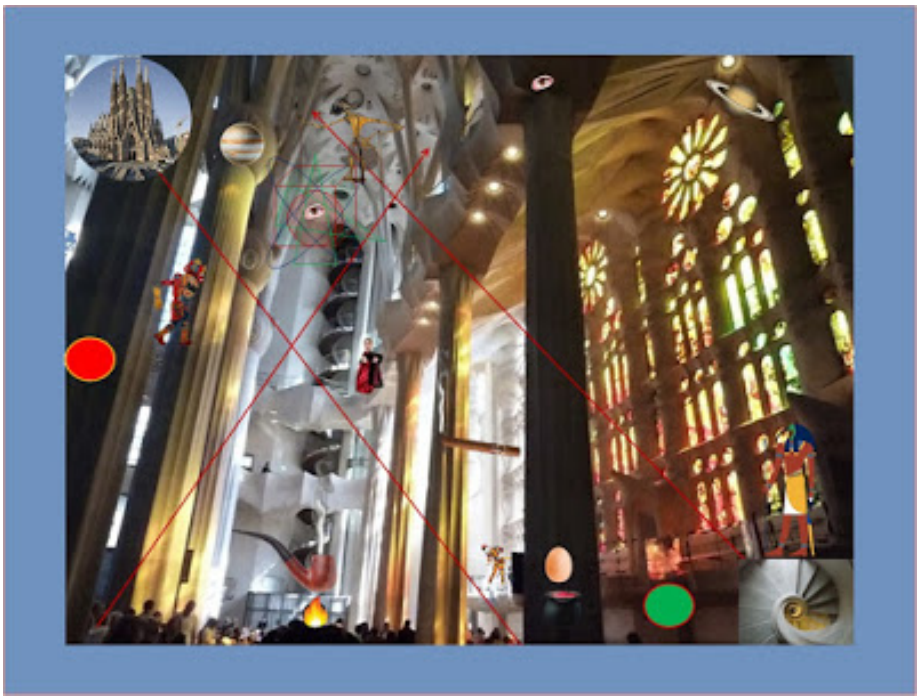
¿Pero era eso un plan? Se dijo que sí y no. El huevo, trasladado a la pipa que fumaba por dentro, se había convertido en la Extravagancia, una palabra que servía más que nada para abrir un espacio. Su espacio, su ciudad. ¿Acaso no lo tenía antes? Tuvo que reconocer que no. Las cosas sólo se tienen cuando se inventan, pensó. Quizás eso es lo que le había llevado al huevo. En realidad, se lo tenía que inventar todo. Contaba con un trabajo previo, es cierto, todos esos títeres vivificados por el huevo y desperdigados ahora por la ciudad.

Pero el espacio que el huevo le había abierto y que él tenía que inventar, era un espacio distinto. Aquel huevo le había llevado aires de otros mundos que antes no conocía. Su extravagancia era la ciudad conectada directamente con los astros del espacio, de momento con la Luna, Mercurio y el Sol, pero intuía que las puertas estaban abiertas para nuevas exploraciones. El Sistema Solar, y más allá, la Galaxia, se abrían en profundidad a su visión. La Extravagancia tenía que ser extravagante por necesidad y definición, se dijo, de modo que todo concordaba.

Todo eso pensó Manuel en ese segundo del primer rayo de sol que había incendiado la pipa y lo había disparado cielo arriba. Se dio cuenta entonces que ya tenía bastante plan. Y cuando el sol salió del todo, apoyando su bola de fuego sobre la barriga del horizonte del mar, vio la ciudad encendida también de luz, y comprendió que todo era una cuestión de habas contadas, como habría dicho el señor Quinqué desde Mercurio.

Ni pitos ni flautas, pensó conciso, la solución era la Extravagancia, en mayúscula, para hacerla más evidente y necesaria.

13- La Sagrada Familia



No fue ninguna sorpresa, porque ya Quinqué le había hablado varias veces de este monumento gaudiniano, siempre con altisonantes elogios, y por eso, cuando le invitó a hacer una visita a la Sagrada Familia, lo encontró como la cosa más lógica del mundo. Si había alguna extravagancia renombrada en Barcelona, esta era la iglesia de Gaudí, uno de los edificios más prodigiosos y alborotados del mundo. Encajaba como anillo al dedo con su reciente plan sin plan urdido.

Se acercó a la caseta de seguridad que hay delante de la puerta de la Pasión, y pidió por el señor Quinqué. El empleado le dijo que esperara, que vendría enseguida. Había mucho movimiento de grupos que buscaban a su guía, de guías que buscaban a su grupo, todos ellos con citas previas, ya que el acceso al Templo estaba muy regulado, para frenar la avalancha de visitantes siempre desmedida en agosto. Tuvo que reconocer Manuel que, salvo una vez que había llevado a alguien veinte años atrás, no había pisado la Sagrada Familia desde entonces, un lugar con el que muchos barceloneses viven de espaldas. La verdad es que no sabía muy bien porque, era una costumbre que cierta parte de la ciudadanía había instituido, con actitudes de mucha convicción crítica.

Se sintió de pronto muy excitado de visitar ese espacio turístico, como si sus ojos, trasladados a la óptica de los extranjeros que lo rodeaban, gozaran de una perspectiva exterior que por regla general los de Barcelona carecen.

- ¡Don Manuel, por aquí, por aquí!

Apareció Quinqué dentro del recinto, donde se movía como en casa, saludando a sus compañeros de trabajo que miraban móviles y listas en unos papeles colgados en un panel. Abrió una puerta metálica guardada por un miembro de seguridad y dejó pasar al titiritero.

- Hemos hecho bien en venir temprano, hoy es un día de esos que se puede decir que haremos pleno, según he podido comprobar y como ocurre cada día, por otra parte. Por fortuna, me he quitado de encima los compromisos que tenía, no hay nada como disponer de buenas amistades, Manuel, y las sustituciones aquí se pagan muy bien. ¡No se puede imaginar la demanda que hay! ¡Quizás muramos por ello, pero el éxito es rotundo!

Miró Manuel hacia la fachada de la Pasión, que tanta polémica ha despertado siempre entre las cabezas pensantes de la ciudad, que dicen que es una aberración y una pifia del escultor que se encargó de las esculturas, el señor Subirachs. Pero calló, ya que no tenía ganas de entrar en discusiones con su guía. Sentía una curiosidad creciente y tenía ganas de mirarlo todo desde la ingenuidad del neófito que era, pues tenía que reconocer que de este asunto no sabía nada.

- Manuel, siempre tenemos por costumbre, cuando se trata de hacer una visita con gente de gusto, empezar por las escuelas que Gaudí construyó para los hijos de los trabajadores. Ya sabe la importancia que daba a sus operarios, en este tipo de obra en la que se experimentaba sobre la marcha. Pues bien, el pequeño edificio de las escuelas construido en 1909, cambiado de lugar varias veces, es una verdadera joya, un ejemplo del genio compositivo y estructural de Gaudí, de cómo aprovechar el espacio al máximo con soluciones mínimas y originales, como es el uso del conoide para la curva de las paredes y del techo, una maravilla de estructura geométrica, que consigue una gran resistencia con simplicidad y enorme economía de medios. Para muchos arquitectos, esta escuela constituye uno de los edificios más interesantes de Gaudí, estudiado e imitado por los entendidos que le profesan verdadera devoción.

Entraron en aquella modesta construcción, provista de tres aulas que habían decorado como si todavía se dieran clases en una de ellas. Respiró Manuel un aire antiguo y precario, como es normal que sea un lugar destinado a educar a niños humildes de la clase trabajadora. El contraste entre esta humildad y el respeto y la atención que guías y visitantes profesaban al edificio, era realmente curioso y paradójico. El áurea de Gaudí creaba una alquimia que era capaz de transformarlo todo, como si entrar en ese recinto fuera estar en contacto con un prodigio que sobrepasaba los límites de la condición humana.

Pero la visión del interior de la basílica, ya plenamente acabada desde 2010, fue una especie de choque para Manuel. La altura de las columnas y el estallido de colores, texturas, geometrías y formas inspiradas en esqueléticas ramificaciones arbóreas, casi lo asustó. No estaba preparado el titiritero para ver espacios de aquella naturaleza y magnitud, acostumbrado a una vida austera y actuando siempre en espacios modestos, aunque sí había visto algunos edificios emblemáticos del mundo en sus viajes. Pero de eso hacía mucho tiempo y no podía encajar en ninguna parte el delirio arquitectónico que se le abría ante sí.

- Veo, Manuel, que le ha sorprendido ver esta profusión de formas que se alzan hacia el cielo sin pudor alguno, ya que si algo tenía Gaudí de característico era esta oposición radical entre la contención religiosa y casi anacoreta de su vida privada, especialmente de viejo, y la incontinencia desatada de su imaginación que iba tan lejos como le permitía la técnica. Porque lo más importante aquí es que en este edificio forma y función se juntan como anillo al dedo, quiero decir que a pesar de que todo parece una fantasía hecha de piedra, en realidad cada forma responde a su función exacta en el conjunto, de modo que salvo las esculturas, no hay aquí nada de gratuito. ¡Admirable al cien por cien, Manuel!

Supo así el titiritero lo que se explica a los visitantes sobre las innovaciones arquitectónicas del arquitecto de Reus, el estudio del equilibrio de fuerzas en el reflejo de sus maquetas hechas al revés, con los saquitos llenos de perdigones para simular peso y resistencias, y cómo utilizó formas que sacaba de la naturaleza y que él sintetizaba en composiciones geométricas, los hiperboloides, paraboloides, elipsoides y la espectacular helicoides en sus escaleras de caracol dejadas a vista que parecen tuercas gigantescas de esas que se utilizan para agujerear la tierra. O el uso del arco catenario, inspirado en la curva llamada catenaria que hace una cuerda cuando cae suspendida entre dos puntos. Cosas de las que había oído hablar Manuel, pero que ahora podía ver en su realidad monumental hecha de piedra.

Tuvo que sentarse en una de las sillas para los feligreses que hay en la nave central, y contemplar sentado las alturas luminosas de la basílica. El esplendor visual era tan variado y potente, que necesitaría días y semanas para discernir los detalles y sus significaciones, si es que tenían alguna como sospechaba.

- Fíjese, Manuel, como estas columnas que suben y se ramifican son los huesos vegetales de un bosque de piedra, y como el techo es la columna vertebral con sus vértebras de un cuerpo que se agacha para sostener sobre él las torres que deben subir mucho más arriba todavía de las que existen hoy. También se podría decir que estas columnas son las raíces óseas que sustentan los troncos de las torres centrales que subirán cielo arriba y que junto con las de las fachadas, constituyen este bosque monumental de piedra atornillada situado en medio de Barcelona que es la Sagrada

familia, un bosque plantado por Gaudí en su día y que ha ido creciendo a lo largo de los años, bien regado últimamente por la afluencia turística.

Le importaban un rábano a Manuel las disquisiciones del señor Quinqué, que le entraban por un oído y le salían por el otro, pero escuchaba con agrado sus palabras, cuyo entusiasmo lo mantenía en ese estado feliz de mirada exterior y distanciada. Por dentro, una vocecita irónica se reía de que a su edad se dejara llevar por una situación tan banal como era descubrir la Sagrada Familia, un lugar que había visto e ignorado miles de veces al pasar por su lado. Pero hacía rato que notaba que su pipa interior empezaba a entrar en combustión, y supo también que todas aquellas ironías y los prejuicios que le llegaban del pasado acudían sólo para satisfacer las necesidades de combustión de la pipa, ávida de fumarlos, mientras quién se lo miraba desde la cabeza empezaba a sentir el conocido mareo que precedía a la bajada a la pipa, para iniciar de esta manera el proceso de desdoblamiento que no tardaría mucho en desembocar en el que mira desde arriba cómo el otro se fuma a sí mismo.

Soltó una carcajada que sorprendió y agradró al señor Quinqué y no tanto a los turistas que estaban sentados en las sillas vecinas, absortos como él en la visión de las alturas y descansando de tantas horas de ver y pisar piedra.

Entonces los vio: sobre las barandillas de los estrechos pasillos de los niveles superiores del recinto, distinguió las cabezas de sus títeres, que parecían muy contentos de verse donde se veían y de contemplar la masa de visitantes que entraba y salía del templo. Se movían nerviosos de un lado a otro, a veces se inclinaban sobre el vacío inmenso hecho de luz y piedra. Supo que sólo él los veía, ya que en ningún momento percibió algún signo de extrañeza entre los turistas y los escasos visitantes locales. Y de repente, se vio desde arriba también a sí mismo junto al señor Quinqué, que le susurraba al oído maravillas del lugar, con numerosos datos sobre la Sagrada Familia, que guardaba en la memoria para sospesarlas más tarde, ya que ahora estaba más interesado en pasear por aquellas alturas en compañía de sus Pericos y demás personitas que se habían escapado del Aposento.

Se dio cuenta que su guía ya no estaba abajo sentado a su lado, ni él tampoco, y al cabo de un rato, lo vio subir por una de las escaleras de caracol que colgaban rectas en el espacio de la basílica. No tardó en tenerlo delante. Al fondo, el Perico Perico le hacía señas indicándole una dirección. La siguieron sin decir una palabra y entraron por una puerta que se habría dicho surgida de algún cuento de las Mil y Una Noches, de piedra y con una forma exótica y descomunal.

- No crea que está soñando, Manuel, esta puerta es tanto de Gaudí como cualquier otro elemento arquitectónico de la Basílica, ya que su inventiva estaba condicionada por una imaginación que desbordaba todas las previsiones, inspirado decía él en la

naturaleza, aunque yo pienso a veces si no se inspiraría en otros paisajes más lejanos y rebuscados aún, ya que su capacidad visionaria era de las que van lejos y no se detienen ante los obstáculos.

Y bajando la voz, añadió:

- Dicen que su inspiración era el clasicismo de la Grecia antigua, lo que dejaba boquiabierto a todo el mundo, ya que no hay nada que más se aleje de la austeridad noble y armoniosa del arte griego que las formas gaudinianas y el modernismo en general. Pero él replicaba que sólo estaba haciendo lo que habrían hecho los griegos si hubieran seguido viviendo y creando arquitectura a lo largo de los milenios. Según explicaba, la Sagrada Familia era el edificio que más se acercaba al Partenón si éste hubiera contado con el poso de los siglos y la experiencia acumulada que tienen hoy los albañiles catalanes. De ahí venía su obsesión en pintarlo todo de muchos colores, como hacían los escultores griegos e hizo él en la fachada del Nacimiento, huyendo del mal gusto actual por la piedra desnuda, que él veía muerta y que gusta tanto a los contemporáneos. ¡Admirable al cien por cien, Manuel!

Enfilaron por un pasillo interior que daba vueltas y más vueltas hasta que salieron a una especie de azotea o terraza que se abría en el interior del espacio en construcción encima del templo. Veía las ocho torres ya existentes despegar muy por encima de la ciudad y pensó cómo diablos acabaría todo aquello una vez terminadas las torres que faltaban, más la del medio que según le había dicho Quinqué, ascendería hasta los 173 metros, los mismos que tenían las alturas de Montjuic. ¡Un artefacto delirante y monstruoso!

- Lo es, lo es, Manuel, no puede imaginarse como lo es de delirante este edificio, motivo por el que entusiasma tanto a todo el mundo.

Comprendió que Quinqué escuchaba su voz interior, como había sucedido en Mercurio, que él había explicado por la proximidad del sol, y ahora calculó si no serían aquellas cuatro torres de piedra de la Pasión las que hacían de antenas del pensamiento.

- Fíjese que muchos dicen que esta iglesia será en el futuro la catedral universal de la Iglesia Católica. Parece ser que el Papa Benedicto XVI, en su visita de consagración el 7 de noviembre de 2010, quedó tan impresionado y fueron tan extraordinarias las palabras dichas en su admiración del templo, que todo el mundo dedujo que a la larga, la Sagrada familia estaría destinada a jugar un papel fundamental en el devenir del catolicismo. Es curioso que muchos años antes, otras personas, como el escritor Francesc Pujols, que conoció bien a Gaudí, profetizó que el Templo se convertiría, una vez terminado, en el monumento póstumo dedicado a la Iglesia Católica, cuyo final él calculaba en coincidencia con el de sus obras de construcción. Algo que sólo se puede

entender por la impresión que causa a todo el mundo semejante atrevimiento arquitectónico. Yo, sin embargo, prefiero pensar que su futuro no puede ser otro que convertirse en la Catedral Universal de todas las iglesias y creencias religiosas del mundo, sean deístas o ateas, ya que hoy en día hay de todo en este mundo. Y no hay que irse muy lejos en el futuro para comprenderlo, sólo cabe fijarse en la procedencia de los millones y millones de visitantes que acuden, y se dará cuenta que pertenecen a todas las religiones y culturas de este planeta, sin que a nadie le importen los símbolos religiosos puestos por Gaudí y sus continuadores, salvo a los artistas locales, claro, por esta fijación en contra que le tienen. Al ser tan estrambóticos e incomprensibles muchos de estos signos, todo el mundo los hace suyos, inventándose los significados profundos que tienen y no tienen. ¿No lo encuentra irrefutable al cien por cien, Manuel?

Esta aseveración de Quinqué impresionó mucho a Manuel. Nunca había pensado que aquel templo tan familiar a los barceloneses pudiera ser en realidad un edificio vacío capaz de convertirse en la catedral de los habitantes del mundo entero, sean laicos o religiosos, fanáticos o librepensadores, creyentes o descreídos. Y la realidad aparentaba dar la razón al guía, que con su cara de pájaro parecía querer despegar en cualquier momento para darse un garbeo por entre las torres. También comprendió que aquel edificio era un monumento a la imaginación y al atrevimiento humano, una especie de celebración de la creatividad enloquecida, de la que Gaudí fue eminente practicante. Y quizá por eso interesaba y satisfacía a todos, menos a la inteligencia local, siempre terca en no reconocer los méritos de quién se sale de la mediana.

Se dio cuenta de que Perico Perico había instalado dos tumbonas en la terraza, del mismo estilo que las utilizadas en el mirador del Castillo de Montjuic, desde las que habían despegado por segunda vez a la Luna para saltar después a Mercurio. No podía menos que felicitarse de la eficacia de sus títeres, que habían comprendido a la perfección sus trabajos de asistencia, aunque sabía de sobre que no podía confiar demasiado en ellos, por la misma razón que tampoco acababa de fiar de sí mismo. Se sentaron. El señor Quinqué ya había sacado dos puros del bolsillo y al cabo de pocos minutos tenían los cigarros encendidos echando humo a raudales que se enroscaba como pequeños hilos de niebla por entre las filigranas del entorno. Y mientras disfrutaban de la triple combustión, la doble de Manuel y la del cigarro de Quinqué, se dejaron llevar por la grandeza de lo que veían, rodeados de piedra, grúas y palomas.

14- Disquisiciones de altura

Después de permanecer sentados en aquellas alturas de la Sagrada Familia en silencio un rato, quizá corto de reloj pero largo en el tiempo, Manuel comprendió que el objetivo del arquitecto Gaudí no era otro que construir su propia Extravagancia, de piedra en ese caso. También pensó si la Sagrada Familia no sería el molde mental de su plan, lo que descartó enseguida al recordar que nunca la había tenido en cuenta, aunque sí era verdad que la había visto siempre allí en su sitio, creciendo año tras año, como un ejemplo de desmesura ofrecido a la ciudad. Todo esto era un misterio que no acababa de entender, a pesar de intuir que no iba del todo desencaminado en alguna de sus suposiciones.

Tenía ante sí al Aedo, que parecía interrogarlo con la mirada, tan ansioso como él de encontrar respuesta a sus inquietudes. Fumaba aquella pipa de atrezzo sin tabaco, quizás de la misma manera que él fumaba su pipa por dentro. Quinqué, que permanecía callado a su lado desde hacía un buen rato, dijo:

- Creo que tengo la respuesta a su pregunta, Manuel.

Los ojos del Aedo se clavaron en el guía mientras su pipa sacaba un humo raro cuyo olor recordaba al del incienso.

- Construir la Extravagancia, como usted lo llama, una palabra curiosa que, debo confesar, nunca había oído antes con este significado, tiene que ver con lo que se considera una creación estrafalaria o fuera de lugar, que por su magnitud y singularidad, es capaz de atraer la atención de personas situadas en los extremos más

opuestos de esta vida, por lo que se puede decir que una de sus características es la capacidad que tiene de acortar distancias y unir diferencias. Fíjese que este es el caso de edificios emblemáticos, como lo puede ser la Torre Eiffel y, por supuesto, la Sagrada Familia, esta iglesia monumental que no se parece a ninguna otra y que se levanta de un modo como en ninguna parte se ha visto antes, por muy monstruosa que la encuentren algunos. Y realmente podemos decir que debido a su poder de atracción, no hay distancias en el mundo que impidan que la gente venga y la visite, sean las personas como sean, amigas o enemigas o simplemente tan distantes como lo pueden ser dos personas distantes. Este es el misterio y casi le diría el milagro de su existencia, por lo que le decía antes de que la consideraba una catedral universal abierta a todos los credos e incredulidades inimaginables. ¿No le parece de cajón, Manuel?

Una luz se encendió en la mente del titiritero.

- ¿Quiere decir, Quinqué, que todos estos millones de personas que acuden a visitarla no son más que peregrinos atraídos por el misterio de esta capacidad invisible de unión, pero que lo hacen disfrazados de turistas?

- Ha dado en el clavo, Manuel, yo no veo otra explicación, por mucho que los periódicos nos hablen de sociología y de la industria del turismo. Piense que estamos en una época de incredulidades, en la que nadie cree en nada, por eso es normal que la gente peregrine sin que sean conscientes de ello o que lo quieran reconocer, ya que lo encontrarían ridículo y muy *démodé*.

- Entonces deberíamos concluir, Quinqué, que el éxito de Barcelona es también un fenómeno de peregrinaje camuflado, al haberse convertido la ciudad entera en una Extravagancia capaz de despertar este interés de la diversidad que busca la unión invisible?

- Es una manera de decirlo muy acertada, estoy totalmente de acuerdo con usted. Tendré que consultarlo con el señor Mercurio, no sea que se nos ocurra alguna nueva estratagema publicitaria.

- Pues sepa, Quinqué, que con palabras similares a las que acaba de utilizar para explicar la Extravagancia, yo ya había definido con anterioridad el teatro de marionetas, capaz de crear distancia para unir la diferencia. Piense que cuando actúa una marioneta, y esta es la base de nuestro arte, el muñeco de madera coge vida y se convierte en el sujeto principal para aquellos que estamos a su lado, seamos titiriteros o seamos espectadores, los cuales pasamos a un estado pasivo en relación al títere. La comunicación entre las personas se hace entonces desde la distancia que fuerza la marioneta, y por ello se puede decir que la forma que utiliza el teatro de títeres para unir y comunicar, es a través de la separación.

- ¿Insinúa quizás, Manuel, que la Sagrada Familia actúa como si fuera una marioneta gigante de piedra que une a la gente al convertirse en un centro activo frente al pasivo de las personas?

- Exactamente, con la peculiaridad de que Gaudí lo hizo todo de piedra y estático, garantizando así la máxima distancia y, por ello, la unión pacífica de la gente. En realidad, Quinqué, cada una de las puertas las he visto hoy como uno de estos retablos medievales cargados de figuras con muchas escenas y elementos teatrales, con tanta variedad que satura la mirada y asegura la atención de todo el mundo, impidiendo una visión única y propiciando que cada uno se haga las interpretaciones que le apetezcan. Y cuando se entra en el interior de la iglesia, el conjunto vuelve a ser de una espectacularidad que todos se la apropian a su manera.

- Dicen que la finalidad de estas largas columnas y la del bosque de plantas que suben y se abren en estas figuras geométricas tan esplendorosas sobre las que ahora estamos sentados, es la de funcionar como un órgano de piedra y de luz, con una música que suena por dentro y por eso mismo tan unificadora, ya que no hay nada que más unifique que la presunción de que todos escuchamos lo mismo oyendo en realidad cosas distintas o simplemente no escuchando nada.

- Pues si le añadimos la música, entonces tenemos que hablar de una inmensa ópera de marionetas de piedra, muda y estática, aunque quizás a la larga se les ocurra poner autómatas de piedra, como se ve que hacían los egipcios antiguos en sus templos... Seguramente esto hubiera gustado a Gaudí, que siempre defendía la vitalidad y el colorido de las figuras de la fachada.

- Si lo sigue diciendo en voz alta, no me extrañaría que le cojan la idea, Manuel, porque la encuentro muy acertada, ¡sí señor!

Se quedaron callados, tal vez imaginando el movimiento de las figuras de las fachadas, lo que no haría más que acentuar el atractivo del edificio. Manuel tenía la pipa interior encendida a todo vapor, y su mente hervía con preguntas y respuestas que se iban sucediendo, dando vueltas por las ocho torres como si jugaran al escondite.

- Comprendo que esto sea así en la Extravagancia de la Sagrada Familia, que cumple al pie de la letra sus funciones, ¿pero en mi caso...?

- ¿Se refiere a su Extravagancia?

- La misma. Piense que este es el objetivo del huevo y de la pipa que fumo cada día por dentro. Por otra parte, mis marionetas de madera están más vivas y animadas que nunca, como es fácil constatar...

El Poeta lo escrutaba con los ojos móviles según el sistema mecánico que había ideado al construirlo, con su pequeño y característico ruido que reforzaba la inquietud vital de la mirada.

- Quizá para asegurar el éxito de la Extravagancia: si están tan activos, será difícil que usted se olvide de la misma. Y si su función es unir la distancia que separa a los opuestos, ya sabrá usted dónde están estas diferencias, aunque le tengo que recordar aquí que existen muchas maneras de crear distancia y de ver las cosas desde lejos.

- ¿Se refiere usted a Mercurio y a la Luna?

- Por supuesto, Manuel. ¿Como sino separar, ver y reconciliarse con las diferencias interiores de cada uno, empezando por las mismas instancias que tienen que ver con la vida y la muerte, si no es a través de la distancia que nos dan los planetas, el sol, la luna y las estrellas?

- ¡Eso sería como una Sagrada Familia que ocupara todo el Sistema Solar, Quinqué!

- Y más lejos aún, pero siempre partiendo de una base sólida, que es allí donde ponemos los pies en el suelo.

- ¡La ciudad, Quinqué, Barcelona es el fundamento de la Extravagancia, ahora lo veo claro!

- Si usted lo dice...

Miró la extensión de superficie urbana que se extendía en dirección al mar, ya que aquella era la orientación de sus puntos de mira, una imagen que sintetizaba en formas geométricas una complejidad infinita, un microcosmos de interacciones inabordable aunque sintetizable desde el punto de vista de las pulsiones, como tanto se esforzaban en detectar los poderes y las empresas de telecomunicación del mundo, que basan su negocio en el conocimiento y el control de las pulsiones humanas. Y pensó que mientras los poderosos se interesaban por la sociología, los algoritmos y la computación de los fenómenos, a él y al señor Quinqué les interesaba más la cuestión desde perspectivas de ironía cosmológica, que era una manera de definir aquella atención a las distancias que se extendían y se acortaban a voluntad, gracias al mecanismo interior de la pipa que servía para fumarse a sí mismo.

Y como si el señor Quinqué lo hubiera escuchado, estallaron ambos en sonoras carcajadas, acompañados del cloc-cloc de los títeres que tenían al lado, atrapados también por el reventón de risa.

15- Venus

- Quizás haya llegado el momento de visitar Venus, Manuel.

No se esperaba aquella salida del guía, tras el largo silencio que había sucedido al ataque de risa, reunidos en aquella terraza medio oculta en las alturas de la Sagrada Familia. A lo largo de sus disquisiciones sobre la Extravagancia, habían acudido una quincena de sus títeres, que gozaban encantados del panorama de la ciudad a sus pies.

Vio que estaban los Pericos, aquel repertorio de personajes protagonistas de muchos de sus espectáculos. Se habían desprendido de su persona, emancipados no sabía muy bien si por voluntad propia o por la de los Pericos. Obsesiones suyas de madera que ahora hacían lo que les daba la gana. No tenían nada que hacer, aunque habitaban alrededor de su persona. Según el Poeta, lo necesitaban para escapar del planeta, pero era una razón povo convincente. No se tragaba los relatos mitológicos que habían representado en el teatrillo de Pueblo Español. Muy bonitos, pero no eran los suyos. Quizás estaban allí para ayudarle a construir la Extravagancia, que ellos necesitaban para girar por los mundos en libertad. Esto tenía sentido. No demasiado, en realidad, pero a él ya le iba bien.

Salvo el Poeta, que de vez en cuando se explayaba con ese tono que se sabía de memoria, los demás hablaban poco, por no decir nada. Sólo Kalim y Kilam se permitían

chillar como unos poseídos en los momentos más inesperados, pero los demás solían mirar y callar.

El Perico de la Barbilla de Cabrón, cuya mirada traviesa representaba la parte más sarcástica y pérfida del personaje, le dirigió la palabra.

- Je, je, je, Manuel, no sabes ni por dónde empezar. Qué fácil cuando teníamos hilos y nos sometías a tus designios, siempre paupérrimos, sin sentido alguno. Y ahora necesitas al señor Quinqué, eres incapaz de volar en libertad.

El Perico de la Nariz Roja saltó en su defensa.

- No le hagas caso, Manuel, estamos aquí para ayudarte. El Barbilla siempre ha sido muy malicioso. Pero lo has tratado mejor que a todos nosotros, no sé porque...

El Perico del Medio Vaso Vacío dijo:

- Realmente, no veo cómo saldremos de esta.

El del Medio Vaso Pleno replicó:

- Cuando el arroz hierve, vigila que no se pase.

En ese momento el Poeta, absorto hasta entonces en su pensamiento, dejó de pensar y dijo:

- Escuchemos como el fuego se eleva y la devoción se hace humo.

Levantó las manos y la Sagrada Familia entera se convirtió en un espacio teatral de estos tan conocidos por el Aedo, con las torres echando humo y al rato en llamas como teas encendidas. Todo se volvió rojo y caliente, la piedra gris de Montjuic con la que se ha construido el templo se volvió negra como el carbón, y se encontraron sentados, Manuel y el señor Quinqué, sobre dos rocas que pese al calor que desprendían, no quemaban.

- Bienvenido a Venus, Manuel! -exclamó lleno de excitación Quinqué, al ver cómo habían saltado de un lugar a otro-. Tengo que decir que nunca había viajado tan rápido a este planeta al que, según se sabe y es costumbre en estas esferas lejanas de la Tierra, suelen acudir los difuntos una vez han aprendido las lecciones de Mercurio y quieren continuar su ruta en dirección al Sol. Y comprendo que nuestra plataforma de lanzamiento haya sido la Sagrada Familia, que no deja de ser una hoguera de piedra en medio de la ciudad, con las torres que se elevan como llamas de fuego y que por eso atrae tanto la atención de los mortales. Pero la relación con Venus se explica porque es aquí donde se resuelve este galimatías de las diferencias de credos y religiones, al igual que la Sagrada Familia es la catedral universal que junta y supera las creencias del

mundo, por absurdas y rebuscadas que sean. La razón es esta virtud que siempre ha tenido Venus de ser una divinidad de las que unen los opuestos a través del buen gusto, de la estética y del humor. Y fíjese si es inteligente la naturaleza humana, que ha sabido crear en la Tierra, gracias a la inspiración del arquitecto Gaudí, un lugar capaz de hacer lo que en el mundo de la Ultratumba hace Venus, por lo que a la larga a los vivos les bastará visitar la Sagrada Familia, ahorrándose los rigores y la estancia siempre pesada a este planeta sometido a un incendio tan monumental.

Se encontraba Manuel en un estado de shock atenuado por las palabras del guía, que le ayudaron a adaptarse a un espacio tan difícil de definir y que parecía tan peligroso, aunque se daba cuenta de que el fuego no le afectaba y podía seguir respirando tan tranquilo.

- Ya sabe, Manuel, que la agencia Mercurio cuida a sus clientes como no podríamos dejar de hacer en una visita tan singular como es la del planeta Venus, el más parecido al nuestro pero que hace millones de años perdió sus aguas y el color azul del cielo, rodeado como está de nubes y de gases de todo tipo que crean un efecto invernadero espantoso, lo que explica esta calor que sube a más de cuatrocientos grados centígrados, algo insoportable. Ya sabe lo que dicen los ecologistas, que si no espabilamos corremos el peligro de convertir la Tierra en un infierno como Venus, lo que ahora nos parece imposible pero que yo tendría muy en cuenta.

Y hablándole al oído, como hacía a veces cuando no quería que nadie lo oyera salvo su cliente, dijo:

- Dicen que la señora Venus, conocida también como Afrodita, vive muy bien en la Tierra, escondida con nombres falsos y disfrutando de propiedades espectaculares. Aunque le gusta mucho rodearse de llamas a las que está acostumbrada, pasa como quien dice los veranos en nuestro planeta, en temporadas cada vez más largas. Parece ser que le gusta la playa y tomar el sol, porque en su planeta éste ni se ve, tapado por tanta nube oscura, aunque esté mucho más cerca. Ya puede imaginarse que uno de sus destinos predilectos sea allí donde pueda gozar del sol de España, que es uno de los mejores del mundo. ¿No lo encuentra fantástico, Manuel?

El paisaje que los envolvía era infernal y siniestro, y se acercaba bastante a las imágenes que tantas veces había recreado en sus espectáculos, cuando mostraba las calderas de Pedro Botero y sus dominios, rodeados de llamas y de agujeros volcánicos que sacaban fuego por todas partes.

- No deja de ser extraño que a una divinidad tan refinada y llena de buen gusto como es Venus le haya tocado este planeta inhóspito, al menos para nosotros, acostumbrados al regalo atmosférico de la Tierra. Pero aquí tenemos que prescindir de los prejuicios y los puntos de vista terráqueos, los cuales son muy apropiados cuando

estamos en casa, pero no cuando salimos de ella. Eso lo aprendemos poco a poco los humanos, sobre todo gracias al turismo, que sirve para enseñar a las masas sin que ellas se den cuenta, ya que la primera lección que nuestra agencia imparte a los forasteros que nos visitan, es que en cada lugar las cosas se viven y se hacen de manera diferente, y que para asegurar una buena estancia, lo mejor es olvidar las reglas propias y disfrutar de las ajenas, que son las de cada lugar. Una recomendación que, todo hay que decirlo, les entra por un oído y les sale por el otro. Pero aún así, durante los pocos segundos que atraviesa el cerebro, nadie puede impedir que la recomendación quede impresa en las neuronas de los turistas, por lo que quieran o no, la idea se les fija en la cabeza, aunque luego, por supuesto, no le hagan ningún caso. ¿No le parece de cajón?

Asintió Manuel aunque escuchaba sin escuchar, dejando que las palabras le entraran por sí solas pero sin hacerles caso, atrapado como estaba por las sensaciones producidas por aquel planeta tan diferente al suyo. Actuaba como lo hacían los turistas cuando recibían las instrucciones de la agencia Mercurio, lo que no parecía molestar al señor Quinqué, al continuar hablando como si nada, contento de ser escuchado sin serlo.

- Fíjese Manuel como este entorno, tan hostil a la vida, no lo es para determinadas ideas y pensamientos y aún menos para otras formas y presencias de las que está lleno el Sistema Solar, de carácter más etéreo e intangible, si quiere usted, pero no por ello menos reales, aunque sutiles y poco visibles. En cierto modo, los difuntos entran en esta categoría de ser, una vez desprendidos de sus cuerpos, que son como las armaduras de carne que se quedan en el suelo, mientras lo que hay dentro despega por los espacios, como cohetes encendidos por la muerte y disparados hacia lo desconocido. Muchas veces, estos cohetes se quedan en simple humareda y en agua de borrajas, esto es verdad, pero no siempre, ya que la voluntad humana es muy terca y lo que queda de determinadas personas se resiste a desaparecer, aunque sólo sean la sombra de la sombra que fueron. ¿Y qué es una sombra de una sombra? Bien poca cosa, dirá usted, y tiene toda la razón del mundo, pero para el que se ha quedado tan escaso, sigue siendo mucho, al ser lo único que tiene, razón más que suficiente para insistir en seguir siéndolo. ¿No le parece?

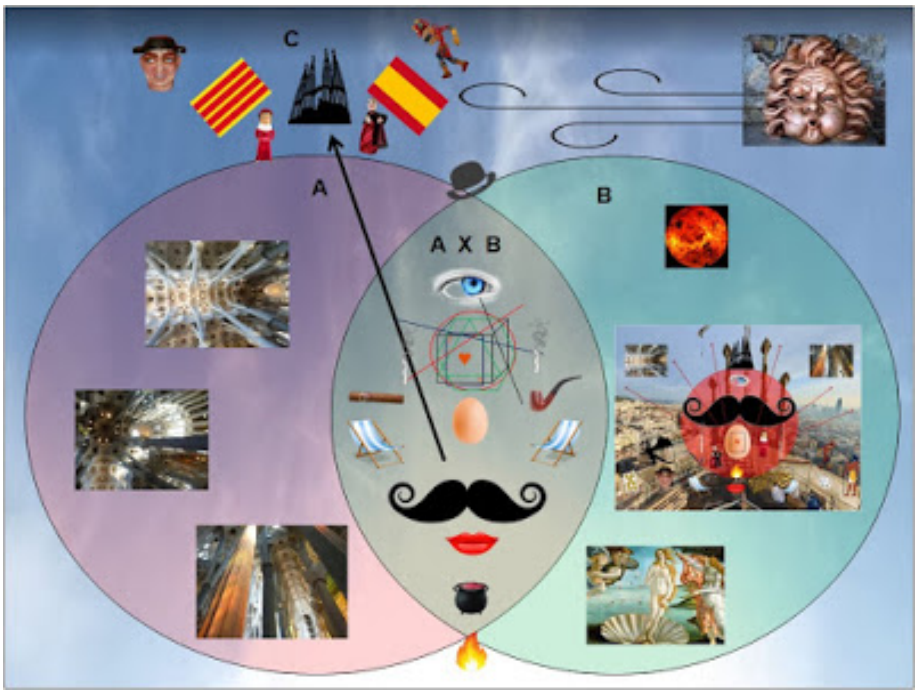
Se dio cuenta Manuel que se había escindido en dos, ya que una parte de su persona escuchaba con cierto interés las palabras del guía, que al abordar el tema de los difuntos había logrado captar su atención, mientras que la otra parte se preguntaba si todo aquello lo estaba soñando o viviendo en la realidad. Por un lado, era imposible negar lo que veía, rodeado como estaba por aquel paisaje bermejo de piedras oscuras, de ríos de lava y de un calor enorme que haría hervir la sangre de cualquier criatura de la Tierra, pero por otro lado, sabía que estaba sin estar, porque si estuviera de verdad

ya haría tiempo que el planeta lo habría fumado de una sola calada y convertido en ceniza. Era el suyo un estado de estar sin estar, que se acercaba mucho a aquellas formas de vida de las que hablaba el señor Quinqué que están y no están por el Universo y por el Sistema Solar, como los mismos difuntos, que viven y no viven. Pensó que aquella manera de ser sin ser no estaba contemplada en el repertorio de las posibilidades de existencia que se estudiaba en las escuelas de los humanos, aunque se daba cuenta de que durante su vida se había encontrado a menudo en ella, al ser una posición conocida por todos, empezando por las marionetas, que viven y no viven, según el momento y si alguien las mueve. Incluso se planteó si no sería una condición propia y característica de la especie humana, disfrutar de este desdoblamiento interior que hace que uno se distancie de lo que es y se imagine otras formas de ser, que a la larga pueden ganar por goleada y sustituir al otro, y así sucesivamente.

El señor Quinqué, que escuchaba con atención los pensamientos de su cliente, dijo:

- ¡De cajón, Manuel, de cajón! Y piense que si le han venido estos excesos del pensamiento, es por estar este planeta especializado en tales cuestiones, para complementar el trabajo del señor Mercurio en su mansión. Porque la única manera de curarse de los fanatismos de las mil creencias que obsesionan a los mortales, no es otra que aceptar estas dualidades contradictorias que usted acaba de pensar. Esto le puede parecer una tontería, pero sepa que constituye uno de los puntos más importantes que los humanos tenemos que comprender, si no queremos irnos al traste con nuestras disputas sin fin. Ahora bien, y por suerte para los humanos, el mundo dispone hoy de unos cuantos lugares en la Tierra que son capaces de despertar, si uno se esfuerza en ello, las mismas sensaciones que se sienten en Venus. Y uno de ellos es la Sagrada Familia, como usted debe haber sospechado a la primera, ¡sí señor! Y si me apura, añadiría la propia ciudad de Barcelona en su conjunto, gracias a su condición extravagante que personas como el señor Gaudí, por poner un ejemplo, han convertido en realidad.

16- La Independencia



Sentado en la tumbona de la Sagrada Familia, en aquella terraza aislada de los turistas, dudó Manuel si la visita al planeta de la diosa del amor había sido una alucinación o una experiencia real. Una pregunta de poca respuesta, desde luego, si tenía en cuenta que allí en Venus había descubierto aquella nueva manera de estar sin estar, una categoría de ser y no ser que empezaba a serle familiar. Incluso se preguntó si aquella reunión con el señor Quinqué y los títeres que habían acudido a su alrededor era también una reunión de las de estar sin estar. Se dijo que le daba igual, al tratarse de una novedad que iba a mejor, es decir, que enriquecía la experiencia de estar únicamente en un sitio, pues era preferible estar en dos lugares a la vez que en uno solo, aunque ambos fueran opuestos e incompatibles.

En ese momento, el Perico de Can Raspall, el más alocado de la familia polichinesca, que hacía rato miraba una bandera catalana que colgaba a lo lejos en un edificio, dijo:

- ¡Visca Catalunya!

Algunos de los Pericos contestaron con un Visca, y otros replicaron con un ¡Viva España!. No pasó desapercibido el grito al señor Quinqué, que preguntó a su cliente:

- ¿También cree usted en la Independencia, Manuel?

Quedó sorprendido el interpelado ante aquella pregunta que era como si procediera de otro mundo. Entonces recordó que la Sagrada Familia estaba en Barcelona, y que Barcelona era la capital de Cataluña. Recordó también que los periódicos hablaban estos días de la Independencia con polémica y pasión, ya que unos estaban a favor y otros en contra. Pero él, metido en lo del huevo y la pipa que fumaba sin fumar, del asunto no tenía ni jota.

- Veo por el silencio de su respuesta, que la Independencia le cae un poco lejos, señor Manuel.

- Supongo que sí, Quinqué, la verdad es que no he tenido tiempo de pensar en ello y no sabría qué decirle.

- Lo comprendo, pero también le tengo que decir que ustedes, los catalanes, están viviendo momentos curiosos y fascinantes que nosotros, desde la agencia del señor Mercurio, nos miramos con mucha atención. Un tema que tenemos muy estudiado y una causa por la que tenemos todas nuestras simpatías, como no podría ser de otro modo, aunque también le tengo que decir que esto de la Independencia es un camino sin salida o, aún mejor, de ida y vuelta, y que desde el punto de vista de la economía de fuerzas y del balance de resultados, es preferible ir directamente a la vuelta sin necesidad de pasar por la ida.

- ¿Qué quiere decir, Quinqué?

Los Pericos escuchaban al guía turístico con verdadero interés, como si el tema les interesara de verdad.

- Según nuestros estudios de campo y las prospecciones de futuro hechas con el señor Mercurio, hemos llegado a la conclusión de que cualquier sociedad con ganas de dar su opinión y de vivir con la plenitud de sus fuerzas los años que se nos acercan, de una intensidad dramática fuera de duda, es bueno que se afirme en sus diferencias. Esto, Manuel, es incontestable. Se trata de una necesidad que los catalanes sienten desde hace décadas, por no decir siglos, lo que explica y justifica el grado de convencimiento de los convencidos. Ahora, también le tengo que decir que esta necesidad de afirmación la sienten no sólo los catalanes, sino toda la multitud de pueblos que viven en España y por extensión en toda Europa, que es muy grande, a pesar de ser pequeña. Y lo que vemos en un futuro no muy lejano son muchas sociedades emancipadas y con ganas de emanciparse aún más, que necesitan aliarse entre sí para conseguir sus objetivos y para asegurar el normal funcionamiento de las cosas. Quiero decir que una parte de los catalanes, que no son todos, se han lanzado con mucha prisa a correr este camino de la emancipación que luego deberán reemprender hacia atrás, para buscar las alianzas indispensables dentro y fuera, para asociarse a las demás sociedades emancipadas o que se quieren emanciparse, según el ritmo de las

olas históricas. Por eso digo que en vez de hacer un camino de ida y vuelta, quizás hubiera sido mejor ahorrarse la ida, reducir las prisas, economizar energías, y avanzar con más pausa. ¿No le parece?

Tuvo que reconocer Manuel haberse perdido con las explicaciones de Quinqué, un galimatías para su entendimiento. Pero no así el Perico de Can Raspall, que saltó al acto para decir:

- ¡Jamás de los jamases! ¡Tenemos prisa para ser independientes, o ahora o nunca!

Algunos le secundaron con aplausos y otros estallaron con gritos en contra, argumentando que España era un país avanzado, moderno y tolerante, mucho más europeo que la misma Europa, y que querer separarse de ella era un disparate, lo que sorprendió mucho a Manuel, que nunca habría sospechado este doble convencimiento patriótico de sus títeres, que en definitiva no dejaban de ser una parte de sí mismo. Así que, ¿esto es lo que yo pienso al respecto?, se preguntó con un carcajada.

Quinqué, que parecía interesado en la cuestión y que demostró estar bastante al día, contestó:

- Permitidme que os dé toda la razón y que os diga que la prisa, en este caso, no es favorable a la calidad de los resultados. Pensad, queridos amigos míos -se dirigía con un tono muy mimoso a los títeres, como niños a los que hay que hablar con suavidad y paternal afección-, que los ciclos y los ritmos vitales de los deseos y de las emociones difieren entre las personas y es difícil encajarlos en realizaciones colectivas de una sociedad complicada como es la catalana. La Historia, lo hemos visto el señor Mercurio y yo, avanza de una manera similar a como lo haría un mar azotado por una multitud de vientos opuestos en sus direcciones, de modo que mientras un grupo de olas va hacia un lugar, otro lo hace en dirección contraria o paralela pero sin encontrarse, y es un trabajo imposible por no decir ilusorio que un buen número de olas sigan el mismo rumbo para que el objetivo perseguido suba entonces a su lomo.

Le contestó Perico Perico, quizás el más obstinado de los polichinelas:

- Pero si esto es lo que está ocurriendo, señor Quinqué, con la actual disyuntiva política que cuenta con un gobierno central controlado por políticos que sólo les interesa contentar a su clientela sin nunca resolver el problema. Sería difícil encontrar un mejor momento para tensar la cuerda y resolver la cuestión, ¿no le parece?

Quedó impresionado Manuel de cómo su Perico razonaba sobre una cuestión tan complicada como ésta, de la que él no podría decir nada de significativo. Quinqué, que también parecía muy admirado de la respuesta, con su tono amable y pausado, le dijo:

- Lo ha explicado muy bien, señor Perico Perico, creo que ese es su nombre, ¿verdad?, pero fíjese que antes de hablar del gobierno español, habría que tener en cuenta a esta mitad de catalanes que están subidos a la ola de los que no se quieren separar, una marejada contradictoria que se neutraliza con la que se le opone. En cuanto al gobierno central, cabe decir que es reprobable en muchas cosas, como lo son todos los gobiernos del mundo, pero piense que esto no quiere decir que ellos sean el Estado, que es un aparato más grande y complicado que sus políticos de turno, un engranaje de engranajes que regula la globalidad de las leyes del país, y que dispone de una inercia que no está hecha de emociones ni de deseos sino de posos gobernados por el tiempo y por las guerras, que suelen ser de una solidez considerable.

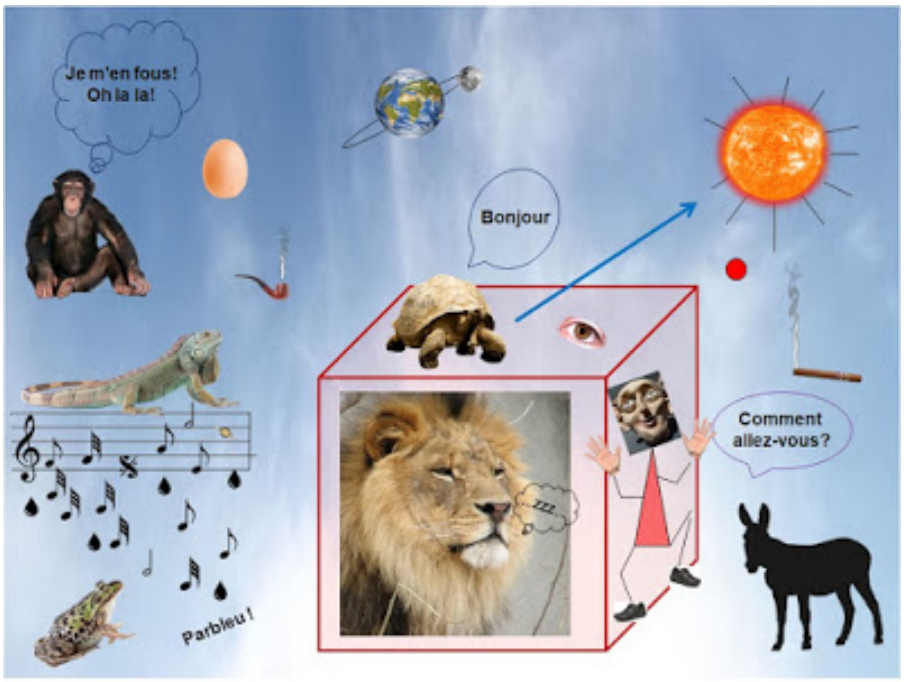
Se levantó en aquel momento el Aedo, que se había mantenido callado en un rincón y, sacando humo de su pipa sin tabaco, dijo:

- En verdad en verdad os digo, que nos podemos entretener en estas cuestiones todo lo que queráis, pero sin olvidar que nuestro objetivo es huir de este planeta y de estos seres tan faltos de imaginación que son los humanos. Para nosotros, señor Quinqué, tomar partido en este asunto es como apostar en una carrera de caballos, pues el juego ha sido siempre un divertimento cósmico difícil de superar. Es comprensible que nos apasionemos para uno u otro corredor, porque entre nosotros los hay de todas las tendencias, como es fácil suponer.

- Tiene toda la razón, sí señor, y añadiré que la Tierra es hoy en día un casino cósmico de los más solicitados, visto desde las personalidades del Sistema Solar que juegan en él, claro. Y sino que se le pregunten al señor Mercurio, por no hablar de la señorita Venus o del aguerrido Marte, al que un día me gustaría presentarle, Manuel. En este sentido, el pulso de Cataluña con España es una de las mesas de juego de apuestas medianas, con una inclinación a perder jugadores día sí y día también.

Se hizo un silencio extraño, que Manuel no pudo más que calificar de 'cósmico', aunque también había un cierto deje de comicidad en la conversación mantenida entre Quinqué y sus títeres. En efecto, la puesta de sol tiñó solemnemente el cielo de rojo, y un viento que venía del mar silbó al cruzar las cuatro torres más cercanas del templo, como si estas fueran unos instrumentos llenos de agujeros que modulaban el sonido a modo de cuatro graves y poderosas columnas de aire. Salía una música que cada uno interpretó a su manera: Manuel la oyó como una poderosa conjunción de los cuatro elementos que iban más allá de los propios elementos, y los Pericos, que solían confundir los sonidos con los colores, vieron en la mitad de ellos con absoluta claridad las cuatro barras de la bandera catalana, mientras la otra mitad vio los colores de la bandera española multiplicada por dos. Quinqué, que se daba cabal cuenta de lo que cada uno sentía, sonrió contento al comprender que todo el mundo era feliz con lo que veía.

17- El Zoo



Habían quedado en el interior del Zoo, frente al pequeño foso de monos que hay junto a los orangutanes, un lugar fácil de encontrar, según dijo Quinqué. Claro que para Manuel ir al Parque Zoológico de Barcelona era casi como ir a la Luna, ya que no lo había pisado desde niño. No sabía ni por donde se entraba. No tardó mucho, sin embargo, en encontrar las taquillas y después de pagar una cantidad que le pareció muy alta, se adentró en el recinto donde viven los animales. Aún era temprano y no había casi visitantes. Descubrió algunas hileras de escolares con sus profesores y los empleados del lugar que trabajaban armados de escobas y con maquinarias de limpieza. Incluso vio a dos señoritas de bata blanca, y pensó si serían científicas del gremio o quizás niñeras, de las que dan el biberón a las crías de chimpancé o de león, como había visto en algún reportaje.

Justo delante de la entrada vio a un avestruz y le extrañó aquella imagen polvorienta y elegante que lo miraba con el orgullo de quien se sabe el ave más grande del planeta. Un dinosaurio reciclado, pensó. Se miraron aunque se dio cuenta que la mirada del avestruz tenía algo de vacío, un poco adormecida pero con los ojos abiertos. De vez en cuando los cerraba, como si hiciera una cabezadita. Bendita señora, pensó. O tal vez era un señor? El plumaje, que le caía como un vestido pensado para ir a la ópera, sugería que era del sexo femenino. Según había leído en alguna revista, ahora los crían en granjas en Gerona mismo, porque de este animal se aprovecha todo. ¡Pobres

bichos! Su nobleza no concuerda con el trato que reciben. Lo que viene a decir en definitiva que la nobleza, los humanos, nos la pasamos por el forro.

Pensando de esta guisa, llegó Manuel ante el foso de los primates, un espacio muy diferente de como él lo recordaba hacía miles de años. Quinqué, apostado en la baranda, contemplaba con atención una de las monas que se entretenía con una zanahoria.

- Buenos días, Manuel, siempre que vengo al Parque Zoológico, me estremece pensar cuan cerca estamos de estos antepasados nuestros, los cuales parecen personitas humanas que un día dejaron de ir a clase de evolución natural, hartas de querer ser siempre más de lo que son, que es sin duda una de las características que tenemos los Sapiens Sapiens, como nos llaman los científicos. Comen cacahuetes y zanahorias y con esto les basta, vivir al día y no pensar en el mañana. Un buen plan de vida, ¡sí señor!

- ¿Viene muy a menudo al Zoo?

- ¡Siempre que puedo! No puede imaginarse cómo me gusta este lugar y los amigos que tengo. ¡Y no está prohibido fumar!

Miró Manuel al mono y también él sintió aquel escalofrío que se siente cuando estamos ante nuestros hermanos primates. Espejos que reflejan nuestras intimidades más arcaicas y profundas. Pensó que entre aquellos animales del Parque Zoológico y sus títeres no había mucha diferencia: ambos se movían con independencia y encarnaban partes ocultas de su persona. Los títeres porque los había creado él, y los animales porque pertenecían a ramas de un tronco evolutivo que también era el suyo. Quizás la diferencia era que los títeres podían hablar y los animales no.

- En eso se equivoca, Manuel -dijo Quinqué, que seguía los pensamientos de su cliente con atención.- Se sorprendería ver con qué la facilidad algunos animales, cuando están en cautiverio, hablan y expresan sus pensamientos. Algo insólito, todo hay que decirlo, pero tan real y verdadero como que usted y yo estamos aquí.

Se dio cuenta Manuel que sólo encontrarse con Quinqué, había entrado en ese estado que ya empezaba a ser natural, de escuchar sin escuchar, como si aquel guía de la agencia Mercurio viviera en la categoría doble de estar y no estar. Una categoría que convertía el trato en cómodo y sencillo, ya que si estaba sin estar, no tenía que esforzarse demasiado en los aspectos del protocolo, que afectan tanto a la convivencia humana, uno de los motivos básicos que explican la epidemia de divorcios del mundo actual. Pensó que tal vez esto de ser y no ser era una opción más generalizada de lo que nos imaginamos, sentida por muchas personas sin ser conscientes de ello. Incluso pensó si no sería aquel estado la causa de tanta mala conciencia de la gente, criticada por desconectar más de lo debido.

- Sepa, Manuel, que esto de los animales es más importante de lo que parece.

- ¿Qué quiere decir, Quinqué?

- Fíjese que uno de los grandes problemas que tenemos los que nos llamamos humanos, es que con tantas cuestiones de significada elevación que ocupan nuestras vidas, desde las filosóficas de los filósofos pensantes hasta las psicológicas, las políticas o las deportivas que rompen marcas y van a por todas, nos olvidamos de hasta qué punto son sutiles las diferencias que nos separan de nuestros compañeros terráqueos, los demás animales, y de cómo estas sutilezas crean a pesar de ello unas fosas tan abismales entre ellos y nosotros. Es decir, somos animales, algo indiscutible, y al mismo tiempo, vea qué contradicción, no tenemos nada que ver con ellos. Y es esta distancia abismal que nos separa del primate, la que nos permite hablar y dialogar con nuestros compañeros de reino. Por eso es tan importante venir al Zoológico, al tratarse de un lugar que permite esta convivencia contra natura.

Escuchaba con atención el titiritero las palabras de Quinqué.

- Por otra parte, vea Manuel como al encontrarse las fieras del Parque encerradas en jaulas, se ven obligadas a aceptar una doble manera de ser, de la que no gozarían si estuvieran en libertad: quiero decir que son animales salvajes que viven a su aire pero a la vez dejan de serlo cuando están enjauladas. Esta oposición interior de su estado en prisión rompe la inercia de su vida colectiva, que ahora de repente se vuelve consciencia aislada e individual, aunque sean incapaces de expresarlo en voz alta, claro.

- Entonces, ¿cómo quiere que les hablemos?

- Esta es la cuestión, es evidente que sólo les podemos hablar sin hablar, una condición que usted conoce perfectamente, y que se hace posible al encontrarnos, ellos y nosotros, en la misma disposición de ser y no ser lo que somos.

- Esto es un galimatías, Quinqué.

- Fíjese que nosotros los humanos tenemos dos maneras de hablar: la colectiva en la que decimos obviedades y nos movemos entre lo conocido y lo compartido, y la individual en la que intentamos expresar algo particular. Si se fija, lo mismo les pasa a los animales encerrados, aunque ellos son incapaces de expresar esta condición individual fruto de su encierro. ¿Cómo hablan entonces?, se preguntará. Pues de la misma manera que usted habla con sus marionetas, unos trozos de madera que ha modificado al otorgarles un carácter y una personalidad. Así hablan los animales, Manuel, hablando sin hablar, con una mayor autonomía de la que puede imaginar, aunque sea usted quien les ponga la voz. Pero al ser y no ser lo que son, pasa como

con sus títeres, que se han independizado y charlan por los codos cuando les da la gana.

Optó Manuel por aplicar aquella manera nueva de escuchar sin escuchar que había aprendido en sus viajes con el señor Quinqué, incapaz de entender una palabra de lo que le estaba contando. Y de repente un sonido extraño captó su atención. Venía de un lado, no muy lejos del foso de los monos, de una especie de jardín con piedras, riachuelo y vallas bajas. Se acercó y descubrió una tortuga gigante que tenía la cabeza levantada y lo miraba. ¿Lo miraba? Bueno, así se diría, cuando fijó la mirada en sus ojos centenarios de párpados arrugados. Y entonces sintió su voz ronca.

- Buenos días, señor Manuel.

- ¿Cómo sabe mi nombre?

- Me lo ha dicho su amigo, el señor Quinqué, que conozco desde hace tiempo. He escuchado su conversación que me ha parecido muy ilustrativa.

- ¿Ah sí? ¿Y se puede saber porqué?

Encontraba Manuel un poco impertinente el tono de la tortuga, que se había puesto a hablar sin pedirle permiso y dirigiéndose a él con su nombre.

- Porque me ha hecho reflexionar.

- Así que usted reflexiona...

- Sí, las tortugas reflexionamos mucho, ¿no lo sabía? Piense que llevo en este Zoo muchos años, aunque he vivido en muchos más antes, desde que me pescaron en las Islas Galápagos, donde nací. Comprenda que he pasado la mayor parte de mi vida en zoológicos, con muchas horas sin hacer nada y todas para pensar, ¿no le parece?

- Sí, en eso tiene razón. Veo que es usted una tortuga muy viajada. ¿Y cómo se llama?

- Las tortugas no tenemos nombre, aunque como siempre he vivido encerrada, he tenido unos cuantos. Me puede llamar, Isabel, es el nombre de mi isla.

- Encantado Isabel.

Tenía que reconocer Manuel que estaba encantado de hablar con una tortuga, pese a la angustia que le había causado al principio. Además, la encontraba muy educada e inteligente. Se dio cuenta de que tenía un acento ligeramente americano, tal vez por haber vivido en países de habla anglosajona.

- ¿Es verdad que ustedes, las tortugas, son sabias y viven mucho tiempo?

- La verdad es que no lo sé, pero así lo he oído siempre. Piense que nosotras vivimos el tiempo de una manera especial.

- ¿Ah si? ¿De qué manera?

- Lo llevamos encima, el tiempo. Es el caparazón, que también es nuestra casa. Ya ve, tenemos el esqueleto fuera, cubierto por estas placas córneas que nos protegen. En ellas está escrita nuestra memoria. La verdad, es que no sabría decirle la de capas que llevo encima.

- ¿Así que usted es el tiempo que arrastra consigo?

- Soy tiempo vivo y fósil, si así le gusta más. De hecho, no hay que engañarse, señor Manuel, todos los animales somos tiempo muerto, salvo cuando hablamos, como hago ahora con usted. A cada palabra que cruzo con usted, me siento rejuvenecer. Por eso me gusta tanto hablar.

- Es extraño, siempre se ha dicho que los animales tienen una vitalidad superior a la nuestra...

- Es el consuelo del rebaño, Manuel. Cuando ustedes, los humanos, van en rebaño, entonces tienen la misma vitalidad que nosotros: cero.

- Es usted muy radical, Isabel...

- Ya que me han hecho sabia, déjeme al menos decir lo que pienso.

De repente, la tortuga calló. Quizás era demasiado vieja y ya tenía suficiente con el esfuerzo de aquellos minutos de conversación radical, la de un espécimen de Testudinidae, como decía el cartelito del Zoo, que había vivido más de la cuenta y filosofaba en voz alta. O tal vez la conversación nunca había existido, al ver a Isabel comportarse como una tortuga cualquiera, gigante y lenta, con el tiempo de sus años encima, una carga que pesaba más de cien kilogramos. La vio arrancar unas hierbas de su jardín y masticarlas con una parsimonia de tortuga secular.

- ¿Lo ve, Manuel, como se puede hablar con los animales? He seguido su conversación y me ha parecido muy interesante, ¡sí señor!

Tenía razón y no la tenía, ya que así debía escuchar a su guía, que era y no era lo que decía ser.

En ese momento, vio a Kalim y a Kilam trepar por las ramas del foso de los primates, gritando como dos loros histéricos con sus voces cargadas de una estridencia que jamás había oído. ¿Pero qué hacían allí aquellos dos títeres enloquecidos? Se dio cuenta de que nadie más los veía, salvo él y el señor Quinqué, tras haber comprendido

que sus títeres sólo los podía ver él por vivir inmerso en la atmósfera del huevo, siendo Quinqué la excepción que acompañaba la regla. Pero los habitantes del foso, y no sólo ellos, sino los chimpancés, gorilas y orangutanes que había en los alrededores, sí que los oyeron, ya que de pronto se pusieron todos a chillar con unos alaridos aterradores, lo que enseguida atrajo la atención de los visitantes de la mañana, excitados de ver que podrían disfrutar de algún tipo de espectáculo imprevisto y gratuito. Como es lógico, también acudieron algunos empleados atraídos por el griterío.

- Kalim, Kilam! ... -intentó Manuel poner un poco de cordura a los dos títeres. Pero sabía que no le harían ningún caso: a diferencia de los demás del grupo, estos dos no eran de su cosecha, sino que los había encontrado por azar en los Encantes de la ciudad y, según le había dicho el Aedo durante la representación en el Aposento, eran los dos títeres primordiales que habían encontrado el 'Secreto del Gran Vivo', y por eso tenían aquella energía inusitada.

Pero lo más curioso fue la reacción de los monos: saltaban y chillaban excitados por los chillidos de los dos títeres, que jugaban con ellos a correr y a perseguirse, sin nunca dejarse pillar. Pero no sólo los monos. También los orangutanes, que siempre muestran un comportamiento cívico y calmoso, saltaban agarrados a las cuerdas y a los troncos, con las bocas abiertas mostrando sus dientes, mientras chillaban como poseídos. Finalmente, hartos de tanta bullicio, Kalim y Kilam escaparon de la zona y desaparecieron saltando de rama en rama por los árboles, para divertirse por otros rincones del Parque.

Miraba Quinqué con mucho interés la reacción de los primates, que habían alcanzado un estado de paroxismo, con sonidos que rara vez se oían en una visita normal al Zoo.

- Don Manuel, acabamos de presenciar algo insólito e inusual, ya que nunca habría pensado que estos simios tan entrañables serían capaces de ver y oír a sus títeres, que tienen como característica principal ser visibles sólo para nosotros dos, ya que a los demás mortales les está vetada su visión. Lo que nos indica la enorme sensibilidad de estos seres consideradas salvajes con capacidad sin embargo de captar realidades que están por encima y por debajo de las frecuencias humanas habituales. ¿No le parece extraordinario?

Escuchando sin escuchar, tenía que admitir Manuel que el señor Quinqué tenía toda la razón del mundo.

- Vea como estos primates han sabido conectar a través de lo que tenemos ellos y nosotros de común, esta sensibilidad especial para vivir emociones profundas desde sus extremos más opuestos, y como estos dos seres a los que llama Kalim y Kilam y que parecen salidos del Infierno, han despertado en ellos una agitación de sus almas hacia un despegue que sólo pueden intuir y al que no están en disposición de alcanzar, si no

es a través del alboroto y del griterío más desvergonzado. Sin embargo, una vez pasado el estímulo, verá como poco a poco la inercia de su condición física se abate sobre ellos, el peso de una fatalidad envejecedora que, una vez vividos los fulgores de la procreación, los arrastra en dirección a la muerte.

Se sintió entonces la voz lejana de la Tortuga Isabel:

- Es lo que le decía antes, Manuel.

Y así fue. Unos minutos después de la desaparición de Kalim y Kilam, las monas volvieron a sus rutinas de zanahoria, cacahuetes y de quitarse las pulgas las unas a las otras. Los orangutanes regresaron a sus posturas inteligentes, con la habitual indiferencia hacia los simios humanos que se entretienen en mirarlos. La paz biológica de su condición de primates regresó a sus pellejos, atentos, eso sí, a los movimientos del público, por si a alguien se le ocurría lanzarles alguna manzana o un trozo de pan.

Huyendo de la multitud que se había acercado al espectáculo de los monos, se dirigieron a otra sección del Parque Zoológico.

- Ya le dije antes que adoro este lugar, no porque me gusten los animales enjaulados, algo que detesto, cómo no, sino porque es una ocasión única para poderlos ver y visitar. Sí, Manuel, se trata de una convivencia que nuestra forma de vivir en ciudades nos priva y de la que sólo gracias a los zoológicos podemos gozar, aunque sea a dosis pequeñas y algo contra natura. Pero no me negará usted que vivir en ciudad ya es de por sí una buena contra natura, lo suficiente grande como para que no nos tengamos que poner remilgados en esta cuestión.

- Quizás tenga razón, señor Quinqué, pero yo aquí no veo muchos turistas.

- ¡Ni que lo diga, Manuel, ni que lo diga! No puede imaginarse cómo me esfuerzo para que vengan pero sólo se dejan convencer las familias con niños, y no siempre, créame. Pero ello también salva al Zoo de la sobrecarga que hoy afecta a la ciudad, por lo que no hay bien que por mal no venga.

Se acercaron al Terrario, un espacio cubierto que según decían los carteles, reunía las mejores colecciones de anfibios y de reptiles de Europa.

- Uno de los lugares más interesantes del Zoo, señor Manuel. Aquí es como si reculáramos millones de años atrás, con estos bichos que parecen salidos de un agujero del tiempo.

Una iguana los saludó. Aquella especie de animal fósil que no se sabía si estaba o no estaba vivo, tal era su quietud, no se inmutó ante las dos personas que se acercaron al

cristal de separación. La atmósfera era de una humedad exagerada y comprendió Manuel que se había recreado una climatización idónea para este tipo de animales.

- ¿Cómo se imagina usted que debe pasar el tiempo para estos animales?

- Es verdad, parece que lo tengan parado, el tiempo.

- No hay que olvidar que son animales de sangre fría, no como nosotros, que no paramos todo el santo día. Sólo cuando reciben el calor del sol se animan un poco, sino se quedan inmóviles, como ahora, aunque aquí les ponen bombillas para que se animen. Quizás añoran el sol, eso sí.

- He oído que se han puesto de moda como animales de compañía, a pesar de que en muchos lugares de América los cazan y los comen, por la finura de su carne.

- Una salvajada. Es como alimentarse de tiempo, imagínese, masticar milenios con salsa de tomate, su carne puede ser muy buena, pero comerlos debe envejecer un montón de años. Fíjese que la alimentación tiene que ver con el sol, por eso nos gusta la carne de los animales calientes, así como las plantas, que están hechas como quien dice de luz.

En ese momento oyeron una voz muy grave que parecía venir de unas profundidades insondables.

- La luz es nuestro alimento. Cuatro moscas y un poco de sol nos bastan.

¡Era la iguana que les hablaba! Así lo entendió Manuel a la primera, inmerso como estaba en aquella atmósfera que recordaba una selva tropical. Se quedaron callados los dos a ver si el animal les decía algo más.

- Somos tiempo vivo y lento que deglutimos a lo largo de los años. Somos los ojos de la tierra cuando se mira a sí misma. Nuestra curiosidad de milenios es infinita, pero siempre miramos atrás.

Escuchaban mudos los dos humanos, pero parecía que la iguana ya se había cansado de hablar.

- ¿Las he oído de verdad, Quinqué, estas palabras, o las he soñado?

- No lo creo, Manuel, yo también las he escuchado. ¿Sabe que es muy raro oír hablar a una iguana, uno de los animales más mudos que conozco? ¡Considerémonos bien afortunados!

- Inaudito, Quinqué!

- No crea, piense que es mucho lo que nos une a toda esta población de personitas vivas. Sí, nosotros disponemos de una conciencia despierta que ellos no tienen, lo cual es cierto, y somos capaces de contar, sumar y restar, además de muchas otras cosas, claro, sin embargo compartimos con ellos una multitud de cosas que si las conociéramos, quedaríamos maravillados, créame. Imagínese lo sutiles que pueden ser las sensaciones de esta iguana, por no decir sus emociones, que al ser de sangre fría, deben tener una frecuencia de vibración de un refinamiento que nosotros jamás alcanzaríamos.

Paseaban por los pasillos oscuros del Terrario, con ventanas que mostraban bichos aún más extraños que la iguana, hasta llegar a las serpientes, la mayoría de ellas enroscadas y casi invisibles.

- Fíjese en las serpientes, estas señoras de la evolución animal, que caminan arrastrándose y no por ello se las debe considerar ni viles ni rastreras, sino que su orgullo se manifiesta a través de su indiferencia, de las más abismales que existen. Lo que se explica si tenemos en cuenta que fue una serpiente la que puso el huevo primordial del que nacieron todos los dioses.

Una pitón enroscada movió la cabeza y los miró un segundo para desaparecer al cabo arrastrando su cuerpo con sutiles contracciones de su parte baja sobre la piedra.

- Dudo que digan nada, Manuel. Estas serpientes no necesitan hablar. Saben que las palabras de todos los idiomas del mundo provienen de su susurro silencioso, que cuando quieren pueden convertir en el más estridente de los silbidos. Pero yo diría que sólo se expresan cada mil o un millón de años, por decir una cifra aproximada. Y cuando lo hacen, es porque algo importante cambia en el mundo.

En la sección de anfibios se detuvieron ante un grupo de ranas que croaban alegremente.

- Estos sí que son unos bichos de lo más extraordinario que, junto a los escarabajos peloteros, tengo en gran predilección. Sobre todo por su croar, un canto que ya querrían muchos músicos, instrumentistas y compositores poder imitar.

- ¿Y qué tienen los escarabajos de extraordinario?

- ¡Don Manuel, eso son palabras mayores! La sabiduría y la tozudez emprendedora de estos coleópteros excepcionales no tienen parangón en el Reino Animal: cuando pasan por los caminos arrastrando su pelota, nos muestran unas aptitudes de parsimonia y de esfuerzo contenido pero tenaz que ya quisiéramos tener los humanos. Son pura aristocracia, Manuel, de las más refinadas de este planeta. Su relación con el sol es indiscutible, por lo que los antiguos egipcios lo veían cada mañana subir la bola del sol

en el horizonte, garantizando la luz del día. Sin tener nada que ver, es el animal solar por excelencia, para quitarse el sombrero, créame.

Habían salido del Terrario, después de pasar encima de unos fosos con agua llenos de cocodrilos, y la luz del sol volvió a acometerlos.

Retornaron en dirección a los primates, cruzaron las jaulas de los simpáticos chimpancés y se detuvieron ante las ventanas acristaladas de los gorilas, una de las secciones de más éxito del Zoo.

- Aquí vivía mi viejo amigo Copito de Nieve, uno de los señores más entrañables del zoológico.

¿Quien no conocía a Copito de Nieve? Hasta Manuel lo recordaba, aunque nunca lo vio en vida.

- Estos son sus hijos, unos sabios, Manuel, se pasan el día pensando sin pensar, algo que los humanos todavía no hemos logrado. Quizás el Pensador del escultor Rodin, al ser de piedra, se les acerca un poco.

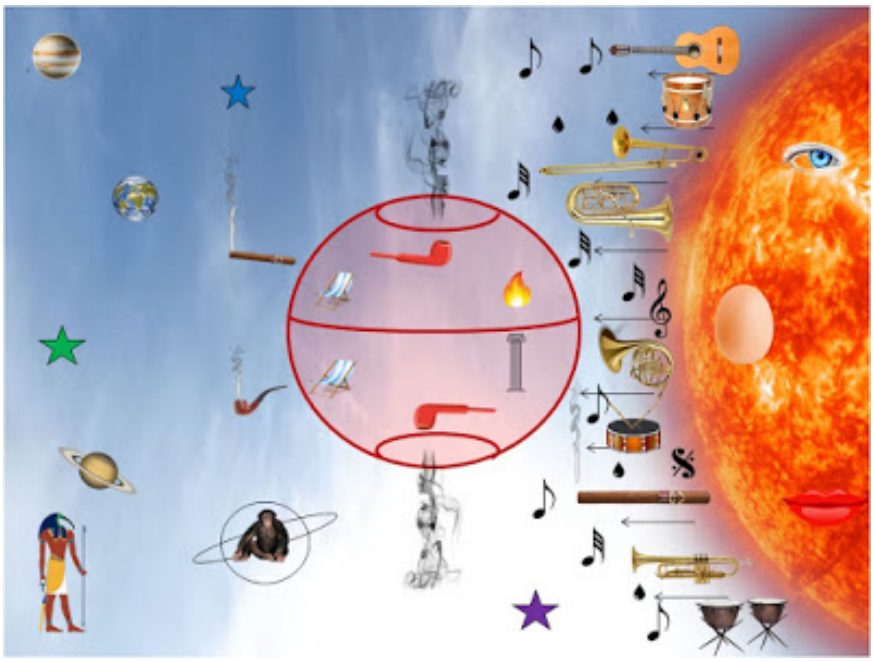
En efecto, uno de los gorilas permanecía sentado mirando al público con el puño bajo la barbilla, como hacemos nosotros cuando queremos pensar en profundidad.

- Pensar sin pensar. Este es el drama y a la vez el milagro de los primates que viven en el zoológico, que a pesar de las horas que pasan en pensar, no piensan nada, en el sentido que nosotros llamamos al pensar, claro. Rumiar, deben rumiar, aquello que sus emociones más profundas les deben aportar, como hacen las vacas con la hierba. Y quizás algún día les nazca alguna idea. No tardaremos mucho en ver a los humanos colonizar estas voluntades libres, dormidas en los instintos de su conciencia colectiva. Lo harán con la ingeniería genética, Manuel, y no tardaremos mucho en verlo. Una ignominia. Será recrearse en el pasado muerto, para insistir en una civilización que tiene ganas de nacer muerta, pero así somos los humanos de contradictorios, que mientras unos quieren ir hacia arriba, los otros insisten en ir hacia abajo. Yo, la verdad, prefiero tirar por enmedio huyendo de los extremos, los cuales sin embargo están aquí para quedarse. Por eso me gusta ser guía turístico, porque es la manera más barata, idónea y sencilla de conseguir una media que, movida por la apertura y la curiosidad, mira un poco en todas las direcciones, aceptando lo bueno y lo malo de esta vida.

Hacía rato que Manuel le escuchaba sin escuchar, enfrascado en la imagen del gorila que en efecto pensaba sin pensar, como decía Quinqué. Comprendió que esta condición común de hacer y no hacer lo que hacían le unía a todos los animales del Zoo, una característica que tenía que ver con la conciencia, despierta en nosotros en cuanto a los pensamientos, pero dormida en sus aspectos emocionales más profundos, al revés de los animales, que tenían esta segunda muy despierta, mientras la de las

ideas permanecía en un sueño de posibilidades lejanas. Y, del mismo modo que nosotros disponemos del 'tercero' que es y no es, surgido de nuestros extremos, también ellos deberían tener su propio 'tercero' que hace y no hace, habla y no habla, aunque sea como un estallido fugaz que sale impulsado por nosotros, los humanos. O tal vez era nuestro propio 'tercero' el que tenía la capacidad de serlo también de los animales, lo que explicaba que, aún sin tener nada que ver con ellos, les cedamos palabras y pensamientos.

18- El Sol. Visita a Vulcano



Se sentaron en uno de los pequeños bares que hay en el Zoo, bien protegidos bajo una sombrilla, mientras contemplaban algunas de las instalaciones de pájaros y aves de rapiña, metidas en jaulas de gran altura. Una incongruencia, pensó, tener estas aves encerradas cuando necesitan espacios abiertos de montaña. Cansado de dar vueltas por el parque, había cerrado los ojos el titiritero, sintiendo en su interior el rumor de la pipa y los chillidos y los gruñidos de los animales del entorno, sonidos que daban vueltas como si quisieran entrar todos en la cazoleta para ser fumados y convertidos en no se sabe qué.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio sorprendido que se encontraba en un paisaje desconocido, de rocas de color rojo oscuro, con un sol inmenso de una tonalidad rojo naranja llenando casi todo el cielo que tenía delante. A su lado Quinqué estaba como él sentado en la roca, ocupando la otra de las dos cómodas concavidades talladas en la piedra a modo de asientos.

- El Zoológico, Manuel, es el mejor lugar para despegar y hacer una visita al Sol. Ya sabemos que esto es imposible en la normalidad diaria de nuestra existencia y, sin embargo, fíjese como nos hemos acercado a él, sentados en este planeta que se llama Vulcano, inexistente para los astrónomos, ya que aún no ha sido descubierto, pero real para quienes lo conocemos y nos gusta visitarlo. Un lugar que a diferencia de Venus, cubierta de nubes malolientes y oscuras como el miedo, es más o menos tranquilo y sosegado, por una razón muy simple: su condición inexistente, hasta que no se

demuestre lo contrario, lo hace dúctil y amigable. Además, en este planeta la procesión va por dentro, ya que el fuego que se le atribuye lo tiene en su interior con una particularidad insólita: tiene en los dos polos los cráteres de dos volcanes que echan humo, fuego y lava, como si fuera una gigantesca pipa de dos cazuelas que se dan la espalda y que están en perpetua combustión. Al encontrarnos ahora en su ecuador, y debido a la peculiar inclinación de su eje de rotación, disfrutamos de una posición inmejorable para contemplar el Sol.

La imponente bola de fuego que era ese sol rojizo imponía una temperatura elevada que sin embargo, gracias a la protección de la agencia Mercurio con la que había contratado su viaje, se dejaba soportar aunque no permitía fumar ningún cigarro, como sucedía en Mercurio y en Venus, que con una sola calada se consumían en un santiamén.

Y hablando en voz baja como solía hacer a veces Quinqué, dijo:

- Aquí vive Vulcano, un señor de fama horrenda, con un mal genio tal que todo se tambalea cuando se enfada. Pero no hay que preocuparse, porque el señor Vulcano suele vivir instalado en la Tierra, como hacen sus compañeros del Sistema Solar, trasladados todos a nuestro planeta, al ser allí donde se vive mejor. Como es lógico, Vulcano ha elegido emplazamientos que le son afines, tras haber instalado sus talleres de forja dentro de cuevas profundísimas, ya que siempre busca el calor y el fuego que dan los volcanes en actividad. No pocos terremotos proceden de sus arrebatos y decomunales golpes de mazo. De momento, mejor no acercarse demasiado a él. Pero esto no nos priva de venir a su planeta y de disfrutar de estas vistas espléndidas.

Tener el Sol tan cerca le pareció casi un sacrilegio a Manuel. El astro considerado por los seres vivos de la Tierra como la fuente de la vida y su entidad más importante y poderosa, personalizada en los infinitos nombres de dioses y de héroes solares que lo representan, aparecía ante sí como la estrella que era, inmersa en una actividad delirante e inabordable, en una combustión continua de átomos que se fundían y se desintegraban y hervían como si fuera una sopa de materia primordial, de partículas de estas que se estudian una por una en la Tierra, y que aquí se juntaban en un borboteo tormentoso de materia ígnea, con gigantescas y espantosas olas de este plasma compuesto de hidrógeno y de helio ionizados, base de la materia solar. Había una sonoridad especial en aquella visión del sol, una superposición sutil y no tan sutil de silbidos y de violines desafinados sobre un cojín o más bien un colchón de truenos lejanos, como si el sol fuera una superficie de miles de inmensos timbales que repicaban con ritmos locos y enigmáticos. A veces el sonido recordaba el de estas trompetas largas que tenían los romanos, de una longitud inusual y retorcidas al modo de tubas, trompas y trombones de diámetros kilométricos y de vibraciones espeluznantes.

Pensó que la profanación sentida no era sólo por mirar el sol como quien mira una piedra o un trozo de materia cualquiera, con las ofensivas descripciones científicas que fijan con nombre conciso todo lo que se ve y se mueve, como hacen los profesores de gimnasia para inmovilizar a sus alumnos a golpe de silbato, sino que el sacrilegio mayor consistía en saber y concretar la edad del astro, así como su nacimiento y el anuncio de su muerte, en dimensiones colosales, sin duda, de miles de millones de años, números que establecían un inicio y un final. Así que el sol era una estrella más, que procedía de una aglomeración de materia estelar y que se convertiría en una Gigante Roja para acabar degenerando en una Enana Blanca, según decían los entendidos.

El señor Quinqué, que escuchaba el pensar de su cliente con deferencia, intervino como solía hacer cuando sufría algún desbarajuste, ni que fuera mental.

- Permítame que intervenga en su discurrir, Manuel, ya que lo he estado escuchando con atención y he visto lo rápido que se ha subido por los más altos conocimientos que hoy existen sobre las cosas de este mundo. Admirable al cien por cien, un trabajo imprescindible para la composición de su Extravagancia, sí señor, pero que hay que completar con otras ópticas que ayudan a discernir el entramado de lo que se ve y lo que no se ve, que no es poco. Porque fíjese cómo cambian las perspectivas cuando miramos el tiempo como una línea recta que no se desvía ni a la de tres, y cuando lo miramos como lo veía el señor Einstein, que en paz descanse, para quien los tiempos eran siempre diferentes según la posición de quien lo mira. Por eso conviene desplazarse aunque sea sólo por un rato a este planeta de naturaleza dudosa y por ello aún más interesante, y ver al Sol cara a cara, para así conocerlo mejor y entender algunos puntos fundamentales.

Se detuvo un momento el señor Quinqué, dirigiendo su mirada al Sol potente que mostraba las turbulencias de su superficie con figuras de una gran belleza, las cuales se desplazaban como si fueran olas de filamentos luminosos, siempre con el acompañamiento solar de los timbales y los trombones de varas, tubas y trompetas que no paraban de soplar.

- El espectáculo que nos ofrece el mirador de Vulcano no tiene parangón, eso es indiscutible, aunque yo me atrevería a compararlo con los efectos maravillosos de las Fuentes de Montjuic, sin duda una de las atracciones más potentes de Barcelona. Y qué decir sobre este dato del Sol visto como un astro que nace y muere, que la ciencia moderna nos aporta cuando miramos los libros actuales de astronomía, que son de un impacto difícil de superar. Ahora bien, si tenemos en cuenta que la especie de los humanos tal como la conocemos hoy en día, me refiero a la de los Sapiens Sapiens de los historiadores, se le suele dar unos doscientos mil años de existencia, y que la raza de los mamíferos a la que pertenecemos nació hace tan sólo doscientos millones de años atrás, ya me dirá qué significan estas distancias de tiempo si las ponemos junto a

las de miles de millones que decía que tiene el Sol. Pura calderilla, Manuel. Esto no quiere decir que no las tengamos que tener en cuenta, ya que nos dicen muchas cosas, siendo la principal este molde que impregna desde un comienzo la vida y que procede de esta conciencia de que las cosas nacen y mueren, como nos indica el patrón del Sol. Y quizás sea ese molde la razón de que el Sol tenga como una de sus finalidades básicas la de individualizar todo lo que toca, es decir, darnos la sensación de unidad, y, por el despegue que nos produce el efecto de la luz y el calor, el deseo de levantarnos y de volar, en definitiva de hacer lo que nos da la gana. La libertad, don Manuel, es uno de los efectos más notorios del astro sobre las criaturas que viven bajo su influencia. Un corolario peligroso o al menos arriesgado, ya que en cuanto nacen unidades libres, unas se quieren imponer sobre las otras, según la fuerza y la potencia de cada cual, una filosofía de la vida que el señor Marte conoce a la perfección. Pero fuera como fuere, las cosas son así, y es gracias al Sol que estos patrones se imponen y perduran.

Escuchaba Manuel sin escuchar las razones discursivas del señor Quinqué, convincentes como siempre en un cien por cien partido por la mitad, según la nueva forma de pensar que poco a poco se le había ido imponiendo. Veía el Sol y quizás transportado por las palabras del guía, lo veía como un fuego eterno de los que nunca se apagan, a pesar de que un día se apagaría. Y se dio cuenta de que si lo miraba todo desde la Tierra, la eternidad solar estaba asegurada, pero si se lo miraba desde el Sol y desde los planetas que no estaban habitados, se imponía la perspectiva cósmica que habla de otros mundos, galaxias e incluso de otros universos, si es que alguna vez se llegaban a descubrir.

Se estaba haciendo de noche, pues vieron cómo la gran bola solar se ponía por uno de los lados de Vulcano, y de repente les embargó una paz desconocida. Se encontraban frente a la oscuridad del espacio abierto, que situados en aquel planeta tan próximo al Sol, era como ver todo el Sistema Solar que daba vueltas alrededor de su astro. Claro que Manuel no supo distinguir las estrellas que aparecían en el cielo, aunque se imaginó que los puntos más luminosos con cierto grosor podrían ser perfectamente Venus, Mercurio o la misma Tierra. Pero la sensación de estar como quien dice abrazando la totalidad del Sistema Solar desde su centro neurálgico fue tan fuerte, que el titiritero se quedó sin palabras durante un largo rato, con una emoción profunda que lo desbordaba.

- Esta es una de las visiones más potentes que podemos tener los terráqueos, Manuel, ya que el Sistema Solar es una realidad como un templo que sin embargo no se deja captar ni a la primera ni a la segunda ni a la de tres, dadas sus magnitudes y la profunda significación que tiene para nosotros. Por otra parte, saber que tenemos el Sol como quien dice pegado a nuestras espaldas, nos da a los humanos una seguridad y una conciencia de nosotros mismos que rara vez se consigue desde la Tierra. Desde

aquí, Manuel, vemos como los humanos somos, a pesar de nuestras abismales diferencias, todos iguales, y que la familia de nuestros primos y hermanitos del Reino Animal, y del Botánico si me apura, al que pertenecemos, somos igualmente los privilegiados y comunes habitantes vivos de este Sistema Solar, lleno de planetas y de seres de muchas cualidades sobrenaturales, pero que envidian día sí y día también nuestras debilidades vitales, que nos permiten respirar el aire de la tierra, beber las aguas frescas de las fuentes, y fumar puros y pipas siempre que nos dé la gana. ¿No le parece que es admirable al cien por cien?

No pudo contestar Manuel las palabras del señor Quinqué, mudo como estaba por la emoción de la vista que se extendía ante él, aunque las sentía como si las hubiera dicho él mismo, después de haberlas, como quien dice, partido por la mitad. Palabras que entraban en su entendimiento como una sustancia indispensable para la construcción de la Extravagancia.

- Todo esto, señor Manuel, no hace más que enfatizar esta relación entre el Zoo y el Sol, al ser el zoológico un lugar donde los animales tomamos conciencia de nosotros mismos, cuando nos vemos encerrados en jaulas y obligados a vivir sin vivir, como es el caso de las monas, los leones, las jirafas y los loros que habitan en él. Porque visto así, tendrá que reconocer que en el fondo un Zoo no es otra cosa que un barrio más de la ciudad, en el que viven sus animalitos inquilinos en pisitos algo más pequeños unos y al aire libre los demás, de la misma manera que nosotros lo hacemos en las casas de al lado, unas jaulas de las que tenemos las llaves para entrar y salir, pero que no dejan de ser jaulas en el sentido estricto de la palabra. Y si me apura, el mismo planeta es una jaula de la que sólo podemos salir con escafandras y caros sistemas de respiración, a no ser que contrate los servicios de la Agencia Mercurio, por supuesto. Y es por ello que, para llegar a Vulcano y ver el Sol, no hay nada como ir al Zoológico y saltar, desde la evidencia de hermandad animal que allí experimentamos, directamente a la conciencia solar de estar todos cortados por el mismo patrón, a pesar de las diferencias abismales que nos separan, las cuales no dejan de ser la sal de la vida.

De repente, tuvo Manuel aquella inquietud en referencia a los difuntos que le perseguía desde que había iniciado los viajes con el señor Quinqué, el cual le había explicado cómo las personas que mueren iban saltando de planeta en planeta en una especie de camino al revés de la vida, obligados a separarse de lo que tanto habían estimado antes de irse al otro barrio.

- ¿Y los difuntos, señor Quinqué, también tienen relación con el Sol?

- No sería de recibo que no fuera así, Manuel. Ahora bien, ya habrá comprendido que este viaje al revés que dice usted que hacen los finados no tiene nada que ver con el que hacemos nosotros, que no dejamos de ser turistas privilegiados del Sistema Solar,

gracias a la agencia Mercurio, que tiene esta especialidad. No, Manuel, los difuntos, que en paz descansen, más que viajar se expanden por decirlo de alguna manera por unas regiones que, cuando se está en la ultratumba, adquieren unas dimensiones muy diferentes, ya que pasar de la Luna a Mercurio, y de Mercurio a Venus, no se entiende desde las distancias en metros y kilómetros, sino como espacios o zonas de influencia y de aprendizaje que se van incorporando, con mayor o menor densidad y provecho. Y es de cajón que si pertenecemos todos a este Sistema Solar que nos acoge y nos hace, tengamos que llegar a esta esfera de gran poder y conocimiento que es el Sol, el cual contiene los patrones principales de nuestra condición humana y vital, así como la medida exacta de nuestra individualidad, de un grosor diferente para cada caso, ya que no tiene nada que ver el grosor de un general de brigada, de un turista de los que nos visitan cada día, de un poeta, de un empleado de correos, de un lobo, de una rana o de una hormiga. Una medida que no nos hace ni peores ni mejores, sino diferentes.

Se dio cuenta Manuel hasta qué punto vivos y muertos estaban más unidos de lo que pensábamos, como él bien sabía por sus propios muertos, aunque pertenecían a esferas de existencia diferentes por no decir opuestas, contradictorias incluso, y por ello con capacidad de generar simetrías paradójicas como las que él estaba creando con la Extravagancia, que juntaba aquellas dos maneras de ser sin ser, simetrías que al expandirse creaban campos que eran ampliaciones de los parámetros vitales, necesarios para moverse con libertad. Quizá por eso era tan importante visitar estos planetas más cercanos del Sistema Solar, los cuales le daban las perspectivas y corrientes de fuerza indispensables para que la Extravagancia no se quede en humo.

- Lo del humo, Manuel, tiene mucho que ver con el fumar, porque no es lo mismo el humo que sale de una combustión que se produce porque sí, a la buena de dios, que el que nace del fumar, el cual es, por pura definición, humo fumado. Éste, a diferencia del primero, es un humo de ida y vuelta, ya que nace pero vuelve desde el momento que hay alguien que lo ha fumado, el cual lo hace suyo y lo contempla, y por ello contiene determinadas cualidades sutiles que le son propias. Al ser un humo que se sabe fumado se puede decir que es un humo autoconsciente, una condición sin duda superior de humo. Y eso es lo que explica que todos estos planetas la mayoría de los cuales sacan humo por la nariz o por cualquier otro agujero, por no hablar del sol, que en realidad es todo él una bola de fuego que no para de hacer humo, en forma de viento solar, claro, se explica como decía que todos estos astros anhelen lo que cualquier fumador de puros o pipa tiene por naturaleza: hacer humo que se sabe fumado. Por ello, Manuel, esta calidad de la autoconciencia se ha convertido en una de las sustancias más codiciadas en todo el Sistema Solar, lo que aclara el interés que les despierta la Tierra, que ha creado esta cosa que se llama Vida que no deja de ser una forma de crear conciencia que va evolucionando de menos a más, con su capacidad de fumar y de hacer humo fumado que tenemos la mayoría de sus representantes. Por

eso es de cajón que si su objetivo es crear su Extravagancia, ésta pueda generar su propio humo fumado, a pesar de que el viento se lo lleve si no a la primera de turno, sí a la segunda.

Giraban las palabras de Quinqué como humo mental que se enroscaba por aquella atmósfera vacía de Vulcano, llena de radiaciones solares aunque ahora se encontraban de espaldas, contemplando lo que los astrónomos llaman la heliosfera, una especie de huevo cósmico que contiene todo el Sistema Solar y que nos protege de las potentes radiaciones e interferencias que provienen del centro de la Galaxia y de otros astros del entorno. Un huevo que en su proceso de maduración con aquel núcleo poderoso formado por el Sol había logrado vitalizar uno de los planetas, la Tierra, el cual gozaba de cielos azules, nubes, mares y playas para los turistas, lugares ideales para adorar al Sol bien protegidos por cremas solares, a pesar de que algunos se apropiaban del astro para fines comerciales, como era el caso del Sol de España, una denominación que había hecho mucha fortuna.

Escuchaba atento el señor Quinqué, satisfecho de ver que su cliente aprovechaba el viaje a Vulcano con profundas reflexiones de carácter cosmológico y publicitario, que a él tanto le gustaban.

- Es un gran mérito de su país haber inventado esta marca que nunca puede fallar, sí señor, ya que el Sol, en principio, lo tienen garantizado, salvo los días de lluvia y tempestad, que nosotros los guías aprovechamos para ir a museos y a otros lugares protegidos. Una denominación tan afortunada que pronto los países competidores no dudarán en ofrecer a sus clientes el 'mejor Sol de España' del mundo, aunque sea en Grecia, en Turquía o en la China, tal es la fuerza de la marca. Nosotros, desde la agencia Mercurio, jugamos siempre a favor suyo, ya que valoramos mucho los aciertos en estos asuntos del mercado. Por eso nos entristeció tanto la prohibición de los toros en Cataluña, al tratarse de una fiesta solar de las más antiguas que ligaba muy bien con el lema anterior. Una pena que los publicistas catalanes, considerados como los mejores del mundo, no hayan podido sacarle todo el jugo, disponiendo además de la intensa paleta de colores amarillos y rojos de la bandera catalana que tan bien se adaptan a los colores de la Corrida y de la bandera española. Pero tiempo al tiempo, Manuel, porque en estas cuestiones todo puede dar la vuelta y girar la tortilla por donde menos uno se lo espera.

Se dio cuenta Quinqué que Manuel había dejado de escucharle y decidió volver a la temática cósmica que había abandonado llevado por el entusiasmo de su vocación profesional.

- Ha dado en el clavo, Manuel, al hablar de la heliosfera como de un huevo, una manera de ver las cosas mucho más próxima a la realidad de lo que se puede imaginar,

ya que en efecto se podría decir que la Galaxia no es más que un aglomerado de millones y millones de huevos de uno, dos o tres yemas, que son las estrellas que hacen de núcleo y alimentan al conjunto, que es la heliosfera de cada uno de ellos. Saber cuántos de estos huevos han acabado generando pollitos de vida es lo que todos queremos saber, y debemos suponer que debe haber bastantes, por no decir muchos. Pero tal vez no muchos o ninguno con las particularidades que tiene la Tierra, que ha sido capaz de generar fumadores de pipa y de puros. Y fíjese como el huevo que dice usted que encontró en su casa sin haberlo encargado a ningún gallinero, no deja de ser una especie de réplica en miniatura, aunque gordo, de este huevo gigantesco que es nuestro sistema solar, un huevo que al romperlo usted, se ha convertido en su pipa interior que le permite viajar por el espacio y recorrer el huevo cósmico de la heliosfera solar que nos ha tocado en suerte. Por eso dicen con mucha razón que lo grande es a lo pequeño como lo pequeño es a lo grande. ¡Ya ve, Manuel, cuán afortunado es!

Sentía Manuel el fraseo del señor Quinqué como si fueran palabras llegadas sueltas del espacio, tal vez pescadas al vuelo por aquel guía charlatán con cara de pájaro que le había tocado en suerte, palabras que enganchaba una tras otro como quien hace collares de sonidos y de significados, los cuales tenían que ver con el paisaje y las dimensiones cósmicas de la visión que tenían del Sistema Solar, que intuía realmente como una gran esfera que gira alrededor del Sol, con las pequeñas bolas alineadas de los planetas, sus lunas y los miles de meteoritos. Y pensó que ciertamente el huevo que había puesto en el Aposento no dejaba ser la proyección de su propio sistema solar, es decir, del pequeño mundo que había creado con sus marionetas, el cual, por la obsesión titiritera de dar forma exterior a lo que se mueve en la rotación interior de cada uno, se había proyectado sin él darse cuenta en un huevo. Al romperlo, hizo nacer como quien dice el pequeño mundo que contenía: se habían vitalizado sus marionetas y él mismo se había convertido, con la interiorización del huevo convertido en pipa, en su propia yema.

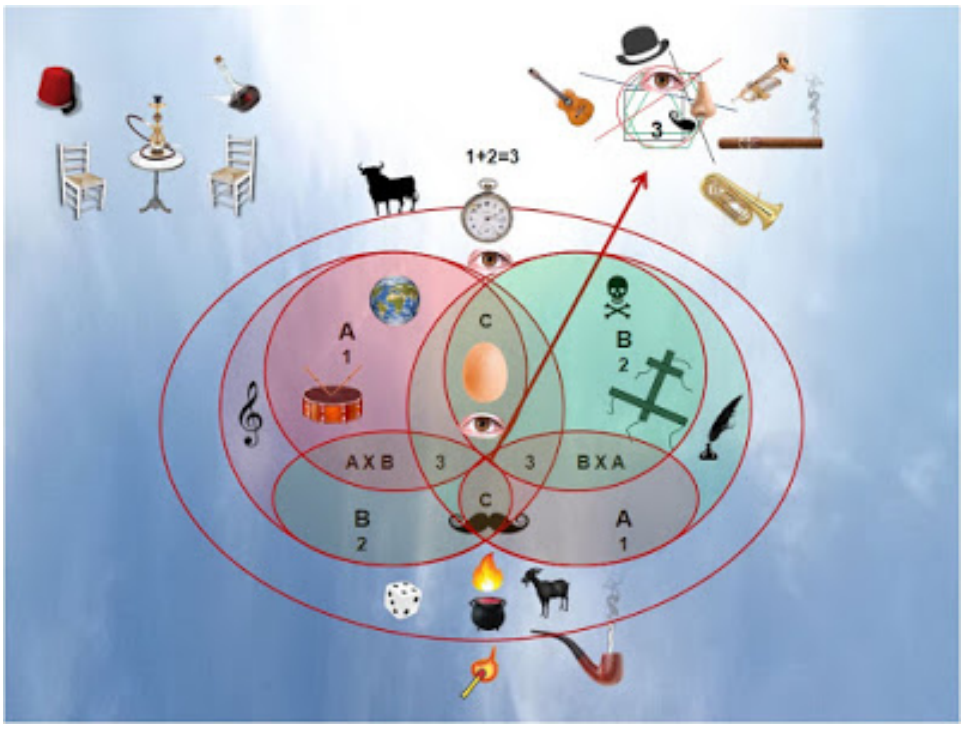
El señor Quinqué, que seguía los esfuerzos del titiritero para aclararse en este lío del huevo y de la yema, acudió en su ayuda.

- Tiene toda la razón, Manuel, de pensar en lo que piensa, y fíjese que la Extravagancia que se le ha metido entre ceja y ceja no deja de ser lo que esta yema pretende crear y alimentar, quiera o no quiera, porque una vez se ha iniciado esta mecánica, no hay quien la pare, como le sucede al Sol y a sus planetas que giran a su alrededor por la fuerza insalvable de la gravedad. La ventaja de su yema, si me permite decirlo con estas palabras, es que goza de una libertad que ya quisieran tener los planetas y las lunas, ya que usted, aunque dependa de la gravedad de la Tierra, puede realizar su extravagancia como le apetece y le da la gana, porque si no fuera así, dejaría de ser

una extravagancia, del mismo modo que Gaudí hizo la suya, absolutamente disparatada, por lo que nunca será entendida por los barceloneses, la mayoría de los cuales gustan tocar de pies al suelo y no desviarse de la norma, salvo las excepciones de quienes, tocados por el arrebato, ponen su huevo y se convierten en la yema de su delirio extravagante. ¡Más claro el agua, Manuel!

Sin duda el calor que hervía en el interior de aquel planeta que era y no era, llamado Vulcano, explicaba el alboroto tumultuoso de las ideas que giraban como el humo de la pipa que fumaba sin fumar, humo de ideas que creaba la sustancia de aquella visión del Sistema Solar visto como un huevo. Cerró los ojos. La sonoridad de los conceptos se convirtió en palabras que chocaban como campanillas y cascabeles, con el ruido de fondo de los timbales y los vientos metálicos de la superficie del sol en la espalda, sonoridad que se transformó de nuevo en el concierto de gritos, silbidos y gruñidos de los animales del Parque Zoológico, con el ruido de fondo del tráfico que venia de las calles de al lado.

19- Conversación de terraza



Le era difícil a Manuel calcular los días de huevo, por llamarlos de algún modo, que llevaba vividos, es decir, desde el día en que apareció el huevo en el Aposento. Se dio cuenta, sin embargo, que aún era agosto, por el calor que hacía y por el tráfico de turistas que de vez en cuando reclamaban la atención de su guía. También porque un día pescó un periódico en un café y se puso más o menos al día en las cosas de este mundo.

Sabía que cada verano los periódicos escogían un tema al que iban dándole vueltas como quien se pone un chicle en la boca para entretenerse, y que ese año habían elegido el tema del Referéndum y de la Independencia, del que él sólo sabía lo que le habían explicado sus Pericos. Se entretuvo un rato y enseguida lo abandonó, al darse cuenta de que ya estaba muy masticado, como si fuera uno de esos chicles al que ya no le encuentras ningún gusto. Pero valoró la tenacidad de sus conciudadanos, capaces de mantener vivo un tema tan peliagudo como éste, cultivando la ilusión general, como si también ellos hubieran puesto un huevo que les obligaba a cumplir la correspondiente extravagancia, que era la Independencia.

El señor Quinqué, que tomaba una horchata a su lado y lo escuchaba con atención, situados ambos en una pequeña terraza del Poble Nou, asentía con ganas evidentes de intervenir en el hilo de pensamiento de su cliente.

- Don Manuel, ha vuelto a dar en el clavo con esta sencilla descripción del tema independentista. Piense que yo lo sigo con atención cada día, ya que soy un lector fiel de La Vanguardia, un diario de los mejores que he conocido, cargado de contradicciones que es como me gustan a mí los periódicos y siempre preocupado por los beneficios y por las cuentas de resultados. Y creo que el huevo colectivo puesto por los independentistas, al romperse, es lo que ha generado este relato que funciona tan bien, el cual tiene como problema principal el hecho de pedir una participación global de la ciudadanía. La extravagancia de la Independencia, para describirla con sus palabras, sólo se cumpliría con una mayoría de participantes. ¿Pero es esto posible, me pregunto? ¿Puede una extravagancia ser colectiva y mayoritaria? Sobre todo en una sociedad en la que cada individuo tiene ganas de poner su propio huevo y tomar el atajo que más le apetece. Y fíjese que para que ello sea posible, se necesita un estímulo exterior que ayude a mantener la presión y aglutinar este deseo de suma. No hay duda de que esta presión de fuera es la que proviene de Madrid y de su gobierno, que hasta ahora ha ganado las elecciones gracias al problema catalán, por lo que se ha especializado como quien dice en mantenerlo vivo para conservar el poder. Y por el bando contrario, pasa lo mismo, pegado el gobierno catalán y las fuerzas independentistas a esta presión que los mantiene unidos y garantiza su extravagancia, además de su supervivencia, claro está. Ahora bien, el problema sigue siendo el de la mayoría, el hueso de todo el asunto, y ya sabe por experiencia que las mayorías son tan volátiles hoy en día como lo es el tiempo, que un día llueve y el otro hace calor.

Bebió un trago de horchata y al ver que Manuel le escuchaba sin escuchar, que era la mejor manera de seguir sus palabras, continuó hablando Quinqué sobre la cuestión.

- Hay además aquí otro problema, y es la tendencia de los humanos de hoy en día de llevar la contraria a todo lo que se les pide o se les propone o se les da para escoger, de manera que los gustos, las tendencias y las inclinaciones se parten siempre por la mitad, al ser una ley de las actuales sociedades que nunca los unos estén de acuerdo con los demás, una característica que en absoluto debe entenderse como perniciosa. Y es por eso que los defensores de causas difíciles o imposibles buscan siempre un referéndum, porque saben que lo que importa a la gente no es la causa que se defiende, sino enrocarse a favor o en contra, es decir, buscar equivalencias contradictorias, porque no ganen ni el uno ni el otro, y menos el vecino de enfrente. Pero al decidirse los referendos por la mitad más uno de los votos, la cosa se decide a cara y cruz, y gana el que fortuna ayuda y según como sopla el viento de las emociones.

- Caramba, Quinqué, este punto de vista nunca lo había oído.

- Piense, Manuel, que la agencia Mercurio tiene por costumbre estudiar la evolución de los mercados, y estas cuestiones de la estadística y de la contabilidad electoral nos

interesan mucho, ya que tocan puntos claves de nuestra cultura. Ahora bien, ¿significa ello que estos intentos de afirmación colectiva son una pérdida de tiempo? En absoluto. Ya le he dicho antes que hoy en día las sociedades necesitan moverse con decisión y sobre todo con conciencia de saber aquello de lo que son capaces de hacer, y cuando una región como Cataluña se pone en pie y pide su porción de responsabilidad planetaria en los asuntos de este mundo, no hay duda de que nos encontramos ante un importante avance de civilización. El problema es hacerlo con los vecinos, los de dentro y los de fuera, la asignatura más difícil que tienen los convencidos, ya que una buena parte de estos vecinos interiores se oponen a sus planes y buscan la misma afirmación pero por otros derroteros, y no veo muchos intentos de quererlos convencer por parte de los independentistas más recalcitrantes. Al contrario, cada vez se los ve más convencidos de sus posiciones y enemigos de las de sus contrincantes. Y por eso son tan importantes estos aspectos de las mayorías, que se encargan de inclinar la balanza hacia uno u otro lado.

- Pues en eso parece que hay una especie de empate.

- En efecto, Manuel, se trata de un típico caso de choque de oposiciones enfrentadas, que suelen alargar la solución del problema por *secula seculorum*, como diría un latinista. Y son este tipo de realidades complejas cargadas de contradicciones irresolubles las que a la larga pedirán soluciones más imaginativas. Hoy, los dilemas principales están basados en el número dos, quiero decir, que cuando dos se oponen, la solución buscada es que el uno gane y el otro pierda. Pero eso, Manuel, no deja de ser la lógica de la cachiporra, que usted que es titiritero conoce a la perfección. Desde la agencia Mercurio pensamos que lo que no tardará mucho en imponerse es la nueva cultura del tres, que quiere decir que cuando dos se oponen, la solución no es ninguna de las dos opciones sino una tercera que debe crearse sobre la base de la aportación o del cruce de los dos. Hoy por hoy esto parece imposible, porque los humanos se resisten a ser creativos y además les gusta mucho empeñarse en sus convicciones verdaderas. Y la razón de que esto sea así, es que ayuda a la gente a ser más de lo que son, en una época de vacas flacas como la actual, en que las antiguas verdades religiosas han desaparecido del mapa y todo el mundo debe ingeniárselas a ser algo por su cuenta. Estas tomas de posición que son las patrias y los convencimientos colectivos no dejan de ser una especie de muletas que ayudan a mantenerse en pie, pero sin demasiadas alegrías y mucho desgaste vital. Y yo me pregunto, ¿es esto inteligente? Yo diría que en lo más mínimo, sino todo lo contrario, pero qué quiere hacer, Manuel, si los problemas irresolubles de nuestra época se resisten a encontrar solución, enrocadas como están las partes opuestas en sus verdades y convicciones, tal vez esperando que alguien con más imaginación y emprendimiento sea capaz algún día de inventar la manera de pasar del dos al tres.

De cajón, se dijo con una sonrisa Manuel al oír aquellas palabras de Quinqué. Y pensó si todo este asunto de la pipa, del fumar y del tercero que se va de paseo por el Sistema Solar no sería también una manera de pasar del dos al tres, como decía el guía turístico, pero a título personal, al resolver contradicciones interiores con un proceder que abre espacios a la imaginación operativa. Permite ver la ciudad como un lugar de dimensiones ocultas desde las que puedes saltar de planeta en planeta y descubrir algunos secretos del Universo. En este sentido, la Extravagancia sería el desarrollo del tres a modo particular, al crear una especie de ciudad doble con capacidad de acoger lo visible y lo invisible, los títeres y el titiritero, los vivos y los muertos, es decir, un espacio dinámico de resolución de estas contradicciones irresolubles, que sin dejar de serlo, se comportan como si no lo fueran.

- Tiene toda la razón del mundo, Manuel. Así lo veo yo también. Y no me negará que la Sagrada Familia no es un tres como una catedral, que resolvió aquellas contradicciones internas del señor Gaudí, entre el clasicismo y el modernismo, a base de excitar su religiosidad, para contraponer así el espíritu a la piedra. Incluso me atrevería a pensar si la razón de que el genial arquitecto abrazara con tanto fervor la fe religiosa, no fuera otra que la pura necesidad instrumental, ya que para crear una extravagancia como la suya jamás se lo hubieran permitido con un proyecto de edificio civil, mientras que la polaridad espiritual, cuyas contradicciones irresolubles son exorbitantes, justifica la irracionalidad de hacer volar la piedra por encima del cielo de Barcelona. Y la prueba de que el resultado ha sido una extravagancia de las que despegan en un tres de los grandes, es esta capacidad de atracción que tiene de la que ya hemos hablado con profusión, con los millones de turistas que no dejan de ser los modernos peregrinos que vienen a ver este monumento contemporáneo a la creatividad futura del Tres! ¿No encuentra que es de cajón, Manuel?

Hacía un rato que el titiritero había dejado de escucharlo, aunque no se perdía ninguna de las palabras del guía, inmerso como estaba en el tema de los vivos y de los muertos, que había tratado en alguna de sus obras, pero del que nunca había conseguido sacar nada en limpio. Pensó que era lógico que fuera así, al ser un asunto de los más oscuros que puede haber, pero no se resignaba a la evidencia del escepticismo que le era propio, obsesionado como estaba en llevar siempre la contraria, aunque fuera consigo mismo.

- Señor Quinqué, usted cree que los muertos viven?

La pregunta sorprendió al guía turístico, ya que no estaba acostumbrado a clientes de ese tipo, que por estar tan en contacto con personajes que eran y no eran como son los títeres, con vida y movimiento a pesar de ser de madera, se hacen preguntas de este estilo.

- Don Manuel, esto es una contradicción como una casa en sus propios términos, ya que si alguien está muerto significa que no está vivo, y al revés, se dice que uno está vivo porque no está muerto. Todo esto es de cajón. Ahora bien, ya sabe que en esto de las contradicciones hay muchas sorpresas, y no puede imaginarse como le gusta a la realidad saltarse sus propias leyes a la torera, sobre todo las que son de signo mental y significativo, quizás por este espíritu de contradicción que nos caracteriza a los humanos y que hoy florece con tanta alegría en la mayor parte de las sociedades del mundo. Quizás esto explique que algunos muertos quieran estar vivos, y también al revés, algunos vivos muertos, aunque sea para hacer la puñeta y tocar las narices a todos, hablando claro y catalán. Pero importa también estudiar la cuestión desde perspectivas más innovadoras. Por ejemplo, yendo a la cultura del tres que nos espera en la próxima esquina de la Historia, o simplemente estudiando las posibles evoluciones retrógradas de la cultura del dos. Aquí, Manuel, entramos en terrenos resbaladizos y nuevos, muy nuevos, al ser muy poco lo que podemos llegar a saber. Y sin embargo, permítame que me atreva a decir lo que pienso, que siempre me maravilla cuando lo cuento.

Pidió otra orchata el titiritero con ganas de escuchar a Quinqué.

- Fíjese, Manuel, que hoy en día la ciencia se ha puesto entre ceja y ceja convertir a los humanos en inmortales, a través de las intervenciones tecnológicas de la genética, la robótica, la biología, la química, y todas estas parafernalias, capaces de meterse sin problemas hasta el corazón mismo de las células de nuestro cuerpo. Todo este atrevimiento responde a su pregunta, ya que estos señores de la ciencia podrían decir que los vivos a partir de ahora no morirán, o bien que los muertos estarán vivos toda la vida. Sin duda, es una manera de ver las cosas y es muy posible que no sea ninguna tontería y que se salgan con la suya. Ahora bien, ¿es este el camino del tres? O mejor dicho, ¿qué representa este alargamiento de la vida en relación a la mejora de la cultura y de la civilización humana? Aquí es donde la ciencia empieza a patinar. Claro que todo depende de lo que se entienda por cultura y civilización humana. Para mí, Manuel, más que la salud y la seguridad de una vida sin mácula, que en absoluto debemos despreciar, importa sobre todo la libertad y esta opción de creatividad que es el tres. Fíjese que la propuesta de la ciencia tecnológica es como si pasáramos del dos al uno, es decir, en vez de ir adelante, vamos hacia atrás, al convertir la vida de las personas en una línea recta asegurada por las intervenciones exteriores del complejo tecnológico encargado de gestionar estas líneas rectas. Y pasar del dos al uno es una pérdida terrible, antes es preferible seguir en el dos, a pesar de las peleas y de las contradicciones que tenemos a diestro y siniestro. Pasar al uno de la tecnología significa que el dos que antes teníamos como dualidad interior, ahora es ocupado por la mano científica que te marca el recto camino de la salud y la longevidad, lo que significa pasar de la libertad a la dependencia. Una persona llegada a inmortal por la

vía del dos que pasa al uno, yo diría que más que un vivo inmortal, es un muerto vivo que no puede morir porque ya está muerto. ¿Me sigue, Manuel?

- Al pie de la letra, Quinqué.

- Imagínese crear un mundo poblado de muertos que no acaban nunca de morir, lo encontraría espantoso. Ahora bien, si la vía que elegimos los humanos es pasar del dos conflictivo al tres resolutivo, entonces las cosas empiezan a ponerse más interesantes, sobre todo porque se mantienen las dualidades y las contradicciones que son la sal de la vida, pero a la vez se abren nuevos espacios de libertad y de resolución de las contradicciones por la vía creativa del tres. Pero sobre todo lo que más alegra de la opción del tres es que aporta novedades inesperadas, como le está resultando a usted su extravagancia, que a pesar de ser un fenómeno largamente conocido en el sistema solar y en el planeta, no deja de sorprendernos a cada minuto.

Escuchaba Manuel y comprendió que no necesitaba más respuestas, porque era evidente que la mecánica del huevo y de la pipa que fumaba por dentro, capaz de generar al tercero que se lo mira desde fuera, servía para entender cómo las distintas dualidades en oposición pueden generar terceros, siempre que se ponga en ello la mirada, la distancia suficiente y el deseo creativo. Y eso explica que uno pueda dirigirse a un muerto que sin embargo está vivo aunque esté muerto, o a un animal irracional capaz de pensar y discurrir, o a una piedra que te habla del Espíritu Universal, sin perder la razón, y manteniendo unos mínimos de realismo, contradictorio pero real al fin y al cabo.

- Lo ha entendido a la perfección. Ya ve que en cierto modo mucha gente vive en la época del tres, pero sin saberlo y bajo los dictados y las directrices del dos contradictorio e irresoluto.

- Usted es un revolucionario, Quinqué!

- No lo crea, Manuel, quizá el señor Mercurio lo sea un poquito más, por sus hábitos y costumbres, muy evolucionados en los temas del fumar, pero yo valoro mucho la estabilidad, indispensable para el negocio turístico, ¿cómo sino podríamos recibir y atender a nuestros clientes? Nos gusta mucho la estabilidad que da la inteligencia y piense que el mercado no está para monsergas. Una buena contabilidad es lo que cuenta, sí señor, y tan importante es un euro, como diez, como cien o como un simple centavo. El secreto de las cuentas son los céntimos, ¡quién controla los céntimos lo controla todo, Manuel!

20- El Cementerio del Poble Nou

Hubo un tiempo, hacía bastantes años de ello, que solía pasear Manuel por este cementerio, el más viejo de la ciudad, no sólo porque estaba enterrado su padre, sino porque le gustaba su silencio y la decadencia de sus partes monumentales, allí donde se acumulaban estatuas y mausoleos. Recordaba el viejo sector de las tumbas protestantes, desaparecido en una de las obras de remodelación, un lugar lleno de encanto, con palmeras pequeñas y tumbas reventadas por el tiempo, donde la mayoría de los nombres eran ingleses y alemanes. Había también las hileras de nichos subterráneos, galerías oscuras y siniestras, que hablaban de una época en que la ciudad creció como a escondidas, de modo que debieron ampliar el cementerio por abajo. Ahora mostraba un aire más o menos renovado, con muchos nichos vacíos, al detenerse los pagos de muchas familias de los finados. Él siempre pagaba religiosamente la tasa municipal del nicho donde residía su padre y algunos parientes lejanos. Un año lo arregló con un jarrón de flores de plástico para que no las tuviera que cambiar cada año, bien cerrado con llave tras un cristal que le daba un aire distinguido.

La verdad es que cada vez había menos entierros al estar de moda la incineración entre las familias modernas, y pensó que pronto los cementerios serían una reliquia del pasado, un anacronismo de los viejos tiempos en que la muerte se asociaba a los huesos y a los esqueletos. Los vivos modernos no querían saber nada de estas estructuras calcáreas del cuerpo que duran más que la carne, les producen asco y angustia. Prefieren la purificación del fuego, que les parece más limpio, moderno y

expeditivo. Si te vas al otro barrio, mejor ir sin lastre. Así pensaba su madre, que siempre lo había tenido muy claro. Manuel prefería el nicho, como su padre, sin saber porqué, por tradición familiar quizás, por llevar la contraria, o para alargar los protocolos de la muerte y darles un poco de la teatralidad de antaño. Sin estos protocolos, no habría cementerios en el mundo, ni estos extraños cultos a los muertos que florecen donde menos te lo esperas. El mismo cementerio del Poblenou tenía a su Santet, un nicho donde estaba enterrado un joven que hacía milagros. Su padre, sin ser creyente, le mostraba siempre el nicho, lleno de exvotos en su entorno y con muchas señoras que lo visitaban a diario para renovar ramos de flores y floreros.

Sin darse cuenta había llegado frente al Santet. Se maravilló al ver que todo seguía más o menos igual. Las velas encendidas, los exvotos amontonados en los nichos y en los arbolitos de alrededor. Dos señoras charlaban de sus cosas mientras sacaban el polvo y ordenaban flores y velas. A un lado, apoyado en la pared, lo miraba el Aedo. No hacía ningún caso a las dos mujeres, convencido como estaba de que no lo veían. Pero una de ellas lo miró fijamente e hizo la señal de la cruz, mientras un gato negro se acercaba a la marioneta con los pelos erizados. Las dos mujeres desaparecieron con miradas de reojo al vacío donde se hallaba el Aedo.

- No te pueden ver pero las has asustado.

- Estas mujeres deben venir todos los días, es como si tuvieran un pie aquí y el otro en la tumba. No me extraña de que me hayan visto u olido. ¿Has ido a Mercurio?

- Sí, con el señor Quinqué. ¿Y tu qué haces aquí?

- Huesos y polvo... Este es el teatro del tiempo, Manuel, vamos al escenario.

Cruzó el Aedo los jardines de aquella sección interior de nichos y tiró por la galería lateral que conduce a la parte noble del cementerio, la de los mausoleos y las estatuas de reconocidos escultores. Se detuvieron frente a un edificio estrecho donde se guardan los archivos más viejos de la gente enterrada, siempre cerrado a cal y canto. En el centro de un pequeño espacio había dos tumbonas, las mismas que los Pericos le habían puesto otras veces. Se sentó y enseguida se instaló a su lado el señor Quinqué, que acababa de llegar.

- Buenos días, Manuel, por nada del mundo me habría perdido la invitación del señor Poeta. Reconozco que es un lugar poco frecuente para asistir a una representación, pero siempre me ha gustado este cementerio, aunque todavía no he podido llevar a ningún grupo de turistas, una lástima. Es un lugar de turismo para la gente local, fíjese qué paradoja.

Aquí no hay ningún escenario, pensó Manuel, pero ya estaba curado de espantos y sabía que la irracionalidad de sus títeres no tenía límites. De repente, vio al Aedo

subirse encima de una tumba y declamar los brazos en alto, con gestos de gran solemnidad.

- Oh Tiempo, viejo amigo de los años, tú que apagas y enciendes a voluntad los motores de la creación, para tus máquinas y engranajes que hacen que todo lo que vive, envejezca y muera! Deja que se abran las puertas de este pequeño Gran Teatro del Mundo, para que las criaturas sean libres de hablar y de decir lo que quieran, aunque sea por unos instantes!

Se escuchó entonces un rumor que fue creciendo hasta convertirse en una sonoridad organizada, como si mil engranajes y maquinarias rotas hicieran girar sus ejes, bielas y goznes en un estruendo de mil demonios, hasta que empezó a detenerse en un silencio que no era tal, sino un ruido en suspensión, con un salpicado de chirridos que sonaba como una lluvia que se detiene antes de caer y que se lamenta de su pena física de no llover.

Manuel encendió su pipa, contento de ver que en efecto el Poeta había preparado una función para ellos, mientras Quinqué hizo lo mismo con una de sus brevas, que enseguida empezó a sacar humo.

Arriba, vieron dos nubes oscuras a punto de reventar porque no podían llover, hinchadas como hacen a veces los niños cuando tienen la boca llena de agua y se les prohíbe escupirla. De repente, uno de las nubes habló:

- ¡Estoy harta de hincharme sin poder descargar! ¡Parece que el tiempo se ha parado y no nos deja llover!

- ¡Mira la sombra oscura que hago, las aguas que me pesan son frías y si no puedo llover, acabaré resfriándome!

- Me llega humo de abajo. ¡Si ellos fuman, nosotras también!

- Tienes razón, ¡encendamos nuestras pipas de vapor! ¡Así aguantaremos mejor!

Divertidos, los dos espectadores vieron como las nubes empezaban a sacar vapor que se elevaba cielo arriba. Se echaron a reír y enseguida se dieron cuenta de que eran acompañados por la risa de muchos de los títeres, que habían acudido también para ver la función.

- Muy originales sus títeres, Manuel!

- La verdad es que no sé qué se traen entre manos.

El Perico Perico, que permanecía sentado en un pequeño muro y que contemplaba también la función, dijo:

- Si es verdad que la ocasión la pintan calva, este es el momento de decir que todos estos años de actuación han sido distraídos y satisfactorios.

El Perico Partido por la Mitad saltó al oír las palabras de su compañero:

- Una satisfacción que debemos partir por la mitad. No todas las cifras son redondas.

- Yo me inclino por lo contrario. Ahora, lo que importa es escapar y tomar aire -dijo el Perico del Cohete en el Culo.

- ¡Como añoro las viejas aventuras! Nada como aquellos viajes por el Lejano Oriente en barcos y con divinidades que hinchaban las velas y nos hacían naufragar para acabar en manos de peligrosas tribus llenas de misterios...

Así se expresó Perico Soñador, el que fuera fiel compañero de Agustinet, uno de los personajes más queridos de Manuel. Agustinet, que se asomó detrás de su amigo Perico, dijo:

- Los bellos jardines del emperador de la China, el canto lírico de los pájaros y el cric-cric-cric de los grillos, fue la mejor música de aquellos tiempos. El paraíso, Manuel...

Se hizo un silencio prolongado después de aquellas palabras de Agustinet.

De repente, se oyó un estruendo ronco como surgido del interior de las tumbas. Y vieron consternados como el lugar se llenaba de personas más o menos configuradas, de una consistencia mitad sombra y mitad física, con claras muestras de indefinición. Aquellas apariciones no tenían nada que ver con sus títeres ni con nada conocido.

Comprendió Manuel que las palabras del Aedo habían abierto algunas puertas ocultas que dejaban salir a los fallecidos del cementerio, pues no otra cosa podían ser aquellas figuras. Se concretaban en formas que deberían asemejarse a las que tenían antes de morir, evitando el desagradable espectáculo de los efectos de la corrupción.

Se le puso la piel de gallina al titiritero, al pensar si habría entre aquellos aparecidos algún rostro familiar, tal vez su padre o algún tío, o alguien que ignoraba que estaba aquí enterrado. Pero las caras se veían difuminadas y comprendió que se mantenía un cierto anonimato en aquella aparición colectiva. Los aparecidos no hacían nada, permanecían de pie, algunos estaban sentados entre las tumbas. Había muchos, con trajes de épocas diferentes.

Entonces oyeron una voz hablar:

- El tiempo ya no nos afana y aún seguimos aquí. La Tierra nos refleja y nos da continuidad. Sólo si se nos escucha podemos ser una ayuda. Una ayuda de corrección equilibrada.

Otro muerto levantó la voz:

- El gozo de presenciar la vida que ya no tenemos es nuestra cordura. Una cordura de muchas lágrimas y pesares. El arrebato es nuestra pasividad. No hacemos ni somos nada. Pero si no contamos en la vida de los vivos, os falta un halo de luz. La luz de nuestro futuro, que también es el vuestro. Si un día volvemos, con otras caras y cuerpos, seremos el presente vivo de vuestro futuro.

De repente se pusieron a hablar desde diferentes ángulos, cada una de las presencias con su voz propia:

- Somos y no somos, no hay dilema. Por eso estamos aquí. Pero estamos lejos, muy lejos. El trabajo lo hacéis vosotros, las palabras de este teatro son vuestras. Pero nuestra presencia es más real que la de los cuerpos que cose el tiempo.

- Cuando morimos nos vamos pero todavía estamos aquí. El espacio se nos traga y el tiempo nos detiene. El alma es la conciencia con la luz del fulgor que queda. Una presencia que es y no es, y se las ingenia para ser más.

- Somos aventureros sin aventura. La muerte devora la épica. Quedan la fortuna y la desgracia. El signo de los tiempos nos marca y nos empuja. Sopla el viento de la bienandanza, que enciende el fulgor de la conciencia, pero la desventura es una losa que nos traga. La fuerza de los vivos que empujan la desgracia es el soplo que apaga la ventura.

- No tenemos tiempo que perder porque ya lo hemos perdido todo. Estar sin tiempo tiene sus ventajas. No hay prisa, nadie se cansa. Pero la conciencia del fulgor de luz capta la urgencia de los vientos de ventura. La urgencia se hace necesidad. Con ella encendemos, por reflejo, las luces siempre débiles de la conciencia, indispensables para que soplen los vientos de la ventura.

Las palabras se trenzaban y hacían una especie de coral de voces que se sobreponía al flujo sonoro en suspensión que el Aedo había parado con su gesticulación teatral. El efecto resultante era estremecedor, como si fuera la misma ultratumba la que hablara desde el eco ronco del más allá.

Las voces se fueron apagando y con ellas las figuras de los finados que regresaron como por encanto a las tumbas, sin que se oyera ruido alguno por encima del continuo de tonalidad grave que sonaba.

De repente la voz aguda de una de las nubes exclamó:

- ¡Eh, de tanto fumar y sacar vapor, me he quedado sin agua!

- A mí me pasa lo mismo. Estoy tan fino que si he de llover, no haré ni un chorrito.

- ¡Nos hemos quedado vacíos, ¡huyamos antes de que sea demasiado tarde!

Y entre las carcajadas de los espectadores que provocaron sus palabras, las dos nubes oscuras desaparecieron del cielo dejando que el sol impusiera su lógica implacable de vida, luz y calor.

21- Los muertos y el futuro

El cambio de luz en el cielo dio fin a la sesión, pero Manuel y Quinqué se quedaron clavados en las tumbonas, impresionados ambos por la magnitud de lo que habían vivido.

Al cabo de un largo rato, el guía turístico rompió el silencio.

- Debo decirle, Manuel, que sus títeres me han sorprendido por la calidad musical de la función, ya que no es normal obtener estas sonoridades sin las mejores orquestas del mundo. ¡No sé cómo lo hacen, pero me tienen muy admirado!

Un detalle que también había sorprendido a Manuel, quien ignoraba el origen de esta calidad sonora. Es verdad que, en sus años de titiritero, él había cuidado este elemento del espectáculo, con músicas que muchas veces hacía él mismo, pero nunca con esta maestría. Recordó la función vista en el teatrillo del Pueblo Español, con los choques orquestales de unas magnitudes fuera de serie.

- Sepa, Quinqué, que no encuentro explicación a este fenómeno. Ahora bien, tengo que decirle que desde la aparición del huevo, la música ha estado presente de un modo u otro.

- Ni que lo diga, Manuel, ni que lo diga, basta recordar nuestra última estancia en

Vulcano, con un sol que parecía un batallón infinito de bandas de música valencianas. Y hay que tener presente aquí que tal vez su Extravagancia tenga un fuerte componente musical, algo por otra parte común cuando se viaja con el visto bueno de la casa Mercurio, ya que no hay nada como la música para explicar determinadas cuestiones que no se dejan fijar con las palabras, huyendo así de nuestra tendencia a clavar los contenidos con las banderillas de unos buenos significantes. No, no siempre es eso posible y por ello el Sol, en su deseo de hacerse entender, emite estas sonoridades bárbaras y grandilocuentes que lo dicen todo sin decir nada. Creo que la música constituye, hoy por hoy, el lenguaje conocido más elevado para expresar realidades que escapan a la comprensión humana, que es la terráquea por naturaleza. Y fíjese que si una crítica pudiéramos hacer a la extravagancia del señor Gaudí con su Sagrada Familia, es la falta de música real que produce, por mucho que él la considerara un órgano de piedra, que tal vez suene para determinados oídos muy evolucionados, pero no para el común de los mortales, para los que calla como un mejillón. Claro que también nos podría decir él que la piedra vibra cuando se manifiesta espiritualmente, que era su objetivo principal, y que al ser el espíritu una sustancia de las que son y no son, le podemos suponer todo tipo de cualidades, por muy dura que sea la piedra que la contiene.

- Quizá sí, Quinqué. Tendremos que volver a la Sagrada Familia para ver si emite alguna nota. Cuando fuimos, era el viento quien la hacía silbar. Ahora bien, ni en la Luna ni en Mercurio oímos nada.

- Tiene razón. Estos planetas, que podríamos calificar de psíquico y de mental, no son nada musicales, salvo la música que cada uno lleva dentro. Venus, en cambio, nos dejaba oir sus truenos descomunales y el estallido de las erupciones volcánicas, de ritmos barrocos y aleatorios, aunque con una sonoridad sensual y amortiguada por aquella atmósfera tan pesada que la cubre como una sordina. Respecto al Sol, yo me atrevería a definirlo como un gigantesco instrumento de música capaz de producir todos los sonidos que le pasan por la cabeza, sean de viento, de cuerda, de metal o de madera. Por eso ir a Vulcano es tan interesante, no sólo por las visiones espectaculares que nos ofrece sino porque es como sentarse en la sala de conciertos más grande del Sistema Solar, para escuchar la música del Sol, de un virtuosismo sin igual, con una fuerte predisposición al caos creativo y a las turbulencias del espíritu, eso sí.

Callaron un instante, mientras buscaban en vano el eco de aquella música tan sutil e inteligente que habían oído durante la representación.

- ¿Sabe qué le digo, Manuel? Que quizás la forma de su Extravagancia sea la de la ópera, lo que explicaría no sólo la calidad sonora de la que hablábamos, sino también las inmensas panorámicas que la acompañan, con unos esplendores tan espectaculares que recuerdan a los modernos teatros de ópera de hoy en día, ¿no le parece?

- Quizás sí, Quinqué, aunque de momento aún no he oído a nadie cantar…

El silencio del cementerio se impuso sobre el entorno de tumbas, gatos y mausoleos, sentados ambos en las dos tumbonas. Era un silencio mortecino, propio del lugar donde se encontraban.

Dijo el titiritero en voz baja:

- Oiga, Quinqué, ¿cree usted que los aparecidos eran muertos de verdad?

- Yo diría que sí, Manuel, aunque los he visto un poco borrosos. Quizás eran sus sombras, que en paz descansen, lo que tiene su lógica, teniendo en cuenta que a la mayoría no les deben quedar cuerpos demasiado presentables. Evidente que si tenían ganas de hablar y de ser percibidos, se hayan presentado de la manera más discreta y agradable posible.

Miró de reojo a su entorno para ver si alguien lo escuchaba, y constató que se habían quedado solos, sin ninguno de los títeres, esfumados desde hacía un rato. Y hablando bajito y acercándose a Manuel como a veces hacía, dijo al titiritero:

- Sobre esta cuestión los entendidos han elaborado varias teorías. Yo no las conozco todas, por supuesto, pero parece que una de las más conocidas dice que los fallecidos pueden, en ocasiones excepcionales, hacerse de cuerpo presente e interactuar con los humanos vivos de nuestra ciudad. Es un sin sentido como una catedral, todo hay que decirlo, pero se explica por el hecho de que así lo quieren estos fallecidos, que lo ven como una excepción que confirma la regla general, y con ello se quedan tan tranquilos. Dicen que al convertirse en difuntos con ganas todavía de seguir funcionando, aunque sea desde la ultratumba, tiene sentido que quieran dejar de ser difuntos y se conviertan en unos muertos funcionales, con ganas de hacer y decir la suya, sin romper más leyes de las consideradas fundamentales, por supuesto. Es decir, viven sin vivir, ya que están muertos, y si son visibles, lo hacen con normalidad, para no asustar a los vivos, los que los ven y los que no los ven, como es habitual en estos casos. ¿No lo encuentra admirable al cien por cien?

- No sé qué decirle, la verdad...

- No diga nada, Manuel, porque sobre estos asuntos lo mejor es mirarse en el silencio de los difuntos y callar como una tumba, por mucho que ellos hablen por los codos. De entrada porque suponiendo que no esté de acuerdo en lo que dicen, sería absurdo y de muy mal gusto llevarles la contraria. *Noblesse oblige*, como dicen los franceses con mucho sentido común, y los muertos siempre nos merecen un respeto, por muy equivocados que estén. Por otra parte, lo que nosotros llamamos *cháchara* o *palabrería de cementerio,* constituye uno de los fenómenos más interesantes de las necrópolis, sean antiguas o modernas, ya que a lo largo del tiempo siempre ha habido personas sensibles que se han especializado en escucharla y en transcribir sus

palabras, generalmente confusas y difíciles de comprender. Según expresan los mismos difuntos, como antes hemos podido constatar en directo, les es muy importante ser escuchados y aún más lo es para nosotros saber lo que nos dicen, no para cultivar los viejos recuerdos y los históricos rencores, algo absolutamente deleznable, sino por los avisos de futuro. Fíjese qué paradoja: a los difuntos, Manuel, el pasado les importa un bledo y en cambio, su mayor preocupación es el futuro, a diferencia de lo que piensan la mayoría de los vivos, que asocian los muertos con el pasado. ¿No lo encuentra extraordinario?

Tenía razón Quinqué, y por eso aquella presencia de los muertos que aparecían a cada paso que daba, encajaba en la construcción de su Extravagancia, la cual era una manera de articular el presente con el futuro, ya que el pasado a Manuel no le interesaba para nada, aunque reconocía su importancia. Disponer de un presente abierto era quizás uno de los objetivos del huevo y de su plan, por muy plan sin plan que fuera, para poder vivir con ciertos aires de libertad.

- Piense, Manuel, que el futuro es uno de los campos de batalla más disputados de la actualidad, con muchas facciones potentísimas que luchan por colonizarlo cada uno a su manera y según sus intereses. Por eso es oportuno escuchar la opinión de los finados que gozan de perspectivas insólitas y sin intereses materiales de ningún tipo. Asimismo, yo diría que hoy en día no sólo es oportuno sino necesario que las personas vivas dispongan de su propia extravagancia, si uno no quiere que te obliguen a marcar el paso por caminos que no se han elegido.

- Mucho me temo, Quinqué, que es bastante difícil hoy en día no marcar el paso según la música que suena.

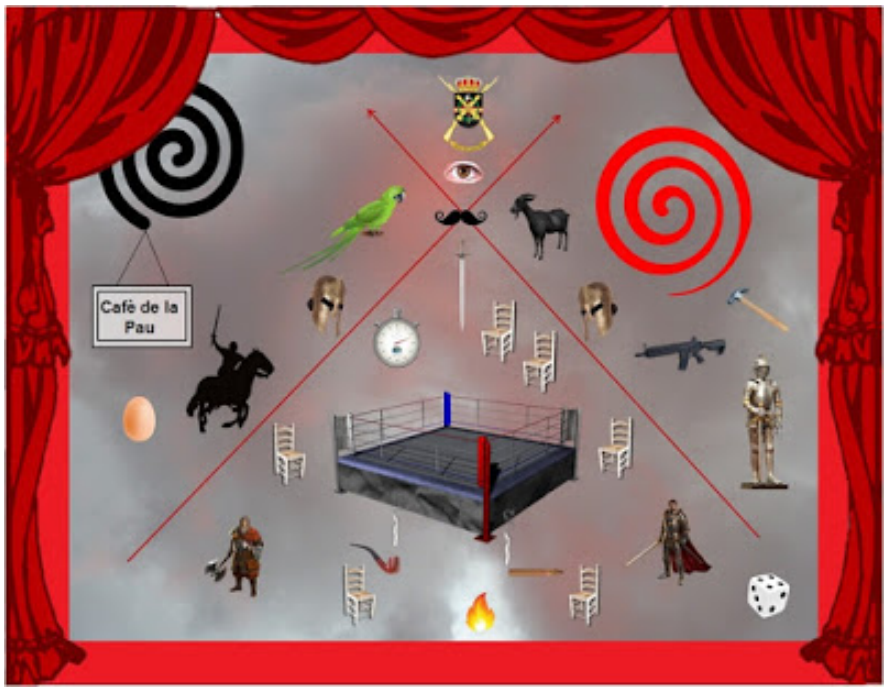
- Ni que lo diga, Manuel, ni que lo diga, pero al menos hay que intentarlo. Por eso es tan importante tratar bien al turista y mostrarle rutas y modos de ver las cosas que se escapen de las guías oficiales. Una simple gota de frescura en un mar de lugares comunes, me dirá usted, y tiene toda la razón del mundo, pero estas gotas de diferencia pesan mil veces más que las corrientes de las aguas ordinarias. Y digo esto, Manuel, sin despreciar los lugares de obligada visita, que a pesar de ser comunes, tienen el fulgor de la singularidad que los hace extravagantes, como es de cajón reconocer.

Se levantaron finalmente de las dos tumbonas, que los Pericos, surgidos de no se sabe dónde, hicieron desaparecer al instante. Estaba admirado el titiritero de la logística desplegada por sus personajes. Se dijo que habían tenido un buen maestro: siempre había destacado por su obsesión en tenerlo todo a punto. Claro que ahora este asunto le caía lejos.

Cruzó el cementerio con la sensación de encontrarse en un lugar familiar, de resonancias entrañables, como si fuera una parte de la ciudad que resumía muchas de sus características que ya se habían perdido, detalles nimios y ridículos que sin embargo hablaban de épocas y modos de vida diferentes: el vestuario abigarrado de aquellas presencias fantasmales, los jardines entre las tumbas, los reboques viejos, destartalados y sin pintar de las paredes y de los nichos, algunos epitafios pasados de rosca o de una banalidad abrumadora, los desaliñados ornamentos egipcios de pórticos y tumbas, el caminar pausado y filosófico de los enterradores, el fulgor abrillantado de las tumbas de los gitanos con sus detalles de glamour, y una atmósfera general de tristeza institucionalizada que se convertía de inmediato en factor de alegría y luminosidad. Quizás porque asociaba la familiaridad de todos estos detalles con el futuro desenvuelto que buscaba, no sometido a las modas del día, sino abierto a las excentricidades del futuro.

- Vea, Quinqué, como podemos llegar a cambiar nuestras formas de pensar y de ver las cosas, que ahora miro este cementerio y me encuentro como en casa, después de haber presenciado la función de mis amigos títeres y escuchado las palabras de los difuntos. Y a pesar de saber que un día acabaré instalado en el nicho que me corresponde y que pago cada año al Ayuntamiento, también le tengo que decir que no tengo ninguna prisa en ocuparlo, sobre todo ahora que la Extravagancia se levanta y me abre las ópticas del futuro.

22- El Café de la Paz



- Manuel, ya que estamos en el Poble Nou, me gustaría presentarle a un viejo amigo que tiene su sede, como quien dice, no lejos de aquí. Pienso que para sus propósitos de levantar la Extravagancia, le puede ser útil este conocimiento, singular como pocos.

Se dirigieron al centro del barrio y tras dejar la Rambla del Poble Nou, cargada de concurrencia a esa hora de la tarde, giraron por varios callejones hasta llegar a un bar con un cartel que decía Café de la Paz. Vio que era un local de una de estas sociedades que había antes en Barcelona, de cuando los sindicatos obreros tenían amplios ateneos sociales, donde se enseñaban los grandes ideales y también a leer, a escribir, a bailar y a hacer teatro. Cruzaron un café vestíbulo casi vacío y penetraron en un espacio mayor, tal vez una antigua sala de baile, que ahora tenía un ring en el centro. Había mesas y una barra a un lado, y se dio cuenta que se trataba de algún tipo de club dedicado al boxeo. Había bastante gente, como si esperaran alguna actuación. Quinqué saludó a un señor gordo y sudoroso que servía en las mesas y al que parecía conocer bien.

- ¡Hombre, Pepito, una legría verte! ¿Quieres tomar algo?

- Dos cafés, Manolo. ¿Hay combate hoy?

- Sí, de entrenamiento, gente de la casa.

- Nos sentaremos un rato.

Estaba sorprendido Manuel de ver adonde le había llevado el guía turístico, que allí respondía al nombre de Pepito.

- ¿No me dirá que le gusta el boxeo, Quinqué?

- Un deporte magnífico, a veces vengo a practicar, sólo a pegar cuatro golpes con los guantes, para mantenerme en forma. Piense que con mi peso, no duraría ni un minuto en el ring. Reflejos y velocidad, muy importante para la vida moderna.

Se fijó en las personas del público, tipos más bien oscuros, algunos con tatuajes en los brazos. También había grupos de jóvenes con chicas.

- Pelear, Manuel, es bueno cuando se hace por deporte. Aquí reina más nobleza que en la calle, créame. El combate cara a cara tiene la ventaja de dejar las cosas claras, sin subterfugios. Hay reglas e igualdad de condiciones. ¡Ojalá todas las guerras fueran así!

- Pero combatir, Quinqué, es retroceder en la historia, deberíamos superar estas fases de pelearnos para solucionar los problemas.

- En eso tiene toda la razón del mundo, sí señor, ahora bien, aquí no se pretende solucionar nada pero el boxeo ayuda a comprender muchas de las razones del asunto. Es como los toros, Manuel, la mejor pedagogía para entender según qué aspectos de la vida y de la muerte.

Entonces vio a dos jóvenes con casco y con los guantes subir al ring, junto a un señor que parecía ser el entrenador o quizás el árbitro. Los dos empezaron a calentar motores cada uno en su esquina.

- Nunca he practicado las artes marciales. Bueno, de joven hice judo, pero no me acuerdo de nada.

- No crea, estas cosas quedan fijadas en el cuerpo, le sorprendería ver cómo le viene a la memoria. Antes aquí dejaban fumar para ver los combates, ahora Manolo se ha puesto terco y se ajusta a la normativa. De manera que no podremos encender ningún puro. Para la buena salud de los combatientes.

- ¿Se van a pegar de verdad?

- Es boxeo, Manuel. Pero no sufra, aquí no se juegan nada y no pasa de ser un entrenamiento.

Se inició enseguida el combate y se dio cuenta Manuel cómo cambiaba el ambiente de la sala, con una excitación que iba creciendo con los golpes. La mayor parte del tiempo los dos púgiles, chavales jóvenes de cuerpos delgados, se fintaban pero siempre que

podían lanzaban sus puños, que muchas veces terminaban en la cara del contrincante. Se golpeaban con ganas, con una atención y una seriedad extraordinarias.

Quinqué no podía evitar hacer algunos movimientos, como si se pusiera en la piel de los dos jóvenes, esquivando, girando la cabeza, extendiendo un brazo. La campana sonó y descansaron un rato. El árbitro, que era también el entrenador, los animó con palabras que querían corregir algunos defectos. Y el combate se reinició. Golpes y más golpes y más fintas. Se sentía la respiración de los combatientes y los ánimos de los amigos, con algunas exhortaciones en voz alta. De vez en cuando les llegaba alguna salpicadura de sudor y pronto vieron un par de heridas en los pómulos de los púgiles. Pero las ganas de pelear se mantenían intactas.

Se fijó en un viejo sentado en la mesa de al lado, cargado de tatuajes y pelado al cero, con un bigote frondoso y antiguo, de aspecto salvaje, algo decrépito, aunque musculoso y con la camisa desabotonada en el pecho. Se miraba el combate con una quietud cadavérica, pero con los ojos encendidos por una pasión interior. Sobre la mesa, una copa de licor blanco.

Quinqué, al ver que se había interesado por el viejo, se acercó a su cliente y le dijo en voz baja:

- El señor Marte, ex legionario, antiguo combatiente en mil guerras, suele venir a tomarse sus copas aquí.

No podía dejar de mirarlo. Parecía una efigie centrada en el combate, como si bebiera cada finta y cada puñetazo con la mirada, alimentándose de la energía que flotaba en el espacio. Aunque Manuel no había estado en ninguna guerra, sí había visto las consecuencias, al visitar muchos países que habían sufrido el fuego y la destrucción. Ahora bien, en el teatro había vivido muchas batallas, ya que los títeres suelen guerrear entre sí, especialmente en algunas tradiciones, como las sicilianas de los pupi, centradas en las peleas entre caballeros con armaduras que chocan bajo el ritmo vertiginoso de un manubrio y los gritos y los golpes de tacón de los manipuladores, con un alboroto de mil diablos, capaz de excitar y encender la sangre al más pusilánime de los espectadores.

Aquel viejo, si era cierto lo que le había dicho Quinqué, había estado en las guerras de verdad del mundo de ahora, luchando con las mortíferas armas modernas, y sobrevivido a las sanguinarias batallas. Le estremecía la calma que mostraba, sin mover un músculo.

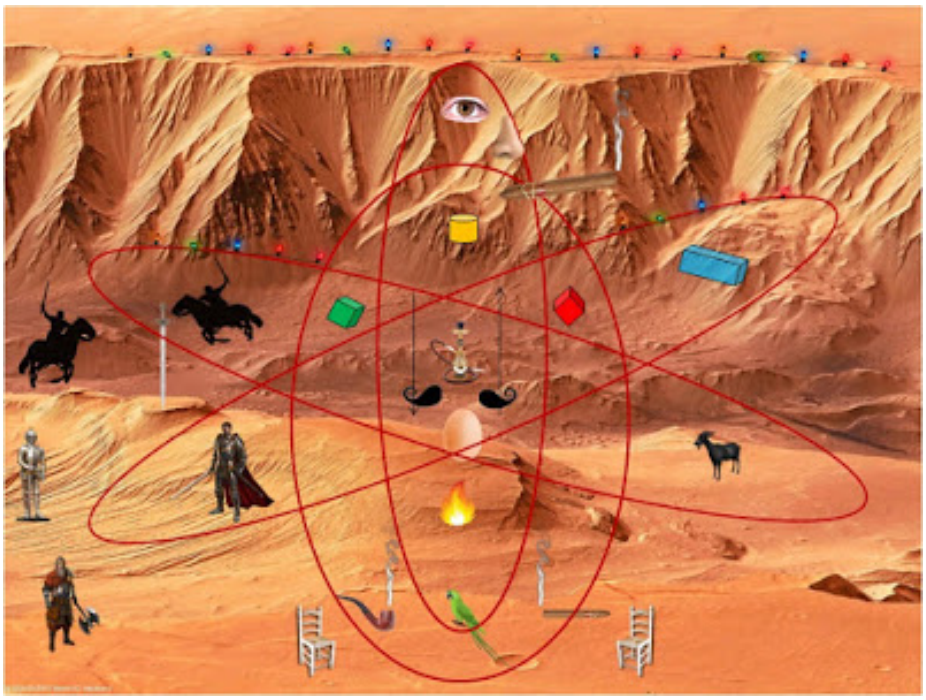
- El señor Marte está de vuelta de muchas batallas, Manuel. Adora las guerras antiguas, cuando se luchaba frente a frente y se moría con las salpicaduras de la sangre y de las vísceras, entre los gritos y los choques de la chatarra. Las batallas modernas ya no le excitan tanto. Sólo en la Legión ha encontrado el espíritu bélico que le gusta, con la nobleza y la estética adecuadas sobre el morir y el vestir, más el desprecio a la vida

fácil y regalada. Claro que ya lo han despachado, por viejo y por purista, y se contenta con los desfiles y las hermandades de ex legionarios que sobreviven como pueden, pequeños cenáculos donde se cultiva el viejo gusto por la batalla. Ahora se los quitan de encima con desdén, como reliquias impresentables de una época antigua. ¡Pero su existencia, Manuel, es más importante de lo que pensamos!

Escuchaba atónito Manuel las palabras de Quinqué. ¿Pero qué se embarullaba aquel guía turístico enclenque y con cara de pájaro, ensalzando nada menos que la estética de la guerra? Y sin embargo, tal vez transportado por las imágenes que le habían llegado de las batallas de los pupi sicilianos, se sintió de pronto arrastrado por la atmósfera de aquel antro cargado de sudor y de testosterona, con los gritos de los jóvenes que animaban a los púgiles, los movimientos incansables de sus cuerpos y de los golpes que se daban, con el recuerdo aún vivo de los muertos del cementerio, y sintió como se le encendía la pipa interior y como aquel vapor que era el humo del huevo que había roto con un martillo se mezclaba con el aire pesado del café, mientras el tercero que era él multiplicado por tres contemplaba la escena desde fuera y desde dentro. Se le acercó el señor Quinqué y le dijo al oído.

- Manuel, quizá sea el momento de hacer una visita a Marte, un planeta que a pesar de ser de los más cercanos, es el primero exterior en relación a la Tierra, en la dirección contraria al Sol.

23- Marte



Permanecían sentados sobre una roca que dominaba una extensión grande de terreno polvoriento de tonos rojizos, propio de este planeta que visto desde la Tierra aparece siempre de color rojo. No se sorprendió Manuel de aquel traslado tan fulminante, quizá porque lo esperaba hacía días. Para ampliar los límites de la ciudad necesitaba grandes espacios abiertos más ciertas coordenadas que multiplicaban las resonancias. Y ahora que había aprendido la lógica sin lógica de estas relaciones, supo que el huevo instalado en su interior con funciones de pipa, era el mismo que el de la Heliosfera que conformaba el Sistema Solar.

Mientras así pensaba su cliente, consideró Quinqué que el promontorio de Marte era un lugar excelente para encender un puro e invitó a Manuel a hacer lo mismo, armándose ambos de dos magníficas Brevas de Quintero, que en aquella atmósfera fría y seca del planeta rojo quemaron con enorme satisfacción de los fumadores.

- Ya ve, Manuel, como las cosas de este mundo nos llevan a las que están un poco más lejos, moviéndonos arriba y abajo por el cielo del Sistema Solar que usted, con su imaginación tan bien documentada, ha bautizado con el nombre de huevo heliosférico. Un huevo, por cierto, que los científicos actuales han visto que tiene cola o más bien dos colas, tal es la forma de media luna que le da su velocidad de traslación moviéndose por el espacio como un cohete monumental hacia no se sabe dónde. ¿Y qué puedo decirle de este planeta tan imaginado por los humanos, y que ahora los

astrónomos y astrofísicos de la Tierra tienen en su punto de mira, ansiosos de encontrar algunas mínimas condiciones de habitabilidad, siendo el agua el elemento más buscado por su escasez casi total? Aquí la verdad es que yo no me quedaría a vivir, aunque sea con las condiciones de la agencia Mercurio. Y sin embargo, pese a sus dimensiones, algo superiores a las de Mercurio pero bastante por debajo de Venus y de la misma Tierra, no deja de ser Marte un planeta de los importantes, por lo cerca que está a nosotros, en una especie de simetría de oposición con Venus, como si fueran dos miembros de un matrimonio de estos profesionales y mal avenidos, de los que se buscan en secreto y se rechazan de inmediato, hartos de discutir siempre de lo mismo, cada uno obsesionado en sus cosas.

Contemplaba Manuel el cielo, con un sol algo más pequeño que el de la Tierra, cuyo rebote de luz daba aquella atmósfera de un pálido rojizo que permitía ver bien los detalles topográficos del entorno, con una mirada sin embargo obstinada a abrir capas, ventanas y puertas escondidas.

- Tiene razón, Manuel, de pensar lo que piensa, lo decía el otro día el señor Mercurio mientras tomábamos un café con un buen habano en las manos -el señor Mercurio, sabe, fuma Cohibas especiales que le traen de Cuba-, decía que el problema de Marte era uno de los más acuciantes que tenemos los humanos, ahora que las guerras están en alza y se disparan como si nada, con unas fuerzas destructoras de muchas cargas de potencia, y que hasta que no se resuelva este problema, estaremos todos en la cuerda floja.

Hizo una larga pipada de su puro y continuó hablando del siguiente modo:

- Piense que antes, Manuel, con una orden jupiteriana bien dada, por muchas razones que se presentaran, Marte se cuadraba y se pasaba a otro capítulo, para volver a empezar a la primera de cambio, por supuesto. Pero ahora ya ha visto por donde anda el pobre Marte, perdido por los rincones más abandonados de este mundo, comido por la nostalgia, los recuerdos o por los rencores. La fragmentación que reina hoy en el mundo hace que de Martes como el que hemos visto en el Café de la Paz, los haya a miles, en todas las ciudades del mundo, arrastrándose por los antros más truculentos, vencidos y deprimidos, aunque dignos y orgullosos la mayoría, o enrolados algunos en grupúsculos díscolos y sanguinarios. Ahora bien, ¿se han acabado las guerras por ello? Basta con abrir la página de cualquier periódico del mundo para saber que no. Son los humanos los que han cogido la sartén por el mango y los que gobiernan hoy la paz y la guerra. Y así vamos, porque somos como niños que juegan con fuego.

Escuchaba Manuel al guía turístico con atención, atento a unas significaciones que iban más allá de las palabras y del mundo donde se encontraban.

- Por otra parte, Manuel, vea como las turbulencias de los planetas, por muy latentes y silenciosas que sean, suelen proyectarse hacia el exterior, como si les faltase aquella fuerza indispensable para retenerlas en su círculo de influencia, como hace la Tierra, que no deja escapar ni una nube, por mucho que sople el viento. Esto explica no pocas cosas, como es evidente. También dicen que Marte está viviendo unos procesos interiores de los más misteriosos, ya que del mismo modo que hemos visto cómo los finados del mundo pasan por la Luna, Mercurio, Venus y el Sol, también pasan por Marte, donde deben resolver este tema de la guerra entre las almas, un *tour de force* de los más rebuscados, ya que aquí no se las ven con debilidades emocionales más o menos superables según los esfuerzos volitivos, sino que se enfrentan a movimientos que tienen vida propia y una potencia de muchos kilovatios de alma. Es decir, se mueven en este reino indescifrable que es el del Espíritu. Y por eso se dice que los más esforzados de los mortales en estado de óbito trabajan en la solución del problema, a la manera de mecánicos de la ultratumba en misión especial, para el bien de todos, entregados a un trabajo de altas responsabilidades cosmológicas. Ahora bien, ¿en qué consiste este trabajo?, ni el señor Mercurio lo sabe, al tratarse de unos asuntos que escapan a nuestras atribuciones, a pesar de que podamos intuir su quid.

Pensó Manuel que la solución de este rompecabezas irresoluble de las partes opuestas obcecadas en sus convicciones irrenunciables, sólo podía venir de aquel paso del dos al tres del que ya habían hablado con Quinqué cuando trataron la cuestión de la independencia de Cataluña. Pero comprendió que establecer este nuevo patrón en las esferas más elevadas de los grandes arquetipos, los que gobiernan el huevo del Sistema Solar y que influye tanto en la práctica diaria de los humanos como en las fuerzas de los mundos físicos que se oponen entre sí, era un trabajo de titanes, por decirlo en términos poéticos.

- Ha dado en el clavo, Manuel, no lo podía haber expresado mejor, ya que sobre estas cuestiones hemos hablado profusamente con el señor Mercurio, el cual como es lógico tiene sus ideas al respecto, y veo que coinciden bastante en pensar que no basta con establecer la nueva fórmula del 1 + 2 = 3, que hasta los niños se saben de memoria, sino que hay que aplicarla en todas las esferas de la vida que son muchas. Por eso es tan importante el trabajo que hacen en Marte estos difuntos que se proponen alzar una extravagancia de infinitas pretensiones, ya que en definitiva esa es su función principal, abriendo unas nuevas puertas por donde a partir de ahora, los difuntos en su tránsito por el huevo del Sistema Solar, puedan salir disparados hacia Júpiter, Saturno y aún más allá, hacia las estrellas más cercanas e incluso lejanas, sin quedar atrapados por las inacabables batallas de Marte. Unos destinos los suyos que se escapan a nuestra comprensión, en su viaje de ida y vuelta en el caso de que quieran retornar al huevo solar y a la Tierra, claro está.

Se quedó Manuel en un estado de indefinible suspensión temporal, embelesado por las palabras de Quinqué, que se sumaron al humo de los nobles cigarros encendidos y a la visión del cielo que empezaba a oscurecerse a medida que el Sol se acercaba al horizonte marciano. Y casi sin solución de continuidad, el cielo estrellado de la noche se impuso. Reinó de repente la luminosidad intensa de los astros de nuestra galaxia y de las de más allá, que se dejaban ver como los integrantes de un gigantesco huevo cósmico que integraba todo el Universo. Su lógica, si es que tenía alguna, tal vez habría que buscarla en el más pequeño de los huevos terráqueos, siendo el de dimensiones humanas quizá el huevo medio que como decían las viejas escuelas reunía el micro y el macrocosmos.

- Todo esto es una verdad como un templo, Manuel. Le he estado escuchando en su discurrir y pienso como usted que somos este punto medio del Universo, como si fuéramos un ojo capaz de mirar hacia todas las direcciones. Y es obvio que al ser conscientes de ello, todas las entidades de éste y de los otros mundos se sientan cuestionadas por nuestra mirada y la quieran manipular y hacerla suya, lo que explica las trabas que vivimos hoy los humanos, asaltados por todos lados en mil batallas cosmológicas. Y por eso es tan importante que lleguemos a conocer bien este huevo medio que es nuestra extravagancia, la cual sólo se ve y se conoce cuando se la construye, es decir, desde la práctica de su alzado.

Tuvo entonces Manuel una extraña visión al contemplar la gran explanada que se extendía en la oscuridad de Marte. Descubrió de repente unas siluetas que se agitaban como espectros en la penumbra de la noche marciana. Distinguió, borrosas primero y después nítidas, las figuras de poderosos guerreros, ataviados de armaduras enfáticas y caprichosas, que parecían venir de otras galaxias, con lanzas, espadas y escudos que recordaban las mil épocas inimaginables de la historia humana. Se enfrentaban entre sí con gran despliegue de fuerzas, en una lucha frenética pero silenciosa, lo que la hacía aún más impresionante y patética. Y comprendió Manuel que aquellos guerreros no eran otros que los viejos arquetipos de la Tierra y del Universo, las ideas principales que gobiernan y han gobernado los mundos, irrenunciables para sus combatientes, que las encarnan y las hacen suyas hasta la muerte. Aquellos guerreros, pese a caer en su lucha, eran sustituidos de inmediato por otros que se les parecían por lo que el combate no tenía fin. También vio en unas alturas de aquellas explanadas polvorientas unas luces que permanecían tranquilas sin dejarse llevar por la agitación de los campos de batalla, las cuales dibujaban formas volubles y curiosas de ver, y se preguntó si no serían aquellas las almas de las que había hablado Quinqué, que trabajaban para levantar en Marte la extravagancia de un mundo donde los conflictos se resolvían de otra manera. Pensó que tal vez sería imposible impedir que hubiera guerreros y tozudos emprendedores con ganas de bulla, habiendo tanta violencia en el Universo,

pero que tal vez había estratagemas de creación que permitían reconducir las energías, a través de nuevas arquitecturas de una exuberancia monumental.

- Sobre estas cuestiones discuten las almas que levantan aquí su extravagancia, aunque no hay mucho que discutir, ya que también en Marte se cumple el principio universal de las habas contadas. Y es que las matemáticas, por mucho que se las quiera lidiar con hiperbólicas deformaciones de la realidad, acaban imponiendo sus números caiga quien caiga.

La visión fantasmagórica de los combatientes y de las almas que permanecían quietas en sus arquitecturas lumínicas, se esfumó poco a poco, y volvió a imponerse la grandeza del cielo nocturno de Marte. Se fijó entonces en una estrella más luminosa que otras de una tonalidad azulada.

- ¡La Tierra, Manuel! Aquel puntito de luz es nuestro planeta que nos mira como nosotros lo miramos a él. Si tuviéramos un telescopio veríamos la luna que da vueltas a su alrededor y quizás con un poco de suerte las luces de las ciudades más importantes, con sus humanitos dentro de cuerpo tangible, al encontrarse todavía en el ámbito de la vida, proclives por ello al goce y al uso de los sentidos.

Pensó Manuel hasta qué punto le estaba siendo útil la Extravagancia que construía, al permitirle disfrutar de estos cambios de perspectiva, esenciales para tener una idea del conjunto en el que estamos. Visto desde esta óptica, la vida en el planeta y nuestra propia existencia no serían más que la extravagancia creada por el huevo Heliosférico del Sistena Solar, el cual se expresaba de este modo en su girar el sol como una peonza mientras se desplaza a grandes velocidades con todo su equipo por los espacios de la Galaxia. ¿Qué misterios habría en estos otros planetas más alejados del sol y de la Tierra? Júpiter, Urano, Saturno, Neptuno, Plutón ...

Y mientras su imaginación se estiraba en aquellas visiones lejanas del Sistema Solar, el humo del cigarro que fumaba empezó a convertirse poco a poco en la atmósfera cargada de la sala del Café de la Paz donde los dos boxeadores seguían propinándose golpes. El viejo de los tatuajes y la cabeza rapada había desaparecido de la mesa vecina.

24- El Born

Insistió Quinqué en visitar el viejo mercado del Born, restaurado hace unos años y convertido en un memorial patriótico de la guerra de 1714. Ya lo había visto el titiritero, admirado de la transformación del antiguo mercado central de Barcelona, de una arquitectura imponente, víctima hoy de la instrumentalización propagandística de la que era objeto. Por eso no comprendía el interés del guía turístico.

- Sepa que este es uno de los monumentos que más me gusta visitar con mis clientes, al tratarse de un lugar ambiguo que es y no es lo que aparenta ser. Fíjese, Manuel, como aquellos que urdieron su restauración dieron en el clavo, no sé si a conciencia o por carambola, de crear un lugar único en la ciudad dedicado al Tiempo en mayúscula. Si tenemos en cuenta la dificultad que existe de hablar y de representar este misterio que es el tiempo, habrá que reconocer el mérito de este monumento que nos habla del tiempo a través del espacio, que es la única manera de pescarlo, porque los dos son socios desde la cuna, que se sepa. Yo espero que sus conciudadanos, una vez pasada la fiebre independentista y hayan conseguido resolver este problema irresoluble, con los años y una caña, eso sí, reconozcan y ensalcen el Born como el monumento que Barcelona ha consagrado al Tiempo, siendo quizás la primera de las ciudades del mundo que haya levantado un monumento de estas características, capaz de mostrar en un único espacio las dinámicas maravillosas del tiempo a través de esta fabulosa caja de resonancia donde las dimensiones se cruzan entre sí según leyes

harmónicas e inharmòniques, con los juegos de las simetrías que sin embargo se distorsionan cuando tocan la realidad de la tierra y de las criaturas que la habitan.

Quizás tenía razón Quinqué y había aquí una extravagancia que se había colado disimulada detrás de la excusa patriótica, como si el Tiempo, que se las sabe todas, se hubiera infiltrado en el pensamiento de los autores del proyecto para encender una luz en su provecho.

- No lo dude, Manuel, porque salvo los discursos, las banderas y los contenidos de algunas exposiciones guerreras con las que abrieron la obra, por lo demás no hay nada que nos impida pensar lo que pensamos, al crear este juego de espejos de los diferentes pasados con el presente y con el futuro que se abre cuando miras hacia arriba y ves este espacio cerrado y abierto a la vez, con las estructuras del pensamiento racionalista que sin embargo no acaban de cerrar el conjunto, sino que se limitan a darle una cobertura abierta por los cuatro costados, para dar entrada a lo que nos llega de las lejanías cósmicas. Piense que junto con las iglesias, los mercados son los lugares donde la colectividad se junta para realizar una de las cosas básicas que hacemos los humanos, me refiero al mercadeo y al intercambio de los productos entre sí o por dinero. Dos espacios complementarios, los mercados y las iglesias: los unos para excitar la dinámica del contacto y del intercambio, los otros para detenerse, pensar y rezar. Por eso es tan interesante que se haya preservado uno de los bonitos, como es el caso del Born, sacándole los contenidos y dejándolo vacío, para que lo habiten las resonancias de lo que es y no es, que es tanto como decir de lo que se compra y se vende, es decir, de lo que se tiene y no se tiene, y para que permita pensar como el tiempo, en los humanos, se junta a la voluntad.

Contemplaban la imponente caja vacía del interior del viejo mercado del Born, que se levantaba sobre los dos niveles diferenciados de la ciudad antigua y de la actual, creando una extravagancia de líneas, planos y corrientes de fuerza que comunicaban épocas distintas entre si y las entrelazaban, en una dinámica reflexiva impactante, como si cada rincón, cada piedra o cada columna, fuera un espejo poliédrico que daba perspectivas diferentes de las realidades cruzadas. La monumentalidad vacía del edificio permitía que el detalle nos llevara al conjunto y al revés, el conjunto a los detalles sucesivos y poliédricos de las realidades reflejadas.

- Se dice en según qué ámbitos de la reflexión mundial, Manuel, que las religiones del futuro tendrán que ver con el tiempo y con la voluntad, por lo que si se cumple este designio, ya hay que ir imaginando donde estarán los lugares de culto y de pensamiento de estas realidades tan complejas e intangibles, y es en este sentido que el monumento del Born se configura como una clara anticipación de este tipo de espacios dedicados a la devoción o quizás mejor decir a la discusión y al interés colectivo en relación a estos dos conceptos fundamentales. Porque aquí tiempo y

voluntad se conjugan a la perfección, primero por la fuerza volitiva que representa no sólo levantar una ciudad, sino también destruirla, para construir encima un mercado de estas características espaciales que se eleva con la majestuosidad de las simetrías arquitectónicas que buscan la belleza del arte. Y por otra parte, está la fuerza volitiva que significa el hecho de haber convertido un espacio tan preciado en pleno centro de la ciudad, en un monumento vacío dedicado a pensar el tiempo. Creo que nos encontramos ante una de estas extravagancias de primer orden y de altísima calidad y categoría que la ciudad de Barcelona es capaz de ofrecer hoy a sus nativos y a sus visitantes. Y mientras la Sagrada Familia se postula para convertirse en la futura Catedral Universal del mundo dedicada a todas las impostaciones exaltadas y a todas las creencias existentes, sean o no sean deístas, el Born apunta a convertirse en un sonado templo universal, además de local, dedicado a estas dos antiguas divinidades, hoy laicizada, que son el Tiempo y la Voluntad. ¡De cajón, Manuel!

Estaba admirado y chocado el titiritero de la vehemencia del guía turístico, que le despertaba resonancias interiores que tenían que ver con aquellas sensaciones vividas en el Aposento, cuando Kalim y Kilam representaron la extraordinaria función de títeres ante él y sus marionetas, con aquella facilidad con la que levantaban decorados y paisajes sólo por la simple voluntad de querer disponer de ellos al acto, una sensación que le hormigueaba por los brazos y por las manos. Se dio cuenta también hasta qué punto tenía razón Quinqué en relacionar tiempo y voluntad, ya que toda su obra de titiritero sólo se explicaba por el uso que había hecho del tiempo dedicado a este trabajo, con aquellas impresiones ambiguas sobre la velocidad del devenir, como si el hacer tuviera capacidad de contraer o estirar las duraciones de los días y de los años, uno de los motivos principales que le había llevado a encerrarse en el Aposento y, en definitiva, a poner el huevo de su extravagancia.

- Vea Manuel como aquí se nos abren las puertas para contemplar a estos dos planetas cargados de misterios, que son Júpiter y Saturno, los dos colosos del Sistema Solar, tradicionalmente relacionados con el poder expansivo y con el tiempo. Pero fíjese que la ventaja de un lugar como éste es que nos permite verlos sin verlos, quiero decir que no es necesario desplazarse sino que con pensarlos a nuestra manera basta, aprovechando el regalo de esta amplitud de espacio, porque salvando todas las distancias y las proporciones, a estos dos planetas gaseosos hoy por hoy es mejor verlos desde la distancia de la imaginación mental que desde sus satélite, maravillosos todos ellos, como por otra parte ya han empezado a hacer los de la NASA.

Hizo una pausa Quinqué y se tocó el bolsillo donde guardaba los puros pero retiró la mano al acto, como si se hubiera olvidado de algo.

- Lástima que aquí no dejen fumar, Manuel, un contrasentido al ser un espacio abierto, pero no seremos nosotros quienes discutamos estos arbitrios de las autoridades

locales, que dicen hacerlo por nuestro bien, cuando bien sabido es que lo hacen para hacer la puñeta y porque les da la gana.

Se sentaron en uno de los bancos interiores del Born y sintió Manuel que ya hacía rato llevaba encendida la pipa interior. Era obvio que aquel mecanismo de fumarse a sí mismo constituía una manera de disponer de unos motores que le permitían despegar allí donde le apetecía, aunque fuera con la imaginación.

- Se dice, Manuel, que a los difuntos en su viaje más allá del sol, una vez cruzado Marte y conocidos los arquetipos de la vida material, su conciencia se amplía en las esferas de Júpiter y de Saturno. Su función es despojarles de lo que les queda de las viejas creencias y presupuestos, y ofrecerles nuevos planteamientos y formas de ver el mundo, que deberán usar cuando vayan aún más lejos, por las estrellas que nos rodean y los confines del Universo, el cual, al ser un huevo, aunque de tamaño impensable, se deja conocer por el intrépido espíritu viajero. Claro que de estos dominios es mejor no hablar para no desbarrar más de la cuenta, una precaución que desde la agencia Mercurio nos tomamos muy en serio.

Veía Manuel el espacio vacío del Born ocupado por astros y por esferas que se cruzaban y se superponían, configurando una réplica pequeña del universo que ahora se ensanchaba y ahora se reducía, como a veces hacen algunas películas de ciencia ficción que recrean estas magnitudes del cosmos. Se dio cuenta entonces que las esferas luminosas de Júpiter y de Saturno se habían instalado en el centro de la visión, quienes encarnaban las dos divinidades de las que había hablado Quinqué, la Voluntad expansiva y el Tiempo, al ser éstas las significaciones que la mitología les ha otorgado. La voluntad de Júpiter, rey de los dioses, es decir, de quien ostenta el poder porque así lo ha decidido, a pesar de que el fuego esencial del hacer sea cosa del Sol. A su lado, el Tiempo que siempre ha representado Saturno, sería el complemento adecuado a la actuación, dos caras de la misma moneda. Conocer los secretos de la voluntad y del tiempo debe ser lo que permite a las almas de los difuntos salir disparadas hacia el más allá del Universo, aptos para alimentarse de aquellas fuerzas cosmológicas que son esenciales para hacer el viaje de vuelta y reiniciar nuevos ciclos de vida.

- Lo ha entendido a la perfección, Manuel, eso es lo que le quería explicar. Y vea como el antiguo mercado del Born se ajusta punto por punto a su función futura de convertirse en un templo dedicado a estas dos ideas, en una clara anticipación que se inscribe en la extravagancia de Barcelona, a la que da un complemento de exquisita singularidad que le faltaba.

- ¿Quiere decir Quinqué que los actuales mandatarios de la ciudad lo ven de esta manera?

- Lo dudo, pero fíjese que los políticos y los responsables de las ciudades actúan finalmente sin saber demasiado, por no decir nada, lo que hacen, movidos por intuiciones que no vienen de ellos sino que proceden de visiones medias de futuro relacionadas con imponderables inauditos, como lo son por un lado los difuntos de la ciudad, que actúan a escondidas como es lógico que hagan, y, por otro lado, los millones de turistas que nos visitan, los cuales no se esconden pero inciden, afectan y dictan coordenadas de rebote, es decir, sin que nadie se dé cuenta. ¿No le parece extraordinario? Al ser tan impensables las causas que empujan las decisiones de los politicos, queda garantizada la dirección de los hechos y se abren las puertas a la avalancha de los cambios. ¡De cajón, Manuel!

Pensó el titiritero que asociar el tiempo a la voluntad era dar otra dimensión al espacio, el cual ya sabemos que cambia y se mueve por la acción de su compañero de baile, que bien podríamos denominar el culo inquieto del universo. El problema es que, debido a su naturaleza inquieta y azarosa, como es propio de cualquier bailarín con vocación y ganas de serlo, el tiempo tira por donde le da la gana, haciendo bailar al huevo de su creación, que es el espacio, a su aire, lo que explica que aquellos que habitamos en su seno nos vemos sometidos al capricho de esta danza, de la que no entendemos ni papa. Por eso tiene sentido asociar el tiempo a la voluntad, vista ésta como una facultad al alcance humano, es decir, como un primer intento de aprender los pasos de baile y de poderlos dirigir, como hacen los bailarines de tango que conocen los secretos de esta música.

- Desde luego, es una manera de explicarlo, pero yo le añadiría lo siguiente: esta pretensión, de un atrevimiento mayúsculo, tiene sólo viabilidad si se plantea desde la persona singular, quiero decir individualmente, mientras que la pretensión de hacer bailar al tiempo desde intereses y finalidades colectivas, acaba tarde o temprano en desastre. Esta ley terrible se cumple inexorablemente, ya que el tiempo es muy celoso de su competencia. Las decisiones individuales de hacer lo que uno quiera, las ve el tiempo como graciosos pasos de baile que excitan la creatividad, la suya y la de los mundos que gobierna, pero las impostaciones colectivas de quien quiere controlar las libertades individuales, el tiempo las rechaza como lo que son, simples impostaciones que atacan la esencia básica de su hacer, básicamente libertario. Esto, Manuel, es muy importante ya que garantiza un futuro amable a quienes se basan en los principios humanos por excelencia, que son los de la libertad, pero áspero y poco agradable para los que buscan soluciones colectivistas y totalitarias.

- Veo que es usted un optimista impenitente, Quinqué.

- Lo soy, sí señor. Ser pesimista puede ser útil en determinadas ocasiones, pero por regla general no lleva a ninguna parte. Y a pesar de que el pesimismo se adecúe más a la realidad del mundo, quién le negará esta evidencia, el optimismo es uno de los

motores naturales que empuja la voluntad, por lo que podríamos decir que mientras la observación requiere de un cierto grado de pesimismo, la resolución y la acción piden, por el contrario, un cierto grado de optimismo. Por eso los generales, cuando excitan a sus hombres en los campos de batalla, les prometen el oro y el moro, y cuando las cosas están muy negras, una vía directa al paraíso, sea celestial o sea en un lugar preeminente en el Panteón de la patria, porque luchar por no tener nada que ganar, motiva poco.

Tenía razón Quinqué que la voluntad necesita sus estímulos, al igual que la extravagancia necesita la combustión interior de la pipa, y pensó Manuel que a pesar de no haber sido él un optimista incorregible como Quinqué, tampoco había pecado de pesimista, al requerir el trabajo de titiritero unos esfuerzos de espontánea sustentación, la cual tiene mucho que ver con la irracionalidad propia del optimismo. Y tal vez fuera esta misma sustentación la que había puesto el huevo así como propiciado la extravagancia resultante, cuyo mantenimiento tenía que ver con aquel principio de la voluntad individual asociada al tiempo, al ser un espacio moldeado por unas necesidades particulares de rastrear la ciudad y de conocer su relación con los mundos que nos rodean.

- Más claro, el agua, Manuel.

Y se dio cuenta el titiritero que a su Extravagancia le faltaba un punto que tenía que ver con este tema de la voluntad asociada a los títeres, que en definitiva era la herramienta empleada hasta ahora para vivir en este mundo. Una carencia a la que pronto tendría que enfrentarse.

25- Las Ramblas

Las Ramblas, año 1915

Citarse en la Fuente de Canaletas era un tópico barcelonés que el señor Quinqué consideraba de los más entrañables de la ciudad, motivo por el que no dudó en proponer este lugar para encontrarse con su cliente titiritero. Llegó puntual Manuel y enseguida vio al guía turístico sentado en una de las sillas que hay cerca de la fuente. Se sentó a su lado, sorprendido de encontrarse donde se encontraba, ya que hacía meses que no pisaba las Ramblas y menos aún ocupando uno de sus escasos asientos.

- Manuel, lo primero que hice al llegar a Barcelona fue beber agua de la Fuente de Canaletas, y fíjese hasta qué punto se ha cumplido la ley que dice que quien bebe, vuelve siempre a la ciudad, que desde entonces no me he movido de ella. Una fuente excepcional, que a lo largo de la historia las ha visto de verdes y de maduras, siendo quizás el único de los mobiliarios urbanos del paseo que ha permanecido más o menos idéntico, ya que por lo demás, el tiempo, la historia y el diseño le han pasado el peine, a las Ramblas, día sí y día también. Una calle que se caracteriza por algo muy singular: a pesar de los profundos cambios que vive y ha vivido, sigue siendo la misma, lo que no hay quien lo entienda. Tal vez su secreto sea la gente, o los árboles, o la arquitectura que la configura, o el hecho de contener un mercado todavía en activo, el teatro de la ópera y el Barrio Chino, separados los tres por escasa distancia, y acogiendo tanto a la población canalla como a la culta y a la normal, más los millones de turistas que acuden para resolver el misterio y entenderlo sin entenderlo, que es la mejor manera de resolver los misterios.

Escuchaba Manuel el panegírico de las Ramblas de quien era su convencido guía turístico vocacional, lo que le hacía mucha gracia, en una época en la que los

periódicos y las inteligencias de la ciudad no pasaban un día sin criticar aquella calle legendaria, que según ellos había perdido sus esencias.

- No lo crea, Manuel, porque a pesar de las razones que sustentan estos detractores, que son muchas y yo comparto plenamente, no ven la otra cara de la moneda, que sigue siendo la misma de toda la vida y que coincide con su cara oscura, aquella que aparece en los intersticios de día y la ocupa entera de noche, no siempre agradable, pero de una vitalidad y de un dramatismo fuera de lo común. Y a pesar de que no todo sea un camino de rosas, y que las carencias y los desaciertos sean mayúsculos por no decir descomunales, las Ramblas siguen siendo las Ramblas dígase lo que se diga.

- Señor Quinqué, nunca había oído una defensa de las Ramblas tant convencida y vehemente como la suya, créame.

- No hacerlo sería una injusticia por mi parte, Manuel. Piense que yo he vivido en miles de ciudades del mundo, y en ninguna parte he encontrado esta mezcla de familiaridad casera, de bienestar burgués, de canallismo simpático de barrio y de delincuencia rutinaria como la que he visto en esta calle. Unos complementos que hoy en día se elevan a una prominente potencia cosmopolita, al ser tantas las nacionalidades diferentes que la usufructúan, en todas sus distintas especialidades. Quizás sea este cosmopolitismo subido de tono y de una composición tan bizarra, más la banalización que siempre conlleva el turismo masivo, lo que la ha distanciada de los barceloneses cultos y sentimentales, a los que les cuesta adaptarse a su éxito internacional, que ven como una confiscación. Y quizás haga falta una sacudida de éstas que a veces hace la historia, para que las distancias se fundan y los de dentro y los de afuera se abracen en el reconocimiento mutuo de las desemejanzas y de los desencuentros, porque si algo tiene las Ramblas de básico es esta capacidad de juntar en un solo caudal aguas procedentes de mil lugares distantes y distintos, lo que induce a la exaltación de las diferencias, como si fuera un escenario teatral donde las excentricidades se exhiben, se admiran y se aplauden.

Pensó el titiritero que visto desde esta perspectiva, las Ramblas de Barcelona constituían otra extravagancia de la ciudad, por su capacidad de atraer públicos de procedencias tan dispares y de saberlos conjugar tan bien, lo que no es nada fácil y que nunca se consigue desde ninguna voluntad política o urbanística expresa. El huevo de esta extravagancia debería buscarse en el tiempo y en una voluntad inconsciente de los barceloneses, que a lo largo de la Historia la han ido modelando quizás con un único objetivo: disponer de una calle mayor y dinámica de la ciudad, llena de bares, restaurantes, hoteles, teatros, ópera, cabarets, sindicatos, mercados, tiendas, centros de arte y clubes deportivos, todo a mano y en íntima compañía, sin ningún orden ni concierto, con un final que le viene como anillo al dedo: la estatua de Colón que señala hacia América en la lejanía, invitando a los comerciantes catalanes y a sus líneas de navegación a salir y a hacer negocios. En este sentido, las Ramblas es un hilo que cose

todos estos espacios, una especie de teatro de teatros, donde el público se convierte en el verdadero actor.

- Estoy totalmente de acuerdo con usted, Manuel, creo que lo ha explicado muy bien. Con un añadido: sus medidas humanas, más bien reducidas, ya que muchas veces este cúmulo de lugares las ciudades los ponen en grandes avenidas, lo que les va muy bien pero que sufren de una gran carencia: la proximidad que dan las dimensiones humanas. Y ya que ha hablado de las Ramblas como de una extravagancia y del huevo que lo ha creado, también le diré que este paseo es quizás uno de los pocos en el mundo que sabe pasar del dos al tres sin decirlo ni hacer ninguna publicidad, una calle por tanto paradójica, capaz de conjugar las oposiciones del dos creando por generación espontánea el tres que sabe cómo encajar la pluralidad. Un tres que los turistas encarnan de manera natural, fruto de esta extravagancia que sabe cómo trascender las convicciones opuestas de las personas.

Escuchaba el titiritero con el puro en la mano aún sin encender que para él representaba el tercero que se fumaba y se sabía fumado, lo que lo hermanó con aquellos turistas anónimos que caminaban a su lado, unos terceros que gozaban de la misma distancia que les daba aquel tres invisible de las Ramblas.

- Y es por eso, Manuel, que esta calle se hace tan difícil de ser enseñada por nosotros, los guías, no sólo por el obstáculo de encontrarnos con tanta gente, sino porque la gracia es conocerla y pasearla cada uno a su aire, para ver si se es capaz de captar la distancia de sus encantos, siempre y cuando vigile, eso sí, con los rateros y los carteristas, de una profesionalidad única en el mundo. ¿Pero qué le parece si vamos bajando? Una de las maravillas de las Ramblas es que uno puede bajar fumándose un puro, más o menos a todas horas y especialmente de noche, lo que le invito a hacer.

Encendieron las Brevas de Quintero que tenían ya en la boca y se levantaron para caminar Ramblas abajo. Deberían ser las cinco de la tarde y el nivel de gente era bastante alto pero soportable, tal vez por el poco calor que hacía y porque los turistas de un solo día ya se habían retirado.

- Tienen razón, Manuel, los detractores de las Ramblas en destacar cómo ha bajado el nivel de bares y restaurantes, que buscan el rendimiento fácil y rápido, sin pensar en lo importante, que es el bienestar de la gente y en servir bien al cliente. Pero me extraña que no hayan encontrado aún la solución, cuando es tan fácil: pongan restaurantes y bares de una cierta categoría, con un mimo en cuanto a la calidad de los productos y del diseño, y verá de inmediato como las cosas cambian. Las Ramblas deberían ofrecer calidad, no es necesario que sea de la gama más alta, sino que con una media basta. En cuanto a las opciones más baratas, yo las pondría en las calles circundantes, fomentando así su deriva popular. Esencial que los quioscos de periódicos abran toda

la noche, una pérdida terrible de los últimos tiempos, esto es de capital importancia. Y el gran error: haber eliminado los puestos de de venta de pájaros. Aquí se han equivocado de pleno los responsables municipales. La excentricidad de aquellas tiendas llenas de periquitos, canarios, loros, tortuguitas y otros animales de gallinero era mayúscula, y simplemente hubiera bastado con buscar alguna mejoría en sus condiciones de vida. Fíjese en qué han degenerado: venta de helados, de camisetas del Barça, de souvenirs trasnochados, de golosinas azucaradas e insanas, unas paradas que han crecido en espesor, que obstaculizan el paso de los viandantes y que no son más que una pura redundancia del mal gusto que ya encontramos por doquier. ¡Incomprensible! Ya ve, Manuel, que también soy crítico con las cosas que no funcionan, las cuales son la hojarasca que no debe tapar el conjunto del paisaje.

- ¡Caramba, Quinqué, usted podría presentarse para alcalde!

- No sé qué decirle, creo que antes me haría bombero. Una cosa son las soluciones, y otra las ejecuciones. Por eso yo siempre he respetado a los cargos públicos, por la poca envidia que me dan. Para mí, nada es más admirable que ocuparse de los asuntos públicos con el ojo del contribuyente clavado encima. Más difícil de lo que nos pensamos. Y debo reconocer que si buscamos la media, el balance de las actuaciones municipales de Barcelona es sin duda positivo. Esto no quiere decir que no podría serlo aún más, ya que muy a menudo para llegar a las medias, se afeitan no pocas singularidades absolutamente imprescindibles pero que la razón urbana ignora y desprecia, siempre con la excusa del bien común, cuando muy a menudo se trata del simple afán de justificar un sueldo y un puesto de trabajo. Pero no quiero ser quisquilloso, hoy toca disfrutar de las Ramblas, Manuel, por eso estamos aquí.

Al pasar frente al edificio de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, se detuvo Quinqué:

- Mire, Manuel, la hora oficial. Yo siempre me paro y la miro, y así me pongo al día, porque conviene de vez en cuando estar en la hora oficial, sí señor, que es la común de los mortales, aunque sea por un minuto, ya que una por una las personas disponemos de tiempos muy diferentes y difíciles de encajar. En eso nos parecemos a los planetas y a los astros, que tienen tiempos particulares cada uno, aunque ellos suelen mantener pautas regulares y fijas, a diferencia de los humanos, que parecemos ir todos por donde nos da la gana. Y sin embargo, si lo miráramos desde arriba, nos sorprendería ver las regularidades que también existen en nuestra anarquía aparente, un poco como hacen las hormigas, que cumplen con sus designios de especie mediante una computación estadística inconsciente, por lo que los objetivos se cumplen hagan lo que hagan. En este sentido, las Ramblas son un laboratorio perfecto para estudiar estos misterios del comportamiento, donde se llega casi siempre a la media por la combinación equilibrada entre las conductas regulares y las irregulares. Pero fíjese

como algunos individuos con ganas de elevar la computación a las alturas de la singularidad se esfuerzan para llamar la atención y hacer de las suyas, una constante en la historia de las Ramblas, que siempre ha tenido a estos esforzados actores de la originalidad, convertidos en legendarios algunos, como la famosa Moños, un patrón que se ha mantenido firme hasta hoy, siendo quizás una de las características más propias y particulares de esta calle.

Hay que decir que el personal que constituía la densa muchedumbre del paseo central resumía muy bien esta mezcla de normalidad y de excentricidad, con paseantes de lo más normal y bien alimentados junto a otros que más bien parecían lo contrario, algunos con ofertas estrambóticas de objetos a un euro, de artefactos luminosos que se tiran al aire, de cervezas escondidas en las papeleras, entre otras especialidades.

- Algo que quizás no sabe, Manuel, es que el actual Teatro Poloriama, que acabamos de dejar en el mismo edificio de la hora oficial, fue el primer cine de la ciudad abierto en 1899, con el nombre de Cine Martí. Yo siempre lo cuento a mis clientes, que suelen apreciar mucho estos detalles.

Debía reconocer Manuel su ignorancia en la historia antigua de Barcelona, lo que se explica por el hecho de no ser natural de ella, al haber nacido en Murcia, aunque de muy niño se instaló aquí con su familia. De todos modos se había esforzado mucho en conocerla, debido sobre todo a su profesión, ya que muy a menudo le habían encargado obras de temática local.

- Lo que me impresiona de esta calle es la variedad tan extraordinaria de sus usufructuarios, piense que en este momento, si tuviéramos que hacer una lista de los países que están aquí representados, pasaríamos de la cincuentena, ¡y quizás me quede corto! ¿No le parece admirable? Y aunque no todo el mundo lo vea así, para mí no deja de ser un verdadero lujo para la ciudad. De entrada, ver como culturas tan distintas participan de este espíritu mediterráneo de la calle río que hierve alrededor del comercio, del teatro, de las flores, antes de los pajaritos, del mercado, de la ópera, del cabaret, de las ofertas culturales y de las canallas ... y por otro lado, disponer de tantos puntos de vista diferentes, que a pesar de no expresarse todos y no llegarnos por la vía directa, sabemos que están y que se manifiestan aunque sea subliminalmente, como dicen los entendidos. Y eso, Manuel, es como disponer de una palanca que abre y amplía el significado de las cosas, para el bien de todos, de las Ramblas y de Barcelona.

- Lástima que los beneficios vayan a parar siempre a las mismas manos, Quinqué.

- En eso tiene toda la razón, sí señor, ya lo comentamos otra vez. Pero una cosa no priva la otra. Reivindicar la redistribución de las ganancias está al orden del día y creo que tarde o temprano, por la simple supervivencia del negocio, se deberá llegar a ello.

Pasaban en ese momento delante del Mercado de la Boqueria, lleno a esa hora de turistas que entraban y salían.

- Pasemos de largo, Manuel, este mercado lo quiero mucho pero a estas horas se ha vuelto inviable para nosotros, demasiada gente y demasiados puestos de venta de golosinas para los turistas. Yo vengo a comprar a menudo, pero siempre antes de las diez de la mañana. Y le aseguro que sigue siendo de los más baratos de Barcelona.

Al llegar al cruce con la calle Hospital, se detuvo Quinqué.

- Este punto, considerado por los entendidos como 'el rovell de l'ou', es decir, la 'yema del huevo' de las Ramblas y de Barcelona, es una maravilla que la Historia nos ayuda a valorar aún más, un claro que se abre de repente sin los plátanos, con este dibujo del señor Miró que sale en todas las fotos de los turistas y las dos entradas del metro. Es el centro y al mismo tiempo la bisagra de las Ramblas, partida por el eje de las calles Hospital y Boqueria, el cruce donde termina la zona del Mercado y de las tiendas, y comienza la más nocturna y canalla, la de los bares, teatros, cabarets y restaurantes. Y fíjese la inteligencia espontánea de esta calle, que enseguida y quizás para neutralizar los lados oscuros de esta parte baja, se tropieza con el Liceo, la Ópera de la ciudad, una maravillosa incongruencia que da carácter y ayuda a equilibrar las cosas. Yo le sugeriría sentarnos en una mesa del Café de la Ópera, el único bar que queda con un poco de carácter antiguo. Y como a mí me gusta servir bien al cliente, le invito a un café en la terraza de enfrente.

Había una mesa libre y la ocuparon de inmediato. Los puros estaban en su apogeo de humo y placer y, una vez servidos los dos cafés, se relajaron mirando la riada de gente que bajaba tranquilamente por las Ramblas. A esa hora de la tarde, resaltaba una presencia tranquila de familias con sus niños y una gran variedad de colores en los atuendos.

- No hay nada que más me emocione que ver a estas familias de turistas pasear por las Ramblas. Cuando pienso en el esfuerzo que significa viajar hoy en día con criaturas, cogiendo aviones con todas las colas de los aeropuertos, los controles de pasajeros, las horas de espera y de retraso, uno se maravilla de que haya tantas familias en el mundo que quieran venir a Barcelona. ¡Inexplicable al cien por cien! Y sin embargo, esta es la realidad del caso, que yo casi califico de milagro, y que me hace pensar que quizás haya unos atractivos de la ciudad mundialmente conocidos y que nosotros todavía no hemos descubierto, por eso me esfuerzo cada día en descubrirlos, unos atractivos que quizás lo son para mentalidades diferentes a las locales, y así, una vez descubiertos, los podemos añadir a los encantos de nuestro patrimonio, que yo incorporo enseguida a los programas de visita.

Hacía un rato que Manuel había dejado de escuchar a Quinqué, saturado como estaba de tantos elogios de la ciudad, lo que se explicaba por su origen extranjero, de alguien que había encontrado en Barcelona un paraíso para su vocación de guía. Miraba él también a la gente y se fijaba en los detalles de los vestidos, de los peinados y de los colores de las caras. Veía que todos eran diferentes y a la vez iguales, y pensó si no sería aquella una de las sensaciones típicas de las Ramblas, de poder pasar de lo general a lo singular y de lo singular a lo general sin moverse de la silla. Vio entre el gentío a algunos de sus títeres, paseando tan tranquilos como unos turistas más, o como unos barceloneses de toda la vida, y se dio cuenta que aquellas personitas de madera que sólo él podía ver se habían incorporado al paisaje de su vida, como un complemento exterior y con una independencia total.

De repente escucharon un ruido extraño y gente corriente por todos lados. Se imaginó por un momento Manuel si no sería alguna jugada de su pipa interior, que hacía rato quemaba a todo gas, pero no, la gente gritaba y corría. Vio al Perico Perico que se les acercaba y con un grito al oído les decía:

- ¡Corred, alguien está arrollando a la gente!

Y entonces vieron una furgoneta que después de llevarse parte del quiosco de periódicos que hay al final de la Rambla de las Flores, se detenía ante el dibujo de Miró, a unos pasos de donde estaban ellos. Alguien abrió la puerta y saltó, para desaparecer entre el tumulto.

- Un ataque terrorista! - gritó un camarero.

- ¡Manuel, se impone movernos, salgamos de aquí!

Cruzaron la calle y se vieron arrastrados por la gente ante la entrada de uno de los hoteles, el Internacional que hace esquina con la calle Boqueria. Subieron y unos camareros les indicaron que tenían que ir al salón. Allí se dirigieron al balcón y pudieron ver la Rambla medio vacía y asustada, y, al acto, convertida en un caos, con las sirenas de la policía que empezaban a sonar. La gente corría sin saber adónde ir y más arriba vieron a varias personas tiradas por el suelo, víctimas de aquella furgoneta, según habían comprendido.

- Manuel, veo que todo el mundo está en estado de shock. No sé usted, pero yo también lo estoy, ya que nunca me hubiera imaginado que alguien quisiera atentar contra la pobre gente que pasea por las Ramblas. Pero ya ve como nos equivocamos a veces. También es cierto que el señor Mercurio nos lo advertía desde hace tiempo, que el éxito de Barcelona es como la miel que atrae a las moscas del terror y que tarde o temprano podía pasar algo. Pero ya sabe que uno nunca se imagina las desgracias, sobre todo cuando se es de tipo optimista, como lo yo soy.

Tenía que reconocer Manuel que esta preocupación nunca se le había pasado por la

cabeza. Sabía que había guerras en el mundo, y que Oriente Medio estaba encendido por los cuatro costados, pero como la mayoría de las personas, nunca había sospechado que alguien escogiera Barcelona para atentar.

- Parece que hay muchos muertos y heridos. Piden médicos aunque las ayudas ya están llegando -así se expresó un camarero que parecía filipino en un español muy correcto.

Habían lanzado los puros al subir las escaleras y estaban sentados alrededor de una de las mesitas que el hotel tiene junto a los balcones. La policía ocupaba ya toda la calle y prohibía a la gente salir de los bares y de los hoteles. Buscaban al conductor de la furgoneta y no sabían si se había refugiado en algún local y si había aún más peligro de atentados.

- Manuel, nos hemos escapado por un pelo, ya que no hace ni cinco minutos que usted y yo bajábamos tan tranquilos por las Ramblas con los puros encendidos y seguro que no nos hubiéramos dado cuenta de que alguien nos embestía por detrás. Y la furgoneta se ha parado a unos escasos diez metros del lugar donde estábamos sentados. Me alegro especialmente por usted, ya que yo por mi oficio las he visto de todo tipo y tengo como los gatos seis y siete vidas de repuesto, pero debo decirle que me habría sentido muy consternado y culpable si alguna desgracia le hubiera acaecido. Ahora, me pregunto cuánta gente ha quedado herida por esta salvajada, y quizás muerta ...

Un camarero que miraba la Rambla a su lado dijo:

- Según dicen, hay unos cuantos muertos y muchos heridos. ¡Nunca había visto algo así!

Se volvió para atender a la multitud de personas que se había resguardado en el hotel.

El atentado había disparado los efectos de la pipa de Manuel, que veía como su tercero despegaba y contemplaba el horror de la Rambla con mucha gente tirada por el suelo, sangrando mientras los primeros auxilios llegaban y algunas ambulancias comenzaban a sacar sus enseres de asistencia. Sí, más que un atentado era una salvajada, como había dicho Quinqué. Recordaba las palabras de su guía mientras bajaban por las Ramblas y pensó que aquella singularidad de la furgoneta asesina había roto todo el hechizo de la calle, aquel juego de equilibrios entre la normalidad y la excentricidad que manos secretas combinaban como si se tratara de un cóctel de los más refinados. El fanatismo de la pulsión criminal lo había roto, tirando por tierra la balanza que permitía la mágica composición.

Quinqué, que se había acostumbrado a escuchar los pensamientos de su cliente, dijo:

- Estoy totalmente de acuerdo con usted, Manuel. Y también le diré que hoy acabamos de ver como la Rambla, que es una calle que sabe pasar del dos al tres, como antes

hemos comentado, acaba de bajar del dos al uno, que es cuando aquel que se enfrenta a los demás pretende imponer su razón a sangre y fuego, con el fin de que el mundo se convierta en un uno como una casa, en el que no tenga cabida quien piense de una manera diferente. Es decir, la rica dinámica de la oposición del dos cuando se infecta de fanatismo, degenera en el uno dogmático de las verdades únicas, que para imponerse necesitan matar y aterrorizar a los demás. Para estos terroristas, no hay más que su razón, ya que así funcionan los poseídos por las grandes verdades.

- Quizá por eso han actuado en las Ramblas, que son conocidas como un paseo donde todo encaja a pesar de sus diferencias.

- De cajón, Manuel, pero fíjese en la impotencia de su acto, que para mí es lo más patético de todo este triste espectáculo, ya que pasado el terror, las Ramblas han saltado directamente del uno al tres de golpe y porrazo sin ni siquiera pasar por el dos, con una intensidad inusual, borrando la pretendida acción del conductor terrorista, ya que no otra cosa es la sensación que sentimos en nuestro entorno, este tipo de hermandad que impregna a los vivos que se saben vivos después de escapar de la muerte y que une a todos, camareros, vendedores de latas, turistas, transeúntes locales, ricos, pobres, tenderos y rateros, a pesar de que algunos de ellos, por su profesionalidad visceral, no puedan evitar seguir cumpliendo con sus deberes de vaciar los bolsillos, como acabo de ver ahora mismo. Por eso es importante advertir a los visitantes que nunca dejen de vigilar sus pertenencias, por muchos atentados y fiestas mayores que se hagan.

Y pudo ver Manuel que las palabras de Quinqué se cumplían al pie de la letra, con una reacción de la gente absolutamente ejemplar, entregados todos a ayudar al vecino, a consolarlo, los camareros a servir cafés y aguas sin cobrar nada, algunos de los rateros mostrando sus virtudes más franciscanas, o los policías ordenando el tráfico y ayudando a las personas que no sabían adónde ir.

- Vea aquí de nuevo los efectos de las dimensiones humanas de esta calle, que hacen que todo lo que pasa sea cosa de todos, al sentirse todos más o menos protagonista de su historia, la pequeña Historia en mayúscula que hoy ha dejado su huella de fuego en sus anales. ¡Admirable al cien por cien, Manuel!

Pensó el titiritero que aquel susto inesperado había sido como una bajada drástica a la realidad, una caída a la tangibilidad del mundo, que de pronto adquiría una presencia que hasta entonces se había mantenido alejada. Y comprendió que la Extravagancia nacida del huevo puesto en el Aposento tenía por función conectarlo no sólo con los planetas, con los muertos que hacían turismo de ultratumba por el Sistema Solar o con los animales del Zoo que hablaban como filósofos, sino también con las cosas de este mundo, las que seguían la misma lógica del uno que pasa al dos, y del tercero que sale y se fuma un puro, a pesar de que la realidad no se fume ninguno. La lógica del dos que pasa al tres era la lógica por la que pugnaba el mundo en su conjunto, sean vivos o difuntos, y una profunda emoción le embargó al comprender que habían sido los

títeres los responsables de esta transformación del huevo en la retorta interior que lo subía al tres.

Pasaron más de tres horas acurrucados en el balcón del hotel, sin que la policía dejara salir a nadie, con la sensación de estar viviendo unos momentos especiales que tenían que ver con ellos, con la ciudad, con las dinámicas del mundo y con las Ramblas. Finalmente, la tensión se relajó y pudieron bajar a la calle, donde fueron obligados a desfilar por la calle Boqueria, ya que el paseo central se mantenía cerrado al público.

26- Bajo tierra

Se encontró con el Aedo en el Castillo de Montjuic, un lugar donde las marionetas parecían sentirse a gusto. Había mucho espacio vacío y además estaba cerca del Pueblo Español, donde tenían su Teatro de los Mundos, como lo había llamado el Poeta, lugar donde Manuel sospechaba que residían sus títeres. Se sentaron en la torreta superior del patio del castillo, desde donde había contemplado varias veces el cielo nocturno y subido a la Luna.

Tenía aún frescas las imágenes de las Ramblas abiertas en canal por el atentado, del que los periódicos habían explicado todos los detalles. Aquella bajada a la realidad de Barcelona y del mundo le había trastornado más de lo que se pensaba. Había visto como determinadas líneas de conexión hasta entonces invisibles, se hacían patentes al relacionar geografías y conflictos alejados entre si.

Se había excusado el señor Quinqué ese día, por el trabajo que tenía en la agencia, debido a los retornos inesperados de muchos turistas y a los cuidados que algunos de los afectados necesitaban. Según le explicó, toda la agencia se volcó en asistir y ayudar a los visitantes, al considerar que se trataba de una situación de urgencia y que la prioridad era satisfacer las necesidades de sus clientes.

Se sentía Manuel un 'vivo que aún está vivo' al comprender que había escapado por un pelo de la muerte, o tal vez de una cadera rota, o de ser un cojo de por vida. Y eso le

dio una sensación de urgencia en cuanto a la Extravagancia. Lo que se empieza debe terminarse y muy en su interior sabía que le quedaba todavía un paso importante para rematar el trabajo. La clave la tenían los títeres, por supuesto, y por eso había acudido a la cita en la torreta, con el Aedo al que también llamaba Poeta sentado en la tumbona de al lado.

- Es es hora de ir al grano, ¿no crees Aedo?

Este permanecía callado y quieto como el muñeco que era, con su pipa en la boca que sacaba humo sin quemar tabaco. Manuel había encendido un puro, entregado de lleno al nuevo hábito que le había enseñado Quinqué.

- ¿Llevas más puros? -preguntó de pronto el Aedo.

- ¿Quieres uno?

- No, sólo quería saber si llevas más.

- Sí, tengo la petaca llena.

- Entonces podemos bajar.

Se levantó de la tumbona y él lo siguió. Roc y Guinardó los esperaba y juntos bajaron las escaleras. Al llegar a la puerta, el fantasma la abrió y se hizo a un lado para dejar pasar a los otros dos. La cerró de nuevo.

Vivió entonces la misma bajada rápida que ya hizo una vez, como si alguna fuerza lo succcionara hacia la cueva donde días atrás se había encontrado con la parodia de aquel consejo de ancianos hecho con los títeres más oscuros y retorcidos de su autoría. Pertenecían a un espectáculo fallido aunque les había dedicado mucho tiempo. Sentado en uno de los gastados tronos de piedra, les esperaba el más viejo de los viejos, de rostro tosco y desencajado con unos ojos de cristal que brillaban en la profundidad de sus arrugas. Ni se acordaba del nombre que le había puesto.

- ¿Quién eres? - le preguntó.

- Soy el Sin Nombre, pero me puedes llamar Saco de Truenos.

Y mirándolo fijamente, le espetó:

- ¿Estás preparado?

- Sí, terminemos cuanto antes.

No tenía ninguna idea sobre qué significaba terminar, pero era eso lo que sentía Manuel. Vio que el Poeta hacía un signo con la cabeza. El viejo Saco de Truenos,

constituido simplemente por una cabeza de madera, dos rústicas manos que parecían ramas mal cortadas, y un vestido medio desgarrado de color ceniza, con dos pies aún más mal cortados que las manos, se dirigió a la parte oscura de la cueva. Se apoderó de la antorcha que colgaba en la pared y se metieron por un agujero.

No sabría decir cuánto caminaron, no mucho, calculó Manuel, porque pronto salieron a la luz del día. Se encontraban en las afueras del cementerio de Montjuic, en la cara sur de la montaña, a poca distancia del castillo. La vista del mar era espectacular, con el puerto de carga de la ciudad abajo. Cruzaron una puerta y se encontraron dentro de la necrópolis, en una de sus partes más altas y nobles. No lo conocía tan bien el titiritero como la del Poble Nou, pero sí que había venido varias veces a enterrar a algún pariente, y siempre le había admirado la excelente posición de aquel cementerio con vistas al mar. Lástima que sus habitantes no pudieran disfrutarlo, aunque tal vez se equivocaba. Sin embargo, no vio ninguna silueta como las que había visto en el otro cementerio, y se olvidó de la idea.

Llegaron a una tumba sin lápida, una especie de nicho más alto que los demás. El Poeta movió la piedra y ésta se giró como si fuera una puerta.

- Te dejo con Saco de Truenos, Manuel.

Vio sorprendido que el Poeta le abrazaba, en realidad abrazaba sus piernas, ya que no le llegaba a la cintura. Con la mano le tocó la cabeza. El Aedo lo miró fijamente a los ojos y sin decir nada más, dio media vuelta y se fue. Le había parecido ver una lágrima en los ojos de cristal de su marioneta, algo imposible, pero también era imposible que hablara y que sacara humo de una pipa de atrezzo.

Saco de Truenos, con la antorcha en la mano siempre encendida, lo esperaba junto a la tumba abierta.

- ¿Estás preparado? -le volvió a preguntar con voz grave y ronca.

- Sí, vamos!

Oyó el cloc de la piedra que volvía a su sitio y la oscuridad los tragó. Avanzando paso a paso, cruzaron varias galerías que el títere de madera examinaba de frente y de reojo, como si temiera algún peligro. Vio Manuel que el pasillo se inclinaba cada vez más. Llegaron a un punto que parecía un laberinto de corredores que se trenzaban sin orden alguno, con algunas calaveras y huesos incrustados en las paredes.

- ¡Esto es un mareo, Saco de Truenos!

- Xisssst ... -dijo el interpelado, con un dedo en los labios.

Y de pronto la vio cruzar por uno de los pasillos.

- La has visto? -preguntó el títere

- Sí.

- ¡Malo!

- No temas, Saco de Truenos.

Volvió a sacar la nariz esfumándose detrás de una vuelta. Se detuvo Manuel.

- La esperaremos aquí.

El títere no contestó, pero no dejaba de mirar por todas partes. Se encontraban en una plazoleta con nichos llenos de huesos y calaveras.

Y entonces apareció. Era la Muerte, la marioneta que él había construido y vestido con tanta elegancia, con su hoz de mango de madera y hoja de acero. Recordaba todos los detalles que le había puesto, una de sus marionetas más impactantes. Se había quitado los hilos como las demás y ejercía sus funciones en los aledaños del cementerio.

- Hola, Muerte. Me alegro de verte.

Vio que Saco de Truenos tenía la antorcha cogida como si fuera un garrote, pero también veía a la Muerte muy atenta a los movimientos del viejo, de quien conocía todos los trucos.

- Hoy no habrá batallas, amiga mía. Tú y yo nos conocemos desde hace tiempo. Los dos sabemos que todo tiene un comienzo y un final. Pero todavía no ha llegado mi hora. Déjanos pasar, por la vieja amistad que nos une.

Oyeron el silbido ronco de la Muerte, el sonido con el que Manuel la había hecho hablar años atrás cuando salía en sus espectáculos, una especie de voz con sordina que casi no se entendía.

- Pasa.

Sabía que no habría más ocasiones. El trato distinguido y respetuoso que le había dedicado recibía ahora su recompensa.

- Gracias Muerte. Espero no verte pronto.

No se inmutó el esqueleto, falto como estaba de sentimientos por imperativos profesionales, como habría dicho Quinqué, y al acto desapareció entre los pasillos de aquella cueva del cementerio.

Saco de Truenos, que había contemplado la escena siempre con el garrote de la antorcha a punto, cogió por el pasillo que bajaba con más pendiente.

- ¡Nos espera un largo camino, Manuel!

Bajaron y bajaron pendiente abajo hasta que llegaron a unas grutas de techo alto con fuegos en las esquinas. Y de pronto sintió voces extrañas, o más bien gemidos lastimosos. Y forzando la vista en la penumbra, vio uns cuerpos delgados y estirados entre las llamas. Abrían las bocas y los ojos con señales de terror.

- ¿Qué es eso, Saco de Truenos?

- ¡Estamos en el infierno, Manuel!

- No me digas que esto es el infierno, estamos a dos pasos del cementerio.

- Es una antesala de los infiernos, un servicio de la necrópolis, para los que se resisten a morir y necesitan estar cerca de los vivos. Aquellos que deberían ir de cabeza al infierno, por ineptos y por malandrines, se entretienen en estos fuegos donde purgan sus penas, antes de dejar este mundo de una manera definitiva. No les tenemos que hacer demasiado caso, Manuel.

Comprendió entonces que el mundo de los difuntos era más complejo de lo que creía y que uno podía esperarlo todo en estos ámbitos, sujetos como estaban los difuntos a las creencias de cada uno. Se dio cuenta que el desinterés que mostraba Saco de Truenos por aquellos condenados denotaba el desprecio que sentían los títeres por la truculencia de la imaginación humana, poco creativa según ellos y demasiado concentrada en mirarse el ombligo. En eso estaba bastante de acuerdo, pensó.

Aquel infierno de transición, por decirlo de alguna manera, tenía unas extensiones bastante grandes y tardaron horas en cruzarlo, con un repertorio impresionante de torturas y de lamentos de los condenados, lo que impactó profundamente al titiritero. Pero saber que respondían más a condenas queridas aunque inconscientes de los afectados, y no a ninguna decisión ajena, permitió a Manuel continuar su camino.

Llegaron a una zona que parecía estar al aire libre, por la claridad que reinaba y por la altura de las paredes, pero al mirar hacia arriba, descubrieron un techo lejano con espectaculares estalactitas. Le recordó a Manuel los dibujos de viejas novelas que leyó de niño, como Viaje al Centro de la Tierra, de Julio Verne, tal era el esplendor de aquellos espacios interiores del planeta. De repente se encontró caminando por entre montañas con profundos barrancos de los que salían humos sulfurosos. El camino era tortuoso y tuvieron que descansar un par de veces, quizás más para contemplar el paisaje que por necesidad. Avistó en las alturas unas aves que parecían de la familia de

los murciélagos pero de dimensiones descomunales. Por suerte, ninguno de ellos se interesó por los dos viajeros. Al cabo de muchas horas, volvieron a adentrarse por una cueva estrecha que se los tragó tierra adentro.

Oyeron entonces un ruido crecer, un ritmo de golpes de metal contra metal envuelto en un rumor de fondo que recordaba el crepitar del fuego, aunque el conjunto parecía interpretado por lo que sólo podría calificarse de decenas de orquestas infernales, tal era la disonancia y la intensidad de los timbales y los metales. Y sin solución de continuidad, entraron en una inmensa cueva interior de la montaña, de techo altísimo y que estaba ocupada por lo que parecía una forja y el herrero trabajando en ella, cubierto sólo con un delantal y armado de un inmenso mazo de hierro. Marcaba con el mazo el ritmo de la caótica música, y el fuego que salía de las profundidades parecía adaptarse a los golpes y a sus gritos salvajes. Al darse cuenta de que alguien entraba en sus dominios, se detuvo y la música cesó de inmediato, salvo el runrún grave del fuego hecho de miles de violoncelos y contrabajos rascando sus arcos con furia.

- ¡Te he traído al titiritero, Vulcano!

Se aterrorizó Manuel al ver el rostro de aquel personaje que respondía al nombre de Vulcano y que se ajustaba a las funciones que le eran propias: cejas que parecían bigotes, dos ojos grandes y lacrimosos en estado de furia a punto de estallar, cabeza rapada al cero, una nariz digna del más feroz polichinela y una barba negra como el carbón, un aspecto tan salvaje que a su lado todos los piratas de la historia parecían niños de escolanía. Sudando como si saliera de una ducha, dejó las herramientas y se secó las manos en el delantal roñoso que llevaba. Vio que era bajo y que cojeaba un poco.

Por un instante se preguntó si no estaría en alguna obra de títeres de esas que representan a los viejos personajes de la mitología, con sus fisonomías arquetípicas y referencias clásicas. Pensó que el decorado se parecía a los que había utilizado para escenas luciferinas de cuevas infernales en sus obras. Quizás toda la Extravagancia no fuera más que un montaje que se había empeñado en hacer, en el que las cosas y las personas eran y no eran lo que decían ser, como aquel Vulcano de aspecto estrafalario, el cual sin embargo no había salido de su taller del Poble Nou ni tampoco parecía estar hecho de madera.

El aludido Vulcano miró fijamente al titiritero, quién se sintió vaciado por dentro como si alguien hubiera entrado por sus ojos y hubiera hurgado en el interior por sus cuatro costados. Y con una voz ronca que parecía salir del fuego, dijo:

- ¿Tienes puros?

Sorprendido pero a la vez contento de poder satisfacer su petición, Manuel sacó la petaca que llevaba, bien cargada de cinco Brevas de Quintero, y ofreció una al herrero. Este cogió dos:

- Una por ahora y otra para después.

También le ofreció una a Saco de Truenos, que aceptó para sorpresa del titiritero. Con unas enormes pinzas de hierro cogió Vulcano una brasa y encendió el cigarro. Manuel utilizó su encendedor, con el que también dio fuego a la marioneta. Pronto los tres sacaban humo como unas chimeneas.

- Ah, qué maravilla! -exclamó Vulcano cerrando los ojos y echando humo por la nariz y por las orejas, una habilidad que nunca había Visto.- ¡Nada como un puro habano! ¡La próxima vez tienes que traerme una caja entera, Saco de Truenos! Sin duda es Mercurio quien te ha llevado a Vulcano, mi planeta.

- Sí, he ido con el señor Quinqué.

- ¡Quinqué, un buen elemento! Mortal, veo que eres del gremio del hacer, y llegar hasta aquí no es fácil. No me negaré a lo que me pide Saco de Truenos. ¡Sube a la silla de piedra!

El títere indicó a Manuel que lo siguiera hasta un trono rústico de piedra, con muchas señales oscuras, como si se hubiera encendido fuego encima. No le gustó nada ese detalle, pero poseído por el convencimiento irracional de su Extravagancia, se sentó con el puro en la mano.

Permanecieron un rato sin hacer nada, simplemente saboreando los cigarros. Comprendió Manuel la importancia que tenían los puros habanos en la órbita de su Extravagancia, influencia sin duda del señor Quinqué, para quién un cigarro reúne todos los sabores de la Tierra en un grado superlativo. Quizás esto explicaba que Vulcano, que en su planeta no puede fumar puros porque se consumen en un santiamén, haya elegido instalarse en la Tierra para ejercer de herrero en sus profundidades. El cigarro le permitía saborear los potentes aromas del sol que se acumulan en la hoja de tabaco, al tiempo que sumaba los sabores de la tierra, que en realidad contiene los de los demás planetas, ya que el nuestro es el único que reúne la infinita variedad de formas y elixires que da la vida y de la que es capaz de generar el Sistema Solar, motivo por el que los señores de los diferentes planetas la han elegido para residir o pasar las vacaciones.

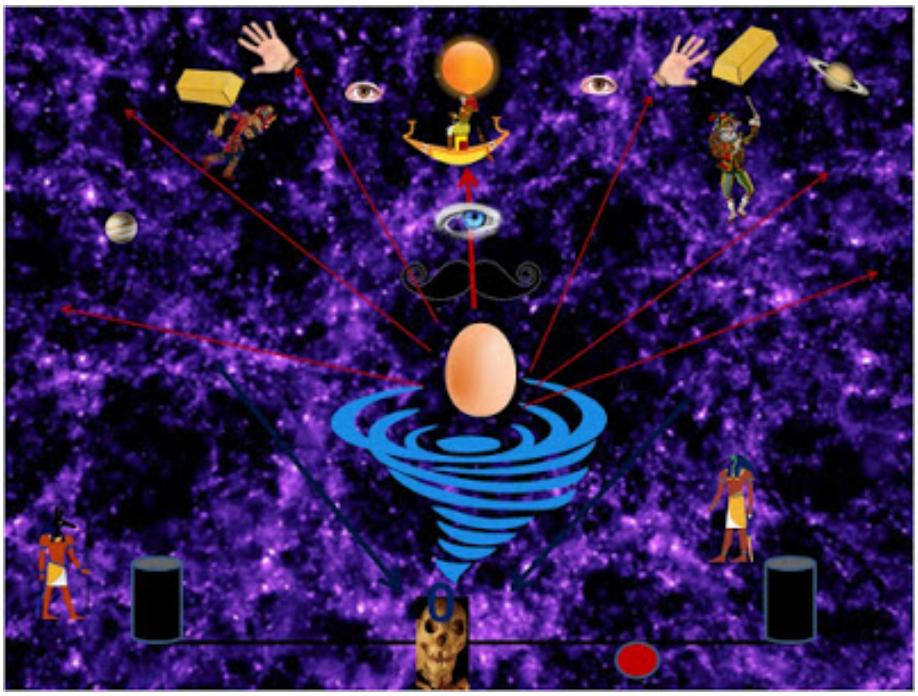
Entró Manuel en un estado que no sabría cómo definir, ya que de repente toda la escena de la cueva se convirtió en un espacio inconcreto, lejos de la Tierra, que le pareció ser Vulcano, aquel planeta inexistente del que era oriundo el señor de la barba y del mazo, sobre todo al ver la bola del Sol como la había visto aquella vez en que

acudió con el señor Quinqué. Pero al mismo tiempo, se sentía también en las profundidades de su planeta, sentado en ese trono de piedra ante un fuego que procedía de sus fondos telúricos. Fuego que se juntaba al del Sol que veía desde su asiento en Vulcano, el casi planeta aún por encontrar. Como la física y la química no eran su fuerte, no se entretuvo en analizar los fuegos sino que simplemente vio las similitudes, y comprendió que aquel fuego era el mismo, en su estado de sutileza humana, que empujaba a las personas cuando se empeñan en emprender algo. Pero también se dio cuenta de que por mucho que se empujara con más o menos fuerza, aquel fuego de la voluntad era para la mayoría de los mortales como el viento que sopla cuando le da la gana. Y de pronto comprendió que quizás muy en el interior de las personas había algún tipo de depósito de este fuego primordial que encendía el Sol y calentaba la Tierra.

Y en ese momento vio, desde la distancia de aquel mirarse a sí mismo situado en dos lugares diferentes, como Vulcano le calzaba en las manos dos títeres de hierro fundido, aún incandescente, que se ajustaban y se fundían en la carne, en sus manos y en sus dedos, con un dolor de una intensidad inusual que sin embargo sentía lejano y ajeno, ya que si lo hubiera sentido de verdad no hubiera durado ni un minuto, tal era la mordedura de aquel fuego de hierro fundido que se incrustaba en su cuerpo. Notó que Saco de Truenos lo sujetaba por detrás con una fuerza que nunca le habría supuesto, clavándolo al trono de piedra, mientras Vulcano ejecutaba su trabajo. Miró a los dos títeres de metal, que se movían como si acabaran de ser fundidos y el metal aún estuviera vivo y blando, y de pronto pareció reconocer sus caras: ¡eran Kalim y Kilam o una réplica suya, no había error posible! Aquellos dos títeres traviesos que habían forzado a Sam escapar de la muerte, ¡eran los mismos que le estaban implantando en su carne!

Y entonces vio horrorizado como Vulcano se armaba del mazo y empezaba a moldearle las almas de los títeres para soldarlos a sus dos brazos y manos. Y mientras lanzaba gritos de dolor como nunca jamás había emitido, y huyendo quizás de aquella escena de horror visual, ya que en realidad lo miraba todo de lejos y el dolor físico lo tenía circunscrito a una parte de su cuerpo que gemía sin gemir, afectado profundamente a pesar de la independencia del dolor que sentía en sus dos manos y brazos, Manuel salió disparado por unos espacios que pertenecían y no pertenecían a su persona, amplificados por la Extravagancia en la que se hallaba inmerso.

27- Los intestinos de la Extravagancia



Salió disparado Manuel más adentro aún de su Extravagancia, por unas zonas inexploradas que se extiendían hacia los límites de lo humano, unos límites que se bifurcaban y se entrecruzaban en un montón de vueltas, afluentes y espirales que configuraban una malla que se estiraba a lo largo del tiempo y que en su conjunto constituye el tejido oculto de lo que somos y hacemos.

Supo entonces que lo que Vulcano le había implantado en las manos eran dos fuerzas distintas y opuestas, las que correspondían a aquellos dos rostros de Kalim y Kilam, que siempre habían sido un misterio para él, y que ahora actuaban como un par de motores que revolucionaban su alma, tirando con fuerza salvaje cada uno por su lado. Unas fuerzas que lo empujaban hacia adentro y que removían todo lo que podían remover. Creaban un caos conocido, ya que en el vértigo de la caída aparecieron los personajes que había el titiritero, con sus risas, gritos y voces que procedían todos de sí mismo, así como las historias donde habían actuado, con los decorados de paisajes que se cruzaban y se sucedían como si un loco maquinista teatral se entretuviera en subir y bajar telones, mientras accionaba todos los trucos y los mecanismos escénicos, con un alboroto de mil demonios y un trasfondo sonoro que sumaba las músicas utilizadas para las mil escenas compuestas.

Comprendió que aquellos dos rostros de Kalim y Kilam no eran más que la personificación de fuerzas interiores suyas, que se distinguían por su género y por la

actitud que tenían de cordura y locura, intercambiables pero diferenciadas, una especie de polarización dinámica de su hacer, entre la risa y la parodia, la euforia y la tristeza, la alegría y la desgracia, el vivir y el morir. Se escondían tras sus creaciones escénicas y plásticas, eran parte de la dinámica que lo había alzado hacia las alturas de su profesión. Pero ahora actuaban como motores de destrucción, al derribar los edificios levantados. Y entonces oyó sus voces:

- ¡Manuel, se acabó lo que se daba! ¡Lo que funcionaba antes, hoy no funciona!

- ¡Jugar a las oposiciones te ha dado un buen resultado, pero ya estamos hartos!

- ¡Tanto hacer para no ir a ninguna parte, es de burros!

- ¡Ala, a trabajar! ¿Es que lo tenemos que hacer todo nosotros?

- ¿Pero qué queréis que haga? ¡En ningún lugar está escrito que tenga que hacer más de lo que hago! –contestó.

- ¡Necesita órdenes por escrito!

- ¡Y se las da de titiritero independiente!

- ¡Tu obra está muerta, Manuel! ¡Tus personajes son difuntos que hablan como cotorras!

- ¡Al fondo, a las mazmorras de tu alma seca!

- ¡Al hoyo de tus miserias!

- ¡Eres un vivo en la sala de espera de los que ya no quieren estar vivos!

- Esperar, siempre esperar, ¿para qué? ¿Para morir? ¡Cuánta estupidez!

- ¡Todo lo que haces nace muerto! ¡Eres un cadáver viviente!

- ¡Es un titiritero de los de antes, aburrido, de los que siempre hacen lo mismo!

- ¡Ah, cómo os gusta encerrarnos en las jaulas que llamais retablos!

- ¡Apestas a cerrado!

- ¡Abajo va! ¡A los sótanos, a ver si nos lo sacamos de encima!

- ¡Sí, sí, a las cloacas del alma!

Y en efecto, se sentía Manuel arrastrado a un fondo que no tenía fin, hacia unos

sótanos jamás visitados de su interior. Por ambos lados, veía las caras conocidas de algunas de las figuras que habían representado a los viejos dioses de los humanos, utilizados en algunas de sus obras: el perro Anubis, Thot el de cabeza de ibis, Apis el dios toro, el escarabajo solar Khepri, Poseidón con su tridente, y otros de nombres rebuscados y de aspectos pavorosos. ¿Qué hacían allí? ¿Se reían también? Sus caras aparecían y desaparecían superpuestas en la oscuridad del vacío. Y detrás, asomaban divinidades aún más antiguas y malévolas, aquellas que proceden de las regiones caóticas, con cabezas deformes y nombres horribles, que le hacían muecas.

Pensó aterrizado que su Extravagancia le había puesto una trampa, aquel viejo Saco de Truenos le había abierto una de estas trampillas que hay en los escenarios pero que daba a un agujero sin fondo, lejos de cualquier teatro y de la ciudad, mientras los dos seres primigenios que Vulcano le había clavado en la carne lo arrastraban hacia abajo sin piedad.

Se paró de golpe y porrazo. Había tocado fondo. A su alrededor, un atroz silencio y una oscuridad total. Quizás había llegado al callejón sin salida de sí mismo, donde ya no había nada más a descubrir ni ver ni tocar, una zona cero de su persona, hueca y vacía. Una angustia profunda, como nunca había sentido, lo poseyó. Quizás se encontraba en el agujero negro de la muerte, no la muerte de los que salen a pasear por la Luna y por el Sistema Solar sino la de los que están hasta las narices de vivir y simplemente quieren terminar y desaparecer en un cero total y absoluto. Un cero, sin embargo, que más bien era un bajo cero, de tan negro y angustioso que lo sentía. Impulsado por la sensación de haber llegado a algún final de su existencia, decidió detenerse, sin hacer caso a las dos fuerzas que lo habían empujado hacia las profundidades. Y entonces, sucedió algo inaudito: la angustia, después de llegar a su pico, se estabilizó. Poco a poco, el silencio absoluto se convirtió en un reposo que sólo podía ser un 'callejón sin salida'. El cero se había impuesto y se lo comía. Y por un agujero de la oscuridad, vio a la Muerte que se le acercaba, aquel rostro que conocía tan bien porque lo había tallado con sus propias manos. Se acercaba y parecía sonreír. Pero a Manuel no le hacía ninguna gracia. Sabía que no habría ninguna posibilidad de escapar esta vez, como tampoco habría ninguno de sus títeres con ganas de zurrarla con la cachiporra, la pálida se lo llevaría esta vez al pudridero o allí donde van a parar los que morían como él, atrapados por el cero.

Y mientras veía su fin perfectamente dibujado, como si lo hubiera planificado en alguno de sus espectáculos, notó que la angustia, estabilizada hacía rato, iniciaba aquella curiosa transformación que le era conocida, especialmente desde que había comenzado a fumarse en pipa, de pasar poco a poco a una absurda alegría, aquélla que no tardaría en subir hacia la euforia. En efecto, se sentía mejor, la Muerte se acercaba implacable, pero él no sólo estaba contento sino que se echó a reír, cada vez con más ganas, lo que sorprendió a la Señora, que se detuvo un momento confusa, para reiniciar de nuevo su marcha. La euforia fue subiendo y subiendo, con el rumor

que siempre la acompañaba, un eco de mil timbales y trompetas que crecían en línea recta hacia la exaltación sonora, cuando de repente estalló en su interior una especie de explosión, una bomba que sin embargo no era más que aquel agujero negro donde se había metido que saltaba por los aires, una explosión que lanzó a la Muerte al quinto pino y que lo hizo salir a él disparado hacia arriba, buscando la luz de día mientras se encendían millones de kilovatios y se llenaba el ambiente de los decibelios de las orquestas que lo inundaban y lo incendiaban todo por dentro.

Horas tardó, pero al fin salió, cada vez más cargado de fuerzas, del agujero directamente a lo que parecía la torreta del patio del Castillo de Montjuic, con un grito que surgió de la garganta como nunca había gritado, llevado por aquella explosión de euforia que lo tenía en pie con los brazos estirados y los dos títeres de hierro candente calzados en sus extremos, ¡que ahora tenían el color y la textura del oro! ¡Se habían convertido en dos títeres de oro, que se movían blandos como la carne! ¡Eran, sin ninguna duda, Kalim y Kilam, quienes no paraban de hacer muecas con unos chillidos que se confundían con su grito! Y de pronto vio que los dos títeres desaparecían para dejar paso a sus manos que también se habían vuelto de oro. Las veía brillar a la luz de los focos del sol, con la extraña sensación de sentirlas vivas y trémulas. Las tuvo alzadas mientras sonaba a su alrededor la música festiva y exultante de mil instrumentos, con apotesosis de cuerdas y metales. Le pareció oír aplausos. Bajó las manos entonces para mirarlas de cerca, y vio que el oro ya no estaba y que volvían a tener el color y la textura de la carne. Respiró aliviado. Levantó la cabeza pensando que se encontraba en la torreta del Castillo de Montjuic cuando de repente vio que en realidad estaba en un escenario, cegado por los focos, que reconoció de inmediato como los del teatrillo del Pueblo Español donde sus títeres hacían función. Estos llenaban la platea y aplaudían con sus manos de madera. Atónito vio que Quinqué ocupaba la primera fila junto al Aedo, que subió a saludarlo.

- ¡Fantástico, Manuel, fantástico, el Secreto del Gran Vivo, una gran función!

En un rincón estaba el viejo Saco de Truenos que desapareció en la oscuridad de los laterales. Quinqué subió también para felicitar al titiritero.

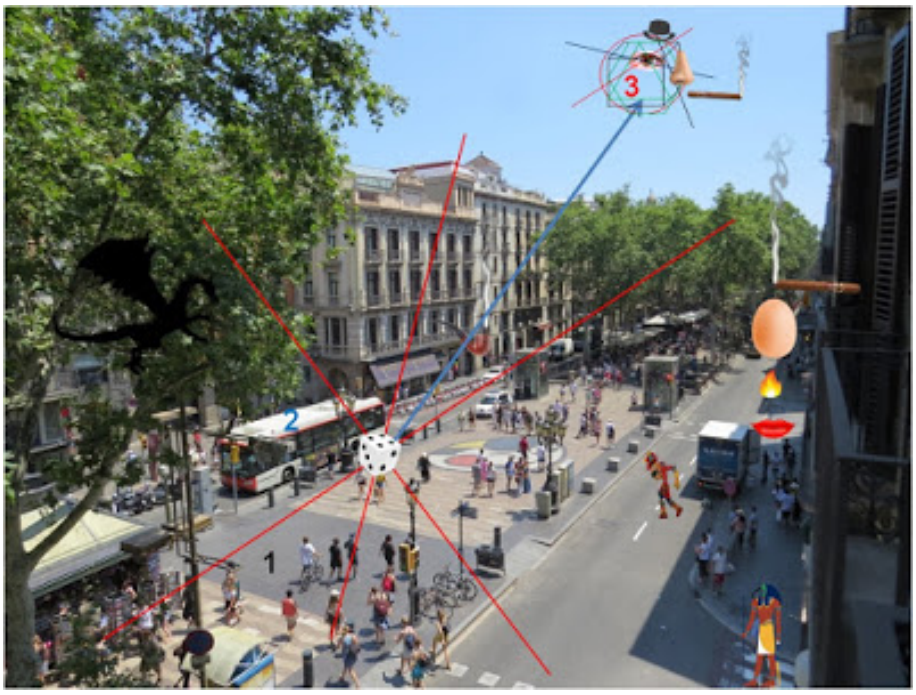
- ¡Felicidades, Manuel, ha sido un placer verlo en el escenario! ¡Nunca me hubiera perdido esta función! ¡Impresionante la escena con Vulcano y los dos títeres soldados en sus manos, de antología, Manuel, de antología!

Buscaba por la sala a Kilam y Kalim, quienes no aparecían por ninguna parte. Los Pericos y los demás títeres empezaron a vaciar la platea.

- ¡Creo que nos merecemos un ágape, Manuel, aunque sólo sea para podernos fumar después unos buenos puros!

El viejo Poeta se acercó a quien le había hecho y le tendió la mano. Encajaron y el títere desapareció por la platea.

28- Dicho y hecho



Se sentaron en la misma mesa de las Ramblas donde les sorprendió el atentado de la funesta furgoneta asesina. Habían comido en un restaurante del centro y fue Quinqué quien insistió en regresar a aquella calle que tanto quería. Fumaban sus Brevas de Quintero con dos cafés delante. No muy lejos de donde estaban, un mar de flores cubría el centro de las Ramblas en homenaje a las víctimas, y una multitud de gente oraba a su alrededor, como si se encontraran frente a un altar hecho de flores y velas.

- Vea, Manuel, hasta qué punto la extravagancia de la ciudad de Barcelona está íntimamente asociada al Tiempo, que para cumplir el trabajo que este suele hacer en meses y años, me refiero a curar las heridas y apaciguar las pasiones encontradas, aquí no ha tardado ni un día en realizarlas, como se puede ver en la respuesta de la gente local y de la de afuera, que han decidido convertir el horror del ataque criminal en la ocasión de saltar del uno al tres de la concordia en el tiempo de decir una avemaría. Una particularidad insólita, porque como le dije una vez, al Tiempo no le gusta asociarse a las extravagancias colectivas sino a las individuales, que le son más gratas. Y quizás sea éste uno de los secretos mejor guardados del carácter irresistible de la extravagancia de Barcelona, que al estar sustentada por individualidades fuertes como son las excentricidades de los arquitectos modernistas y de Gaudí en primera instancia, más la singularidad de las Ramblas, que como decíamos el otro día se caracteriza por ser una calle que pasa directamente del dos al tres de las diferencias

exhibidas, es decir, que promueve y exalta que cada uno haga lo que le da la gana, ha seducido al mismo Tiempo en persona, lo que no es nada fácil.

Las Ramblas habían recuperado, en efecto, su pulso aunque se respiraba una atmósfera de excepcionalidad, como si todos los que la ocupaban, de dentro y de fuera, la miraran por primera vez, fijándose en unos detalles en los que antes nadie había caído: los camareros de bares y restaurantes, que habían ayudado a tanta gente, ahora vistos con una simpatía inmensa, algo impensable hace unos días; los vendedores de la Boqueria, los quioscos de flores o de periódicos, personas anónimas que sin embargo habían sido los primeros en auxiliar a las víctimas; ciertos aspectos del mobiliario urbano que habían quedado dañados por la furgoneta; las fachadas de los bares o los hoteles, donde tanta gente se había refugiado; y muchos otros detalles banales que ahora daban relieve y personalidad a la calle.

- También debo decirle, sin embargo, que los barceloneses deberían tener mucho cuidado en pedir más de la cuenta al Tiempo, especialmente en voliciones que no tengan nada que ver con la libertad individual y el respeto de las diferencias, porque de la misma manera que ahora ha actuado en beneficio de la ciudad, lo puede hacer en contra si se le exige ayuda para lo que no le gusta hacer, me refiero a las extravagancias impositivas. Por fortuna, el pueblo catalán, que en algunos aspectos sufre obsesivas inclinaciones colectivistas, tiene en cambio muy acusado el principio de la individualidad a ultranza, como han demostrado siempre sus espíritus más relevantes, que se han distinguido por llevar la contraria todos, pase lo que pase y caiga quien caiga. Es por ello que desde la agencia Mercurio somos optimistas respecto al futuro de la ciudad, que vemos siempre subida al carro de la excentricidad exaltada, gracias también a los continuos cuestionamientos de la que es objeto, a pesar de los conflictos y las discusiones que esto pueda generar. Ahora, si alguien me pidiera un consejo, yo le diría sin lugar a dudas: señores, opten por la extravagancia más acusada y huyan del punto medio. Y lejos de resignarse, opten siempre por el optimismo y la construcción.

Escuchaba Manuel sin escuchar, ya que si por un lado tenía muy presente los hechos ocurridos en las Ramblas, aún lo estaban más los que había vivido en su propia extravagancia, muy diferente de la de Barcelona, pero a la vez bien particular. Había sobrevivido al encuentro con Vulcano y a la implantación de los dos títeres Kalim y Kilam, que ahora sabía estaban para siempre asociados a su persona. Le irritaba saber que todo había sido una función representada en el Teatro de los Mundos de sus títeres, un teatrillo que sin embago era la misma vida. Y sabía que sin haber cambiado nada en apariencia, su persona había dado una vuelta de campana como una catedral. Toda la Extravagancia se había como quien dice concentrado en aquellos dos títeres y en sus dos manos, que encarnaban esa capacidad de hacer lo que uno quiere. Había

incorporado el 'dicho y hecho' de los dos títeres, cuando los vio actuar en las manos del pobre Sam. 'Dicho y hecho', un principio absurdo que sin embargo se había incrustado en su persona, como si le hubieran implantado un nuevo órgano del que no sabía nada y del que lo tenía que aprender todo.

- Tiene razón de pensar lo que piensa, si me permite inmiscuirme en su pensamiento, y le tengo que decir que no es nada fácil disponer de estas facultades, sobre todo cuando uno vive fuera del mercado de las ambiciones, como es su caso. Imagínese el peligro que sería que los grandes ambiciosos de este mundo disfrutaran de los atributos del 'dicho y hecho', es decir, que tal como se piensa y se dice un deseo, se hace y se cumple. Por desgracia, tal es el caso de algunos de los más aclamados ególatras del planeta, que disponen de la mecánica y la aplican para sus intereses. Claro que una cosa es la mecánica y la otra el 'dicho y hecho', el cual por fortuna no se deja atrapar así como así cuando se le quiere utilizar para objetivos malos y despreciables. Y es que aquí hay un pequeño secreto, si me permite de nuevo meterme donde nadie me lo pide, que hay que saber y no deja de ser importante: entre el Tiempo y el 'dicho y hecho', que es tanto como decir la Voluntad, no hay trecho alguno sino una correspondencia directa e inmediata, que tiene que ver con lo que comentábamos el otro día en el Born, cuando decíamos que era un sitio que permitía juntar el tiempo con la voluntad. Pues esto es en realidad su 'dicho y hecho', que ocurre cuando la conciencia percibe y se hace suya el concepto del tiempo asociado al de la voluntad, que de alguna manera sustituye al espacio sin sustituirlo, para no ofender ni llevar la contraria al señor Einstein y a su teoría de la relatividad.

Y a pesar de que las palabras de Quinqué le entraban por un oído y le salían por el otro, como era su costumbre, sabía perfectamente Manuel que todo aquel asunto tenía que ver con la voluntad y con el tiempo, conceptos que desde siempre le habían intrigado y que en definitiva habían causado la preocupación obsesiva que acabó por poner el huevo de su extravagancia. Pero ahora el huevo y el Aposento habían quedado a años luz, como si aquella implantación de los dos títeres en sus manos hubieran rematado la aventura de la extravagancia, una aventura que en realidad había dado una vuelta sobre sí misma, ya que si por un lado había terminado, por el otro acababa justo de empezar.

- Fíjese, Manuel, que al igual que al tiempo le gusta llevar la contraria a las obsesiones colectivas y a sus delirios patrióticos y totalitarios, también lo hace lo que llamamos Voluntad o su 'dicho y hecho', el cual no se deja utilizar por quien se escapa de la órbita del libre albedrío de las personas, una a una. Claro que uno puede hacer de ello caso omiso, actuando con pretensiones colecivas que no respetan la libertad individual, pero el precio que deberá pagar será muy alto, básicamente caer en la desgracia y la degradación, porque de esto no hay quien se escape. El 'dicho y hecho'

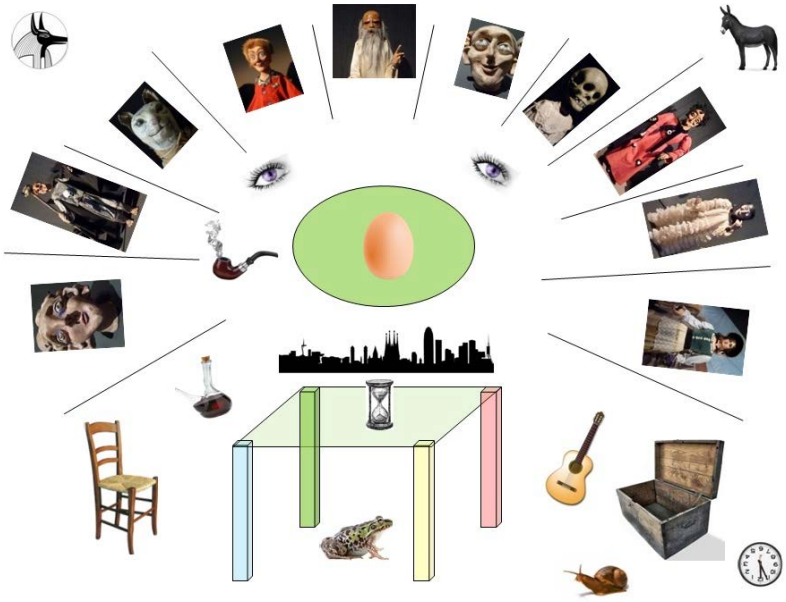
no deja de ser una herramienta para su propia extravagancia, Manuel, como siempre lo ha sido para los que han destacado en sus facetas singulares, como Gaudí con su Sagrada Familia, o, sin ir tan lejos, el gran José Tomás, un torero de los que alzan en la plaza faenas que son como catedrales del arte de la vida y de la muerte. De modo que lo mejor es insistir en su empeño extravagante, el cual, aunque considere que ya no tiene nada más que enseñarle, en realidad tan sólo acaba de empezar, como usted mismo insinuaba hace un momento.

Miró Manuel de reojo al señor Quinqué, que con su cara de pájaro y los ojos saltones que le eran propios, sacaba humo del cigarro como una locomotora. Y sintió hacia él una profunda estima, que se hizo extensiva a todas las personas que en ese momento paseaban por las Ramblas, la mayoría turistas, siguiendo aquel principio de fraternidad universal que el guía turístico seguía por imperativo profesional y por vocación. Y pensó que gracias a él, lo que había nacido en el entorno de los títeres, se había extendido y se sustentaba ahora en la ciudad donde vivía, que tenía su propia extravagancia como era el caso también de las Ramblas. Y ver aquella suma de extravagancias encima de la suya, que se extendía más allá del planeta por el Sistema Solar, le dio una potente sensación de plenitud, como si hubiera cambiado de ciudad e incluso de país por no decir de planeta. Comprendió que a partir de entonces sus diferentes espacios se abrirían en el mismo acto del ir y del hacer, siguiendo la nueva lógica inaugurada del 'dicho y hecho ', hacia el pasado y hacia el futuro a la vez.

- Lo ha entendido a la perfección, Manuel, y permítame añadir que a pesar de la saturación y las discusiones sobre el tema, la ciudad de Barcelona sigue y seguirá siendo, en mi opinión, el mejor destino para pasar unas buenas vacaciones. No sólo por sus playas, todas con duchas y barridas cada día, sus lugares insólitos y de gran relieve arquitectónico y cultural, las Ramblas que laten como el corazón que es de la ciudad, y la Sagrada Familia y otros edificios y lugares extraordinarios, sino también porque es el mejor lugar para comprar puros a buen precio y poderlos fumar mientras uno pasea por sus calles, sin hacer ni pensar en nada. Motivos más que suficientes para garantizar una estancia placentera y provechosa al cien por cien.

- ¡Estoy plenamente de acuerdo con usted, sí señor!

- ¿Y qué le parece, Manuel, si nos levantamos y rambleamos con nuestros cigarros encendidos para demostrar al mundo que lo que decimos es real y no una utopía extravagante?

- ¡Dicho y hecho, señor Quinqué!

Barcelona, julio de 2018.
© Toni Rumbau